

Introducción

El evangelio según Lucas

1. El tercer evangelio

La tradición más antigua atribuye el tercer evangelio a un personaje llamado Lucas, colaborador de Pablo y autor asimismo de los Hechos de los apóstoles, precisando que lo escribió para provecho de los creyentes de origen gentil. La imagen tradicional de Lucas –que incluye también informaciones de importancia secundaria, como su profesión de médico, el lugar de la composición, la edad de su muerte...– corresponde en una medida discreta con lo que se puede recabar del análisis de sus dos escritos, en particular el del prólogo del mismo evangelio (Lc 1,1-4). El autor nos asegura en él que ha empleado obras precedentes y que ha realizado investigaciones cuidadosas sobre los hechos transmitidos por los testigos oculares de Jesús. Según la reconstrucción más acreditada del origen de los evangelios, Lucas toma directamente de Marcos y emplea una segunda fuente escrita, de la que depende también el evangelio de Mateo (la llamada «fuente Q»). Refiere asimismo nuevos episodios y enseñanzas que enriquecen considerablemente nuestro conocimiento del Jesús histórico.

El tercer evangelista, lejos de ser un simple compilador, constituye, al mismo tiempo, un exponente de la tradición evangélica y un autor original. En el primer aspecto, es notable su fidelidad a las fuentes, tanto a las

escritas como a las orales. En el segundo aspecto, su originalidad tiene que ver tanto con el arte de la escritura como con la perspectiva teológica, determinada entre otras cosas por el hecho de que Lucas pertenece al área «occidental» del primer cristianismo, donde se va elaborando una interpretación más abierta y cosmopolita del mensaje. Sin embargo, Lucas, siguiendo la estela de Pablo, el apóstol de los gentiles, señala con vigor el vínculo entre la Iglesia y el mundo judío de sus orígenes.

2. El relato de Lucas

El relato de Lucas se extiende a lo largo de 24 capítulos, de variada extensión. A fin de captar la mente del autor en este abundante material, debemos atenernos a los indicios que él mismo sugiere. Sin adentrarnos en un análisis demasiado detallado, proponemos el siguiente esquema, que articula el texto lucano en secciones (señaladas aquí en VERSALITA), y éstas, a su vez, en secuencias (en *cursiva*), teniendo en cuenta el desarrollo narrativo y la coherencia interna de cada una de las partes.

PRÓLOGO (1,1-4).

- A. LOS ORÍGENES (el nacimiento y la infancia) DE JESÚS, en paralelo con el nacimiento y la infancia de Juan el Bautista (1,5-2,50).
- B. LA PREPARACIÓN: la misión del Precursor; el bautismo y las tentaciones de Jesús (3,1-4,13).
- C. EL MINISTERIO EN GALILEA (4,14-9,50):
 - *los acontecimientos iniciales* (4,14-5,11);
 - *la actividad mesiánica de Jesús; las primeras reacciones* (5,12-6,11);
 - *los discípulos en torno a Jesús* (6,12-49)
 - *el profeta Jesús, «signo de contradicción»* (7,1-50);
 - *Jesús anuncia y manifiesta el Reino de Dios* (8,1-50);
 - *«el Mesías de Dios»* (9,1-50).

D. EL CAMINO HACIA JERUSALÉN (9,51-19,27):

- *el comienzo del camino; la misión de los Setenta y dos* (9,51-10,24);
- *enseñanzas a los discípulos y controversias* (10,25-11,54);
- *enseñanzas y llamadas a la conversión* (12,1-13,35);
- *el «simposio»* (14,1-35);
- *las parábolas de la divina misericordia* (15,1-32);
- *sobre la riqueza* (16,1-30);
- *la conclusión del viaje* (17,1-19,27).

E. LOS ÚLTIMOS DÍAS EN JERUSALÉN (19,28-21,38):

- *la entrada mesiánica y discusiones con los jefes judíos* (19,28-21,4);
- *el discurso escatológico* (21,5-38).

F. EL SUFRIMIENTO Y LA GLORIA (22,1-24,53):

- *la última Pascua* (22,1-38);
- *la pasión y la muerte de Jesús* (22,39-23,56);
- *la resurrección* (24,1-53).

3. Los temas principales

Del mismo modo que, frente a un mismo tema, cada artista lo representa de una manera original, según su propia sensibilidad y su propio estilo, así también cada uno de los evangelistas, aun remontándose a la tradición común, ofrece un retrato de Jesús con características particulares.

Lucas, historiador y teólogo, nos lo presenta desde una perspectiva «histórica» con dos dimensiones: la historia universal (cf. 1,5; 2,1; 3,1s; etc.) y la historia bíblica, que llega a su consumación en Jesús (cf. 4,21; etc.). Mientras que el aspecto más relevante de la figura de Cristo en el evangelio de Mateo es el de maestro, para Lucas es el de

«profeta poderoso en obras y palabras» (24,19), en el que «Dios ha visitado a su pueblo» (7,16). Como tal fue consagrado por el Espíritu, y siempre fue conducido por éste (4,14.18). Revestido de su poder, «pasó haciendo el bien y curando» (Hch 10,38). Las curaciones y los exorcismos son los signos del Reino de Dios (11,20), que está en el centro de su anuncio (4,43; 8,1; etc.). El «*evangelio*», o «alegre noticia», se dirige en particular a los pobres y a los pecadores, a los que Jesús llama a la conversión y a los que ofrece el perdón del Padre misericordioso (5,31s; capítulo 15).

Jesús, como los antiguos profetas, encontró también el rechazo y la persecución (13,31ss; 20,9-19). En su pasión y muerte se cumplen las Escrituras referentes al «*siervo del Señor*» (especialmente Is 52,13–53,12; cf. Lc 9,22; 22,37; Hch 8,32ss; etc.). Aunque es el «*Hijo del Altísimo*» (1,32) y el «*Mesías de Dios*» (9,20), prefiere atribuirse el título de «*Hijo del hombre*» (5,24, etc.), que evoca una figura de la expectativa escatológica (cf. Dn 7,13), huyendo así de un mesianismo entendido en sentido político y triunfalista o, de todos modos, en sentido temporal. Como Hijo del hombre y «*Señor*», volverá un día en gloria para juzgar y salvar (21,27ss).

Jesús se atrajo desde el principio a muchos discípulos. Entre ellos, llamó a algunos, los Doce, para que le siguieran constantemente y les implicó en su misma misión. También envió a otros, los Setenta y dos, a anunciar el Reino de Dios (capítulo 10). Sin embargo, los Doce fueron los testigos enviados por el Resucitado para que anunciaran la salvación a todas las naciones (24,44ss). Las palabras del Maestro de Nazaret se dirigen, por consiguiente, a un triple auditorio: las muchedumbres, los discípulos, los Doce. A veces, los destinatarios de la enseñanza se distinguen claramente; otras veces, ésta se dirige en particular a la formación de los futuros testigos. Esto vale especialmente para las instrucciones diseminadas a lo largo del camino hacia la ciudad santa.

Entre los temas de la enseñanza de Jesús que le resultan más entrañables al tercer evangelista debemos subrayar la conversión (5,32; etc.) y la fe (7,16; etc.) –que Lucas ilustra con numerosos ejemplos–; la escucha de la Palabra de Dios (10,38-42; etc.) y la oración (11,1-13) –cuyo modelo es el mismo Jesús–; el seguimiento y sus severas exigencias (9,23-26; 14,25-33), entre las que figuran el desprendimiento de los bienes terrenos (capítulos 14 y 16; 18,18-30), el amor al prójimo (6,27-38; 10,25-37) y la limosna (12,13-33; 14,12-14; etc.); la espera vigilante de la salvación final (17,20-37), que compromete en el servicio (12,35-48) y no permite abandonarse a los negocios de este mundo (21,34ss).

4. La obra de Lucas en la liturgia

El evangelio de Lucas se lee de manera continua en la liturgia dominical del ciclo C, pero su presencia es relevante durante todo el año litúrgico, tanto en el interior de la celebración eucarística, en la liturgia de la Palabra, como en la liturgia de las horas. Si además tenemos también en cuenta los Hechos de los apóstoles, es verdaderamente impresionante el impacto de la obra lucana en la celebración de la salvación y, por consiguiente, en la espiritualidad de toda la Iglesia.

El ciclo de Navidad está dominado por el relato del nacimiento y de la infancia de Cristo (Lc 1–2). Empieza a emerger en las últimas ferias del adviento, para alcanzar su cima en Navidad, en las misas de medianoche y de la aurora. Alcanza también a la fiesta de la Sagrada Familia (domingo después de Navidad), con el episodio de la pérdida de Jesús a los doce años en el templo, y la solemnidad de la Santísima Madre de Dios, el día 1 de enero. Nueve meses antes, la fiesta de la Anunciación celebra el comienzo de la encarnación del Hijo de Dios recurriendo al texto de Lucas. El maravilloso cuadro de la visita de María a Isabel ha dado origen precisamente a la fiesta

de la Visitación y vuelve en la de la Asunción de María. La fiesta de la Presentación (2 de febrero) se inspira también en el relato de Lucas. El relato del nacimiento del Bautista se lee en el día de su fiesta, el 24 de junio.

El itinerario del ciclo C permite a la comunidad cristiana abordar sistemáticamente el evangelio de Lucas, saboreando de domingo en domingo sus páginas más bellas (como el capítulo 15) y las tal vez menos conocidas pero no menos significativas. Todo esto culmina en la semana santa, con la lectura integral de la pasión y con el maravilloso capítulo de la resurrección. En continuidad directa con el relato evangélico, se emplea el texto de los Hechos de los apóstoles en los tres ciclos litúrgicos como primera lectura de los domingos de Pascua y, especialmente, en las fiestas de la Ascensión de Jesús y de Pentecostés. De este modo, se pone de relieve que el acontecer evangélico desemboca en el de la Iglesia de los orígenes, germen y paradigma de la Iglesia universal.

En la liturgia cotidiana de las horas se han engastado los tres cánticos del «evangelio de la infancia» –*Magnificat, Benedictus, Nunc dimittis*– en la oración vespertina, en la matutina y en la oración de la noche, respectivamente. La espiritualidad del tercer evangelio impregna así la oración de la comunidad eclesial, intrínsecamente ligada a la del pueblo de la primera alianza.

5. Para profundizar

Vamos a indicar algunos comentarios seleccionados, para quien desee profundizar:

- J. N. ALETTI, *El arte de contar a Jesucristo. Lectura narrativa del evangelio de Lucas*, Sígueme, Salamanca 1992.
- H. CONZELMANN, *El centro del tiempo. La teología de Lucas*, Fax, Madrid 1974.
- H. COUSIN, *Vangelo di Luca. Commento pastorale*, San Paolo, Cinisello B. (Mi) 1995.

- R. DILLMANN Y M. C. MORA PAZ, *Comentario al evangelio de Lucas*, Verbo Divino, Estella 2004.
- S. FAUSTI, *Una comunità legge il Vangelo di Luca*, EDB, Bologna 1994.
- O. FLICHY, *La obra de Lucas*, CB 113, Verbo Divino, Estella 2003.
- M. GALIZZI, *Vangelo secondo Luca*, Elledici, Leumann 1994.
- L. GARCÍA-VIANA, «Evangelio según san Lucas», en AA. VV., *Comentario al Nuevo Testamento*, Verbo Divino-La Casa de la Biblia, Estella 2002.
- C. GHIDELI, *Luca*, Paoline, Roma ²1978.
- A. GRÜN, *Jesús, imagen de los hombres: el evangelio de Lucas*, Verbo Divino, Estella 2003.
- L. T. JOHNSON, *Vangelo di Luca (Sacra Pagina)*, Elledici, Leumann 2004.
- J. KODELL, *Vangelo secondo Luca (La Bibbia per tutti, 28)*, Queriniana, Brescia 1992.
- B. MAGGIONI, *Il racconto di Luca*, Cittadella, Asís 2000.
- M. MASINI, *Luca. Il Vangelo del discepolo (Leggere oggi la Bibbia, 2.3)*, Queriniana, Brescia 1997.
- F. MOSETTO, *Lettura del Vangelo secondo Luca*, LAS, Roma 2003.
- A. POPPI, *Vangelo secondo Luca*, en *íd.*, *Sinossi dei Quattro Vangeli*, vol. II, EMP, Padua ²1990.

Francesco Masetto

El anuncio del nacimiento de Juan (Lc 1,5-25)

En el presente volumen de la *Lectio divina para la vida diaria* se comenta el tercer evangelio casi en su totalidad, teniendo como fondo la subdivisión en secciones y secuencias que hemos presentado en las páginas 6-7. Ahora bien, por exigencias de carácter exquisitamente editorial, sólo podremos dar la *lectio* y la *meditatio* de algunas perícopas, reservando el acostumbrado itinerario de meditación completo –que incluye asimismo la *oratio*, la *contemplatio*, la *actio* y la lectura espiritual– a los fragmentos restantes, los más característicos de la espiritualidad y de la teología de Lucas.

⁵ En tiempos de Herodes, rey de Judea, hubo un sacerdote, llamado Zacarías, del turno de Abías, casado con una mujer de la descendencia de Aarón, llamada Isabel. ⁶ Ambos eran irreprochables ante Dios y seguían escrupulosamente todos los mandamientos y preceptos del Señor. ⁷ Pero no tenían hijos, porque Isabel era estéril y los dos eran ya de edad avanzada.

⁸ Estaba un día Zacarías ejerciendo el servicio sacerdotal tal como le correspondía por turno a su grupo. ⁹ Según el rito sacerdotal, le tocó en suerte entrar en el santuario del Señor a ofrecer el incienso. ¹⁰ Todo el pueblo estaba orando fuera mientras se ofrecía el incienso. ¹¹ Y el ángel del Señor se le apareció, de pie, a la derecha del altar del incienso. ¹² Al verlo, Zacarías se sobresaltó y se llenó de miedo. ¹³ Pero el ángel le dijo:

–No temas, Zacarías, tu petición ha sido escuchada. Isabel, tu mujer, te dará un hijo al que pondrás por nombre Juan. ¹⁴ Te llenarás de gozo y alegría, y muchos se alegrarán de su nacimiento, ¹⁵ porque será grande ante el Señor. No beberá vino ni licor; quedará lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre ¹⁶ y convertirá a muchos hijos de Israel al Señor, su Dios. ¹⁷ Irá delante del Señor, con el espíritu y poder de Elías, para reconciliar a los padres con sus hijos, para inculcar a los rebeldes la sabiduría de los justos y *para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.*

¹⁸ Zacarías dijo al ángel:

–¿Cómo sabré que va a suceder así? Porque yo soy viejo y mi mujer avanzada en años.

¹⁹ El ángel le contestó:

–Yo soy Gabriel, que estoy en la presencia de Dios, y he sido enviado para hablarte y darte esta buena noticia. ²⁰ Pero tú te quedarás mudo y no podrás hablar hasta que se verifiquen estas cosas, por no haber creído en mis palabras, que se cumplirán a su tiempo.

²¹ El pueblo, entretanto, estaba esperando a Zacarías y se extrañaba de que tardase tanto en salir del santuario. ²² Cuando salió, no podía hablarles y comprendieron que había tenido una visión en el santuario. Él les hacía señas, porque se había quedado mudo. ²³ Cumplidos los días de su ministerio, marchó a su casa. ²⁴ Algún tiempo después, su mujer, Isabel, concibió, y no salió de casa durante cinco meses. Y decía:

²⁵ –Al hacer esto conmigo, el Señor ha borrado mi vergüenza ante los hombres.

LECTIO

Un ángel anuncia al anciano Zacarías el nacimiento de un hijo, que *«irá delante del Señor, [...] y para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto»* (v. 17). Este primer anuncio –que recuerda a otros relatos análogos del Antiguo Testamento (véase, por ejemplo, Gn 17–18: anuncio del nacimiento de Isaac)– prepara el segundo, dirigido a una muchacha de Nazaret.

El episodio está ambientado en el templo de Jerusalén; la última escena del evangelio tendrá el mismo marco (Lc 24,53). El acontecimiento cristiano tomó su impulso en el corazón del mundo judío. Los protagonistas son un sacerdote y su anciana mujer, modelos de rectitud y religiosidad. A pesar de ello, el Señor no les había bendecido con el don de la prole. Zacarías está haciendo la ofrenda del incienso en el interior del «santuario»; en presencia del Señor, por consiguiente. La imprevista aparición de un mensajero celestial llena a Zacarías de un santo temor. Tras haberle tranquilizado («No temas...»), el ángel le dirige un mensaje de consue-

lo: sus oraciones han sido escuchadas. ¿De qué modo? Isabel concebirá y dará a luz un hijo. Se trata de una alegría inesperada por los ancianos esposos. Pero hay más: este hijo tendrá una gran misión y, en vistas a ella, deberá ser consagrado al Señor como nazireo (véase ya Samuel: 1 Sm 1,11); por eso, *«quedará lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre»*. En realidad, Juan –el nombre se lo ha conferido el mismo Dios por medio del ángel– será un profeta. Su tarea consistirá en convertir *«a muchos hijos de Israel al Señor»* e *«inculcar a los rebeldes la sabiduría de los justos»*, que era ya una misión de los antiguos profetas (véase, por ejemplo, Is 1). Según lo que había predicho Malaquías, Juan *«irá delante del Señor, con el espíritu y poder de Elías»* (cf. Mal 3,1ss y 23s), o sea, que será el «precursor» del Mesías (cf. 1,76) y preparará *«al Señor un pueblo bien dispuesto»*, predicando un bautismo de conversión (cf. capítulo 3). Como nuevo Elías, deberá *«reconciliar a los padres con sus hijos»* (Mal 3,24, que continúa así: *«...y el corazón de los hijos con sus padres»*), es decir, que se comprometerá con la reconciliación de las familias.

Zacarías pide un signo: algo normal, si tenemos en cuenta otros relatos del Antiguo Testamento (véase, por ejemplo, Gn 15,8). Pero el ángel le reprende por no haber dado crédito a sus palabras y le da un signo que es más bien un castigo: *«Te quedarás mudo y no podrás hablar hasta que se verifiquen estas cosas»* (v. 20). Al salir del santuario una vez terminada su función, el sacerdote debería haber bendecido al pueblo. Sin embargo, cuando asoma de nuevo, Zacarías tiene que limitarse a gesticular con las manos: los fieles reunidos para la oración se dan cuenta así de que ha tenido que pasar algo extraordinario.

El anuncio traído por Gabriel se cumple: Isabel concibe y espera ansiosa el nacimiento del hijo que el Señor le ha dado (v. 24). Al expresar su alegría, comunica toda su gratitud al Señor, que se ha acordado de ella (v. 25).

MEDITATIO

Como el río discurre entre sus diques moviéndose, a veces perezosamente, hacia la desembocadura, así nuestra vida conoce los tiempos de la resignación a su curso, ya corresponda o no a sus deseos, a sus sueños personales: «¡Ahora...!». Ahora bien, la vida no es para arrastrarla, sino para vivirla; vivirla abiertos a lo inesperado de Dios.

El texto evangélico habla de la irrupción del don de Dios en la vida de Zacarías: lo extraordinario acontece en lo ordinario de sus tareas sacerdotales. El Señor toca su deseo más profundo: el de tener descendencia, sello de la aprobación divina sobre su vida de judíos piadosos. Dios satisface este deseo de una manera tan impensable que suscita temor y perplejidad.

Ocupados como estamos en gestionar nuestros asuntos en el interior de unos esquemas definidos y en comprobarlos desde parámetros coherentes, nos resulta difícil entrar en lo «totalmente otro» de Dios, que también se adecua plenamente a nuestra verdad más profunda. El don de Dios se nos ofrece allí donde nos encontramos y nos impulsa a ir más allá. No nos deja en las medidas conocidas, seguras –tal vez mediocres–, sino que nos provoca más bien a ensanchar nuestro espacio interior de acogida, porque Dios obra «a lo grande».

El don de Dios, realización cabal de nuestro deseo personal, fecunda de alegría y de futuro no sólo nuestra existencia, sino también la de los otros, a partir de la de los hombres y mujeres que tenemos más cerca. Porque Dios es amor que se derrama y se difunde. El miedo se cambia en alegría cuanto más nos rendimos a lo imprevisible de Dios con un gesto de confianza radical: «Me fío de ti, Señor, y me confío a ti».

ORATIO

Oh Dios, Padre de misericordia, tú que irrumpes con tu novedad en nuestros días marcados por el carácter ordinario y por la costumbre, libéranos de la inercia de la resignación. Haz que nos abramos con fe al don de tu gracia y acojamos con un corazón abierto a los que nos anuncian tu Palabra cargada de vida y de belleza. Suelta nuestra lengua para que prorrumparamos en cantos de acción de gracias y de alabanza a tu amor perennemente fiel, al amor que transforma nuestra dolorosa impotencia en alegría de salvación. Amén.

CONTEMPLATIO

Observemos con más atención las alabanzas que Lucas dirige a Zacarías y a Isabel en su relato no sólo para darnos cuenta de que merecían tales alabanzas, sino para hacernos nosotros también dignos de elogio, haciendo nuestro su celo. Lucas habría podido escribir simplemente: «Ambos eran justos y caminaban por la senda de todos los mandamientos», pero añadió –como algo necesario– que «*eran justos ante Dios*» (1,6). Puede suceder, en efecto, que alguien sea justo a los ojos de los hombres, pero no ante Dios. Voy a poner un ejemplo. Si un hombre no tiene nada malo que decir sobre mí y no descubre nada para reprocharme, aun fijándose en todo lo que me concierne, entonces soy justo a los ojos de los hombres. Imagina que todos los hombres opinan así de mí y que buscan en mí algún motivo de crítica sin encontrarlo y me alaban con una voz unánime: entonces soy justo a los ojos de la muchedumbre. Ahora bien, es un hecho que el juicio de los hombres no es seguro: no saben si he pecado algún día en lo secreto de mi corazón, si he mirado a una mujer con deseo y si ha nacido el adulterio en mi corazón (cf. Mt 5,28). Cuando los

hombres me ven dar limosna según mis posibilidades, no saben si lo hago por obedecer el mandamiento de Dios o porque busco los elogios y el favor de los hombres (cf. Mt 6,2). Es difícil ser justo *«ante Dios»*, de suerte que no hagamos el bien por ningún otro motivo que no sea el mismo bien, y que pidamos sólo a Dios la recompensa de la obra buena (Orígenes, *Commento al vangelo di Luca*, Roma 1969, 53).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Señor, haz que nuestro corazón sea irreprochable ante Dios y ante los hombres» (cf. Lc 1,6).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Todo el Antiguo Testamento, desde el primer capítulo del Génesis, presenta la historia humana como un movimiento de creación y desarrollo que comienza en Dios y, a continuación, se establece en el hombre. Dios sigue dirigiéndolo y controlándolo con una gran precisión según su particular designio y voluntad, de modo que, tanto en la vida de un individuo como en la de una generación o de una nación, el movimiento de la historia aparezca claramente en sumisión total y perfecta a su voluntad y a sus presciencia. Dios establece asimismo de manera irrevocable el movimiento del tiempo en favor del hombre, habiendo *«establecido el orden de los tiempos y los confines del espacio»* (Hch 17,26). Así, si el hombre actúa según la voluntad de Dios, esto es, en armonía con el conocimiento de Dios y con la consagración a él, entonces se eleva por encima del movimiento del tiempo y lo somete realmente a la voluntad de Dios, transformando las horas, los días y los años en una historia de salvación, en una edad divina, en vida eterna en el Reino de Dios: *«Ahora es el tiempo favorable, éste es el día de la salvación»* (2 Cor 6,2).

Todo el Antiguo Testamento es una historia viva que, de una manera clara y vivaz, narra la constante condescendencia de Dios, así como su comunicación con el hombre para elevarlo por encima del pasar del tiempo muerto. Dios ha llevado a cabo esta obra interviniendo con su Palabra y transformando la sucesión de los años y de las generaciones en una historia sagrada y viva, la historia de Dios con el hombre y del hombre con Dios. Ni siquiera las tragedias de Israel, ni su esclavitud, ni los repetidos castigos a lo largo de la historia, pueden ser excluidos de la esfera de las acciones positivas con las que Dios sabía conducir a Israel siempre hacia adelante, de una manera lenta, pero con seguridad, haciendo que se acercara a los otros pueblos y reinos de la tierra. Todo esto en vistas a la unidad con las otras naciones del mundo, al que Israel debía salir al encuentro en la persona del Señor Jesús, el Mesías (Matta el Meskin, *Comunione nell'amor*, Magnano [Bi] 1999, 63-73, *passim*).

El anuncio del nacimiento de Jesús (Lc 1,26-38)

²⁶ Al sexto mes, envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, ²⁷ a una joven prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María. ²⁸ El ángel entró donde estaba María y le dijo:

–Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.

²⁹ Al oír estas palabras, ella se turbó y se preguntaba qué significaba tal saludo. ³⁰ El ángel le dijo:

–No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. ³¹ Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. ³² Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; ³³ reinará sobre la estirpe de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin.

³⁴ María dijo al ángel:

–¿Cómo será esto, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?

³⁵ El ángel le contestó:

–El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios. ³⁶ Mira, tu pariente Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que todos tenían por estéril, ³⁷ porque *para Dios nada hay imposible*.

³⁸ María dijo:

–Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices.
Y el ángel la dejó.

LECTIO

La escena se desarrolla en un ambiente sencillo y familiar: una casa de Nazaret, en la apartada Galilea. El mensajero es idéntico al del episodio precedente, pero el contenido es muy distinto: el personaje cuyo nacimiento se anuncia será mucho más que un profeta: es el Mesías, el mismo Hijo de Dios. Su madre será una muchacha prometida a José, un descendiente del rey David.

El relato se desarrolla al hilo de un diálogo abierto por el misterioso saludo del ángel: «*Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*» (v. 28). El saludo judío *shalom* («paz» y, subentendido, «a ti») ha sido sustituido por una misteriosa invitación a la alegría. El ángel no se dirige a María empleando su nombre propio, sino con una expresión que significa: tú que has sido «colmada de amor y de dones», evidentemente por parte de Dios. La fe cristiana, a la luz de los acontecimientos que seguirán, reconocerá en María a la «llena de gracia» en el sentido teológico de este término, la que estuvo absolutamente exenta de pecado desde su concepción. Aunque sea alentadora, y no sea nueva en los relatos bíblicos, la expresión «*el Señor está contigo*» es también enigmática.

María se quedó turbada y se preguntaba qué sentido tenían aquellas palabras. El ángel, después de tranquilizar a su joven interlocutora con estas palabras: «*No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor*», aclara la misteriosa denominación e introduce el auténtico anuncio. Este favor o gracia consiste en el don de la maternidad, algo que desea ardientemente toda mujer joven. El Señor mismo sugiere el nombre del que ha de nacer, un nombre que prelude su futura misión: Jesús (en hebreo *Jeshû'ah*) significa «Dios salve» (o «Dios salva»); en realidad, él mismo será el «*salvador*» (2,11).

Aunque el anuncio permanece en el horizonte judío, se abre a una dimensión trascendente y universal.

La reacción de María es de asombro, diferente a la incredulidad de Zacarías. Antes de abandonarse al designio de Dios, María adelanta una objeción: «*No tengo relaciones con ningún hombre*» (v. 34). María todavía no está casada: ¿cómo podría tener un hijo? Su pregunta («¿*Cómo será esto...?*») provoca la repetición del anuncio. El ángel le explica, en efecto, cómo tendrá lugar la concepción y dice con mayor precisión quién será el niño que va a venir al mundo. María concebirá «*por obra del Espíritu Santo*» (Mt 1,18). Lucas lo dice con expresiones poéticas, que evocan arquetipos bíblicos: el Espíritu del Señor que aletea sobre las aguas primordiales (cf. Gn 1,2); la nube divina que recubre con su sombra la tienda del encuentro, en la que se encontraba el arca de la alianza (Éx 40,34s). El hijo que nacerá de la Virgen –la tradición de la Iglesia llamará con este nombre a la madre del Mesías– «*será santo*», en el sentido de que pertenecerá totalmente al Señor, «*y se llamará Hijo de Dios*»: lo será no sólo de nombre, sino de manera real (cf. 2,40; 10,21s).

Aunque María no lo había pedido, el ángel añade un signo que debe darle seguridad: su pariente anciana Isabel ha concebido un hijo y ahora está en el sexto mes de embarazo. Como sucedió en la concepción y el nacimiento de Isaac, también es Dios mismo quien actúa, porque para «*para Dios nada hay imposible*» (cf. Gn 18,14). María ha comprendido que Dios la llama para una misión, la más elevada, al servicio de su proyecto de salvación para el pueblo y para toda la humanidad, y da su pleno consentimiento: ¡Aquí estoy! Se declara «*esclava del Señor*», como en un tiempo hicieron los profetas y como un día hará el mismo Jesús (cf. Hch 3,13). Está dispuesta a cumplir la voluntad de Dios y se abandona totalmente a ella.

MEDITATIO

Cuando el evangelista Lucas nos cuenta el anuncio a María de que será la madre del Hijo de Dios, nos revela el Misterio, el pensamiento que Dios tiene desde siempre sobre la humanidad y que, ahora, ha llegado a la plenitud del tiempo, al momento en que debe ser revelado.

¿Por qué Dios, el Omnipotente, asume nuestra naturaleza humana? ¿Sólo para salvarnos? Si éste fuera el único motivo, estaríamos reduciendo un tanto su alcance. El Creador, tras haber plasmado al hombre con la tierra, le insufló su Espíritu, es decir, el amor, el bien, y al final de su obra afirmó que era muy buena. En un segundo momento, el hombre desobedeció y se rebeló contra el Creador, con lo que se hizo necesaria la salvación. La encarnación de Dios tiene entonces un único motivo: el amor que se subdivide en los dos componentes de lo que es luz y de lo que es tinieblas, lo que es libertad y lo que es esclavitud. En la acción de Dios con toda la humanidad no hay sombras de venganza o de poder, sino respeto y benevolencia con todos y con cada uno.

Las palabras del ángel dirigidas a María constituyen la expresión del deseo de Dios: reconducir al hombre a la verdadera obediencia y libertad, a fin de que colabore en el designio divino de vida eterna. La disponibilidad de María está dictada por la conciencia de que es el Misterio el que habla en ella con una cierta urgencia, y no puede demorar la respuesta.

La que responde al Misterio responde antes que nada a sí misma, a su propio deseo, a su propia realización como mujer y como existencia creada. Dios construye sobre estos cimientos su casa, abierta de par en par a todos y a todo, de suerte que desde cualquier punto de la tierra cada uno pueda asombrarse al ver la revelación del Misterio. Las últimas palabras de la encíclica *Deus caritas est* dicen: «María es grande precisamente porque

quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma [...]. Sabe que contribuye a la salvación del mundo no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios. Es una mujer de esperanza: sólo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel, el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas» (Benedicto XVI).

ORATIO

Señor misericordioso, tú viniste a visitar al hombre en su vida cotidiana para traerle el anuncio inaudito de tu encarnación. Haz que también nosotros, amados gratuitamente, te respondamos, como María, sin dudar, con nuestro: «Aquí estoy». Al acoger tu Palabra de vida, cada uno de nosotros se convertirá en morada de tu Verbo, que vino a los hombres para elevarnos al seno de la Trinidad, inefable misterio de amor.

CONTEMPLATIO

¿Quién ha visto alguna vez y ha oído que Dios, sin quedar circunscrito, habitara en un seno y que el vientre de una virgen no fuera demasiado estrecho para contener a aquel a quien el cielo no contiene. Él ha sido engendrado de mujer ni como simplemente Dios, ni como simplemente hombre. Aquel que ha sido engendrado, ha mostrado como puerta de la salvación a aquella que en otro tiempo fue la puerta del pecado. Donde la serpiente había infundido su veneno mediante la desobediencia, el Verbo, habiendo entrado en su templo mediante la obediencia, le ha dado la vida. Allí donde emergió Caín, el primer discípulo de la falta, allí, sin semilla, ha germinado Cristo, redentor de nuestra raza. El Dios aman-

te del hombre no se ha ruborizado de nacer de una mujer; era fuente de vida lo que se estaba haciendo.

¡Oh vientre en el cual se ha compuesto el registro de la común libertad! ¡Oh matriz en la cual se ha forjado el arma contra la muerte! ¡Oh surco en el que el agricultor de la naturaleza, Cristo, ha crecido sin semilla, como una espiga de trigo! ¡Oh templo en el que Dios ha llegado a ser sumo sacerdote! Si el Verbo no hubiera habitado en el seno, la carne no se habría sentado en el trono santo. Si hubiera sido un deshonor para Dios entrar en el útero que le había plasmado, entonces también lo habría sido servir a los hombres: de rico como era, no se habría hecho pobre por nosotros.

No anunciamos a un hombre deificado, sino que confesamos a Dios hecho carne. Él, que no tiene madre como Creador ni padre como hombre, eligió a su madre como su esclava (Proclo de Constantinopla, *Omelia sulla Madre di Dio*, I, 1-4, en Comunità di Bose [ed.], *Maria. Testi teologici e spirituali dal I al XX secolo*, Milán 2000, 234s).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«El Señor está contigo» (Lc 1,28).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Como una gavilla se recoge en su centro y se expande en sus extremos, así la vida de María se concentra en su «sí». A partir de él, su vida recibe su sentido y su forma, se despliega hacia adelante y hacia atrás. Lo que resume su vida de un modo único, a la vez la acompaña en cada instante de su existencia, ilumina cada vuelta de su vida, otorga su sentido determinado a

cada situación, le regala a ella misma la gracia de la comprensión de un modo siempre nuevo en cada situación. Su «sí» llena de sentido todo respiro, todo movimiento, toda oración de la Madre del Señor. Ésta es, en efecto, la naturaleza de un «sí»: ata a quien lo pronuncia, pero le concede al mismo tiempo plena libertad de realización. María, al pronunciar el «sí», renuncia a sí misma y se decide a dejar actuar únicamente a Dios; sin embargo, precisamente mediante esta decisión, se vuelve cooperadora, en cuanto que la cooperación con las obras de la gracia es siempre fruto de una renuncia. Toda renuncia hecha en nombre del amor resulta fecunda, dado que deja espacio a la aceptación de Dios, y Dios espera sólo la aceptación del hombre para mostrar lo que es capaz de hacer el mismo hombre junto con Dios. A través de la renuncia a todas sus posibilidades, María obtiene una realización que va más allá de sus posibles esperanzas: se convierte en la madre del Señor cooperando con el cuerpo, su sierva y esposa cooperando con el Espíritu. Su fecundidad es tan ilimitada precisamente porque la renuncia presente en su «sí» aparecía asimismo sin límites. María no pone ninguna condición, no expresa reserva alguna, sino que se entrega enteramente en el acto de su respuesta. No se limita a querer lo que Dios también quiere, sino que pone su «sí» a disposición de Dios para que lo convierta en objeto de creación y transformación. Al pronunciar el «sí» no expresa ningún deseo, preferencia o petición que deban ser respetados. No suscribe ningún contrato con Dios, sino que sólo desea ser admitida en la gracia tal como la misma gracia requiere de ella. Sólo Dios debe disponer de su «sí». Desde el momento en que ha pronunciado este «sí» lleva a cabo una constante realización sometándose a Dios en todo y de una manera total: el «sí» viene a configurar, por consiguiente, toda su existencia (A. von Speyr, *L'ancella del Signore. Maria*, Milán 1986, 7.9-10, *passim* [edición española: *La esclava del Señor*, Encuentro, Madrid 1991]).

La visita de María a Isabel. El Magníficat (Lc 1,39-56)

³⁹ Por aquellos días, María se puso en camino y se fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. ⁴⁰ Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. ⁴¹ Y cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño empezó a dar saltos en su seno. Entonces Isabel, llena del Espíritu Santo, ⁴² exclamó a grandes voces:

–Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ⁴³ Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? ⁴⁴ Porque en cuanto oí tu saludo, el niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno. ⁴⁵ ¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

⁴⁶ Entonces María dijo:

⁴⁷ Mi alma glorifica al Señor

y mi espíritu se regocija

en Dios, mi Salvador,

⁴⁸ porque ha mirado

la humildad de su sierva.

Desde ahora me llamarán
dichosa todas las generaciones,

⁴⁹ porque ha hecho en mí
cosas grandes el Poderoso.

Su nombre es santo,

⁵⁰ y es misericordioso siempre
con aquellos que le honran.

⁵¹ Desplegó la fuerza de su brazo
y dispersó a los de corazón soberbio.

⁵² Derribó de sus tronos a los poderosos
y ensalzó a los humildes.

⁵³ Colmó de bienes a los hambrientos
y a los ricos despidió sin nada.

⁵⁴ Tomó de la mano a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia,

⁵⁵ como lo había prometido
a nuestros antepasados,
en favor de Abrahán
y de sus descendientes para siempre.

⁵⁶ María estuvo con Isabel unos tres meses; después volvió a su casa.

LECTIO

El encuentro de ambas madres corona el doble anuncio. Sin embargo, la atención se concentra en los hijos que una y otra llevan en el seno. Los pasos de María se dirigen hacia los montes de Judea con la intención de asistir a Isabel y de compartir con ella la alegría del hijo. En cuanto oyó el sonido del saludo de María, el niño empezó a dar saltos en el seno de Isabel. Y ésta, bajo la acción del Espíritu Santo, interpreta proféticamente este signo: «*Bendita tú entre las mujeres*» (v. 42), o sea: Dios te ha bendecido de un modo particular entre todas las hijas de Israel, «*y bendito el fruto de tu vientre*», el hijo que habría de dar a luz. Mientras proclama la dignidad única de María, la madre del Bautista confiesa que Jesús es su «*Señor*» (cf. Flp 2,11). El saludo de Isabel termina con una «bienaventuranza»: «*¡Dichosa tú, que has creído!*» (v. 45). La fe de María, que está en el origen de su grandeza, se verá premiada por el cumplimiento de la Palabra de Dios en ella. María se queda junto a Isabel, asistiéndola en su embarazo, hasta el nacimiento de Juan.

María corresponde al regocijo de su anciana pariente elevando a Dios un himno de acción de gracias, el primero de una serie de himnos que constelan el «evangelio de la infancia» (véase también: Lc 1,68-79: *Benedictus*; 2,14: *Gloria*; 2,29-32: *Nunc dimittis*). Este himno toma elementos de los salmos de la Biblia, pero sobre

todo del cántico de Ana (1 Sm 2,1-10). En él se evoca también la oración litúrgica de las primeras comunidades cristianas. El *Magnificat* es, al mismo tiempo, el canto de María y el canto de la Iglesia, que lo ha hecho suyo en la liturgia de vísperas.

María alaba y da gracias a Dios porque se ha inclinado sobre ella, porque ha mirado la humildad de su sierva, realizando «*cosas grandes*» y maravillosas, haciendo de ella la madre del Mesías. La «bienaventuranza» proclamada por Isabel resonará en el futuro entre «*todas las generaciones*». Diferentes títulos («*mi Salvador*», «*Poderoso*», «*santo*») ponen de relieve la bondad y la omnipotencia de Dios, mientras que una serie de antítesis ilustra su «*misericordia*», su amor fiel, que se extiende «*de generación en generación*». Porque el Señor humilla a los ricos, a los poderosos, a los soberbios; libera y eleva a los humildes, a los pobres y a los hambrientos que confían en él. Son las constantes de la acción de Dios, como demuestran las Escrituras sagradas de Israel.

La cumbre de las intervenciones salvíficas de Dios es la redención mesiánica, en la que se cumple la promesa hecha «*a nuestros padres*». María ha sido la primera en alcanzar esta salvación («*mi Salvador*»), pero ésta se extiende a toda la «*descendencia*» de Abrahán, tanto a la histórica y natural (Israel) como a los hijos de Abrahán «*según el Espíritu*» (cf. Gál 4,29).

MEDITATIO

María, llevando consigo el anuncio del ángel, «*se fue de prisa a la montaña*» para asistir a su anciana prima, que se encontraba en el sexto mes de su embarazo. La prisa de María es la de quien tiene una novedad para comunicar, la de quien ha recibido un don y sabe que no

le pertenece en exclusiva y no se para a hacer proyectos personales, dándole vueltas a lo que ha sucedido, sino que, concretamente, mira a su alrededor y vive las urgencias de la vida diaria, consciente de que lo que ha recibido es para todos. Al dirigirse a casa de Isabel, María abre con sencillez la puerta de un misterio esperado e invocado durante siglos por todo su pueblo. La abre también para nosotros hoy y, junto con Isabel y Juan el Bautista, nos enseña a no quedarnos como meros espectadores de un acontecimiento, sino a convertirnos en partícipes del mismo, dejando actuar al Espíritu Santo que vive en cada uno de nosotros.

Orígenes se preguntaba frente al misterio de la encarnación: «¿De qué me sirve a mí que Cristo naciera una vez de María en Belén si no nace por la fe en mi alma?». ¿Para qué sirve? ¿De qué me sirve a mí que una mujer joven acogiera una vez el anuncio de Dios y se pusiera de prisa en camino? ¿De qué me sirve hoy a mí si no me fijo en estas actitudes para ponerme yo también en camino apoyado por el Espíritu del Señor?

María es *dichosa* porque ha creído, pero nosotros, que sin haber visto hemos creído, también somos dichosos. También somos dichosos nosotros, que escuchamos la Palabra e intentamos darle cuerpo. Siempre se abre un camino en lo cotidiano de nuestra existencia: sintamos en el corazón la urgencia de recorrerlo, démosle vida con la disponibilidad de nuestros pobres pasos. Descubriremos la alegría de los que ponen su confianza continuamente en Dios y también nosotros llegaremos a «proclamar la grandeza del Señor»; seremos capaces de vislumbrar en los acontecimientos de nuestra historia personal, en la de nuestro tiempo, los signos de su paso; viviremos el estupor y la gratitud por las grandes cosas con las que nos colma el Altísimo y podremos esperar la inversión de las lógicas del mundo.

ORATIO

Oh Virgen Madre, portadora de alegría, llevando a Jesús en tu seno subiste exultante a casa de tu anciana pariente. Enciende también en nosotros la exultación por las visitas de gracia con las que siempre consuelas a tus hijos. Haz que Jesús, plenitud de vida, haga florecer nuestra esterilidad y desate en nosotros el deseo de cantar las grandes obras que él realiza elevando a los humildes y a los pequeños, y colmando con su presencia nuestra hambre de amor. Amén.

CONTEMPLATIO

María se dirigió de manera solícita a casa de Isabel para admirar el gran prodigio de la nueva concepción. María dio crédito a cuanto le había dicho el ángel y acogió admirablemente la concepción como cosa verdadera. Fue a ver a la anciana, ya adentrada en años y también encinta, porque consideró verdaderas las palabras que había oído al ángel. La joven y la anciana, como hemos dicho, se vieron: la mañana y la noche se encontraron para besarse. María es la mañana y lleva el Sol de justicia; Isabel, en cambio, es la noche que lleva la estrella luminosa. Vino la mañana y saludó a la noche, su compañera, y la noche se conmovió al verse besar por la mañana. La Virgen muchacha era prudente y humilde, y como madre honró a la anciana cuando ésta la recibió; ahora bien, dado que la estrella no podía acoger al sol, a su aparición se sobresaltó y por la alegría empezó a empujar. La luz de la mañana se encontró con la oscuridad de la noche y la conmovió, y ésta no podía soportar sus rayos. La joven habló y el hijo de la anciana se conmovió y se maravilló, y el Verbo sacudió a la Voz para que se manifestara. El hijo de la Virgen, el anciano de días y el anciano de siglos, entre los levitas, empezó

a realizar una nueva obra: ungió con el Espíritu Santo al niño en el seno de su madre y, antes de que naciera, le administró el bautismo en el seno. María pronunció su saludo en el oído de la anciana y el Espíritu Santo penetró en el alma del niño. Es, en efecto, lo que había anunciado el ángel: «*Quedará lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre*». Y el Hijo de Dios, tomando el Espíritu Santo de sí mismo, se lo dio al heraldo mientras estaba todavía dentro de su madre. El saludo de María hizo allí el ministerio de sacerdote; Isabel, en cambio, fue el recipiente del bautismo (Santiago de Sarug, «*Omelia sull'annunciazione*», 121-152, en *Comunità di Bose* [ed.], *María. Testi teologici e spirituali dal I al XX secolo*, Milán 2000, 417s).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Porque ha hecho en mí cosas grandes el Poderoso. Su nombre es santo*» (Lc 1,49).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El *Magnificat* es la celebración de lo imposible hecho acontecimiento. El canto de María tiene su fuente, primero, en la admiración: «*Ha hecho en mí cosas maravillosas, ha convertido mis días en un tiempo de admiración, mi vida en un lugar de prodigios*». El canto de María nace de una experiencia feliz: ha captado a Dios. La exultación no deriva de la revelación de nuevas reglas de vida, de un código ético mejor: la buena noticia que María transmite es el enamoramiento de Dios, de un Dios que ha puesto las manos en la espesura de la vida, en las heridas de la historia. El *Magnificat* es el evangelio que pone en el centro de la religión no lo que yo hago por Dios, sino lo que Dios hace por mí. La alegre noticia es que Dios ha atravesado

los cielos, me cuenta los cabellos de la cabeza, me invita a respirar con su respiración, a soñar sus sueños, a vivir su vida.

Con todo, hay en este canto revolucionario un escándalo para la fe. ¿Dónde está el vuelco? Después de veinte siglos todavía seguimos repitiéndonos aquí las mismas cosas. ¿Ilusión? ¿Engaño? El hambre sigue matando, los cementerios triunfan. Sin embargo, la esperanza es más fuerte que los hechos. No los ignora, no los elude, sino que los atraviesa y los contesta. Porque si yo creo que la noche acabará, no es porque el sol ya haya despuntado, sino porque, como cristiano, soy hombre del tercer día: «*Al tercer día resucitaré*» (Mt 20,19). Y en el colmo de la noche del viernes de Pasión soy capaz de fijar los ojos y el corazón en la línea matinal de la luz, que parece minoritaria, pero que sale vencedora. Si creo que el mundo cambiará, con María, no es por los signos que llevo a discernir en la maraña sangrienta de la historia, sino porque está la promesa, porque Dios se ha comprometido y porque por su promesa una serie de hombres valientes y libres desafían la noche. La promesa de Dios es mi punto de apoyo. Dios escucha siempre: no nuestras oraciones, sino sus promesas.

El canto es directamente proporcional a nuestra capacidad de asombro y de futuro, a nuestra capacidad de no esperar, sino de generar el futuro. El futuro que entra así en nosotros mucho antes de que acontezca. Salvación es que él ame, no que yo ame. Ésta es la religión del *Magnificat*, religión del don, religión del amado que ha sido capaz de ver a Dios todavía actuando, Creador incansable, con las manos todavía ocupadas en la espesura de la vida (E. Ronchi, *Dieci cammelli inginocchianti*, Rudiano [Bs] 1999, 143-155, *passim*).

El nacimiento de Juan. El Benedictus (Lc 1,57-80)

⁵⁷ Se le cumplió a Isabel el tiempo y dio a luz un hijo. ⁵⁸ Sus vecinos y parientes oyeron que el Señor le había mostrado su gran misericordia y se alegraron con ella. ⁵⁹ Al octavo día fueron a circuncidar al niño, y querían llamarlo Zacarías, como su padre. ⁶⁰ Pero su madre dijo:

–No, se llamará Juan.

⁶¹ Le dijeron:

–No hay nadie en tu familia que lleve ese nombre.

⁶² Se dirigieron entonces al padre y le preguntaron por señas cómo quería que se llamase. ⁶³ Él pidió una tablilla y escribió: Juan es su nombre. Entonces, todos se llevaron una sorpresa. ⁶⁴ De pronto recuperó el habla y comenzó a bendecir a Dios. ⁶⁵ Todos sus vecinos se llenaron de temor, y en toda la montaña de Judea se comentaba lo sucedido. ⁶⁶ Cuantos lo oían pensaban en su interior: «¿Qué va a ser este niño?». Porque, efectivamente, el Señor estaba con él. ⁶⁷ Zacarías, su padre, se llenó del Espíritu Santo y profetizó:

⁶⁸ Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado
y redimido a su pueblo.

⁶⁹ Nos ha suscitado una fuerza salvadora
en la familia de David, su siervo,
⁷⁰ como lo había prometido desde antiguo
por medio de sus santos profetas,
⁷¹ para salvarnos de nuestros enemigos
y del poder de todos los que nos odian.

⁷² De este modo mostró el Señor
su misericordia a nuestros antepasados
y se acordó de su santa alianza,

⁷³ del juramento que hizo
a nuestro antepasado Abrahán,
para concedernos
⁷⁴ que, libres de nuestros enemigos,
podamos servirle sin temor;
⁷⁵ con santidad y justicia
en su presencia toda nuestra vida.

⁷⁶ Y tú, niño, serás llamado
profeta del Altísimo,
pues irás delante del Señor
para preparar sus caminos,
⁷⁷ para anunciar a su pueblo la salvación
por medio del perdón de sus pecados.

⁷⁸ Por la misericordia entrañable
de nuestro Dios,
nos visitará un sol que nace de lo alto,
⁷⁹ para iluminar
a los que están en tinieblas
y en sombras de muerte,
y para dirigir nuestros pasos
hacia el camino de la paz.

⁸⁰ El niño iba creciendo y se fortalecía en su interior. Y vivió
en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel.

LECTIO

Con el nacimiento del niño se cumple el anuncio hecho a Zacarías. A la alegría de los padres se une la de los vecinos y parientes, y todos dan gracias al Señor por haberles concedido un signo tan grande de su benevolencia («*misericordia*»). Como observaban la ley, Zacarías e Isabel hicieron circuncidar al niño al octavo día, con lo que se volvió plenamente miembro del pueblo de Dios. La misma imposición del nombre fue ocasión de otros hechos sorprendentes: la intervención misteriosa de Dios sigue manifestándose. Los presentes lo advierten, se preguntan maravillados («¿*Qué va a ser este niño?*»: v. 66), difunden la noticia de esos acontecimientos por la región y los conservan en su memoria.

Zacarías, invadido por el Espíritu, pronuncia, a su vez, una «bendición» que, en su primera parte, es un himno de acción de gracias dirigido al «*Dios de Israel*», autor de la «historia de salvación», que va a llegar a su cima con el nacimiento del Mesías. La salvación nueva y definitiva realiza las promesas hechas a los «*padres*»: a los patriarcas y a las generaciones precedentes del pueblo de Dios, porque el Señor es fiel a su pacto y a su juramento.

Con lenguaje bíblico se califica a la redención mesiánica como liberación «*de nuestros enemigos y del poder de todos los que nos odian*» (v. 71): en el horizonte del Evangelio se trata, de un modo todavía más radical, de la salvación de las potencias enemigas y del pecado, que arrastran a la humanidad a la muerte. La situación que de ahí brota consiste en servir al Señor «*con santidad y justicia*» (vv. 74s). El hombre redimido se dirige «*hacia el camino de la paz*» (v. 79).

Zacarías se dirige, idealmente, en la segunda parte del himno, a su hijo y esboza su futura misión. Juan será un día «*profeta del Altísimo*», siguiendo la estela de los antiguos profetas, pero con la tarea singular de «precursor» del Mesías. Según las palabras proféticas de Isaías (cf. 3,4), «*irá delante del Señor*» (cf. 1,17) preparándole el camino, llamará al pueblo a la conversión y señalará en Cristo a aquel que salva de los pecados (cf. 3,3). El conjunto está reconducido a la iniciativa de Dios, a su «*misericordia*». Su visita salvífica se describe poéticamente como la salida del sol, que ilumina a los que viven «*en tinieblas y en sombras de muerte*» (cf. Is 9,1).

El relato se cierra (v. 80) con una noticia relacionada con el crecimiento del pequeño Juan. El Espíritu sigue actuando en él y le hace fuerte. La soledad es el lugar ideal para templar espiritualmente al precursor del Mesías. Su misión se desarrollará también en el desierto.

MEDITATIO

El nacimiento de un hijo llena de alegría el corazón de sus padres y de sus familiares, y conduce a todos a la exultación, a dar gracias a Dios por su inmensa misericordia, por lo grande que es el don recibido. Esto vale para todas las familias, pero de un modo particular para la de Zacarías e Isabel, que parecía destinada a no tener hijos.

En el momento de la circuncisión, cuando el niño entra a formar parte del pueblo elegido, ambos padres deciden llamarle Juan, es decir, «el Señor es misericordioso» (cf. 1,13). Con la elección de este nombre expresan que Dios ama a su pueblo y se «sirve» de toda persona para manifestar su salvación. Dios, a través de este niño, tiene misericordia de estos dos padres, quitándoles la infamia de la esterilidad, pero, al mismo tiempo, tiene misericordia de todos los hombres, porque confía una tarea al recién nacido: preparará el camino al Mesías.

Es algo grande pensar que precisamente su padre, Zacarías, después de haber permanecido mudo algunos meses, colmado de alegría y de fe pronunciará un himno de bendición con el que revelará a todos la misión de su hijo: será el Precursor, el que revelará a todos la visita de Dios a Israel, su presencia en la persona de Jesús, en quien se cumplen todas las promesas hechas por Dios a su pueblo. Zacarías une en su himno la espera de Israel, la esperanza del pueblo de ver realizada la antigua promesa de Abrahán y la verdad del cristianismo: en Jesús, muerto y resucitado, se han cumplido las promesas de Dios. Y será precisamente Juan quien señalará a Jesús y dirá: «*Éste es el Cordero de Dios*», el sol de justicia, el que restablecerá la paz, y sus discípulos Andrés y Juan le seguirán.

ORATIO

Oh Dios, Padre bueno, tú que te dignaste al enviar a Juan para preparar el camino a tu Hijo amado, haz que, acogiendo con prontitud y docilidad tus designios, incluso cuando se nos presenten misteriosos, reconozcamos en ellos tu salvación. Abre nuestros corazones a la gratitud y a la bendición, para que siempre te acuerdes de tu amor y no dejes nunca de visitar desde lo alto a cuantos se encuentran en las tinieblas y en las sombras de muerte, para colmarlos de tu luz y de tu misericordia, en Jesucristo, nuestro Señor.

CONTEMPLATIO

Muy cerca de la Fuente se erguía aquel noble cedro –me refiero a Juan, primo y amigo del Esposo (cf. Jn 3,29), precursor, bautista y mártir del Señor–. Se encontraba extremadamente cerca del Salvador; de hecho, no le unían a él sólo los vínculos de la sangre, sino que los de la amistad le convertían en su íntimo y, además, se le acercaba más que los otros mortales a causa de su anuncio glorioso (cf. Lc 1,13-17), por la novedad de su nacimiento, a causa de su santidad casi original (cf. Lc 1,57-79), de su predicación tan semejante (cf. Lc 3,1-18), de su poder de bautizar (cf. Mt 3,13-17) y, por último, de su valiente pasión. Finalmente, aunque faltara todo lo demás y todos los oráculos proféticos lo pasaran en silencio, la sola «gracia» de su nombre que «*el ángel había señalado antes de su concepción*» (Lc 2,21) sería ampliamente suficiente para dar testimonio de la gracia singular que Dios le había comunicado.

En efecto, era conveniente que la gracia brillara de una manera extraordinaria en aquel que estaba destinado a marcar el límite entre el tiempo de la ley y el tiempo

de la gracia (cf. Jn 1,17). En consecuencia, con toda razón el nacimiento de aquel niño (cf. Lc 1,14), concedido a unos padres ahora viejos y que venía a predicar al mundo senescente la gracia de un nuevo nacimiento, con toda razón –decía– este nacimiento fue entonces para muchos, como sigue siendo igualmente hoy, causa de alegría. En cuanto a mí, no cabe duda de que, con su nacimiento, me aporta una nueva alegría aquella lámpara hecha para iluminar al mundo (cf. Jn 5,35), puesto que gracias a ella he reconocido la verdadera luz que brilla en las tinieblas, pero que las tinieblas no acogieron (cf. Jn 1,5): Juan, en efecto, catequizaba primero a la Iglesia, la inicia en la penitencia, la prepara con el bautismo y, dispuesta así, la entrega a Cristo y la une a él; después, tras haberle enseñado a vivir en la templanza, le entrega, con el ejemplo de su misma muerte, la fuerza para dirigirse a la muerte con valor (Guerrico de Igny, *Sermón sobre san Juan Bautista* I, 3ss).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«Bendito sea el Señor Dios de Israel» (Lc 1,68).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En cuanto Juan recibió el nombre de su padre, la boca de Zacarías se abrió por su obediencia, se llenó del Espíritu Santo y brotó un canto de su corazón. No se queda en su alegría personal, extraordinaria e inesperada, de tener un hijo, sino que cantará su alegría de padre después de haber cantado la alegría más elevada que nace de la misericordiosa ternura de Dios con el hombre. Dios, el Señor, el Inaccesible, se ha expresado en nuestra historia: la larga y angustiosa espera se ha realizado. La certeza principal del pueblo de Israel es el amor que Dios ha

tenido desde el principio por su creación, y la certeza de que toda criatura está ligada a él, depende de él y sólo por él tiene su razón de existir. Ahora bien, a esta certeza fundamental se le ha añadido una revelación: Dios se ha «revelado» a los ojos de los hombres como ligado y unido personalmente a ellos.

Zacarías nos invita, inicialmente, a no olvidar ninguno de los beneficios pasados del Señor. Pero hoy, «*colmado del Espíritu Santo*», canta una alegría y una «visita» mucho más grandes: la visita de Dios, que viene a rescatar a su pueblo por medio del Mesías tan esperando, Jesús, «poder de salvación». Dios realiza hoy lo que habían anunciado los profetas. Muestra su bondad, se acuerda de su alianza. Libres ahora, canta Zacarías, podremos «*servir a Dios con santidad y justicia*». La santidad es, antes que nada, el privilegio de Dios, su misma divinidad, pero Dios la extiende al hombre cuando crea un vínculo de amor con él. La fidelidad a este vínculo se vuelve camino de felicidad.

Zacarías no intentó inventar fórmulas sorprendentes para orar a su Dios. Repitió las grandes intervenciones de Dios en la historia sagrada y unió a estos grandes favores el que le toca más de cerca, el hijo que no se atrevía a esperar. Las realidades del pasado sirven de soporte para acoger el inmenso acontecimiento de hoy y, también, para garantizar que Dios estará presente mañana (J. Loew, *Preghiera e vita*, Brescia 1989, 70-74, *passim* [edición española: *La vida a la escucha de los grandes orantes*, Narcea, Madrid 1989]).

El nacimiento de Jesús

(Lc 2,1-20)

¹ En aquellos días apareció un decreto del emperador Augusto ordenando que se empadronasen los habitantes del Imperio. ² Este censo fue el primero que se hizo durante el mandato de Quirino, gobernador de Siria. ³ Todos iban a inscribirse a su ciudad. ⁴ También José, por ser de la estirpe y familia de David, subió desde Galilea, desde la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, ⁵ para inscribirse con María, su esposa, que estaba encinta. ⁶ Mientras estaban en Belén le llegó a María el tiempo del parto, ⁷ y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada.

⁸ Había en aquellos campos unos pastores que pasaban la noche al raso velando sus rebaños. ⁹ Un ángel del Señor se les apareció, y la gloria del Señor los envolvió con su luz. Entonces les entró un gran miedo, ¹⁰ pero el ángel les dijo:

–No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será también para todo el pueblo: ¹¹ Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor. ¹² Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

¹³ Y de repente se juntó al ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: ¹⁴ «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres que gozan de su amor!».

¹⁵ Cuando los ángeles se marcharon al cielo, los pastores se decían unos a otros:

–Vamos a Belén a ver eso que ha sucedido y que el Señor nos ha anunciado.

¹⁶ Fueron de prisa y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. ¹⁷ Al verlo, contaron lo que el ángel les había dicho de este niño. ¹⁸ Y cuantos escuchaban lo que decían los pastores, se quedaban admirados. ¹⁹ María, por su parte, guardaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón. ²⁰ Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios porque todo lo que habían visto y oído correspondía a cuanto les habían dicho.

LECTIO

El nacimiento de Jesús, punto de llegada del «evangelio de la infancia», aparece narrado en Lucas con una extrema sencillez, aunque poniendo de relieve su importancia decisiva. El marco histórico evoca un censo cuya fecha y modalidades precisas permanecen inciertas, pero no se pasa por alto el hecho de que el mismo emperador de Roma se convierte aquí en instrumento inconsciente de un misterioso designio de Dios: el Mesías no nacerá en Nazaret, sino en Belén, en la «ciudad de David», del que es heredero y descendiente. María y José llegan a ella como humildes súbditos obligados por el poder imperial a realizar un viaje incómodo. El niño nace en unas condiciones de pobreza y marginación, pero rodeado de los cuidados maternos. El lugar del nacimiento será una señal para los pastores.

Éstos son los destinatarios privilegiados de una aparición sobrenatural. El anuncio que les dirige un ángel y el canto del «*ejército celestial*» comunican también a los lectores de Lucas el significado del nacimiento de Jesús. El ángel anuncia a los humildes pastores –no a las personas doctas, ricas y poderosas– una «*gran alegría, que lo será también para todo el pueblo*» (v. 10); la alegría mesiánica se difundirá desde el pueblo de la primera alianza a todas las gentes.

La causa de tanta alegría es el nacimiento de «*un Salvador, que es el Mesías, el Señor*» (v. 11): mediante la acu-

mulación de títulos se pone de relieve el papel (Cristo), la misión (salvador) y la dignidad trascendente (Señor) del que ha nacido.

El anuncio festivo va acompañado de un himno (v. 14) que es, al mismo tiempo, una proclamación del acontecimiento salvífico. Mientras que en el mundo celestial los ejércitos angélicos glorifican a Dios, en la tierra, y para los hombres «*que gozan de su amor*», se realiza la «*paz*» en el sentido bíblico de la palabra: armonía y plenitud de bienes. Los pastores aceptan la invitación del mensajero celestial y encuentran al Mesías recién nacido. La gente, al escuchar su relato, se quedaba admirada (v. 18): es el estupor suscitado por la irrupción de lo divino en el tejido cotidiano. María recibe, contempla y guarda en su intimidad el recuerdo de estos acontecimientos, unos acontecimientos de los que es protagonista junto con su Hijo (v. 19).

MEDITATIO

Si un día llamara a nuestra puerta una pareja de desconocidos pidiéndonos ayuda porque ella está encinta y va a dar a luz, ¿cómo reaccionaríamos?

María y José también eran, evidentemente, una pareja de desconocidos en Belén; sin embargo, fueron acogidos por unos pobres pastores que no sabían, a buen seguro, que el niño que iba a ver la luz era el Hijo de Dios. Les brindaron una sencilla hospitalidad y ofrecieron a María los mismos cuidados que le hubieran reservado a cualquier mujer de la familia que se encontrara en sus mismas condiciones. Dios se ha hecho tan solidario con nosotros que los pastores, sólo después del anuncio de los ángeles, saborearon la alegría de descubrir que aquel niño recién nacido entre ellos era el salvador del mundo, Cristo, el Señor.

Dejémonos provocar nosotros también por esta decisión de Dios y, antes de dar con la puerta en las narices a quien nos pida que le echemos una mano, pensemos que cada hombre es imagen de aquel Dios que quiso nacer entre nosotros pobre y necesitado de nuestra acogida.

Cada niño que nace encierra en él el mismo misterio de vida elegido por el Señor al encarnarse. Cada niño que nace es una historia entre otras muchas... y el Hijo de Dios eligió para sí una de las muchas situaciones humanas para estar presente en la historia de cada hombre.

ORATIO

Señor Jesús, postrados ante ti, adoramos en silencio el misterio de tu nacimiento entre nosotros. La luz de tu venida nos arranca de la oscuridad de nuestras noches: abandonando toda duda y compromiso, venimos a tu encuentro. Nuestros ojos te contemplan como Dios y hombre, poderoso y frágil, desde siempre en el seno del Padre y ahora puesto en un pesebre. Por eso brota un canto nuevo de nuestros labios, un canto colmado de asombro y de gratitud. Te adoramos y te bendecimos, oh Cristo, nuestro Salvador, y queremos anunciar con alegría tu salvación a todos nuestros hermanos.

CONTEMPLATIO

Mientras César Augusto enviaba a Quirino para hacer el censo, el verdadero Augusto envió al mundo predicadores para recibir el tributo de la fe. Depositemos, pues, hermanos, el tributo de la fe y de la buena conducta a los pies de Jesús. Que nadie se quede atrás; subamos todos desde la Galilea, es decir, del mundo que pasa, hacia la Judea de la verdadera fe, de modo que merezcamos

estar también nosotros en Belén, o sea, en «la casa del pan», la casa del que dijo: «*Yo soy el pan vivo bajado del cielo*» (Jn 6,41).

Tras haber dado a luz a Cristo, la bienaventurada Virgen María lo envolvió en pañales y lo puso en un pesebre. El que venía a prepararnos los amplios espacios del Reino celestial quiso reposar en un pesebre estrecho. El que venía a entregarnos la vestidura de la bienaventurada inmortalidad quiso ser envuelto no en pañales de seda o en tejidos preciosos, sino en pañales de tosca lana. El que venía con prisa a soltar nuestros pies y nuestras manos de las cadenas, a fin de que pudiéramos realizar obras buenas, permitió que le apretaran en una pequeña cuna. Por tanto, que cada uno se corrija, en el día del nacimiento del Hijo de Dios, de lo que descubra en sí mismo de reprochable. Sí, hagamos votos con fe y el Señor nos dará la capacidad de cumplirlos. ¿O no daremos nada al Creador de todas las cosas, que viene a morar entre nosotros? Pero ¡cuidado!: él no espera de nosotros ninguna otra cosa que nosotros mismos (Anónimo del siglo IX, «Homilía para el nacimiento del Señor», en *SChr* 161, 154-161, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres que gozan de su amor!» (Lc 2,14).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«Os anuncio una gran alegría, que lo será también para todo el pueblo: Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador». Para nosotros, que hemos recibido la gracia de saber y de

creer, no existe, en efecto, una alegría mayor que este encuentro entre Dios y los hombres, que este «cara a cara» entre el Hijo de Dios y nuestra humanidad. Con él, toda la naturaleza humana resulta no sólo salvada, sino ennoblecida, elevada por encima de sí misma, llevada más allá de sus propias capacidades naturales. Al acoger al Hijo de Dios, como un hermano, en el corazón de la humanidad, todos los hombres quedan ahora destinados a penetrar en la vida íntima de Dios. En efecto, el nacimiento de Jesús del seno de la Virgen María es una prolongación, en el tiempo y sobre la tierra, de otro nacimiento, decididamente anterior a este último, en la eternidad y en el cielo: su nacimiento continuo del seno del Padre. Y la alegría de María y José, como la de los pastores, es un reflejo de la infinita alegría que hacen comunicar al Padre y al Hijo, en la unidad del Espíritu Santo. El Padre contempla constantemente al Hijo, que fluye desde el abismo de su amor, y el Hijo fija sin fin la mirada del Padre. Un amor que profiere un Verbo y engendra un Hijo, y un Hijo que acoge el don del Padre, eternamente agradecido y colmado de amor. Jamás podrá imaginar un mortal la infinidad de esta alegría divina. Y, sin embargo, he aquí que cada hombre está llamado a entrar en ella, a su vez, y a compartir aunque sólo sean las migajas, que, a pesar de todo, día tras día, son cada vez más. Nuestra vocación de bautizados no tiene otro significado: hacer que esta alegría del Padre y del Hijo se convierta, progresivamente, en la nuestra. En efecto, también nosotros somos ahora hijos en el Hijo unigénito, coherederos con él. Podemos exclamar con él: «*Abba, Padre*», en el Espíritu Santo, puesto que no es sólo el Padre de Jesús, sino que es también nuestro Padre de verdad (cf. Rom 8,15). El nacimiento que tuvo lugar la noche de Navidad es, en consecuencia, la prolongación del nacimiento eterno en la Trinidad (A. Louf, *Beata debolezza*, Padua 2001, 22-24, *passim*).

Presentación del niño Jesús en el templo (Lc 2,21-40)

²¹ A los ocho días, cuando lo circuncidaron, le pusieron el nombre de Jesús, como lo había llamado el ángel ya antes de la concepción.

²² Cuando se cumplieron los días de la purificación prescrita por la ley de Moisés, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, ²³ como prescribe la ley del Señor: *Todo primogénito varón será consagrado al Señor*. ²⁴ Ofrecieron también en sacrificio, como dice la ley del Señor, *un par de tórtolas o dos pichones*.

²⁵ Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba en él ²⁶ y le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías enviado por el Señor. ²⁷ Vino, pues, al templo, movido por el Espíritu, y, cuando sus padres entraban con el niño Jesús para cumplir lo que mandaba la ley, ²⁸ Simeón lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios diciendo:

²⁹ Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar que tu siervo muera en paz.

³⁰ Mis ojos han visto a tu Salvador,

³¹ a quien has presentado

ante todos los pueblos

³² como luz para iluminar a las naciones

y gloria de tu pueblo, Israel.

³³ Su padre y su madre estaban admirados de las cosas que se decían de él. ³⁴ Simeón los bendijo y dijo a María, su madre:

—Mira, este niño va a ser motivo de que muchos caigan o se levanten en Israel. Será signo de contradicción, ³⁵ y a ti misma

una espada te atravesará el corazón; así quedarán al descubierto las intenciones de todos.

³⁶ Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, que era ya muy anciana. Había estado casada siete años, siendo aún muy joven; ³⁷ y después había permanecido viuda hasta los ochenta y cuatro años. No se apartaba del templo y daba culto al Señor día y noche con ayunos y oraciones. ³⁸ Se presentó en aquel momento y se puso a dar gloria a Dios y a hablar del niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

³⁹ Cuando cumplieron todas las cosas prescritas por la ley del Señor, regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. ⁴⁰ El niño crecía y se fortalecía; estaba lleno de sabiduría y gozaba del favor de Dios.

LECTIO

La circuncisión sella la pertenencia plena de Jesús a la estirpe de Abrahán. Le imponen al niño el nombre indicado por el ángel, nombre que expresa la misión a la que está destinado (cf. 1,31). Obsequiosos con la ley, los padres presentan también a su hijo primogénito en el templo. El libro del Levítico prescribe un rito de purificación para la madre después del parto (Lv 12); según el libro del Éxodo, todo primogénito pertenece al Señor y debe serle consagrado o bien rescatado mediante la ofrenda de un sacrificio (Éx 13). María y José se atienen a estos preceptos. Como son pobres, en vez de un corde-ro ofrecen simplemente una pareja de tórtolas.

En la visita al templo de Jerusalén tienen lugar unos hechos sorprendentes que preludian el futuro del niño. El protagonista es el anciano Simeón, «*hombre justo y piadoso, que esperaba el consuelo de Israel*» (v. 25), es decir, al Mesías salvador de su pueblo. Simeón –como Zacarías, Isabel y María– está movido también por el Espíritu de Dios, que le ilumina interiormente, inspirándole palabras proféticas, y le guía al encuentro con

Jesús. Y, en efecto, bajo la acción del Espíritu, pronuncia una «bendición» que es también una profecía, el *Nunc dimittis*. Simeón dice que ahora puede morir «*en paz*», después de haber servido fielmente al Señor a lo largo de su dilatada vida, alegre por haber encontrado finalmente el objeto de su esperanza, la salvación de Dios presente en el pequeño Jesús. En las palabras proféticas de este piadoso judío se ensancha la perspectiva desde Israel a todos los pueblos: la salvación está destinada a «*todos los pueblos*», y el salvador –aunque es, en primer lugar, «*gloria de tu pueblo, Israel*»– será «*luz para iluminar a las naciones*» (cf. Is 42,6 y 49,6; véase también Jn 8,12: Cristo, «*luz del mundo*»).

Simeón bendice después a los padres del niño, del mismo modo que Isabel había bendecido a María (1,42), añadiendo una doble profecía. La primera está relacionada con el recién nacido: para unos será causa de salvación («*se levanten*»), para otros de caída (con una alusión a Is 8,14). Será «*signo de contradicción*», un signo dado por Dios que provocará respuestas contradictorias. De este modo, saldrán a la luz los razonamientos escondidos, las opciones más profundas de todo ser humano. La segunda profecía tiene que ver con la madre, implicada no sólo en la generación, sino en toda la existencia del hijo y en su misión: «*Una espada te atravesará el corazón*», el corazón de María, en la pasión de Cristo, que ya se perfila desde ahora en el horizonte.

MEDITATIO

Simeón y Ana, representantes del Israel piadoso que hace del templo y, por consiguiente, de la oración y del servicio a Dios el centro de su vida, pertenecen al pueblo de los pobres y los humildes que ponen toda su confianza en Dios. A lo largo de su vida entretejida de oración, pero sobre todo ahora, por su edad avanzada, que

les ha privado del vigor y de las capacidades de la juventud, han aprendido a depender de Dios, a esperarle, a creer en su fidelidad y en el cumplimiento de sus promesas, aun cuando ahora parezca demasiado tarde. Entre la numerosa gente que se agolpaba en el templo de Jerusalén, sólo ellos precisamente, bajo la guía del Espíritu, reconocen en el niño presentado por dos sencillos padres la salvación y el consuelo de Israel, así como la luz que alumbraría a toda la humanidad. A ellos se revela Dios, y ellos son los que pueden reconocer su venida.

Estas dos figuras nos provocan a no contar con nuestros medios para salvarnos y a mirar con serenidad nuestra pobreza y fragilidad, con la conciencia de que, acogidas, ofrecidas y vividas con un abandono total en Dios, además de ser el lugar donde se manifiesta su poder –*«cuando me siento débil es cuando soy fuerte»* (2 Cor 12,10)–, son también la condición para vislumbrar la venida y la presencia del Salvador en los pliegues de nuestra historia. También podemos preguntarnos si le esperamos, cómo le esperamos y en qué medida nos alimentamos durante el tiempo de la espera de la esperanza que no defrauda, puesta ya en nosotros por el Espíritu, disponiéndonos con la oración y la confianza a dejarnos sorprender por la luz de Aquel que nos sale al encuentro y que, como hizo a Simeón, nos revela el sentido verdadero y pleno de la vida que nos libera del miedo a la muerte, considerada ahora como un paso hacia la vida eterna.

ORATIO

Señor Jesús, también nosotros, como Simeón y Ana, queremos abrir nuestros corazones y nuestros brazos para acogerte como don de salvación. A menudo nos sentimos demasiado viejos y cansados para creer aún

que puedas venir –como una mañana joven– a iluminar el ocaso de tantas noches nuestras. Haz que te acojamos cada día con la certeza de que tú vuelves nuevas todas las cosas y haces posible lo inesperado, de que tú eres la esperanza segura de nuestro mañana.

CONTEMPLATIO

Ofrece tu Hijo, Virgen sagrada, y presenta al Señor el fruto bendito de tu seno virginal. Ofrece para nuestra reconciliación la víctima santa y agradable a Dios, que aceptará la nueva ofrenda y preciosísima víctima, de la cual dice: Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas. mis complacencias.

Pero esta ofrenda, hermanos míos, parece bastante delicada, puesto que solamente es presentado el niño al Señor; después es redimido con algunas aves y luego se lo llevan. Tiempo vendrá en el que no será ofrecido en el templo ni entre los brazos de Simeón, sino fuera de la ciudad y entre los brazos de la cruz. Vendrá el tiempo en el que no será redimido con lo ajeno, sino que redimirá a otros con su propia sangre, porque Dios Padre le ha enviado para la redención de su pueblo. Aquél será sacrificio de la tarde, y éste es de la mañana; éste es más gustoso, pero aquél será más lleno; éste es en el tiempo de su nacimiento, aquél será en la plenitud de la edad.

Sin embargo, de uno y otro puedes entender lo que predijo el profeta: fue ofrecido porque él mismo quiso, pues aun ahora fue ofrecido no porque tenía necesidad, no porque estaba bajo del edicto de la ley, sino porque quiso; y en la cruz igualmente fue ofrecido no porque lo mereció, no porque los judíos lo maquinaron, sino porque él mismo quiso. Yo os ofreceré voluntariamente un sacrificio, Señor, porque voluntariamente fuiste ofrecido por mi salud, no por tu necesidad.

Pero ¿qué ofreceremos nosotros, hermanos míos, o qué le volveremos por todos los bienes que nos ha hecho? Él ofreció por nosotros la víctima más preciosa que tuvo –y no puede haber otra más preciosa–; hagamos también nosotros lo que podamos ofreciéndole lo mejor que tenemos, que somos nosotros mismos. Él se ofreció a sí mismo; ¿tú quién eres, que dudas en ofrecerte? (Bernardo de Claraval, *Sermón en la purificación de santa María*, III, 2s).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Jesús, tú eres la luz que ilumina a las naciones*» (cf. Lc 2,32).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Es la escena de un anciano que toma en brazos a un niño. El anciano toma en brazos al niño y, al hacerlo, sabe que toma en brazos su propio futuro. Él ha esperado, ha creído, y ahora su esperanza está aquí, pequeña como un niño, pero llena de vitalidad y de futuro. El anciano Simeón que toma en brazos a un niño es algo grande, es algo importante, porque nos representa a cada uno de nosotros frente a la novedad de Dios. Ésta se presenta como un niño, y nosotros, con todas nuestras costumbres, miedos, temores, envidias, preocupaciones, estamos frente a este niño, frente a la novedad de Dios. ¿Le tomaremos en brazos, le acogeremos, le haremos sitio?

La estructura de la oración de Simeón es muy sencilla. Supone una gran tensión interior, un sufrimiento vivido durante toda una vida. Supone que este hombre de fe había llevado adelante su vida caminando como justo y temeroso de Dios, según la ley, pero sin ver nunca el objeto de su esperanza. Ahora puede orar así porque durante muchos años ha deseado la gloria de su pueblo. Lo ha visto humillado, afligido, oprimido, y ha espe-

rado. Ha esperado ver la luz que ilumina a todas las naciones prometida por Isaías mientras las naciones pisoteaban a Israel. Ha visto la crueldad y el horror de las naciones y se ha macerado en el dolor y en el deseo. Ahora, sin embargo, ve. Ésta es la gran experiencia de la que nace su canto. Ahora ve un niño y habla de salvación. Realiza una experiencia que a los ojos de otro no significa nada, pero que en él, iluminado por la fe y por el Espíritu Santo, significa «ver la salvación». Ha sido capaz de captar, en los acontecimientos sencillos del niño Jesús, llevado por su madre y por José al templo, la presencia de la salvación de Dios, que se estaba manifestando. Y sus expectativas se resolvieron en la paz. La gloria de Dios no está presente en ese momento, la luz de las naciones todavía no se ha manifestado, pero Simeón ve en ese signo misterioso la salvación. Por eso irrumpe su oración de alabanza y de acción de gracias: «Señor, ya tengo bastante. Es todo lo que he deseado, mi corazón está lleno; todos mis deseos están saciados». La espera se resuelve en la contemplación de la salvación (C. M. Martini, *Itinerario di preghiera con l'evangelista Lucas*, Roma 1983, 45-49, *passim* [edición española: *El itinerario del discípulo: a la luz del evangelio de Lucas*, Sal Terrae, Maliaño 2002]).

Jesús, en el templo a la edad de doce años (Lc 2,40.41-52)

⁴⁰ El niño crecía y se fortalecía; estaba lleno de sabiduría y gozaba del favor de Dios.

⁴¹ Sus padres iban cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. ⁴² Cuando el niño cumplió doce años, subieron a celebrar la fiesta, según la costumbre. ⁴³ Terminada la fiesta, cuando regresaban, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres. ⁴⁴ Éstos creían que iba en la comitiva y, al terminar la primera jornada, lo buscaron entre los parientes y conocidos. ⁴⁵ Al no hallarlo, volvieron a Jerusalén en su busca.

⁴⁶ Al cabo de tres días, lo encontraron en el templo sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas. ⁴⁷ Todos los que le oían estaban sorprendidos de su inteligencia y de sus respuestas.

⁴⁸ Al verlo, se quedaron perplejos, y su madre le dijo:

—Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado angustiados.

⁴⁹ Él les contestó:

—¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?

⁵⁰ Pero ellos no comprendieron lo que les decía. ⁵¹ Bajó con ellos a Nazaret y vivió bajo su tutela. Su madre guardaba todos estos recuerdos en su corazón. ⁵² Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en aprecio ante Dios y ante los hombres.

LECTIO

El relato del nacimiento de Jesús termina, de modo paralelo a lo que hemos leído de Juan, con una alusión a su crecimiento. Sin embargo, se nota un aumento progresivo respecto al Precursor: Jesús no sólo «*se fortalecía*», sino que también «*estaba lleno de sabiduría y gozaba del favor de Dios*» (v. 40). Es una alusión discreta a la acción del Espíritu y a la presencia del Padre, que se manifestarán abiertamente en la escena del bautismo (3,21s). Así pues, en el caso de Jesús tenemos un apéndice más desarrollado, comparado con la breve noticia de la infancia del Precursor. El episodio acontecido con ocasión de una peregrinación a Jerusalén (vv. 41-50), además de colmar el largo intervalo entre el nacimiento y la vida adulta, nos hace comprender que el Jesús adolescente está ya totalmente consagrado a su misión.

Jesús, que había crecido en la piedad judía y en la observancia de la ley, participa a los doce años en una peregrinación (¿por la fiesta de la Pascua?) a la ciudad santa. Un angustioso contratiempo –cuyos detalles nos escapan– se convierte en ocasión para una escena iluminadora. Tras haberle buscado en vano en la comitiva, sus padres le encuentran en los grandes atrios del templo. Está sentado en medio de los escribas y los maestros de la ley; les escucha y les pregunta. Los que le oían «*estaban sorprendidos de su inteligencia y de sus respuestas*» (v. 47): primera manifestación de su sabiduría sobrehumana, que un día encantará a las muchedumbres. El muchacho responde al suave reproche de su madre con palabras que revelan su conciencia de sí mismo y su decidida orientación a la misión que le espera. Para él, los vínculos familiares están subordinados a otro más alto, el que le une con su «*Padre*». Aparece por primera vez la expresión «*es necesario*» (v. 49, literalmente), que remite al designio de Dios, con el que Cristo se configura durante toda su vida, hasta la muerte.

La nota conclusiva del evangelista revela que también María realiza un camino de fe. Se dice por segunda vez que conservaba todo esto en su corazón, meditándolo (v. 51). La contemplación interior de los signos y de las palabras de su Hijo conducirán «*a la que ha creído*» a la plena inteligencia de su misterio.

MEDITATIO

Es un evangelio inquietante y consolador al mismo tiempo: el evangelio en el que Jesús se perdió y María sufrió durante tres interminables días la ausencia y búsqueda angustiada de su hijo. Y no es que ella tuviera la culpa. Como toda madre, necesitaba tenerle bajo su mirada, seguro de todo peligro, para que no le pasara nada grave. Sin embargo, Jesús, que como verdadero hombre creció como su coetáneo Juan el Bautista, era diferente de él. La diferencia era debida sustancialmente a su singular relación filial con Dios Padre, declarada por él mismo en la escena conclusiva de esta perícopa, la única que, de manera significativa, no tiene ningún paralelo con los relatos de Lucas sobre Juan el Bautista. Y, en efecto, la conciencia de Jesús de ser el Hijo de Dios no tiene paralelos. Nadie puede mandarle, por tanto, que no se ocupe de las cosas de Dios.

Por eso, los padres de hoy sólo pueden y deben mandar haciendo coincidir su proyecto con el de Dios, confrontando sus pensamientos con otros Pensamientos, especialmente en el umbral de la adolescencia, cuando, inevitablemente, cada hijo o hija –lo quieran o no– debe elegir y tomar un camino. Esto, en el caso de Jesús, es todavía más comprometedor. No nos asombremos, por tanto, de las palabras tan acerbas y absolutas que pronuncia: «*¿No sabíais que...?*». También nosotros, enteramente sumergidos en el misterio de Dios, en las sorpresas de la fe, estamos invitados, como María, a

conservar en el corazón todo lo que no comprendamos en el momento presente, absorbiendo los sentimientos que de otro modo, con su adelanto, no dejarían reconocer la vocación-misión propia y de cada uno. Una vez establecido este principio, los padres serán verdaderamente padres que encuentran a sus hijos, y los hijos serán hijos que pueden volver a casa aprendiendo de Jesús la subordinación generosa y alegre como condición necesaria, para todos, del crecimiento.

ORATIO

Señor Jesús, toda nuestra vida es una búsqueda continua de tu rostro. Haz que volvamos a poner en ti nuestra confianza incluso cuando nos parezca que nos privas de tu compañía y ya no conseguimos verte ni sentirte cerca. Enséñanos a adorar el admirable designio del Padre –sobre nosotros y sobre nuestros «hijos»– y a creer que en todo lo que encontramos en nuestro camino tú estas presente y nos ayudas a preferir siempre lo que te agrada.

CONTEMPLATIO

Hay una gran diferencia entre el que habla en virtud de la gracia y el que lo hace por humana sabiduría. Se ha dado con frecuencia que hombres elocuentes y eruditos, muy dotados no sólo en el hablar, sino también en el comprender, aun habiendo pronunciado muchos discursos en las iglesias y gozado de gran éxito, no han conseguido excitar a compunción con sus discursos a ninguno de los oyentes, ni hacerles progresar en la fe o en el temor de Dios mediante el recuerdo de sus palabras. Se alejan de ellos habiendo gozado, con los oídos, sólo de una especie de deleite, de suavidad. Sin embar-

go, es frecuente que hombres de menor elocuencia, en absoluto preocupados por hacer un discurso bello, con palabras sencillas y exentas de adornos, han convertido a muchos a la fe, han inducido a los soberbios a la humildad, han clavado en el ánimo de los pecadores el estímulo de la conversión. Y esto es, ciertamente, un signo de que hablaban en virtud de la gracia que se les había dado (Orígenes, *Comentario a la Carta a los Romanos*, citado en AA. VV., *La teología dei Padri*, Roma ²1982, IV, 135s).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Todos los que le oían estaban sorprendidos de su inteligencia» (Lc 2,47).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

José y María le perdieron porque Jesús quiso perderse. No es una explicación, sino un hecho. Antes de la voluntad de José y María está la voluntad del Padre, que el Hijo vino a hacer sobre esta tierra, sin tener en cuenta su «bien» ni nuestro «bien». Éste es el punto más misterioso y más costoso de la religión, ¡y cuánta fe nos hace falta no para comprenderlo, sino para aceptarlo!

Jesús pertenece a nuestra Señora, a san José, a la «comitiva», a mí, a todos; a los de dentro y a los de fuera, a los de lejos y a los de cerca. Si él se va y pienso que le he perdido, no es él el que me ha dejado, sino que me ha citado en otra parte, pero yo no he sido capaz de caminar al paso de su caridad. Una vez más, «perder» es un modo de «tener». Un Cristo que se vuelve «más mío» alejándose es un absurdo lógico, pero no según la experiencia cordial del cristiano. El Cristo que sentimos presente en los otros: un Cristo «mío», recogido del corazón de cada criatura. Al irse, me obliga a buscarle y, al buscarle, me doy

cuenta de que es muy diferente y que necesitamos una casa más grande para hospedarle. Soy un mendigo con el que se ha tenido caridad. Y si yo también quiero practicar la caridad, debo estar dispuesto a perder a mi Cristo, poniéndolo a disposición de todos. Él se sustrae a mí para darse a otro no porque no tenga bastante para mí y para el otro, sino para ver si verdaderamente soy capaz de amarle en el otro, de amarle por lo que da al otro más que a mí. Porque ésta es la verdadera caridad y la verdadera justicia. Yo no tengo si los otros no tienen, porque sólo quien tiene la caridad posee a Cristo. El milagro de la caridad en el misterio del «extravío» llega a su cima cuando veo que poseo a Cristo incluso cuando le he perdido. Este misterio es grande, pero lo puedo adorar en el secreto de mi corazón en espera del día en el que Cristo será «todo en todos» y ya no le perderé nunca más (P. Mazzolari, *Segni dei tempi*, Vicenza 1975, 153-160, *passim*).

La misión del Precursor (Lc 3,1-20)

¹ El año quince del reinado del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la región Tracónítida, y Lisaniás tetrarca de Abilene, ² en tiempos de los sumos sacerdotes Anás y Caifás, la Palabra de Dios vino sobre Juan, el hijo de Zacarías, en el desierto. ³ Y fue por toda la región del Jordán predicando que se convirtieran y se bautizaran para que se les perdonaran los pecados, ⁴ como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaiás:

Voz del que grita en el desierto:

Preparad el camino al Señor;

allanad sus senderos;

⁵ *todo valle será rellenado*

y toda montaña o colina será rebajada;

los caminos tortuosos se enderezarán

y los ásperos se nivelarán.

⁶ *Y todos verán la salvación de Dios.*

⁷ Decía a la gente que venía a ser bautizada por él:

—Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a escapar del juicio inminente? ⁸ Dad frutos que prueben vuestra conversión, y no andéis diciendo: «Somos descendientes de Abrahán». Porque os digo que Dios puede sacar de estas piedras descendientes de Abrahán. ⁹ Ya está el hacha puesta en la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto va a ser cortado y echado al fuego.

¹⁰ La gente le preguntaba:

—¿Qué tenemos que hacer?

¹¹ Y les contestaba:

–El que tenga dos túnicas que le dé una al que no tiene ninguna, y el que tenga comida que haga lo mismo.

¹² Vinieron también unos publicanos a bautizarse y le dijeron:

–Maestro, ¿qué tenemos que hacer?

¹³ Él les respondió:

–No exijáis nada fuera de lo fijado.

¹⁴ También los soldados le preguntaban:

–¿Y nosotros qué tenemos que hacer?

Juan les contestó:

–No uséis la violencia, no hagáis extorsión a nadie, y contentaos con vuestra paga.

¹⁵ El pueblo estaba a la expectativa y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías. ¹⁶ Entonces Juan les dijo:

–Yo os bautizo con agua, pero viene el que es más fuerte que yo, a quien no soy digno de desatar la correa de las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. ¹⁷ En su mano tiene el bieldo para aventar su parva y recoger el trigo en su granero, pero la paja la quemará en un fuego que no se apaga.

¹⁸ Con éstas y otras muchas exhortaciones anunciaba al pueblo la Buena Noticia. ¹⁹ Pero Herodes, el tetrarca, debido a sus relaciones con Herodías, la mujer de su hermano, y a todos los crímenes que había cometido, era severamente censurado por Juan. ²⁰ Así que a todas sus tropelías añadió Herodes la de encerrar a Juan en la cárcel.

LECTIO

El «sincronismo» inicial y la cita de Isaías subrayan la importancia epocal de los acontecimientos narrados. Estamos en el año 28 (o 29) de la era cristiana. El emperador de Roma es Tiberio, y el gobernador de Judea se llama Poncio Pilato: bajo estas autoridades se desarrollará el proceso y se ejecutará la condena de Jesús. Las otras figuras de relieve en la historia local son el tetrarca de Galilea, que tomará parte en la Pasión, los otros dos tetrarcas, también ellos herederos del reino de He-

rodes el Grande, el sumo sacerdote en funciones y su predecesor.

El texto del profeta Isaías que se cita (vv. 4s: Is 40,3-5) se refiere al regreso de los exiliados de Babilonia: El Señor mismo los habría guiado, a través del desierto de Siria, a la tierra de sus padres. El profeta lo anuncia con alegría e invita a prepararle el camino. Los evangelios, aplicando este anuncio a la venida de Cristo (el «Señor») y a la misión de su Precursor (la «voz del que grita en el desierto»), le reconocen al Bautista el papel de profeta y ven en los acontecimiento narrados el cumplimiento de la espera suscitada por las Sagradas Escrituras de Israel. La cita se prolonga en el tercer evangelio hasta «y todos [lit. «toda carne»] verán la salvación de Dios». Lucas subraya la universalidad de la salvación cristiana.

En este marco se inserta la breve noticia referente al Bautista y a su misión, que se desarrolla en el valle del río Jordán. Juan exhorta al pueblo a la conversión, esto es, a «volver» al Señor, y administra un bautismo que simboliza la purificación de los pecados. Ésta es obra de Dios, pero presupone una auténtica conversión.

Lucas recoge una serie de exhortaciones del Bautista, dirigidas, en general, a la muchedumbre o bien a determinadas categorías. Todos deben convertirse, para no caer en el juicio (el «juicio inminente» de Dios, claro está) que espera a los pecadores. Este juicio se abatirá como el hacha que corta de raíz el árbol estéril. Que nadie se haga la ilusión de escapar del juicio de Dios por el hecho de ser descendiente de Abrahán. Dios es muy capaz de «sacar de estas piedras descendientes de Abrahán» (v. 8): pertenecer al pueblo elegido es fruto de la gracia, no un derecho adquirido, y exige una conducta semejante a la del patriarca (véase también Jn 8,31-47; Rom 4). Respondiendo a las preguntas de las diferentes categorías sociales, Juan indica los gestos concretos que son signos de verdadera conversión: no extorsionar

y no maltratar; compartir los propios bienes con los pobres.

El Bautista tiene asimismo la misión de anunciar al Mesías. La expectativa mesiánica corre el riesgo de orientarse precisamente a él, pero él la dirige hacia otro personaje, «*el que es más fuerte que yo*», que bautizará no sólo con agua, sino «*con Espíritu Santo*» (v. 16). Será él quien purifique de verdad a su pueblo, pero será también el juez que separará el trigo de la paja, destinada al fuego. La predicación del Bautista es ya «Buena Noticia», anuncio de Cristo salvador.

El tercer evangelista, distinguiendo claramente entre el tiempo de la preparación y el del cumplimiento, concluye el relato sobre Juan y señala el fin dramático de su misión. Más adelante contará la embajada que Juan, ahora en la cárcel, enviará a Jesús (7,18ss) y aludirá a su decapitación por obra del tetrarca Herodes Antipas (9,9; cf. Mc 6,17-29).

MEDITATIO

Frente al Dios que se nos ha acercado en Jesús, también a nosotros, como a las muchedumbres que acudían al Jordán para oír a Juan, se nos dirige una apremiante llamada a la conversión, a tomar las riendas de nuestra vida y a preguntarnos: «*¿Qué debemos hacer?*». Es la pregunta que todo el que desee ser cristiano está llamado a hacerse continuamente, la misma que en el día de Pentecostés, al comienzo del camino de la Iglesia, plantearon a Pedro y a los otros apóstoles los que habían escuchado el discurso de Pedro (cf. Hch 2,37).

El Señor sale al encuentro al hombre en un determinado momento histórico preciso –el evangelista Lucas ha trazado un cuadro detallado de este momento al comienzo de la perícopa– y continúa viniendo a nosotros

precisamente en la realidad en la que tenemos que vivir cada uno de nosotros, en la situación en la que nos encontramos. Acogerle, recibir la salvación que viene a traernos a todos, sin exclusiones, implica necesariamente un cambio; de lo contrario, ¿qué espacio podría haber en nosotros para la novedad que se nos da?

Juan propone a la muchedumbre que le interpela unas actitudes sencillas, aunque muy concretas: una conducta fraterna y justa, que se traduce en compartir los propios bienes con los necesitados. Si Dios nos sale al encuentro, entra en nuestra historia y nos ofrece su proximidad, por nuestra parte no podemos dejar de abrirnos a cada hermano, hacernos a nuestra vez próximos y construir unas relaciones profundamente nuevas.



El bautismo de Jesús. Su genealogía (Lc 3,21-38)

²¹ Un día en que se bautizó mucha gente, también Jesús se bautizó. Y mientras Jesús oraba, se abrió el cielo ²² y el Espíritu Santo bajó sobre él en forma visible, como una paloma, y se oyó una voz que venía del cielo:

–Tú eres mi Hijo el amado, en ti me complazco.

²³ Cuando Jesús comenzó su ministerio, tenía unos treinta años y, en opinión de la gente, era hijo de José. Éstos son sus ascendientes: Helí, ²⁴ Matat, Leví, Melquí, Janay, José, ²⁵ Matatías, Amós, Naún, Eslí, Nagay, ²⁶ Maat, Matatías, Semeín, Josesec, Yodá, ²⁷ Joanán, Resá, Zorobabel, Salatiel, Nerí, ²⁸ Meljí, Addí, Kosán, Elmadán, Er, ²⁹ Jesús, Eliezer, Jorín, Matat, Leví, ³⁰ Simeón, Judá, José, Jonán, Eliakín, ³¹ Meleá, Menná, Matazá, Natán, David, ³² Jesé, Obed, Booz, Salá, Naasón, ³³ Aminadab, Admín, Arní, Esrón, Fares, Judá, ³⁴ Jacob, Isaac, Abrahán, Tara, Nacor, ³⁵ Seruc, Ragaú, Fálec, Eber, Salá, ³⁶ Cainán, Arfaxad, Sem, Noé, Lámecc, ³⁷ Matusalén, Enoc, Járet, Maleleel, Cainán, ³⁸ Enós, Set, Adán, y Dios.

LECTIO

Entre las muchedumbres que acuden a la predicación de Juan y reciben de él el bautismo se encuentra también Jesús. Lucas apenas alude al hecho –más bien embarazoso para la Iglesia primitiva (cf. Mt 3,14s)– de que Jesús se sometiera a un «*bautismo de conversión*»; se concentra más bien en la teofanía que tuvo lugar en

aquella circunstancia. Jesús dialoga con el Padre, y en ese contexto se lleva a cabo la manifestación celestial. En ella se entrelazan dos aspectos, uno visual y uno auditivo. El Espíritu Santo desciende sobre Jesús «*en forma visible, como una paloma*»: la aparición hace sensible la consagración mesiánica de Jesús (cf. 4,18), que tuvo comienzo en su concepción (cf. 1,35). La voz del Padre, que «*venía del cielo*», señala en Jesús al Hijo «*amado*», o sea, al único (como Isaac; cf. Gn 22,2.12), que es también un Siervo obediente (cf. Is 42,1: «*Tú eres mi Hijo el amado, en ti me complazco*»).

Jesús, verdadero Hijo de Dios, consagrado «*con Espíritu Santo y poder*» (Hch 10,38), comienza su «*carrera*» mesiánica. El evangelista precisa que «*cuando Jesús comenzó*» «*tenía unos treinta años*». Se trata de una indicación aproximativa, que no permite un cálculo exacto. Lucas inserta además aquí su genealogía. Las divergencias respecto a la presentada por Mateo (Mt 1,1-17) son de una importancia secundaria respecto al significado sustancial: Jesús pertenece a la estirpe de Abrahán y al linaje de David; más aún, es «*hijo de Adán*» y, por tanto, solidario con toda la humanidad. Una vez más, aflora el universalismo de Lucas.

MEDITATIO

En este texto del evangelio de Lucas se pone particularmente de relieve un tema muy entrañable al evangelista: la oración de Jesús. Leemos: «*También Jesús se bautizó. Y mientras Jesús oraba...*» (v. 21). A Lucas le parece importante subrayar la actitud orante de Jesús, su estar en oración, su diálogo filial con el Dios vivo. En efecto, a partir de esta actitud de comunión, de diálogo y de fe es como se abre el cielo y Dios hace oír su voz. Como ocurre en otros textos, notamos que, para Lucas, los grandes acontecimientos del Reino siempre van

precedidos de la oración confiada del Hijo al Padre. Y cuando se abre el cielo, Dios viene. Es sólo Jesús quien puede crear la comunión entre el cielo y la tierra: él, el Siervo obediente; sólo Jesús puede revelar plenamente el amor del Padre y, al mismo tiempo, hacernos sentir a todos sus hijos amados: él, el Hijo amado.

Jesús, al someterse al bautismo de Juan, se muestra solidario con los hombres pecadores de todos los tiempos, se inserta humildemente en el atormentado camino de toda la humanidad, abraza nuestra condición de gente pobre y vulnerable: con la palabra y con el testimonio de su vida es, realmente, un hombre como nosotros, amigo fiel. El Espíritu ya estaba en Jesús precisamente porque había sido concebido por el Espíritu Santo, pero ahora lo recibe desde la perspectiva de su misión, una misión que le lleva a despojarse de sí mismo hasta la entrega suprema de su vida para revestirnos del amor, de la salvación y de la bendición eterna del Padre.



Jesús, puesto a prueba por Satanás

(Lc 4,1-13)

¹ Jesús regresó del Jordán lleno del Espíritu Santo. El Espíritu lo condujo al desierto, ² donde el diablo lo puso a prueba durante cuarenta días. En todos esos días no comió nada, y al final sintió hambre. ³ El diablo le dijo entonces:

–Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan.

⁴ Jesús le respondió:

–Está escrito: *No sólo de pan vive el hombre.*

⁵ Lo llevó después el diablo a un lugar alto y le mostró en un instante todos los reinos de la tierra. ⁶ El diablo le dijo:

–Te daré todo el poder de estos reinos y su gloria, porque a mí me lo han dado y yo puedo dárselo a quien quiera. ⁷ Si te postras ante mí, todo será tuyo.

⁸ Jesús respondió:

–Está escrito: *Adorarás al Señor, tu Dios, y sólo a él le darás culto.*

⁹ Entonces lo llevó a Jerusalén, lo puso en el alero del templo y le dijo:

–Si eres Hijo de Dios, tírate desde aquí, ¹⁰ porque está escrito: *Dará órdenes a sus ángeles para que te guarden;* ¹¹ *te llevarán en brazos y tu pie no tropezará en piedra alguna.*

¹² Jesús le respondió:

–Está dicho: *No tentarás al Señor, tu Dios.*..

¹³ Cuando terminó de poner a prueba a Jesús, el diablo se alejó de él hasta el momento oportuno.

LECTIO

Jesús fue puesto a prueba no sólo al comienzo, sino también a lo largo de toda su misión, sobre todo en la pasión. Se alude a ello de varios modos en los sinópticos (cf. Lc 22,28-39-46; 23,35-37), en el cuarto evangelio (cf. Jn 6,14-16) y, por último, en la Carta a los Hebreos (Heb 2,17s; 5,7ss). El relato de la triple tentación tiene un valor emblemático. Israel fue puesto a prueba en el desierto (cf. Dt 8,2ss), pero no fue capaz de permanecer fiel. Satanás es el enemigo que, desde el principio, ha tentado al hombre para alejarle de la voluntad de Dios y llevarle así a la ruina y a la muerte (cf. Gn 2; Sab 3,4).

Satanás se apoya para la *primera tentación* en la necesidad de Jesús, extenuado por el largo ayuno, y, aferrándose a las palabras de la teofanía, le sugiere que se sirva de sus poderes sobrehumanos en su propio beneficio. Sin embargo, el Hijo de Dios no cae en la trampa. El alimento del que se alimenta es ante todo la Palabra de Dios. Jesús demuestra, citando las Escrituras (Dt 8,3), que quiere ser fiel al designio del Padre.

La *segunda tentación* consiste en la búsqueda del poder y de la riqueza. Proponiéndole el dominio sobre los reinos de la tierra, Satanás quiere empujar a Jesús hacia un mesianismo temporal, de carácter político. Esta perspectiva, además de apartarle de su auténtica misión, tiene un precio imposible de pagar: adorar a Satanás, ponerse a su servicio. Jesús la rechaza apelando de nuevo a las Escrituras (Dt 6,13).

La *tercera tentación* consiste en presumir de la ayuda de Dios. Esta vez es Satanás el que cita las Escrituras (Sal 90), aunque tergiversando su verdadero significado. Jesús no se deja seducir: él está seguro de la protección del Padre, pero no quiere abusar de ella para fines que son extraños a su designio, pues eso sería «*tentar a Dios*» (cf. Dt 6,16).

«*Cuando terminó de poner a prueba a Jesús, el diablo se alejó de él*», aunque no para siempre. Volverá a escena en «*el momento oportuno*», o sea, durante la pasión (cf. 22,3.53). Pero también los exorcismos nos lo muestran como el antagonista contra el que Jesús lucha constantemente (cf. 4,41; etc.). Jesús pasó «*haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio, porque Dios estaba con él*» (Hch 10,38).

MEDITATIO

Jesús fue semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado. En la vida estamos constantemente sometidos a prueba: por nosotros mismos (por el diablo a través de nuestra humanidad) y por Dios. La prueba de Dios es siempre enormemente positiva, *es una prueba para la vida*: el camino es estrecho, áspero, pero muy dulce en la fatiga, porque lo vivimos en la verdad (no hay duda de que llegaremos a puerto).

El camino del diablo, sin embargo, es ancho, fácil, muy amargo. Tentar a Jesús es difícil, y el demonio lo sabe, y por eso elige tentaciones de la «serie A»: apunta directamente al mesianismo sociopolítico (resolver los problemas para lucirse); a tener una carrera fulgurante (incluso eclesiástica); a lanzarse a situaciones extremas pensando que son muchos los ángeles que nos apoyan (esto es muy frecuente en el ámbito psicológico). Nos interesa no caer en las falsas seducciones, en la falsa gloria, en el falso poder. Entre otras cosas, tenemos ya todo lo que necesitamos para triunfar: en el bautismo ya hemos sido sumergidos en el amor de Dios, que es vida, que es Espíritu, que es la sangre de la cruz. Y el demonio tiene horror a este agua, a esta sangre (por eso tiene terror a todos los sacramentos). El problema es que, por lo general, estamos muy alejados de estos Misterios.

La superación definitiva de las tentaciones es un acto de fe: no confiar en las seducciones de Satanás, sino en el dulcísimo amor de Dios. Con todo, necesitamos crecer en la conciencia de la Novedad que tenemos entre las manos, porque sólo esta conciencia engendra una unidad cada vez más gozosa con Dios y, en consecuencia, una capacidad cada vez más inmediata de desenmascarar las mentiras del enemigo.



La predicación en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,14-30)

¹⁴ Jesús, lleno de la fuerza del Espíritu, regresó a Galilea, y su fama se extendió por toda la comarca. ¹⁵ Enseñaba en las sinagogas y todo el mundo hablaba bien de él.

¹⁶ Llegó a Nazaret, donde se había criado. Según su costumbre, entró en la sinagoga un sábado y se levantó para hacer la lectura. ¹⁷ Le entregaron el libro del profeta Isaías y, al desenrollarlo, encontró el pasaje donde está escrito:

*¹⁸ El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido para anunciar
la Buena Noticia a los pobres;
me ha enviado a proclamar
la liberación a los cautivos
y dar vista a los ciegos,
a liberar a los oprimidos
¹⁹ y a proclamar
un año de gracia del Señor.*

²⁰ Después enrolló el libro, se lo dio al ayudante y se sentó. Todos los que estaban en la sinagoga tenían sus ojos clavados en él. ²¹ Y comenzó a decirles:

–Hoy se ha cumplido el pasaje de la Escritura que acabáis de escuchar.

²² Todos asentían y se admiraban de las palabras que acababa de pronunciar. Comentaban:

–¿No es éste el hijo de José?

²³ Él les dijo:

–Seguramente me recordaréis el proverbio: «Médico, cúrate a ti mismo. Lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún, hazlo también aquí, en tu pueblo».

²⁴ Y añadió:

–La verdad es que ningún profeta es bien acogido en su tierra. ²⁵ Os aseguro que muchas viudas había en Israel en tiempo de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, y hubo gran hambre en todo el país; ²⁶ sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una viuda de Sarepta, en la región de Sidón. ²⁷ Y muchos leprosos había en Israel cuando el profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue curado, sino únicamente Naamán el sirio.

²⁸ Al oír esto, todos los que estaban en la sinagoga se llenaron de indignación; ²⁹ se levantaron, lo echaron fuera de la ciudad y lo llevaron hasta un precipicio del monte sobre el que se asentaba su ciudad, con ánimo de despeñarlo. ³⁰ Pero él, abriéndose paso entre ellos, se marchó.

LECTIO

La actividad pública de Jesús comienza con un episodio de gran relieve: el anuncio solemne que dirige a la gente de Nazaret, reunida en la sinagoga, a partir de un texto del profeta Isaías. La predicación inaugural nos proporciona la clave de lectura de la misión de Jesús, mientras que la reacción de los oyentes prefigura su destino: tal como había predicho el anciano Simeón, será «*signo de contradicción*».

Jesús había crecido en la pequeña ciudad de Galilea como un muchacho normal, sometido a sus padres, sabio y trabajador. Todos le conocían como el «*hijo de José*», de quien aprendió el oficio. Tras la experiencia del bautismo y de la prueba a la que hizo frente en el desierto, Jesús vuelve a Nazaret casi transformado, bajo el influjo del Espíritu Santo.

Ese sábado se le confió la lectura de un texto de Isaías (Is 61, un texto que puede datar de finales del siglo VI a. C.). Tras haber proclamado el texto del profeta, Jesús devuelve el rollo al ayudante y toma la palabra. El evangelista subraya la solemnidad del momento: «*Todos los*

que estaban en la sinagoga tenían sus ojos clavados en él» (v. 20).

Jesús realiza una afirmación dotada de una importancia decisiva: «*Hoy se ha cumplido en mi persona el pasaje de la Escritura que acabáis de escuchar*» (cf. v. 21). Según el texto profético, releído a la luz de estas palabras solemnes, la misión de Jesús tiene dos aspectos complementarios: anuncio y liberación. Al primero se refieren las expresiones: «*anunciar la Buena Noticia a los pobres*», «*proclamar un año de gracia del Señor*»; el segundo aparece expresado así: «*proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos[...], liberar a los oprimidos*». El «*año de gracia del Señor*» es el del jubileo, en el que se condonan las deudas y se libera a los esclavos. Jesús describe, con las expresiones poéticas del texto de Isaías, la misión que está a punto de empezar: ésta consiste tanto en llevar un mensaje alegre como en realizar la salvación de los que sufren en el cuerpo y en el espíritu.

El diálogo registra las reacciones de la gente de Nazaret, a las que responde Jesús con palabras proféticas. La primera reacción es de asombro y admiración, aunque se insinúa cierto escepticismo: «*¿No es éste el hijo de José?*» (v. 22). Sus conciudadanos esperan, por otra parte, signos que avalen su pretensión de traer la salvación, la liberación, la curación. La alusión a los hechos de Cafarnaún anticipa lo que el evangelista contará inmediatamente después (4,31-41). Jesús continúa en un tono casi provocador: los antiguos profetas no tuvieron una buena acogida en el pueblo; sin embargo, realizaron milagros en favor de gente extranjera. En suma, si el pueblo rechaza al profeta, dice Jesús citando los casos emblemáticos de Elías y Eliseo, la salvación se ofrecerá a los pueblos paganos.

Este anuncio provoca la indignación de los oyentes, cuya reacción violenta prefigura el rechazo de Cristo por parte del mundo judío. En la escena descrita por el

evangelista (vv. 28-30) se perfila el drama de la pasión, pero también la victoria de Jesús sobre la muerte. Jesús pasa ileso en medio de la muchedumbre enfurecida y continúa su camino, llevando a otras ciudades y aldeas el alegre mensaje de la salvación, que un día llegará hasta los últimos confines de la tierra.

MEDITATIO

La fuerza y la realidad del Reino de Cristo está presente entre los hombres. El Reino ha dejado de ser una meta de simple futuro a la que tendemos: es la verdad, la novedad del mundo que Cristo suscita. Cuando Jesús proclama: «*Hoy se ha cumplido el pasaje de la Escritura*», anuncia que ha llegado el espíritu de la liberación definitiva. Alude a una verdad fundamental, a la exigencia de conversión-liberación ínsita en todo corazón humano. Todos estamos incluidos: los cristianos que en nuestro mundo interior somos todavía paganos y los que, aunque parezcan completamente extraños a la fe, con frecuencia albergan no pocas chispas del fuego evangélico.

Lucas dice que el Mesías ha sido «*ungido para anunciar la Buena Noticia a los pobres*»; ahora bien, no hay que ver en esta expresión una precisión únicamente sociológica. Todos los hombres, en la medida en que no conocen a Dios, centro y sentido de toda existencia, se encuentran en un estado de extrema miseria y, por consiguiente, sea cual sea su condición económica, debemos colocarlos entre los pobres que esperan la Buena Noticia. En consecuencia, el que anuncia no debe hacer exclusiones. ¿De quién partiremos? Ha surgido estos años la costumbre de decir que debemos «partir de los últimos». Tal vez sea más sencillo no alejarnos de la locución preferida por el Jesús de Lucas y decir que es preciso partir del «prójimo».

ORATIO

Nuestros ojos –como los de todos los que te escuchaban en la sinagoga de Nazaret– están fijos en ti, Señor. Haz que acojamos con alegría y con un corazón exento de prejuicios la salvación que hoy has venido a traernos. Sólo tú eres, en efecto, para nosotros, la Buena Noticia, la única capaz de cambiar nuestra pobreza en auténtica riqueza, de vencer todas nuestras esclavitudes y opresiones, para que, por fin libres, te sigamos a ti, el más bello entre los hijos de los hombres, el Único en cuyo rostro podemos ver y contemplar al Padre.

CONTEMPLATIO

El amor de Dios no es sólo una presencia dulce y delicada en el alma, sino también una fuerza que actúa cuando se ofrece a nosotros. En consecuencia, es útil investigar cuál es el valor de su obra cuando entra en acción; cuál es su fuerza, cuál es su esplendor y su consistencia. Era natural que una realidad de tanta importancia, que había permanecido en silencio durante tanto tiempo, saliera algún día a la luz y que el misterio mantenido cuidadosamente escondido (cf. Ef 3,5) se manifestara algún día en todo su esplendor.

Por esa misma razón, el Señor Jesús, cuando todavía estaba entre nosotros, no se dio a conocer abiertamente durante mucho tiempo, sino que se mantuvo escondido con sumo cuidado durante treinta años. Después, al presentarse, dice Isaías, «*como un río impetuoso, impulsado por el viento del Señor*» (Is 59,19), rompió el largo silencio (cf. Sab 18,14). Abrió su boca, haciendo destilar miel de sus labios; abandonó la inactividad, abriendo sus manos para ofrecer dones maravillosos. De este modo, también el misterio del amor divino, tal

como lo llama el apóstol, «*mantenido en silencio durante siglos eternos*» (Rom 16,25) y escondido en Dios, se manifestó a su Iglesia en el tiempo de su benevolencia. La Sabiduría de Dios ha venido «*y ha hecho oír su voz en las plazas*» (Prov 1,20), anunciando al mundo la caridad de Dios. Ha resonado hasta nosotros este grito: «*Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito*» (Jn 3,16).

¡Oh fuego ardiente de amor! Dios, que envía al mundo a su Hijo amadísimo, a su único Hijo, que es de su misma naturaleza, y le confía la misión de darse a conocer y de ofrecernos su amor. ¡Oh, cuán gracioso es este mensajero que, como un ángel que proviene del trono de Dios, nos anuncia una gran alegría y nos da a conocer este sublime misterio! (Juan de Ford, *Il volto dell'amore. Sermoni sul Cantico dei cantici*, Rímmini 2003, I, 158-161, *passim*).

ACTIO

Repíte con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Hoy se ha cumplido el pasaje de la Escritura que acabáis de escuchar*» (Lc 4,21).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La reacción de los habitantes de Nazaret frente a su conciudadano convertido en Maestro fue de sorpresa, incluso de escándalo: ése es el término exacto, «escándalo». Los nazarenos encontraban dificultades y obstáculos para aceptar a Jesús. De hecho, se plantearon preguntas de este tipo: «*¿De dónde le viene a éste todo esto? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros hechos por él?*» (Mc 6,2). El sentido de las preguntas gira sobre el origen de lo que hace y dice Jesús («*¿De dónde?*»). Y se comprende bien que el origen no puede estar más que en Dios. Porque hacer milagros y tener sabiduría son

obras y dones divinos. El sentido de la pregunta es, por consiguiente, éste: ¿es posible que Dios se revele en Jesús? ¿Es posible que Dios hable y realice sus obras a través de uno de nosotros? El que escandaliza a los nazarenos no es tanto Jesús como el mismo Dios. No, el Dios que se había revelado a través del patriarca Abrahán, el legislador Moisés, los grandes profetas del pasado, ni podía ni debía manifestarse en un paisano cualquiera. No, detrás de aquel Jesús no estaba el Dios de Israel. Ellos conocían bien al Dios de su propia tradición. Y nunca habría realizado una tontería así.

Éste es uno de los estereotipos no infrecuentes en gente religiosa. Creen saber todo de Dios, de sus simpatías y de su lógica. Un Dios previsible en todos sus movimientos. Ahora bien —aunque parezca extraño—, el Dios bíblico es por su naturaleza imprevisible. Se revela en quien menos te lo esperas y de los modos menos pensados. Aquel día se hizo presente en la reunión de los nazarenos a través de su paisano. Pero ellos no le acogieron. Se negaron al Dios de quien se declaraban creyentes convencidos. Les faltó fe. Y cuando no hay fe, de poco vale hacer prodigios. Jesús no malgastó la gracia de Dios. Se alejó de Nazaret asombrado de su incredulidad. Ese día le rechazó un pueblo entero como signo de Dios (A. Fanuli, *Il Cristo degli amici*, Cinisello B. [Mi] 2000, 97s).

Jesús, en Cafarnaún

(Lc 4,31-44)

³¹ Desde allí se dirigió a Cafarnaún, ciudad de Galilea, y los sábados enseñaba a la gente, ³² que estaba admirada de su enseñanza porque hablaba con autoridad.

³³ Había en la sinagoga un hombre poseído por un demonio inmundo, que se puso a gritar con voz potente:

³⁴ –¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé quién eres: el Santo de Dios.

³⁵ Jesús lo increpó, diciéndole:

–¡Cállate y sal de ese hombre!

Y el demonio, después de tirarlo por tierra en medio de todos, salió de él sin hacerle daño. ³⁶ Todos se llenaron de asombro y se decían unos a otros:

–¡Qué palabra la de este hombre! Manda con autoridad y poder a los espíritus inmundos y éstos salen.

³⁷ Y su fama se extendía por todos los lugares de la comarca.

³⁸ Salió de la sinagoga y entró en casa de Simón. La suegra de Simón tenía mucha fiebre y le rogaron que la curase. ³⁹ Entonces Jesús, inclinándose sobre ella, increpó a la fiebre y la calentura desapareció. La mujer se levantó inmediatamente y se puso a servirles.

⁴⁰ Al ponerse el sol llevaron ante Jesús enfermos de todo tipo; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los curaba. ⁴¹ Salían también de muchos los demonios gritando:

–Tú eres el Hijo de Dios.

Pero él les increpaba y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Mesías. ⁴² Al hacerse de día, salió hacia un lugar

solitario. La gente lo buscaba y, cuando lo encontraron, trataban de retenerlo para que no se alejara de ellos. ⁴³ Él les dijo:

–También en las demás ciudades debo anunciar la Buena Noticia de Dios, porque para esto he sido enviado.

⁴⁴ E iba predicando por las sinagogas de Judea.

LECTIO

La «jornada de Cafarnaún» representa algo así como una muestra de la actividad de Jesús. El esquema es simple: Jesús enseña en la sinagoga y libera a un hombre del demonio; cura a una mujer en la casa de Simón, donde se hospeda; tras ponerse el sol, la muchedumbre acude y Jesús multiplica sus gestos de salvación; a la mañana siguiente se marcha a otros pueblos.

La predicación de Nazaret nos ofrecía un ejemplo de la enseñanza de Jesús. En este nuevo episodio se subraya la reacción absolutamente positiva de la gente, que advierte su «autoridad»: Jesús no habla como los escribas (cf. Mc 1,22) y demuestra con los milagros que su autoridad viene del mismo Dios.

A propósito de esto, el demonio, que ha tomado posesión del pobre enfermo, reconoce su identidad («*el Santo de Dios*») e intenta resistírsele en vano. Jesús lo somete con una simple orden, sin recurrir a prácticas exorcísticas de sabor mágico. La experiencia de lo sobrenatural suscita en los presentes un temor religioso. El interrogante que nace de ahí remite al misterio de su persona. Complementa después al exorcismo la curación de la suegra de Pedro. La «*casa de Simón*» se ha convertido en la base de operaciones de la acción de Jesús. Este milagro tiene algo de extremadamente familiar: una anciana enferma; la intercesión de los parientes; el gesto poderoso del Salvador; la inmediata disponibilidad de la mujer para servir a la familia y a los huéspedes.

La escena matutina de los vv. 42-44 es doblemente significativa. Jesús se retira al amanecer a un lugar solitario a orar (cf. 5,16). En el diálogo con el Padre adquiere luz y fuerza para proseguir su misión. Los habitantes de Cafarnaún, interesados por los beneficios de su presencia entre ellos, le siguen los pasos, le encuentran y quieren retenerle más tiempo. Sin embargo, Jesús no se deja seducir por el favor popular. Su respuesta es programática, en continuidad con el discurso de Nazaret: «*Es necesario*» –o bien corresponde a la voluntad de Dios– que él «*anuncie el Reino de Dios*» –o sea, la salvación– «*también en las demás ciudades*», a todos. Las palabras «*porque para esto he sido enviado*» reflejan la clara conciencia que tiene Jesús de llevar a cabo una misión que viene de Dios.

MEDITATIO

La jornada pasada en Cafarnaún nos parece intensa y comprometedor: Jesús pasa, se encuentra con la gente, enseña, libera de los demonios, cura a los enfermos, consigue reservarse un espacio de silencio sólo al despuntar el nuevo día, pero también a él viene a buscarle la gente; sin embargo, él no se deja retener y reemprende su camino, pues sabe lo que tiene que hacer, la tarea que debe desarrollar: debe *anunciar a todos* el Reino de Dios. Es precisamente una jornada «plena» la que Lucas nos narra; Jesús la concluye y se enfrenta con otra nueva en la soledad y en la búsqueda del diálogo con el Padre: con la fuerza de la oración da autoridad a su palabra y profundidad a sus gestos. Justamente porque la suya no es una simple palabra humana, libera del mal, que nos paraliza de muchos modos y nos impide ser plenamente nosotros mismos, y es capaz de volver a ponernos en pie a fin de servir a los hermanos a ejemplo de Cristo.

El Hijo de Dios no se busca a sí mismo, no se deja re- tener por el aplauso de la gente, ni por el éxito de sus ac- ciones, ni siquiera se detiene a gozar de los frutos de su fatiga diaria. Tiene una prioridad a la que debe llegar cada día y que le guía siempre: Dios y la misión que el Padre le ha confiado. ¿Tenemos nosotros alguna priori- dad? ¿Qué es lo que orienta nuestra vida y se concreta en nuestro obrar cotidiano? Jesús hace muchas cosas, pero el suyo no es un «hacer» cualquiera, sino la respuesta a una llamada precisa. Nuestras jornadas también están muy llenas: ¿de qué tomamos la fuerza y la orientación para responder a lo que se nos ha confiado? El relato de Lucas puede convertirse en una ocasión para releer, a la luz del hacer de Cristo, la dinamicidad de nuestra propia existencia, la del hombre y la mujer de nuestro tiempo, acompañada con frecuencia por ritmos enloquecidos.



La pesca milagrosa y la llamada a los primeros discípulos

(Lc 5,1-11)

¹ Estaba Jesús en cierta ocasión junto al lago de Genesaret y la gente se agolpaba para oír la Palabra de Dios. ² Vio entonces dos barcas a la orilla del lago; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. ³ Subió a una de las barcas, que era de Simón, y le pidió que la separase un poco de tierra. Se sentó y estuvo enseñando a la gente desde la barca. ⁴ Cuando terminó de hablar, dijo a Simón:

–Rema lago adentro y echad vuestras redes para pescar.

⁵ Simón respondió:

–Maestro, hemos estado toda la noche faenando sin pescar nada, pero, puesto que tú lo dices, echaré las redes.

⁶ Lo hicieron y capturaron una gran cantidad de peces. Como las redes se rompían, ⁷ hicieron señas a sus compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarles. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían. ⁸ Al verlo, Simón Pedro cayó a los pies de Jesús diciendo:

–Apártate de mí, Señor, que soy un pecador.

⁹ Pues tanto él como sus hombres estaban sobrecogidos de estupor ante la cantidad de peces que habían capturado, ¹⁰ e igualmente Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Entonces Jesús dijo a Simón:

–No temas, desde ahora serás pescador de hombres.

¹¹ Y después de llevar las barcas a tierra, dejaron todo y le siguieron.

LECTIO

El relato lucano de la pesca milagrosa presenta puntos de contacto con el que se lee al final del cuarto evangelio (Jn 21,1-11); en ambas versiones está orientado a la misión de los apóstoles, que continuarán la de Jesús. El cuadro es sugestivo: la muchedumbre se agolpa para escucharle; mejor aún: «*para oír la Palabra de Dios*», la Buena Noticia que él anuncia. La barca de Simón se convierte en la cátedra desde la que el Nazareno enseña a las muchedumbres.

La invitación a remar lago adentro suena paradójica (v. 4). Lo subraya la reacción de Simón, que, a pesar de todo, obedece: ahora ha vivido la experiencia de la autoridad de la palabra de Jesús. El resultado de la pesca, que supera todo lo humanamente pensable y realizable (v. 6), manifiesta una vez más el divino poder del Maestro. Pedro, lleno de temor religioso, se postra ante él y le suplica con una humildad sincera: «*Apártate de mí, Señor, que soy un pecador*», indigno de estar cerca de ti (v. 8). Jesús descubre en su respuesta su intención e interpreta el simbolismo del milagro que acaba de realizar: Pedro se va a convertir en «*pescador de hombres*», en un sentido completamente positivo. La pesca milagrosa prefigura, por tanto, la misión del apóstol y, por asociación, la de sus compañeros, a los que el evangelista nombra expresamente (v. 10). La escena recuerda la llamada de los cuatro primeros discípulos, como se lee en el evangelio de Marcos (Mc 1,16-20) y en el paralelo de Mateo (Mt 4,18-22): es su equivalente.

MEDITATIO

Jesús ya no actuará más, de ahora en adelante, de manera directa y personal, sino por medio de hombres que

escuchan y ejecutan su Palabra (echan las redes en el lago en su nombre). Todo discípulo es un enviado de Jesús: es fundamental para toda la Iglesia –para todo cristiano– reavivar la conciencia de su propia misión y de la ayuda incesante del Espíritu. Parece que Jesús envía a sus discípulos a un lago de aguas malas (sin peces), pero precisamente la obediencia a su voz vence a la apariencia contraria. ¿Por qué, entonces, somos a menudo tan pusilánimes e inseguros, prudentes hasta la mezquindad? Nosotros, que somos la Iglesia animada por el Espíritu Santo, depositaria y custodia de la energía redentora, llevamos a los hombres eso que necesitan de una manera espasmódica, aunque con frecuencia inconsciente: el sentido de la vida, la certeza de poder ser perdonados, la posibilidad de vencer la catástrofe de la muerte.

El desprecio que muchos manifiestan a la Iglesia, a sus símbolos y a la ley moral que ella enseña no debe asustarnos. Sabemos que Cristo ha vencido al mundo. ¿Qué hemos de hacer, pues? Es sencillo: orar, formarnos y actuar.

ORATIO

Tú vienes a nosotros, Jesús, en nuestros fallos, te pones a nuestro lado en los momentos en que nos parece que damos vueltas en el vacío o que hemos perdido el tiempo y las energías... Cada día nos repites la invitación: «*Rema mar adentro*». Danos el coraje de deshacer toda duda y de echar las redes contando con tu Palabra. Así podremos pasar de la esterilidad de nuestros cálculos a tu divina sobreabundancia. Haz que el pecado de nuestra incredulidad nunca más nos paralice, a fin de que, fortalecidos en la fe, lleguemos a ser en medio de los hermanos y las hermanas testigos de tu santidad. Tu Palabra, acogida y vivida, obrará también en nuestras jornadas el milagro de la vida multiplicada.

CONTEMPLATIO

«Maestro, hemos estado toda la noche faenando sin pescar nada, pero puesto que tú lo dices, echaré las redes» (Lc 5,5). También yo, Señor, sé que es de noche cuando me hablas. He lanzado como un dardo mi voz y todavía no he capturado nada. La he lanzado de día y ahora espero tu orden: por tu palabra echaré la red. ¡Oh huera presunción! ¡Oh fructuosa humildad! Los que antes no habían capturado nada, por la palabra del Señor pescan una enorme cantidad de peces. Esto no es fruto de la elocuencia humana, sino efecto de la llamada celestial. Las discusiones de los hombres caen, el pueblo cree por su fe.

«Apártate de mí –dice–, Señor, que soy un pecador» (5,8). Se maravillaba, en efecto, de los dones divinos, y cuanto más había merecido, tanto menos se jactaba. Di también tú: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador», para que el Señor te responda: «No temas» (5,10). Confiesa tus pecados al Señor que perdona. No temas considerar como del Señor lo que posees, porque él nos ha concedido lo que es suyo. Él no es capaz de envidiar, no es capaz de raptar, no es capaz de quitar. Mira lo bueno que es el Señor, que concede tanto a los hombres, incluso el poder de dar vida (Ambrosio de Milán, «Commento al vangelo di san Luca», Roma 1966, I, 222s, *passim* [edición española: *Obras de san Ambrosio, 1: Tratado sobre el evangelio de san Lucas*, BAC, Madrid 1966]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Puesto que tú lo dices, echaré las redes» (Lc 5,5).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«Los llamó». El mar de Galilea permaneció calmo, tranquilo, y continuó ofreciendo sus aguas al trabajo activo de los pescadores. Sin embargo, para los pescadores, ahora ya nada es como antes: la Palabra irresistible desquicia la vida, cambia definitivamente el curso de los pensamientos y de los sentimientos. Los deseos se vuelven infinitos, los latidos del corazón acompañan ya una existencia nueva y diferente.

Comienza así, también para cada uno de nosotros, la aventura cristiana. Una llamada esencial, clara, sencilla e inequívoca detiene nuestros pasos de costumbre, los detiene, fascinados y asustados, en el umbral de un camino nuevo para nosotros, en el que alguien nos precede y dice: «¡Sígueme!». Nos lo dice a cada uno de nosotros, uno por uno, llamándonos por nuestro nombre, de manera individual, personal, insistente, irresistible. Los sonidos y los estruendos, los susurros y los gritos, en cuyo interior se desenreda el hilo de nuestros días convulsos, se oponen como una barrera, pero la voz es más fuerte: parece nacer y renacer constantemente desde lo hondo de la conciencia, surgir en la encrucijada de todas las preguntas para las que no encontramos respuesta, ofrecerse incansablemente como posibilidad inesperada. «¡Sígueme!».

¿Se trata de una invitación? ¿De un mandato? Se trata de caminar juntos, con él delante y nosotros detrás de él, cogidos de la mano, al mismo paso, mirándonos a los ojos, a lo largo de todos los caminos del mundo, en todas las situaciones de la vida; de salir al encuentro de *cada hombre* al que debemos amar, como hizo él. En el interior de la unidad y de la totalidad de la Iglesia no existe el anonimato: *cada hombre* tiene una relación con Dios, que es la de un yo-tú desde siempre y para siempre. Lo sabemos bien porque lo sabe ese rincón intacto de nuestro corazón capaz de reconocer la voz cuando nos llama por nuestro nombre (A. Anzani Colombo, *Per fe, per amor*, Casale Monf. [Al] 1995, 45s).

Jesús limpia a un leproso

(Lc 5,12-16)

¹² Estaba Jesús en un pueblo donde había un hombre cubierto de lepra. Éste, al ver a Jesús, cayó rostro en tierra y le suplicaba:

–Señor, si quieres, puedes limpiarme.

¹³ Jesús extendió la mano y lo tocó, diciendo:

–Quiero; queda limpio.

Y en el acto desapareció de él la lepra. ¹⁴ Jesús ordenó que no se lo dijera a nadie. Le dijo:

–Anda, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda por tu purificación, como mandó Moisés, para que les conste a ellos.

¹⁵ Su fama se extendía cada vez más y se congregaban grandes muchedumbres para oírle y para que los curase de sus enfermedades, ¹⁶ pero él se retiraba a lugares solitarios para orar.

LECTIO

Jesús dejó Cafarnaún porque, según nos dice, «*también en las demás ciudades debo anunciar la Buena Noticia de Dios, porque para esto he sido enviado*» (4,43). En una de ellas tiene lugar este episodio extraordinario, cuyo alcance sólo se capta sobre el fondo de las Escrituras judías. La terrible enfermedad de la lepra excluye al pobre enfermo de la comunidad sagrada del pueblo de Dios. El leproso es «impuro» y debe permanecer ais-

lado (Lv 5,1-4). Sólo Dios puede curar de la lepra. Según el Antiguo Testamento, ese milagro se realizó por medio de Moisés (Nm 12) y del profeta Eliseo (2 Re 5). En su encuentro con Jesús, el leproso expresa toda su fe: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Jesús le responde con su poder divino: «Quiero; queda limpio» (v. 13). El lenguaje es transparente: no se trata, en efecto, de una simple curación, sino de la curación de alguien que es impuro. Al tocarle, Jesús no contrae su impureza, sino que le transmite su propia fuerza que salva (cf. 5,17; 6,19).

Según lo dispuesto en el libro del Levítico, corresponde al sacerdote constatar la eventual desaparición de la lepra (Lv 14). Jesús se atiene a esa norma, pero, al mismo tiempo, intenta escapar de una popularidad que va en aumento y que malentendiendo el sentido de su misión, y por eso ordena al leproso curado que no lo diga a nadie (v. 14); sin embargo, es una recomendación inútil, dado que su fama se extiende ahora por todas partes. A Jesús no le queda otro remedio que refugiarse en la soledad para hablar con Dios en la oración (v. 16).

MEDITATIO

«Queda limpio», le dice Jesús al leproso que le pide ayuda. Estas palabras de Jesús tienen, sin duda, una eficacia externa, pero no sólo eso: la voz de Jesús penetra en la intimidad de aquel hombre maldito –los leprosos estaban excluidos de la comunidad cultural y social del pueblo israelita– y le declara transformado, transparente, puro. En esta frase se hace presente todo el perdón de Dios. El perdón de Jesús ofrecido a los marginados debe constituir ahora el fundamento de la vida de la Iglesia. Contrariamente a lo que sucedía en Israel, el cristianismo no margina a nadie por su enfermedad, por su miseria humana, por su raza. Es preciso seguir siendo conscientes de que ese anuncio de misericordia,

que es un anuncio de gozosa libertad, de vida, no es el anuncio de una religión entre otras: es la noticia de una realidad ya en acto, que se compendia en una persona concreta, Jesús de Nazaret, Hijo de Dios, crucificado y resucitado, hoy vivo, único Salvador. Existe, en efecto, la tentación de sustituir la piedad del Señor, que quiere transformar los corazones con la luz de la verdad, por nuestra aparente misericordia. Nos quedamos en valores como la solidaridad, el diálogo, el progreso, etc., sin remontarnos al acontecimiento pascual que los fundamenta a todos, acertando así, arbitrariamente, la distancia que separa la miseria del hombre de la salvación de Dios. Para no sucumbir a este peligro, nos basta con mirar a Jesús, en particular los dos rasgos con los que termina el relato: cura a los enfermos y, al mismo tiempo, eleva su oración a Dios: nunca podemos separar el servicio y la oración.

ORATIO

Señor Jesús, nadie es puro ante ti. Haz que reconozcamos la lepra de nuestro pecado; extiende hoy también tu mano hacia nosotros, porque sólo tú nos amas, incluso cuando sentimos que no merecemos más que desprecio. Vuelve a darnos la frescura y la inocencia de los pequeños que saben ser totalmente transparentes a tu amor: amor que salva y cura todas nuestras enfermedades.

CONTEMPLATIO

«Jesús extendió la mano, lo tocó y le dijo: Quiero; queda limpio» (Mt 8,3), así, de una manera imperativa. ¡Oh manos llenas de gracia, manos de oro, llenas de jacintos, a cuyo toque se suelta el nudo de la lengua, resucita la hija del jefe de la sinagoga, queda limpia la lepra

del leproso! Dice Isaías: «*Todo esto lo ha hecho mi mano*» (Is 66,2). Oh Señor, extiende, pues, para limpiar el don, la mano que mantuviste extendida en la cruz por el clavo, y toca al leproso; todo lo que toques con ella quedará limpio y sano. Extiende la mano y concede el don de la curación diciendo: «*Quiero, queda limpio. Y al instante quedó limpio de la lepra*» (Mt 8,3). «*Todo lo que quiere lo hace*» (Sal 113b,3). Entre su decir y su hacer no hay distancia alguna. Esto mismo lleva a cabo el Señor cada día en el alma del pecador con el ministerio del sacerdote, el cual debe realizar también estas tres cosas: extender, tocar, querer. Extiende la mano cuando eleva a Dios su oración por el pecador, y siente compasión por él; le toca cuando le consuela y le promete el perdón; tiene la voluntad de limpiarlo cuando le absuelve de sus pecados [...]. Hermanos carísimos, pidamos al Señor Jesucristo que nos limpie de la lepra de la soberbia y de la vanagloria, de la lepra de la lujuria y de la avaricia, a fin de que seamos dignos de presentarle la ofrenda establecida y, purificados de todos los pecados, merezcamos ser presentados a él, bendito por los siglos de los siglos. Amén (Antonio de Padua, *I Sermoni*, Padua 1994, 1058.1063; [edición española: *Sermones dominicales y festivos*, Espigas y Azucenas, Murcia 1995).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«Señor, si quieres, puedes limpiarme» (Lc 5,12).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Los evangelios están llenos de prodigios realizados por Jesús: se los ha definido como «hechos poderosos» o como «hechos maravillosos». Tenemos que estar muy atentos al leerlos: es pre-

ciso recordar constantemente que su finalidad no es asombrar a los presentes ni mostrar la extraordinaria habilidad de Jesús (como sucede cuando se presenta un mago o un malabarista). Los milagros fueron también «encuentros de amor»: encuentro entre la necesidad humana (que se convierte en grito y en invocación) y el amor encarnado de Dios, que respondía acercándose y tocando al hombre incluso en su cuerpo físico.

Los milagros de curación, por ejemplo, acontecían del mismo modo en que salta la chispa cuando se acercan mutuamente dos cuerpos cargados de electricidad: por un lado, estaba la fuerza que salía de Jesús («fuerza sanadora») y, por otro, estaba la fuerza que salía del enfermo («fuerza creyente» o «de confianza»); por un lado, estaba la fuerza sanadora que *revelaba* a la persona misma de Jesús y, por otro, estaba una fuerza de confianza que ponía al desnudo el deseo original del corazón humano.

Es necesario comprender bien el procedimiento. Éste se ponía en marcha, ciertamente, por la presencia misericordiosa de Jesús, pero al hombre le quedaba, sin embargo, una tarea: no sólo la de manifestar su necesidad inmediata (de «curación»), sino la de dejar aparecer *toda su necesidad, sin poner barreras*, sin detener todo el proceso milagroso querido por Jesús. Si el enfermo bloqueaba voluntariamente su *necesidad* en el único nivel que le convenía (el físico) —y, en consecuencia, impedía el brote del Deseo más profundo—, entonces no podía tener lugar el milagro (o no llegaba a su objetivo final), por el hecho de que Jesús no podía «*revelarse verdaderamente*». En cambio, si el enfermo, deseando la curación, *empezaba a desear a Jesús*, entonces acontecía el milagro y se realizaba un *encuentro de amor*: nacía la fe. Si el necesitado no se abandonaba a este deseo-amor, el milagro se convertía, paradójicamente, en una objeción más (A. Sicari, *Viaggio nel vangelo. Gesù di Nazareth, il «Dio con noi»*, Milán 1995, 49s).

Jesús perdona y cura a un paralítico

(Lc 5,17-26)

¹⁷ Un día, mientras Jesús enseñaba, estaban allí sentados algunos fariseos y maestros de la ley que habían venido de todas las aldeas de Galilea, de Judea y de Jerusalén. Y el poder del Señor le impulsaba a realizar curaciones. ¹⁸ En esto, aparecieron unos hombres que traían en una camilla a un paralítico y querían introducirlo para ponerlo delante de Jesús, ¹⁹ pero como no veían la manera de hacerlo, a causa del gentío, subieron a la terraza, lo bajaron por el techo en la camilla y lo pusieron en medio, delante de Jesús. ²⁰ Viendo la fe que tenían, Jesús dijo:

–Hombre, tus pecados quedan perdonados.

²¹ Los maestros de la ley y los fariseos empezaron a pensar: «¿Quién es éste que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?».

²² Pero Jesús, dándose cuenta de lo que pensaban, les dijo:

–¿Qué es lo que estáis pensando? ²³ ¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados quedan perdonados, o decir: Levántate y anda?

²⁴ Pues vais a ver que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder para perdonar los pecados.

Entonces se volvió hacia el paralítico y le dijo:

–Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

²⁵ Él se levantó en el acto delante de todos, tomó la camilla en que yacía y se fue a su casa, alabando a Dios. ²⁶ Todos quedaron atónitos y alababan a Dios, llenos de temor, diciendo:

–Hoy hemos visto cosas extraordinarias.

LECTIO

En este episodio se entrelazan un milagro y una disputa: la primera de las cinco «controversias galileas» que Lucas recoge del evangelio de Marcos. Los adversarios de Jesús aparecen señalados en la breve introducción: se trata de los maestros de la ley, también llamados escribas, y de los fariseos, una secta judía muy observante.

La fama creciente de Jesús les ha atraído en gran número, a buen seguro para conocer directamente lo que hace y dice este personaje extraordinario, cuyos milagros –señala el evangelista– se debían al «poder del Señor» que actuaba en él (v. 17).

Era tal la aglomeración que se había formado en torno a Jesús que a un enfermo incapaz de moverse le resultaba imposible acercarse a él. Sin embargo, eso no desarma su fe ni tampoco la de sus parientes y amigos, que recurren a una audaz estrategia: hacen un gran agujero en la terraza de la casa y bajan por él la camilla con el paralítico, poniéndolo justamente delante de Jesús. Éste ve «*la fe que tenían*» e interviene, pero lo hace de una manera que sorprende. Le dice al pobre enfermo: «*Hombre, tus pecados quedan perdonados*» (v. 20). Los fariseos y los maestros de la ley quedan desconcertados. ¡Sólo Dios puede perdonar los pecados! ¿Quién se cree que es éste? Jesús lee su pensamiento y replica: ¿Qué es más fácil: perdonar los pecados o curar con una simple orden a un hombre paralítico?

La respuesta está en los hechos: Jesús ordena al paralítico que se levante, coja la camilla en la que estaba tendido y camine. Esto para que vean «*que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder para perdonar los pecados*» (v. 24). El Hijo del hombre, al que Dios ha revestido de sus poderes para la salvación de la humanidad pecadora y sufriente, es el mismo Jesús.

El paralítico curado vuelve a su casa «*alabando a Dios*» (v. 25). También la muchedumbre, en el colmo de la admiración por un hecho tan extraordinario, alaba a Dios. Verdaderamente, el Señor, Dios de Israel, ha visitado a su pueblo (cf. 1,68).

MEDITATIO

Jesús cura al paralítico para que los hombres vean que tiene el poder de perdonar: desde esta perspectiva, toda su actividad taumatúrgica se convierte en un signo que garantiza la verdad del perdón de Dios, un perdón que cambia la vida. Ciertamente, también se trata de un milagro cuando Jesús endereza unas piernas torcidas. Ahora bien, ¿qué es un lisiado que camina comparado con un hombre que se vuelve más bueno? Esto es propiamente un milagro de Dios.

El camino normal que emplea para hacer mejores a los seres humanos es el amor de hombres que aman a otros hombres. Estas personas forman la Iglesia: la Iglesia viva, compuesta de hombres y mujeres que ponen todas sus energías al servicio de la pasión educativa con la que un padre y una madre intentan hacer crecer a sus hijos como es debido. Los hombres que llevan al paralítico a Jesús representan a unos bautizados, es decir, a personas que se toman a pecho el verdadero bien de los hermanos.

La mentira del pecado paraliza, y la verdad del amor de Dios cura el cuerpo y el espíritu. Bajo las incrustaciones caracteriales e ideológicas de variada procedencia y naturaleza, se descubre y se presenta el eterno interlocutor de Dios, siempre idénticamente en lucha con el misterio de la muerte, con el absurdo del sufrimiento sin sentido, con el insoportable malestar del pecado no redimido. Pero, ahora, abierto a la esperanza...

ORATIO

Señor Jesús, haz que nuestros corazones se abran para acoger el poder transformador de tus palabras. Dá-nos generosidad y ardor, a fin de que nos hagamos cargo de nuestros hermanos para llevarlos, con la oración y con la solidaridad fraterna, bajo la mirada de tu misericordia. Que la certeza de fe de que sólo tú tienes palabras capaces de dar la salvación y de curar a todo hombre en el cuerpo y en el espíritu sostenga nuestra perseverancia en buscar el bien de todo hermano y de toda hermana.

CONTEMPLATIO

Y él me dijo: Aparta de ti todo ánimo indeciso y no dudes en absoluto de si has de hacer suplicas a Dios, diciéndote a ti mismo: «¿Cómo puedo pedir una cosa del Señor y recibirla siendo así que he cometido tantos pecados contra Él?». No razones de esta manera, sino vuélvete al Señor de todo corazón y no le pidas nada vacilando, y conocerás su gran compasión, pues él, sin duda, no te abandonará, sino que cumplirá la petición de tu alma. Porque Dios no es como los hombres, que guardan rencores, sino que él mismo es sin malicia y tiene compasión de sus criaturas. Limpia, pues, tu corazón de todas las vanidades de esta vida y de las cosas mencionadas antes, y pide al Señor, para que recibas todas las cosas, y no se te negará ninguna de todas tus peticiones si no pides al Señor las cosas vacilando. Pero si fluctúas en tu corazón, no recibirás ninguna de tus peticiones, porque los que vacilan respecto a Dios son los de ánimo indeciso, y éstos nunca obtienen sus peticiones.

Pero los que están llenos en la fe hacen todas sus peticiones confiando en el Señor y reciben porque piden

sin vacilación, sin dudar, porque todo hombre de ánimo indeciso, si no se arrepiente, difícilmente se salvará. Purifica, pues, tu corazón de toda duda en tu ánimo y ten fe, porque es fuerte, y confía en Dios para que recibas todas las peticiones que haces. Y si después de pedir algo al Señor recibes tu petición con alguna demora, no vaciles en tu ánimo porque no has recibido la petición de tu alma al instante. Porque es por razón de alguna tentación o alguna transgresión de la que tú no sabes nada por lo que recibes la petición con demora. Por tanto, no ceses de hacer la petición de tu alma, y la recibirás. Pero si te cansas y dudas cuando pides, culpate a ti mismo y no a Aquel que te lo da. Resuelve esta indecisión, porque es mala y sin sentido, y desarraiga a muchos de la fe, sí, incluso a hombres fieles y fuertes. Porque, verdaderamente, esta duda en el ánimo es hija del diablo y causa gran daño a los siervos de Dios. Por tanto, desprecia estas dudas del ánimo y domínalas en todo, revistiéndote de fe, que es fuerte y poderosa. Puesto que la fe promete todas las cosas, realiza todas las cosas, pero el ánimo indeciso, que no tiene confianza en sí mismo, falla en todas las obras que hace.

Ves, pues, dijo, que la fe viene de arriba, del Señor, y tiene gran poder, pero el ánimo vacilante es un espíritu terreno del diablo y no tiene poder. Por tanto, sirve a la fe que tiene poder y mantente lejos del ánimo vacilante, y vivirás para Dios» («El pastor de Hermas», en *I Padri Apostolici*, Roma 1998, 279s [edición española: *Los Padres apostólicos*, por J. B. Lightfoot, Editorial Clie, Terrassa 1990, 39]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Hombre, tus pecados quedan perdonados» (Lc 5,20).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Los milagros son un continuo sabotaje del orden constituido, encasquillan el mecanismo, la regla sobre la que se basa la vida cotidiana del mundo y, en consecuencia, se ve a Jesús como un saboteador del orden constituido, tanto por parte de las autoridades sacerdotales de su pueblo como por parte de las autoridades ocupantes. Sus movimientos más arriesgados tienen que ver con la curación en sábado, porque desquician la magnífica ley llamada «del sábado», del *shabbat*, «cese» (el hombre cesa de trabajar en ese día, a imitación del *shabbat* de Dios). Jesús la practica en sus obras milagrosas continuamente en el Nuevo Testamento, sanando en sábado a personas enfermas de nacimiento; por tanto, a personas que podían ser sanadas un día antes o después. Quiere sanarlas en sábado porque quiere que el hombre sea señor del sábado. Esto supone una fuerte ruptura con la tradición de la que procede, porque, para Israel, el sábado es de Dios, no del hombre. El sábado es de Dios y Jesús dice que «es del hombre».

A continuación, una segunda ruptura es que se arroga el derecho a decir mientras cura a alguien: «Vete, tus pecados quedan perdonados». Esto constituye otra enormidad para aquellos oídos: ¿cómo puedes perdonar los pecados? Puedes realizar una curación, pero ¿perdonar los pecados? El verbo hebreo empleado es «levantar»: se levanta el pecado, es un acto de levantamiento, levantamiento de pesos, un acto atlético desde el punto de vista de la santidad. Sólo Dios puede levantar el pecado de otro, ¿cómo se atreve él? Éstas son las líneas de fricción de Jesús con la religión de su pueblo. El milagro es una prueba efervescente, pero ocasional; choca contra la vida cotidiana, pero, después, son las palabras de Jesús las que desencadenan el choque (E. de Luca, «Il cieco di Betsàida», en G. Zagrebelsky y otros, *Alle origini dell'Occidente. Parabole e personaggi del vangelo*, Brescia 2002, 155s).

La llamada de Leví (Lc 5,27-32)

²⁷ Después de esto, salió y vio a un publicano, llamado Leví, que estaba sentado en su oficina de impuestos, y le dijo:

–Sígueme.

²⁸ Él, dejándolo todo, se levantó y le siguió. ²⁹ Leví le obsequió después con un gran banquete en su casa, al que también había invitado a muchos publicanos y a otras personas. ³⁰ Los fariseos y sus maestros de la ley murmuraban contra los discípulos de Jesús y decían:

–¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?

³¹ Jesús les contestó:

–No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. ³² Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se conviertan.

LECTIO

La segunda controversia la motiva una escena de vocación. Igual que antes llamó a unos pescadores para que le siguieran, ahora llama a un recaudador de impuestos, una profesión lucrativa que se ejercía de una manera deshonesta (cf. 3,12s). La respuesta de Leví (otro nombre de Mateo; cf. Mt 9,9) es pronta y generosa.

Leví prepara un suntuoso banquete (v. 29) y entre los invitados hay muchos de sus colegas. El hecho de que Jesús acepte compartir la mesa con «publicanos y pecado-

res» escandaliza a los fariseos y a sus guías espirituales, los maestros de la ley o escribas. Quizá por temor o consideración al Maestro, éstos la emprenden con sus discípulos. La respuesta de Jesús es reveladora. Si esas personas son como los «enfermos», él es el «médico» que puede curarlas (v. 31). Ésa es precisamente su misión: «llamar a los pecadores, para que se conviertan», para que vuelvan a Dios, que les ama y quiere salvarles (v. 32).

MEDITATIO

Como Leví, también nosotros podemos encontrarnos «sentados», atados a lógicas paralizantes: las del interés y el beneficio, las del aprovecharnos de nuestra posición social o económica, las del explotar a los otros. Como los escribas y los fariseos, también nosotros podemos ser esclavos de la respetabilidad y del moralismo, sometidos al miedo de amar y de volvernos vulnerables. Con una agravante, en este caso: considerarnos «en lo cierto» y, en consecuencia, con derecho a juzgar a los otros y a no ponernos nosotros mismos en cuestión.

Jesús ofrece a todos su compañía, su amistad capaz de liberar de cualquier lazo que no sea el amor. Sólo pone una condición: desearla y estar dispuestos a recorrer los mismos caminos que él. Es menester que nos reconozcamos tal como somos de verdad: enfermos de egocentrismo, heridos por la elección del egoísmo en vez de por la generosidad, heridos por la necesidad insatisfecha de sentirnos amados. En la comunión con Jesús que experimentamos cuando nos convertimos se encuentra la curación verdadera y profunda.



La discusión sobre el ayuno (Lc 5,33-39)

³³ Entonces ellos [los fariseos y los maestros de la ley] le preguntaron a Jesús:

–Los discípulos de Juan ayunan con frecuencia y hacen oraciones, e igualmente los de los fariseos; en cambio, tus discípulos comen y beben.

³⁴ Jesús les contestó:

–¿Podéis hacer ayunar a los amigos del esposo mientras el esposo está con ellos? ³⁵ Llegará un día en el que el esposo les será arrebatado; entonces ayunarán.

³⁶ Les puso también este ejemplo:

–Nadie corta un trozo de tela de un traje nuevo y lo pone en un vestido viejo, porque estropeará el nuevo y al viejo no le caerá bien la pieza del nuevo. ³⁷ Y nadie echa vino nuevo en odres viejos, porque el vino nuevo reventará los odres, se derramará el vino y los odres se perderán. ³⁸ El vino nuevo se echa en odres nuevos. ³⁹ Y nadie habituado a beber vino añejo quiere el nuevo, porque dice: «el añejo es mejor».

LECTIO

La tercera controversia se sitúa en continuidad con la precedente. Además de los ayunos prescritos, tanto los fariseos como los discípulos de Juan practican con frecuencia otros ayunos. ¿Cómo es que Jesús y sus discípulos no son igual de austeros? La respuesta del Jesús

de Lucas, altamente significativa, se extiende de inmediato a una consideración más general, relacionada con el paso del estilo de vida judío a la «novedad» cristiana.

Las Escrituras describían con el simbolismo nupcial la relación entre el Señor y su pueblo (véase, por ejemplo, Os 1-3). Jesús, aludiendo a esa concepción, se compara con el esposo: su presencia es motivo de fiesta y, por tanto, excluye el ayuno. Sin embargo, añade, en la misma línea, que, cuando *«les será arrebatado»* violentamente, sus discípulos harán luto y ayunarán.

En realidad –subrayan los últimos dichos–, la cuestión del ayuno manifiesta sólo un aspecto de la diferencia entre el judaísmo, bien representado por la secta de los fariseos, y lo que la venida del Mesías (*«el esposo»*) ha traído. El *«vino nuevo»*, que los *«odres viejos»* no pueden contener, es la novedad cristiana. Ésta consiste ante todo en Jesús, que revela en su mismo comportamiento el amor misericordioso de Dios. Por desgracia, el que se ha acostumbrado al *«vino añejo»* tiene dificultades para aceptarlo.

MEDITATIO

Acoger la novedad que supone Jesús y que se manifiesta en su estilo de vida no resultaba incómodo sólo para los fariseos de su tiempo, sino que continúa siéndolo para sus discípulos de hoy. A más de dos mil años de distancia, la historia nos presenta aperturas y ahondamientos en la comprensión de Jesús, ejemplos múltiples de hombres y de mujeres que han dado valor a su predicación con su vida; ahora bien, al mismo tiempo, nos entrega también intentos bien logrados de «enyesar» su imagen y «congelar» su Palabra. ¿Acaso no nos acecha constantemente la tentación de usar las seguridades dogmáticas como refugio y defensa para no dejarnos in-

quietar por el soplo del Espíritu que, a pesar de todo, sigue guiándonos *«a la verdad completa»* (cf. Jn 16,13)? El conocimiento de Jesús, la experiencia de comunión con él en la fe, es una realidad siempre nueva, que huye de los cierres defensivos del pasado, de lo «ya conocido». No porque Jesús cambie y hoy sea distinto de ayer –*«Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre»* (Heb 13,8)–, sino porque nos pide a nosotros que cambiemos, que nos convirtamos cada día, a fin de acoger un poco más el don que él es e implicarnos en la fiesta de su amor.

La ascesis es necesaria y significativa precisamente por eso: para ayudarnos a ser capaces y estar dispuestos a reconocer a Jesús y a estar junto a él como él nos manifiesta hoy, con la frescura y la riqueza nunca agotadas de su encarnación.



La discusión sobre el sábado

(Lc 6,1-5)

¹ Un sábado atravesaba Jesús por unos sembrados. Sus discípulos cortaban espigas y las comían, desgranándolas con las manos. ² Y unos fariseos dijeron:

–¿Por qué hacéis lo que no está permitido en sábado?

³ Jesús les respondió:

–¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvieron hambre él y sus compañeros? ⁴ Entró en el templo de Dios, tomó los panes de la ofrenda, comió y dio a los que le acompañaban, siendo así que sólo a los sacerdotes les estaba permitido comerlos.

⁵ Y añadió:

–El Hijo del hombre es señor del sábado.

LECTIO

En la cuarta controversia vuelve también el tema del alimento. Al atravesar unos sembrados, los discípulos de Jesús cortan algunas espigas, algo de por sí lícito (cf. Dt 23,25), pero, a los ojos de los fariseos, al hacerlo violan el precepto del reposo del sábado: cortar una espiga y desgranarla con las manos para comérselas constituye ya un «trabajo» (v. 2).

Jesús les responde poniendo, primero, un ejemplo tomado de las Escrituras: hasta el santo rey David, al en-

contrarse en una situación de necesidad, transgredió el precepto, alimentándose de los «panes de la ofrenda» reservados a los sacerdotes (cf. 1 Sm 21,2-7 y Lv 24,9). Ahora bien, si esto le era lícito a David, mucho más al Mesías («*El Hijo del hombre es señor del sábado*»). Jesús revela una vez más su propia autoridad trascendente, al mismo tiempo que justifica el comportamiento de sus discípulos.

MEDITATIO

Jesús responde a la pregunta de los fariseos yendo más allá de la antinomia «lícito»/«ilícito», según la cual se le podría etiquetar superficialmente como anárquico, en la medida en que parece actuar sin tener en cuenta la ley. En realidad, Jesús, que, en Mateo, afirma sin equívocos que ha venido a cumplir la ley (Mt 5,17), revela el significado profundo de la ley: promover, servir, respetar la vida de todos, en particular la de los pobres, la de los oprimidos, la de los indefensos. Ir contra el ser humano en nombre de la ley significa convertirla en un ídolo y no en un medio. Por el contrario, reconocer a Jesús como Señor implica ser capaz de declararse objetor de conciencia frente a cualquier ley que lesione a una criatura de Dios en cualquiera de sus derechos fundamentales, criatura por la que Jesús vivió en obediencia, hasta el fin, a la ley del amor.



Una curación en sábado (Lc 6,6-11)

⁶ Otro sábado entró en la sinagoga y se puso a enseñar. Había allí un hombre que tenía atrofiada la mano derecha. ⁷ Los maestros de la ley y los fariseos le espían para ver si curaba en sábado y tener así un motivo para acusarlo. ⁸ Jesús, que conocía sus pensamientos, dijo al hombre de la mano atrofiada:

–Levántate y ponte ahí en medio.

El hombre se puso de pie. ⁹ Jesús les dijo:

–Os voy a hacer una pregunta: ¿Qué está permitido en sábado, hacer el bien o el mal? ¿Salvar una vida o destruirla?

¹⁰ Y, mirándolos a todos, dijo al hombre:

–Extiende tu mano.

Él lo hizo, y su mano quedó restablecida. ¹¹ Pero ellos, llenos de rabia, discutían qué podrían hacer contra Jesús.

LECTIO

La última de las cinco controversias tiene su arranque en un milagro de curación. Un sábado había en la sinagoga un hombre que tenía atrofiada la mano derecha y, probablemente, deseaba que Jesús le curara. Sus adversarios andan al acecho: ¿Se atreverá a transgredir el precepto del sábado? Jesús toma la iniciativa y les desafía: ¿Qué está permitido hacer en sábado? ¿Es posible que esté prohibido «*hacer el bien*», «*salvar una vida*», en

sábado? Y, sin esperar la respuesta, cura al hombre. Como en el caso del paralítico, también aquí la curación asume un valor simbólico: Jesús es el benefactor del hombre (cf. Hch 10,38), su salvador.

La reacción de los escribas y los fariseos concluye dramáticamente la serie de las controversias y prepara ya desde ahora los acontecimientos finales del evangelio. Todavía no aparece, como en Marcos, la decisión explícita de eliminarle (Mc 3,6), pero la contraposición con el Maestro venido de Nazaret es ahora insuperable.

MEDITATIO

Jesús se declara, una vez más, al servicio de la vida y actúa en consecuencia. Y no al servicio de «un poco de vida», de una vida «pasable», sino de la vida en plenitud (Jn 10,10). Nada de nosotros ni ninguno entre nosotros está descartado, nada ni nadie está excluido. Hacer el bien consiste en crear las condiciones para que el otro viva mejor. Éste es el único criterio de discernimiento válido tanto para las opciones personales como para las sociales y políticas. Tenemos que poner a todo hombre y a todo el hombre en el centro de la atención y del compromiso de cada uno, sin condiciones. El discípulo de Jesús sabe que sólo así es auténtico el culto que rinde a Dios, porque viviendo el amor activo hacia las criaturas su vida se convierte en alabanza al Creador. Santiago expresa en su carta esta misma certeza: «*La religiosidad auténtica y sin tacha a los ojos de Dios Padre consiste en socorrer a huérfanos y viudas en su tribulación y en mantenerse incontaminado del mundo*» (Sant 1,27).

Incluso las leyes canónicas tenemos que vivirlas no según el espíritu «del mundo» –ya esté más o menos enmascarado (egoísmo, utilitarismo, vejación)–, sino según el Espíritu del Señor que da la vida. Eso es lo que

Jesús, que conoce los pensamientos más recónditos de los escribas y de los fariseos, así como los de cada persona, nos enseña hoy también a nosotros.



Los Doce y las muchedumbres

(Lc 6,12-19)

¹² Por aquellos días, Jesús se retiró al monte para rezar y pasó la noche orando a Dios. ¹³ Al hacerse de día, reunió a sus discípulos y eligió entre ellos a doce, a quienes dio el nombre de apóstoles: ¹⁴ Simón, a quien llamó Pedro, y su hermano Andrés, Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, ¹⁵ Mateo, Tomás y Santiago, el hijo de Alfeo, Simón llamado Zelota, ¹⁶ Judas el hijo de Santiago y Judas Iscariote, que fue el traidor.

¹⁷ Bajando después con ellos, se detuvo en un llano donde estaban muchos de sus discípulos y un gran gentío, de toda Judea y Jerusalén, y de la región costera de Tiro y Sidón, ¹⁸ que habían venido para escucharle y para que les curara de sus enfermedades. Los que eran atormentados por espíritus inmundos quedaban curados, ¹⁹ y toda la gente quería tocarlo, porque salía de él una fuerza que curaba a todos.

LECTIO

La elección de los Doce supone un giro crucial. Lo subraya el marco del episodio: Jesús se ha pasado la noche en oración y en el diálogo con el Padre ha obtenido la inspiración para una decisión comprometida y cargada de consecuencias. Aunque sus discípulos sean ahora muchos (v. 17), elige entre ellos a doce y los constituye «apóstoles», o sea, enviados personales que le representan de manera autorizada. El número es evocador: remite a los doce patriarcas y a las doce tribus de Israel. Como após-

toles en sentido estricto, estarán implicados en el anuncio del Reino de Dios (9,1ss) y se convertirán un día en testigos de Cristo y de la resurrección (Hch 1).

En la lista, ahora tradicional, de los doce apóstoles corresponde el primer puesto a Simón, al que Jesús impuso un nombre nuevo, Pedro: su papel lo precisará el mismo Jesús en la última cena (23,22) y emergerá en la historia de los comienzos de la Iglesia (Hechos de los apóstoles). De los otros, algunos han alcanzado cierta relevancia en los evangelios: Andrés, hermano de Pedro; Santiago y Juan, hijos de Zebedeo; Mateo, Felipe, Santiago al de Alfeo... En último lugar aparece Judas Iscariote, el traidor.

Mientras que la elección de los Doce tiene lugar en el monte, el largo discurso dirigido a los discípulos y a las muchedumbres (6,20-49) está situado en un lugar llano. El «resumen» que lo introduce describe un triple círculo. El más próximo a Jesús está formado por los doce a los que ha llamado a su lado. Viene, después, la muchedumbre de los discípulos, que ahora ya son muchos. El círculo más exterior está formado por «*un gran gentío*» procedente de todas las regiones del país: no sólo de Judea y de Jerusalén, sino hasta de Fenicia (en «*la región costera de Tiro y Sidón*»: v. 17). La persona de Jesús y su mensaje ejercen una atracción que llega incluso a los alejados y a los extranjeros. Las muchedumbres se agolpan para escucharle y para que les cure. El evangelista señala que «*salía de él una fuerza que curaba a todos*»: es la fuerza del Espíritu de Dios (cf. 4,14.18).

MEDITATIO

Lucas puntualiza de nuevo la actitud orante de Jesús, su retirada durante toda la noche a la montaña para orar. Jesús siente la necesidad primaria de retirarse a un lugar silencioso, reservado, lejos de la muchedumbre y

de todos, para encontrar y vivir su espacio de encuentro con el Padre, el Dios vivo y verdadero, y para entrar en una relación de amor con él, escuchar su voz y confiarse a su voluntad. Mientras que la noche es el tiempo adecuado para estar con el Padre en la intimidad, el nacimiento del nuevo día resulta ser el tiempo de la misión, de la comunión con los hermanos.

En efecto, de la noche de la oración se pasa al día de la elección de los Doce, de aquellos a quienes dio el nombre de «apóstoles». Ellos contribuirán de una manera sustancial a asegurar la continuidad del testimonio de fe en Jesús. Éste asumirá plenamente la responsabilidad de su elección, de la que no se volverá atrás ni siquiera frente a la traición, a la negación, a la crueldad de su muerte. Sobre todo, no se olvidará de haber pasado «aquella noche» en comunión con el Padre, y precisamente este recuerdo le hará fiel y disponible a la hora de afrontar con valor todas las consecuencias ligadas a la elección de estos hombres frágiles y a menudo incrédulos.

También es fundamental para nosotros recordar las veces en que hemos experimentado el amor del Señor, para alcanzar luz, discernimiento y fe en nuestra realidad cotidiana. Jesús baja de la montaña con ellos: siempre estará con sus discípulos como Maestro dulce y humilde, y siempre tendrá en cuenta las necesidades de la muchedumbre como único Señor y Salvador. La fuerza del Espíritu que sale de Jesús sana toda enfermedad y da la alegría de continuar el propio camino con la confianza de ser custodiados por sus palabras de verdad.

ORATIO

Con temor y temblor nos dirigimos a ti, Señor Jesús. Tú oraste largamente antes de elegir a los «tuyos» y, sin embargo, hubo un traidor entre ellos. Amas hasta tal

punto, en efecto, nuestra libertad que no obligas a los hombres a amarte. Ten piedad de nuestra fragilidad, de nuestras debilidades y de la inconsistencia de nuestro amor cuando no está anclado en tu fidelidad. Haz que nos abramos para acoger plenamente tu don, único para cada uno de nosotros, a fin de que, amándote con todo nuestro corazón, lleguemos a ser también todos nosotros «apóstoles» de tu amor hasta el fin.

CONTEMPLATIO

«Y pasó la noche orando a Dios». Aquí se te pone un ejemplo, se te ofrece un modelo para imitar. ¿Qué no deberías hacer tú por tu salvación si Cristo pasa la noche en oración? ¿Qué te conviene hacer, cuando quieres emprender alguna obra buena, si consideras que Cristo, en el momento de enviar a los apóstoles, oró, y oró solo? Los deseos humanos no pueden estorbar al designio de Dios y nadie puede participar en el pensamiento íntimo de Cristo. Pues bien, ¿quieres saber hasta qué punto ora por mí y no por él?

«Reunió a sus discípulos» –continúa el evangelista– y «eligió entre ellos a doce» (Lc 6,13) para enviarlos, como sembradores de la fe, a difundir por el mundo la salvación del género humano. Y considera también el designio celeste: no eligió, para enviarlos al mundo, a sabios, no eligió a ricos o a nobles, sino sólo a pescadores y publicanos, para que no pareciera que los había preferido por su sabiduría, o utilizado por sus riquezas, o atraído por el prestigio del poder y de la notoriedad. Y esto a fin de que venciera en el mundo la fuerza de la verdad, no la habilidad dialéctica de la persuasión (Ambrosio de Milán, *Commento al vangelo di san Luca*, Roma 1966, I, 249s [edición española: *Obras de san Ambrosio, 1: Tratado sobre el evangelio de san Lucas*, BAC, Madrid 1966]).

ACTIO

Repite con frecuencia y medita hoy la Palabra:
«Reunió a sus discípulos» (Lc 6,13).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Jesús llama a sus discípulos. La iniciativa parte exclusivamente de Cristo. Él es quien llama. Nadie puede darse o tomar por sí mismo la vocación en la Iglesia. No hay una elección personal, sino que se nos llama, se nos elige. Dios llama, y llama de una manera concreta a través de la Iglesia. Una vocación sacerdotal puede ser también un impulso interno del Espíritu y del corazón, y una decisión personal de un joven. Es más, por lo general sucede así. Ahora bien, este acto fundamental personal debe ser insertado y acogido como viniendo de parte de Cristo presente en su Iglesia. La imposición de las manos es el sello del Espíritu sobre esta vocación. El hombre entra así en su misión de apóstol y de misionero, una misión común a todos los creyentes, pero también específica para quien ha sido elegido para el ministerio apostólico y sacerdotal en sentido estricto. Cristo, sumo y eterno pastor, actúa y se revela en la historia a través de los pastores visibles, de sus manos y de su palabra.

Jesús llama a doce personas. La antigua descendencia natural de las doce tribus queda ahora abolida por el nuevo pueblo de Dios, que no forma una unidad natural, una unidad de sangre, sino una sociedad sobrenatural, espiritual. Los Doce reciben el nombre especial de *apóstoles*, es decir, «enviados». No actúan en virtud de unos poderes propios, sino por encargo y por voluntad de otro. No son soberanos, sino embajadores. No son la mano, sino el instrumento. Todo lo que reciben no lo reciben sólo para ellos mismos, sino sólo para los otros: están obligados a difundirlo. Los Doce ofrecen un cuadro bastante variado. Pertenecen todos a la clase baja de la sociedad, aunque posean un nivel muy diferente por formación. Los sacerdotes del Señor no son uniformes, pero, a pesar de la diversidad, forman una única comunidad porque han sido llamados por Cristo, enviados por él y dedicados a su servicio. Él constituye su vínculo de unión,

su secreto, su unidad en la multiplicidad. Dice el evangelio que Jesús bajó del monte con ellos. Está en medio de ellos. Forman su séquito. El grupo de los discípulos está sólidamente constituido (R. Gutzwiller, *Meditazioni su Luca*, Roma 1982, 144-147, *passim* [edición española: *Meditaciones sobre san Lucas*, San Pablo, Madrid 1965]).

El discurso a los discípulos: bienaventuranzas y «ayes»

(Lc 6,20-26)

²⁰ Entonces Jesús, mirando a sus discípulos, se puso a decir:
Dichosos los pobres,
porque vuestro es el Reino de Dios.

²¹ Dichosos los que ahora tenéis hambre,
porque Dios os saciará.
Dichosos los que ahora lloráis,
porque reiréis.

²² Dichosos seréis cuando los hombres os odien y cuando os excluyan, os injurien y maldigan vuestro nombre a causa del Hijo del hombre. ²³ Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, que lo mismo hacían sus antepasados con los profetas.

²⁴ En cambio,
¡ay de vosotros, los ricos,
porque ya habéis recibido
vuestro consuelo!

²⁵ ¡Ay de los que ahora estáis satisfechos,
porque tendréis hambre!
¡Ay de los que ahora reís,
porque gemiréis y lloraréis!

²⁶ ¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros,
que lo mismo hacían sus antepasados con los falsos profetas!

LECTIO

Tras haber dicho en varias ocasiones que Jesús «enseñaba» (véase, por ejemplo, Lc 5,3), el evangelista nos

ofrece un largo compendio de su doctrina, de manera análoga al «sermón de la montaña» de Mt 5-7. No es difícil detectar el parentesco entre estos dos textos, especialmente en su parte introductoria (bienaventuranzas), en la parte central (amor al prójimo, incluidos los enemigos) y en la final (exhortación a poner en práctica). Los destinatarios de la enseñanza son, sobre todo, los discípulos (6,20), aunque sin excluir al «pueblo» que escucha (7,1).

El discurso se abre con cuatro bienaventuranzas, a las que corresponden otros tanto «ayes» o amenazas (6,20-26). La bienaventuranza pone de relieve, en la tradición bíblica y judía, un valor o una actitud que caracteriza al que es sabio y le asegura la felicidad verdadera y definitiva. Las tres primeras bienaventuranzas van dirigidas a las personas que viven en la pobreza y en el sufrimiento. Jesús les promete el «Reino de Dios» como vuelco de la situación actual y recompensa de las penas sufridas. Se cumplen las palabras de Isaías que Jesús había hecho suyas en Nazaret: «Y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia» (Is 61,1: Lc 4,18). Estos pobres son los discípulos de Jesús y todos los que ponen su confianza en Dios y de él esperan la salvación.

Paradójicamente, Jesús llama también «dichosos» a los que sufren persecución, a los que son víctimas de calumnias e insultos. Se trata, en primer lugar, de los discípulos («...a causa del Hijo del hombre»), a quienes se compara con los profetas, que padecieron los mismos malos tratos. No sólo se les dice que no se entristezcan, sino que hasta se alegren de ello, porque su fidelidad a Cristo será recompensada «en el cielo», es decir, junto a Dios. De modo simétrico, Jesús dirige sus «ayes» a los ricos-satisfechos-risueños, declarando que su situación es efímera y un día se invertirá. De nada vale que ahora sean elogiados por los hombres si el juicio de Dios sobre sus vidas es de condena.

Las bienaventuranzas y los ayes tienen un doble valor. Por un lado, no constituyen otra cosa que una forma o modalidad de la «Buena Noticia», anuncio del Reino de Dios como salvación de los males que trabajan la vida del ser humano. Por otra, presentan, tanto en positivo como en negativo, el ideal del verdadero discípulo de Cristo. Aunque el segundo aspecto se advierta de una manera más inmediata, no debemos separarlo del primero. Jesús volverá más veces, en la continuación del evangelio, sobre el tema de la pobreza y de la riqueza (véase, por ejemplo, la parábola del rico Epulón: 16,1-31).

MEDITATIO

Lucas, a diferencia de Mateo, pone de relieve principalmente cuatro bienaventuranzas, a las que siguen después cuatro «ayes». Es importante captar el mensaje esencial que se oculta en este texto, porque de otro modo correremos el riesgo de leerlo y vivirlo sólo en clave moralista. En efecto, es preciso descubrir y creer que es Dios el que, con su presencia y acción, da sentido a la historia humana y no tanto a lo que el ser humano debe o no debe hacer. A buen seguro, es preciso asumir actitudes evangélicas y concretas, y un estilo preciso de vida y de fe, si queremos abrirnos a un destino de bienaventuranza. Ahora bien, se trata de un misterio de gracia, de bondad y de misericordia que sobrepasa toda perspectiva, expectativa y juicio humanos.

Este misterio abarca a todos indistintamente, y por eso no debemos interpretar los «ayes» como maldiciones, sino más bien como llamadas a obrar de manera eficaz para el crecimiento del Reino en todo el mundo. Los «ayes» son también exhortaciones paternales a la conversión, a fin de que reconozcamos a Dios como único Creador y a los hermanos como don en el que habita su misma presencia. Es el pobre y el hambriento,

son los que lloran y son odiados a causa del Hijo del hombre, los que, reconociéndose necesitados de la ayuda y del apoyo del Señor, están abiertos a su gracia. En sentido contrario, el que es rico y permanece encerrado de una manera egoísta e injusta en sus propios bienes materiales, se encuentra en la imposibilidad de acoger la realidad del Reino de Dios, que ya está operante desde ahora. Las bienaventuranzas nos abren a una esperanza inquebrantable y sólo quien es capaz de descubrir que Dios es amor puede sentirse ya en la alegría de las bienaventuranzas.

ORATIO

Frente a un mundo que se ríe de mil maneras de cuanto tú nos propones, haz, oh Señor Jesús, que la gran bienaventuranza de haberte encontrado dilate nuestro corazón y nos haga libres y alegres. Concédenos el orgullo de ser tuyos y de seguirte a ti, que nos amaste hasta la ofrenda total de tu vida en el leño de la cruz. Que nada turbe jamás la absoluta certeza de que sólo en ti, contigo y por ti somos ya verdaderamente desde ahora dichosos.

CONTEMPLATIO

Dichoso aquel siervo que no se enaltece más por el bien que el Señor dice y obra por su medio que por el que dice y obra por medio de otro. Comete pecado quien prefiere recibir de su prójimo mientras él no quiere dar de sí al Señor Dios.

Dichoso el que soporta a su prójimo en su fragilidad como querría que se le soportara a él si estuviese en caso semejante. Dichoso el siervo que restituye todos

los bienes al Señor Dios, porque quien se reserva algo para sí, esconde en sí mismo el dinero de su Señor Dios (cf. Mt 25,1 8), y lo que creía tener se le quitará (Lc 8,18).

Dichoso el siervo capaz de soportar con igual paciencia la instrucción, acusación y reprensión que le viene de otro como la que se da a sí mismo. Dichoso el siervo que, al ser reprendido, acata benignamente, se somete con modestia, confiesa humildemente y expía de buen grado. Dichoso el siervo que no tiene prisa para excusarse y soporta humildemente el sonrojo y la reprensión por un pecado en el que no tiene culpa.

Dichoso el siervo que ama tanto a su hermano cuando está enfermo y no puede corresponderle como cuando está sano y puede corresponderle (*Gli scritti di Francesco e Chiara d'Assisi*, Padua 1987, 107-110: Ammonizioni XVII, XVIII, XXII, XXIV).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Dichosos seréis cuando los hombres os excluyan a causa del Hijo del hombre» (cf. Lc 6,22).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«Dichosos los pobres de espíritu... porque de ellos es el Reino de los Cielos». Ser pobre no es interesante: todos los pobres son de esta opinión. Lo interesante es poseer el Reino de los Cielos, pero sólo los pobres lo poseen. Así que no penséis que nuestra alegría consiste en pasar nuestros días vaciando nuestras manos, nuestras cabezas, nuestros corazones... Nuestra alegría consiste en pasar nuestros días haciendo sitio en nuestras manos, nuestras cabezas y nuestros corazones al Reino de los Cielos que pasa. No digáis: «Lo he perdido todo». Decid más bien: «Lo he ganado todo». No digáis: «Me lo quitan todo». Decid más

bien: «Lo recibo todo». Emprended vuestra jornada sin ideas preconcebidas y sin prever la fatiga, sin proyectos sobre Dios, sin recuerdos de él... a su encuentro. Partid sin mapa para descubrirle, sabiendo que está por el camino y no a su término. No intentéis encontrarle con recetas originales, sino dejaos encontrar por él en la pobreza de una vida cotidiana. La monotonía es una pobreza: aceptadla. No busquéis los bellos viajes imaginarios. Que las variedades del Reino de Dios os basten y os regocijen. Desinteresaos de vuestra vida, pues preocuparse por ella es una riqueza: entonces la vejez os hablará de nacimiento, y la muerte de resurrección. El tiempo os parecerá un pequeño repliegue en la inmensa eternidad; juzgaréis todas las cosas según sus huellas eternas... Si vuestra oración se ve privada de emociones tiernas, sabréis que a Dios no se le alcanza con sensaciones. Si estáis sin demasiado ánimo, os alegraréis de ser aptos para la esperanza. Si la gente os parece aburrida y vuestro corazón desdichado, estaréis contentos de tener en vosotros la imperceptible caridad. Cuando, empobrecidos de todo, lo único que podáis ver en el mundo sea una casa desvalijada, y en vosotros una indigencia sin fachada, pensad en esos ojos de sombra abiertos en el centro de vuestra alma, fijos en cosas inefables, porque vuestro es el Reino de los Cielos (M. Delbrêl, *Che gioia credere!*, Turín 1969, 40-43, *passim* [edición española: *La alegría de creer*, Sal Terrae, Santander 1997]).

Sobre el amor al prójimo (Lc 6,27-42)

En aquel tiempo, elevando los ojos hacia sus discípulos, decía Jesús: ²⁷ Pero a vosotros, que me escucháis, os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, ²⁸ bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian. ²⁹ Al que te hiera en una mejilla, ofrécele también la otra, y a quien te quite el manto no le niegues la túnica. ³⁰ Da a quien te pida, y a quien te quita lo tuyo no se lo reclames.

³¹ Tratad a los demás como queréis que ellos os traten a vosotros. ³² Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a quienes les aman. ³³ Si hacéis el bien a quien os lo hace a vosotros, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo. ³⁴ Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores se prestan entre ellos para recibir lo equivalente. ³⁵ Vosotros amad a vuestros enemigos, haced bien y prestad sin esperar nada a cambio; así vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo. Porque él es bueno para los ingratos y malos. ³⁶ Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso.

³⁷ No juzguéis, y Dios no os juzgará; no condenéis, y Dios no os condenará; perdonad, y Dios os perdonará. ³⁸ Dad, y Dios os dará. Os verterán una buena medida, apretada, rellena, rebosante, porque con la medida con que midáis, Dios os medirá a vosotros.

³⁹ Les puso también este ejemplo;

—¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? ⁴⁰ El discípulo no es más que su maestro, pero el discípulo bien formado será como su maestro. ⁴¹ ¿Cómo es que ves la mota en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga que hay en el tuyo? ⁴² ¿Y cómo puedes decir a tu hermano: «Her-

mano, deja que te saque la mota que tienes en el ojo», cuando no ves la viga que hay en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y entonces verás bien para sacar la mota del ojo de tu hermano.

LECTIO

El discurso dirigido a los discípulos (vv. 27-42) tiene que ver con el amor al prójimo. Éste amor debe extenderse a los enemigos, tanto a los personales como a los de la comunidad de los discípulos. En esto insisten los dichos iniciales, en cuyo centro está engastada la «regla de oro»: «*Tratad a los demás como queréis que ellos os traten a vosotros*» (v. 31). En concreto, amar a los enemigos significa hacerles bien, desearles el bien (bendecir), orar por ellos, renunciar a toda retorsión (presentar la otra mejilla), ser condescendientes (ceder la túnica o el manto), dar prestado de manera desinteresada... Una serie de preguntas retóricas («*Si amáis a los que os aman...*») subraya la diferencia entre la conducta del discípulo y la de los «*pecadores*», alcanzando una nueva cima: el discípulo de Jesús está llamado a imitar el amor generoso del Padre celestial, que extiende sus beneficios a los ingratos y a los malos (v. 35).

El tema de la imitación de Dios se retoma en el dicho: «*Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso*» (v. 36). Jesús aplica este principio al juicio del prójimo y al perdón, advirtiéndonos que no seamos severos con el hermano, porque «*con la medida con que midáis, Dios os medirá a vosotros*». La exhortación a la generosidad («*Dad, y Dios os dará*») se dilata en una sugestiva descripción de la recompensa divina (v. 38).

Se cierra esta sección con tres dichos de sabor proverbial. El primero (v. 39) pone en guardia contra la excesiva confianza en nosotros mismos. En el segundo (v. 40), nos dice Jesús que «*el discípulo bien formado será como su*

maestro». La parábola de la mota y la viga (vv. 41s) nos advierte que quien se pone a corregir al otro corre el riesgo de no darse cuenta de sus propios defectos.

MEDITATIO

La invitación a amar a los enemigos y a hacerles bien podemos acogerla y comprenderla ahondando en la conciencia de que el amor de Dios por cada uno de nosotros es incondicional. Y custodiando en el corazón el misterio de la cruz de Jesús podemos obtener la fuerza indispensable de la fe para ofrecer también nosotros una respuesta de amor sin reservas. Debería ser una respuesta libre de todo tipo de egoísmo, de dominio y de juicio sobre el otro, sin esperar nada más que la viva esperanza de crecer en el conocimiento y en la comunión incluso con los que estamos inclinados a considerar como «enemigos». Ahora bien, ¿cuántas veces impedimos a este enemigo hacerse amigo nuestro sólo porque nos aferramos a nuestros prejuicios, a nuestros miedos, a nuestras arrogancias de fe? ¿Cuántas veces preferimos optar por las obras de las tinieblas antes que dar la vida gratuitamente a la luz del Evangelio?

El Señor concede la gracia sanadora a los que creen en la fecundidad de la oración, de la misericordia y de la caridad fraterna. Sólo espera que acojamos con docilidad esa gracia. Más aún, el Evangelio nos enseña a no pretender hacer de guías de un ciego si no somos personas verdaderas y creíbles, capaces de estar junto al hermano del mismo modo como Dios nos ama, perdona y cuida en particular de los necesitados. Del mismo modo que todo árbol se reconoce por su fruto, así seremos reconocidos como discípulos suyos si tenemos en el centro de nuestra vida el Evangelio del Señor, que nos invita, en primer lugar, a convertirnos nosotros mismos, a escuchar y a poner en práctica su Palabra y a edificar

nuestra propia existencia sobre la roca de su amor ofrecido en la cruz por todos.

ORATIO

Señor Jesús, tú conoces por experiencia la fragilidad, la debilidad y también la crueldad de la naturaleza humana; sin embargo, desde lo alto de la cruz tuviste expresiones de compasión y de perdón incluso por los que te estaban crucificando. Derrama en nuestros corazones tu Espíritu de amor, para que nos dé la fuerza de poner en práctica tu Palabra incluso cuando nos parece demasiado exigente. Infunde tú mismo en nosotros una infinita capacidad de paciencia y de perdón, a fin de que el Padre celestial pueda reconocernos como sus verdaderos hijos. Amén.

CONTEMPLATIO

«*Da a quien te pide*». Ésta es la generosidad típica de Dios. Ahora bien, la enseñanza verdaderamente más grande que toda perfección es: no esperes a que te pidan, busca tú mismo a quien necesita ayuda [...]. No quieras juzgar tú quién es digno y quién no lo es, pues puede suceder que con tu juicio caigas en el error. Cuando no hay certeza, es mejor beneficiar también a las personas indignas, a causa de las dignas, para no correr el riesgo de que, al querer evitar a las indignas, trates mal también a las justas. Al usar una excesiva precaución para distinguir a quién debemos ayudar y a quién no, corres el riesgo de dejar también a los amigos de Dios, y este descuido se castiga con la pena eterna. En cambio, si socorres a todos los necesitados, encontrarán a buen seguro a aquel que te dará la salvación junto a Dios. «*No juzguéis, y Dios no os juzgará; no condenéis, y*

Dios no os condenará; perdonad, y Dios os perdonará; dad, y Dios os dará. Os verterán una buena medida, apretada, rellena, rebosante, porque con la medida con que midáis, Dios os medirá a vosotros» (Lc 6,37s).

Abre tu corazón a todos los que son discípulos de Dios, sin mirar con sospechas su aspecto, sin mirar con desconfianza su edad. Y si alguno te parece pobre o andrajoso o feo o perdido, que no se turbe tu espíritu ni retrocedas. Este cuerpo nuestro es una apariencia exterior, un instrumento del que nos servimos para vivir en este mundo y para entrar en esta escuela común. Pero en el interior habitan en secreto el Padre y su Hijo, que por nosotros murió y resucitó [...]. Cuando se estaba ofreciendo a sí mismo como libación, y entregándose él mismo como precio del rescate, nos dejó un nuevo Testamento: «Os doy mi caridad». ¿Cuál y cuán grande es esta caridad? Él, el don más grande que pueda existir en el mundo, se ofrece a cada uno de nosotros. Y nos pide que vivamos el uno para el otro (Clemente de Alejandría, «*Quis dives salvetur*», 31.33.37, en M. G. Mara [ed.], *Riqueza e povertà nel cristianesimo primitivo*, Roma ³1998, 119s [existe edición española en *El buen uso del dinero*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1995, 17-45]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Dad, y Dios os dará*» (Lc 6,38a).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El imperativo del amor, en Lucas, va en dos direcciones precisas. Por una parte, fija su atención en las grandes motivaciones: el «*porqué*» y el «*cómo*» amar; por otra, atraviesa la vida

vivida. ¿Por qué amar? Sobre todo porque el amor nos hace ser «hijos de Dios». Al amar nos convertimos en lo que somos: hijos del Altísimo. Por consiguiente, el amor no es un simple código moral, sino la consecuencia de una identidad precisa: porque somos hijos. La filiación se encuentra en la raíz del amor, pero es también la meta de un itinerario espiritual. Somos hijos y llegamos a ser hijos a través del camino del amor. Por eso Lucas añade al *porqué* el *cómo* del amor en su testimonio más exigente: la misericordia. Sólo se puede quebrar la espiral de la venganza, el furor del odio, mirando a lo alto, a la paternidad misericordiosa de Dios, que llama a todos a la unidad del amor. Y de este modo los imperativos del amor, en sus más concretas expresiones de vida, parecen mantenerse en pie sobre estos dos pilares: porque somos hijos y estamos llamados a amar como Dios: con su corazón. El imperativo del amor va, a continuación, en la dirección de lo concreto.

¿Qué significa amar? La respuesta de Jesús es de una claridad solar: amar significa hacer el bien a los enemigos, orar, dar sin esperar nada a cambio, no juzgar, perdonar. En suma, los caminos concretos del amor están abiertos al infinito. Ahora bien, los rasgos más evidentes del amor aparecen cuando los tomamos del amor a la medida de Dios. Son tres. En primer lugar, *la universalidad*. Tenemos que amar a todos, sin reservas. Incluso a los enemigos. La segunda dimensión del amor es la *gratuidad*. La razón del amor no es la contrapartida inmediata, sino el premio futuro, que será grande. Y, por último, existe una palabra para expresar la paradoja evangélica de un amor a la medida de Dios: perdón. «*Perdonad y seréis perdonados*». Si el amor es el corazón del Evangelio, el perdón es la palabra más vertiginosa del amor, la más incomprensible desde el punto de vista humano. No sería creíble si Jesús la hubiera dicho sólo durante su ministerio, pero la pronunció en la cruz: «*Padre, perdónales...*». Dios se revela en el Calvario como perdón (E. Masseroni, *La Parola come pane*, Cinesello B: [Mi] 2000, 77s, *passim*).

Jesús cura al criado de un centurión (Lc 7,1-10)

¹ Cuando Jesús terminó de hablar al pueblo, entró en Cafarnaún. ² Había allí un centurión que tenía un criado a quien quería mucho, y que estaba muy enfermo, a punto de morir. ³ Oyó hablar de Jesús y le envió unos ancianos de los judíos para rogarle que viniese a curar a su criado. ⁴ Los enviados, acercándose a Jesús, le suplicaban con insistencia:

—Merece que se lo concedas, ⁵ porque ama a nuestro pueblo y ha sido él quien nos ha edificado la sinagoga.

⁶ Jesús los acompañó. Estaban ya cerca de la casa cuando el centurión envió unos amigos a que le dijeran:

—Señor, no te molestes. Yo no soy digno de que entres en mi casa, ⁷ por eso no me he atrevido a presentarme personalmente a ti, pero basta una palabra tuya para que mi criado quede curado. ⁸ Porque yo, que no soy más que un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a uno: «Vete», y va; y a otro: «Ven», y viene; y a mi criado: «Haz esto», y lo hace.

⁹ Al oír esto Jesús, quedó admirado y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo:

—Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande.

¹⁰ Y al volver a la casa, los enviados encontraron sano al criado.

LECTIO

El protagonista de este episodio es un militar pagano que, no obstante, ama al pueblo judío hasta tal punto que ha hecho construir la sinagoga local. Probablemen-

te era uno de los «adoradores de Dios» de los que habla el libro de los Hechos de los apóstoles (véase, por ejemplo, el capítulo 10: Cornelio). El siervo de esta óptima persona está enfermo. El centurión, que ha oído hablar de Jesús, se dirige a algunos amigos judíos para que le pidan que venga a curar a su siervo enfermo, al que quiere mucho. Después, en su humildad («*Señor, no te molestes. Yo no soy digno...*»), le envía otra embajada («*basta una palabra tuya*»), porque está completamente seguro de que Jesús puede realizar el milagro incluso a distancia. Y como para justificar el nuevo mensaje, añade el centurión: yo mismo, que soy un simple oficial subalterno, mando con autoridad a mis soldados y a mis criados, y ellos ejecutan mis órdenes.

Jesús se queda admirado de este extranjero y comenta: «*Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande*» (v. 9). Si el milagro demuestra que Jesús es el salvador de todos, no sólo del pueblo de la nueva alianza, el elogio que hace del centurión suena como una invitación a imitar su fe.

MEDITATIO

El centurión, con su humildad frente a Jesús, con su amor por el hombre, que supera los esquemas sociales y los prejuicios nacionalistas, con su fe sencilla y grande, nos sacude y nos hace interrogarnos sobre nosotros mismos, sobre nuestra fe, sobre nuestra vida social.

Las contraposiciones «religiosas» son fuertes en nuestro tiempo, y al llamado «extracomunitario» (en particular, el musulmán) se le ve como una amenaza. Jesús nos indica hoy a nosotros con un extranjero, con un pagano, el ejemplo que debemos seguir para superar los obstáculos que impiden la convivencia y la comprensión entre las personas y entre los pueblos. Este pagano nos

indica con sencillez el camino del amor, que nos permite ver a la persona más allá del rol o de la posición social y más allá de lo dictado (e implícitamente impuesto) por la mentalidad, las costumbres, las leyes: para él, su criado no es una cosa, sino una persona querida; los ojos con los que mira a los judíos son los de un amigo y no los del dominador. De este modo de ser suyo brota como algo natural la actitud de gran temor reverencial hacia Jesús («*Yo no soy digno*»), ese temor que nace del amor y es principio de la fe. Y ésta, cuando es auténtica, sólo puede ser humilde, consciente de su propia indignidad, de su propio límite, animada por el amor y por la capacidad de ver el bien escondido en cualquier realidad.

Jesús se queda admirado por todo esto. ¿Y no será que también hoy puede encontrar más fe fuera de la Iglesia, entre los llamados infieles y ateos? ¿Cómo se expresa nuestra fe? ¿Con el «*yo no soy digno*» o con la ostentosa certeza de los poseedores de la verdad? La fe del centurión nos recuerda que el Espíritu sopla donde quiere...



Jesús resucita al hijo de una viuda (Lc 7,11-17)

¹¹ Algún tiempo después, Jesús se marchó a un pueblo llamado Naín, acompañado de sus discípulos y de mucha gente. ¹² Cerca ya de la entrada del pueblo, se encontraron con que llevaban a enterrar al hijo único de una viuda. La acompañaba mucha gente del pueblo. ¹³ El Señor, al verla, se compadeció de ella y le dijo:

–No llores.

¹⁴ Y acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon. Entonces dijo:

–Muchacho, a ti te digo: levántate.

¹⁵ El muerto se incorporó y se puso a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre. ¹⁶ El temor se apoderó de todos, y alababan a Dios diciendo:

–Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo.

¹⁷ La noticia se propagó por toda la región de los judíos y por toda aquella comarca.

LECTIO

De la barriada de Cafarnaún al pueblo de Naín. Antes un militar extranjero, ahora una viuda. Si el milagro precedente evoca la curación de un general sirio realizada por Eliseo (2 Re 5), éste recuerda la resurrección del hijo de la viuda de Sarepta por Elías (1 Re 17): Jesús

ya se había referido en la predicación de Nazaret a estos hechos bíblicos (4,25-27).

El «*autor de la vida*» (Hch 3,15) encuentra la muerte en su camino entre los hombres. La muerte de su único hijo es un dolor desgarrador para una mujer ya viuda y esto supone, además, la pérdida de toda seguridad económica. Jesús consuela a la mujer («*No llores*»), pero lo hace no sólo con palabras, sino que le restituye a su hijo. Con la orden «*levántate*» arranca su presa a la muerte y devuelve la vida al muchacho. El milagro bosqueja la verdadera «resurrección», la del mismo Jesús, y la participación de los creyentes en la vida de Cristo resucitado (cf. Jn 11; 1 Cor 15; Rom 6). El «coro» final reconoce en Jesús al «*gran profeta*», por medio del cual «*Dios ha visitado a su pueblo*»: no sólo a Israel, sino también al pueblo que él «*escogió entre las naciones*» (Hch 15,14).

MEDITATIO

Lucas pone en primer lugar la compasión de Jesús en el corazón de esta página del evangelio. Esa compasión no es sólo un puro sentimiento, sino que se manifiesta también en el hecho de hacerse cargo de todo dolor humano, a través de una respuesta activa de socorro y de salvación; en este caso, de resurrección. Sin embargo, la resurrección del hijo de la viuda realizada por Jesús sigue siendo una anticipación simbólica de un acontecimiento futuro. En efecto, la vida humana restituida no queda plenamente libre de las barreras de la muerte, sino que está sometida todavía al «paso» desde la finitud terrena a la vida inmortal del Reino de Dios. La resurrección del Señor es la esencia fundamental del evangelio, en la que debería arraigarse y dar fruto nuestra fe. El Señor nos ofrece a todos la promesa de una vida en la cual la muerte ya no tiene poder, pero podemos hablar ya desde ahora de resurrección a la vida si

nos dejamos crear de nuevo por una existencia auténticamente vivida en la fe y, por consiguiente, no aprisionada en los lazos del miedo o de la duda. Si construimos nuestros proyectos al margen de la certeza de la resurrección del Señor, no podremos más que chocar después con la dureza y la oscuridad de una vida sin esperanza, y no es difícil creer que cuando el hombre vive alejado de Dios, se encuentra, de una manera más o menos consciente, como insertado ya en una existencia de muerte. El mensaje que el evangelio intenta revelarnos es que el Señor nos pide a nosotros que también usemos la misma compasión con el que sufre el dolor de la muerte, de la separación; nos pide que nos inclinemos tiernamente sobre las heridas profundas del luto y de la separación para ayudar a que renazca en el hermano la confianza y la esperanza en él, el Señor de la vida.

ORATIO

Señor Jesús, nunca como ahora –a pesar de todos los intentos de ocultarla– atraviesa la muerte nuestras vidas con su rostro oscuro y a menudo sarcástico. Toda la humanidad, privada hoy de muchos hijos suyos, es como la madre que contraste desollada y llorosa por la muerte de sus seres queridos. Haz que cada uno de nosotros se deje encontrar por ti, Señor Jesús, porque sólo tú puedes decir con autoridad: no llores más. Te damos gracias porque con tu resurrección venciste a la eterna enemiga del hombre, rompiste su agujijón, y en tu amor nos haces vivir para siempre.

CONTEMPLATIO

La Escritura habla de Naín, una ciudad de Judea. Se trata del hijo de una viuda. Este relato, con pocas ex-

presiones, dice muchas cosas: es un gran canto al dolor. Dice que la madre era viuda. ¿Ves la profundidad y cómo la escritura, de manera breve, cuenta trágicamente la pasión? ¿Qué hemos de decir? Que para ella ya no había esperanza de engendrar hijos para curarse de la desgracia del que había perdido: la mujer era viuda. No tenía otro para mirar en el puesto del difunto: éste era hijo único.

La madre sólo había conocido a éste, sólo a él había dado el pecho, sólo él era lo que a sus ojos de madre había de dulce y precioso. ¿No era, pues, natural que la madre sufriera por él? ¿Cómo se lamentaba dolorosamente por su hijo! La Sagrada Escritura pone de relieve esta escena diciendo: «*Jesús la miró y sintió misericordia. Acercándose, tocó el féretro y, dirigiéndose al muerto, dijo: "Joven, a ti te digo, despiértate". Y se lo devolvió a su madre*» (Gregorio de Nisa, *L'uomo*, Roma 1989, 106s).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*A ti te digo: levántate*» (Lc 7,14b).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Y Jesús «*se lo entregó a su madre*». Es muy hermoso: «*se lo dio a su madre*», se lo presentó vivo. Le dijo: «Aquí lo tienes, vuelve a tomarlo, no llores más, ponte contenta». Cuánta sencillez también en este gesto de Jesús. Se lo dio, simplemente, y ella lo recibió como un segundo nacimiento, enjugándose las lágrimas después del doloroso trabajo. ¿Dónde estaba en ese momento María, la madre de Jesús? No podía más que estar presente, aunque no fuera de manera física. ¿Podía Jesús no pensar en ella, que muy pronto habría de llorar su muerte junto a la cruz, fuera de los muros de Jerusalén, donde él habría de pa-

decer? Se lleva a la muerte fuera de los lugares habitados... Sin embargo, también a ella, también a María se le habría de restituir prodigiosamente su Hijo resucitado; también a ella debería decirle alguien: «*¡No llores!*». Y, en efecto, en aquella María encontrada en el sepulcro al alba del día de las resurrección, ¿no estaba acaso también la madre, no estaban todas las «*Marías*», no estaba la madre Iglesia, a la que Jesús dirige todavía hoy estas palabras: «*Por qué lloras? No llores más*». A todos nosotros se nos dirigen estas palabras de consuelo: «*¿Por qué le buscáis entre los muertos? Está vivo*».

Junto a la puerta de la ciudad de Naín también estaba presente la Iglesia, nuestra madre, afligida por nosotros; fue consolada con la resurrección de este Hijo que restituye la vida a todos los hijos, a todos los hombres. En realidad, ¿de qué profundo sueño de muerte necesitamos todos despertarnos! No de la muerte física, sino moral, espiritual. Podemos decir que por el camino de Naín es toda la humanidad la que avanza lentamente en triste cortejo fúnebre. Todas las madres, como una sola madre, lloran allí a sus hijos todavía jóvenes y ya apagados; es la triste historia de todos los tiempos. Todas las madres como una sola madre. María, la Iglesia, nosotros, que somos al mismo tiempo y siempre también hijos (A. M. Cànopi, *Incontri con Gesù*, Leumann [To] 1993, 39).

La embajada del Bautista

(Lc 7,18-23)

¹⁸ Los discípulos de Juan le contaron todo esto, y él, llamando a dos de ellos, ¹⁹ les envió a preguntar al Señor:

–¿Eres tú el que tenía que venir o hemos de esperar a otro?

²⁰ Ellos se presentaron a Jesús y le dijeron:

–Juan el Bautista nos envía a preguntarte: ¿Eres tú el que tenía que venir o hemos de esperar a otro?

²¹ En aquel momento, Jesús curó a muchos de sus enfermedades, dolencias y malos espíritus, y devolvió la vista a muchos ciegos. ²² Después les respondió:

–Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia. ²³ Y dichoso el que no encuentre en mí motivo de tropiezo.

LECTIO

El tetrarca Herodes había metido a Juan en la cárcel (3,19s). Se acercaba su trágico final (9,9). La fama de los milagros realizados por Jesús –el evangelista apenas ha referido dos– llega al Precursor en la cárcel. ¿Es Jesús, verdaderamente, el «*más fuerte*», cuya venida se había anunciado (3,16)? No es improbable que hubiera surgido la duda en Juan, dado que entre la imagen que él tenía del Mesías (cf. 3,7-9.16s) y la que se deduce del

comportamiento del mismo Jesús existe cierta diferencia. El Bautista le envía a dos de sus propios discípulos con una pregunta precisa: «¿Eres tú el que tenía que venir o hemos de esperar a otro?», en la que «el que tenía que venir» indica técnicamente al Mesías esperado por Israel.

Una alusión sumaria a los milagros realizados por Jesús (curaciones de todo tipo y exorcismos) prepara la respuesta. Ésta no se hace esperar, y consiste en una lista que calca los textos proféticos de Isaías (Is 29,20; 35,5 y 61,1, que Jesús citó en Nazaret: Lc 4,18); o sea, los gestos de misericordia y de salvación, junto con el anuncio de la Buena Noticia a los pobres, demuestran que las Escrituras se cumplen en Jesús. Los enviados de Juan deben referirle lo que ellos mismos han «visto y oído», y esto les pone en condiciones de deducir a partir de los hechos la respuesta a la pregunta que les había planteado su maestro. La respuesta concluye con una bienvenida: «Dichoso el que no encuentre en mí motivo de tropiezo» (v. 23), es decir, no se deja desconcertar por lo que en él choca con las expectativas y los prejuicios de otros. La advertencia va dirigida, más que contra el Bautista, contra los que no son capaces de reconocer en Jesús el cumplimiento de las Escrituras proféticas; por consiguiente, al Mesías.

MEDITATIO

Del mismo modo que en la liturgia todo se repite y se hace contemporáneo, así debemos decir de esta página del evangelio de Juan: la duda que angustiaba al Bautista revive dentro de las coordenadas de todo tiempo y, al menos algunas veces, nos ha invadido y nos invade también a nosotros. Es una duda que puede invadir a toda una humanidad que todavía pregunta: «¿Eres tú el que debe venir, el que escucha el grito de nuestras ple-

garias, el que rebaja las alturas de los poderes injustos, el que rellena los valles de los desequilibrios sociales...? Ahora bien, ¿quién responde a las preguntas de estos hombres encadenados como Juan?». Por eso hay gente que va en busca de otros salvadores, de otros maestros, de nuevas fuentes de promoción humana.

También nosotros, que ya hemos llegado, a diferencia del Precursor, a la fe en el Cristo del misterio pascual, en cuanto vemos palidecer nuestras expectativas o, de algún modo, todas las certezas que ostentábamos ante los demás, ya no somos capaces de reconocer y comprender la «novedad» de Dios tal como se manifiesta en la persona de Jesús y dejamos que vaya haciendo su camino la voz de la confusión y de la inseguridad. A pesar de todo, la figura de Juan nos sigue sirviendo de ejemplo en esta crisis, indicándonos el modo de salir de ella: enviar un mensaje al Señor y pedirle esa libertad de espíritu que proyecta nuestra mirada más allá de los escándalos, para captar a lo largo de la historia los signos infinitos de su salvación, de su misericordia reparadora de los guiñapos humanos. Después... su respuesta es inmensamente superior a nosotros. Seguro que él es el Salvador: no debemos esperar otro.

ORATIO

Señor Jesús, te damos gracias por haber venido a nosotros como salvador de los pobres y de los pequeños. Tú no nos has revelado el rostro de un Dios terrible a la hora de hacer justicia, sino el rostro de un Padre que se inclina sobre los infelices. Concédenos la humildad de reconocer con alegría la evidencia cotidiana de tu bondad, que sigue operando ahora y siempre en nuestras vidas, a fin de que nos convirtamos en testigos convencidos en medio de nuestros hermanos: como tú, de palabra y obra.

CONTEMPLATIO

Juan, encarcelado, ignora quién es el Señor. Sin embargo, anunció su venida como precursor, le reconoció presente como profeta, veneró su paso como confesor. ¿Cómo es posible que en un conocimiento tan múltiple y amplio pudiera entrar el error? Pero el posterior testimonio del Señor respecto a él no nos permite pensar así.

En realidad, los hechos relacionados con Juan presentan un significado más amplio. En él se manifestaba la imagen de la ley. Ésta anunció a Cristo, predicó la remisión de los pecados y prometió el Reino de los Cielos. Juan realizó toda esta obra de la ley. Así, mientras acababa el tiempo de la ley, que, prisionera de los pecados de la muchedumbre y encadenada por los vicios del pueblo, era mantenida en la cárcel con cadenas, no era posible reconocer a Cristo. La ley envía, por tanto, a observar el Evangelio, a fin de que la incredulidad contemple en los hechos la verdad de lo que se ha dicho, y a fin de que lo que en ella ha sido encadenado por el engaño de los pecados sea liberado gracias a la comprensión de la libertad evangélica (cf. Rom 7,23; 8,2) (Hilario de Poitiers, *Commentario a Matteo*, Roma 1988, 134s, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Los ciegos ven [...] y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia» (Lc 7,22b).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Lo que Juan anunciaba, lo que esperaba, era la explosión de la ira de Dios: cribará, segar, destruirá a sus enemigos con una

palabra de su boca, afirmará su omnipotencia de una manera definitiva. Y es precisamente lo que *no* sucederá, lo que decepcionará no sólo al Precursor, sino a los discípulos, a los apóstoles, incluso a los más íntimos de Jesús. Ese día de ira no explotará. La omnipotencia de Dios se manifestará, finalmente, en la derrota, en la humillación, en la soledad, en la noche, en las tinieblas, en el grito del Gólgota: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Juan, que pertenece a la antigua economía, no podía concebir que la omnipotencia de Dios fuera la del amor, ni que el amor pudiera ser vencido si no encuentra la respuesta libre, que es la única que puede fijarlo en nosotros y convertirlo en la misma fuente de nuestra vida. Este Evangelio, haciéndonos sensibles a la angustia del Precursor y haciéndonos escuchar la respuesta de Jesús, nos hace evidente la distancia infinita que existe entre las concepciones de antes y las que brotan de la encarnación, en las que Dios instila en cada hombre un corazón de hombre y en las que nos enseña que la suprema grandeza es el despojo supremo. ¿Es Dios un poder, un poder que lo sabe todo, un poder que lo exige todo, al que estamos irresistiblemente sometidos, o bien es amor, amor entregado, amor ofrecido, amor que puede ser rehusado, amor que acepta ser rechazado hasta la muerte en la cruz?

Aquí reside toda la cuestión, y se diría que los cristianos todavía no habían comprendido que nos encontramos en una encrucijada, que es preciso tomar una postura: o bien Dios es un soberano que puede aplastarnos, o bien es un amor que nos libera, que nos conduce a la grandeza a través del despojo de nosotros mismos, porque él se entrega, se comunica, se vacía de sí mismo eternamente. Debemos aprender cada día esta lección tan difícil de la grandeza y de la dignidad: creer que el último puesto es el de Dios y que no es posible alcanzarlo más que arrodillándonos para lavar los pies (M. Zundel, *Ta Parole comme une source*, Quebec 1987, 43-45, *passim*).

El Bautista y Jesús

(Lc 7,24-35)

²⁴ Cuando los mensajeros se fueron, Jesús se puso a hablar de Juan a la gente:

—¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ²⁵ ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre lujosamente vestido? Los que visten con lujo y se dan buena vida están en los palacios de los reyes. ²⁶ ¿Qué salisteis entonces a ver? ¿Un profeta? Sí, incluso más que un profeta. ²⁷ Éste es de quien está escrito: *Yo envío mi mensajero delante de ti; él te preparará el camino.* ²⁸ Os digo que entre los nacidos de mujer no hay otro mayor que Juan; sin embargo, el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él.

²⁹ Todos los que escucharon a Juan, incluidos los publicanos, acogieron la oferta de Dios y recibieron su bautismo, ³⁰ pero los fariseos y los doctores de la ley frustraron el plan de Dios para ellos y rechazaron el bautismo de Juan.

³¹ Y añadió:

—¿Con quién compararé a los hombres de esta generación? ¿A quién se parecen? ³² Se parecen a esos muchachos que se sientan en la plaza y, unos a otros, cantan esta copla: «Os hemos tocado la flauta y no habéis danzado; os hemos entonado lamentaciones y no habéis llorado». ³³ Porque vino Juan el Bautista, que no comía ni bebía, y dijisteis: «Está endemoniado». ³⁴ Viene el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: «Ahí tenéis a un comilón y a un borracho, amigo de los publicanos y pecadores». ³⁵ Pero la sabiduría ha quedado acreditada por todos los que son sabios.

LECTIO

Tras haber respondido a los discípulos de Juan, Jesús se dirige a la gente y realiza el elogio del Precursor. De aquí pasa a comparar la misión del Bautista con la suya, subrayando que ambas han tenido la misma acogida.

Las preguntas retóricas iniciales dejan entender que Juan no fue un cortesano corrupto ni un personaje acomodaticio (v. 25). En realidad, era un profeta, como los antiguos profetas de Israel; *«incluso más que un profeta»*: es el Precursor del Mesías, al que se aplican las palabras de la Escritura (en la cita se combina el texto de Mal 3 con el de Éx 23,20). En esto consiste su inigualable grandeza. Sin embargo, paradójicamente, *«el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él»* (v. 28), porque pertenece no al tiempo de la promesa y de la preparación (*«la Ley y los Profetas»*, o sea, el Antiguo o Primer Testamento, que llega *«hasta Juan»* [16,16]), sino al de la consumación: el *«Reino de Dios»*, que Jesús anuncia y que se vuelve una realidad presente en él.

Ahora bien, ¿qué acogida tuvo el último y el más grande de los profetas? El pueblo le escuchó e incluso los publicanos se convirtieron. Al reconocerse pecadores, *«acogieron la oferta de Dios y recibieron su bautismo»* (v. 29). Pero no fue así con los fariseos y los maestros de la ley: al rechazar someterse al bautismo de conversión, *«frustraron el plan de Dios para con ellos»*, un plan y un designio de salvación (v. 30).

Sobre esta consideración se injerta la comparación que el mismo Jesús establece entre su propia persona y la del Precursor. La desarrolla en una breve parábola: entre los muchachos que están sentados en la plaza del pueblo, unos tocan la flauta para que bailen los otros y, viceversa, unos entonan lamentos para que los otros lloren, pero el juego no funciona, porque el que debería bailar no lo hace, y lo mismo ocurre con los que debe-

rían llorar. La imagen es transparente: Juan es un asce- ta austero, pero, en vez de imitarle, se le interpreta de manera negativa: *«Está endemoniado»*, o sea, está loco. Y viceversa, Jesús es sociable y misericordioso y, sin embargo, le endosan un juicio malévolo: *«Ahí tenéis a un comilón y a un borracho, amigo de los publicanos y pecadores»* (v. 34). Aunque no todos se muestran refractarios: los *«que son sabios»*, es decir, los que están abiertos a la acción de Dios y no se dejan bloquear por los prejuicios, son capaces de reconocer sus caminos (la *«sabiduría»* divina *«ha quedado acreditada»*); dicho con otras palabras, acogen su plan de salvación, que se manifiesta primero en Juan y después en Jesús.

MEDITATIO

Si nos consideramos cristianos, será bueno reflexionar sobre la necesidad de no sentirnos deudores de respuesta respecto a este texto del evangelista Lucas. ¿Cómo es, por tanto, tu acogida a Jesús? Porque parece que algunos no se quieren encontrar explícitamente con él, evitando cuidadosamente el camino del «luto» o de la «alegría» por el que podría pasar, y otros no saben propiamente qué partido tomar ante su revelación. Pensemos concretamente en el escándalo que sigue suscitando en nosotros el Dios que hace vivir, que vuelve a dar esperanza a los pecadores, el Dios que no hace una limpieza de las sociedades y con su caridad pasa por encima de todas las medidas y las precauciones de nuestra desconfianza. Pero pensemos también en el desdén que puede suscitar la voz atronadora del que, como Juan, casi como un «exaltado», nos conduce al encuentro con él, marcando un ritmo de exigencia y severidad. Dicho con otras palabras: tanto si el Santo se sienta a la mesa con el leproso o con el publicano, parece que siempre haya algo que criticar, obstruyendo todos los

caminos por los que el Señor nos sale al encuentro. No nos reconocemos en esos niños caprichosos y rebeldes que, por puro despecho, se quedan fuera de todos los juegos de sus compañeros, atrincherándose detrás de la cortina de sus pretextos. No todo puede estar en línea con lo que queríamos; consideremos la distancia sideral que media entre sus caminos y los nuestros, entre nuestros pensamientos y los suyos (cf. Is 55,8). Se trata, por tanto, de optar por apoyarnos en su Palabra en vez de en nosotros mismos o en nuestras opiniones. ¿No es acaso la fe un abandonarnos en sus manos, oponiéndonos a nuestros rechazos, al cierre de nuestros corazones? A buen seguro, el Bautista, con su humildad y el coraje de su renuncia a todo lo que es obstáculo para el camino, sigue siendo una fuente de enseñanzas para salir al encuentro de Jesús; ahora bien, descubrirle en su realidad es una gracia que viene sólo de él y que nos proporciona el nuevo sentido de la historia en la que entramos: el tiempo de los hijos de Dios, que convierte al más pequeño del Reino en más grande que el mismo Juan el Bautista. ¿Aún queremos escandalizarnos?

ORATIO

Perdónanos, Señor, Dios del universo, si no siempre somos capaces de reconocer tus llamadas a la conversión. Con excesiva frecuencia nos imaginamos que sabemos lo que tú deberías hacer, a quién enviar y cómo, para que le acojamos en tu nombre. Como niños caprichosos, no encontramos nunca el juego adecuado a nuestros gustos. Tú, que eres bueno y paciente, transforma nuestras resistencias en abandono confiado a tu sabia voluntad para que nos transformemos, finalmente, en niños serenos, abandonados dulcemente entre tus brazos, fuertes y amorosos, de Padre.

CONTEMPLATIO

«¿Con quién compararé a los hombres de esta generación? ¿A quién se parecen? Se parecen a esos muchachos que se sientan en la plaza y cantan...» (Lc 7,31ss).

Todo este discurso condena la incredulidad y deriva de un sentimiento amargo, puesto que la gente arrogante no había acogido la enseñanza comunicada de diferentes modos. Con los niños designa a los profetas que, en medio de la sinagoga, como en una asamblea pública en la plaza, reprochan al pueblo no haber bailado con los que tocaban para ello, es decir, no haber obedecido sus palabras. Los movimientos de los que danzan siguen, en efecto, el ritmo de los cantores. Ellos con la simplicidad de sus corazones, como niños, predicaron y exhortaron a proclamar la alabanza de Dios, tal como está contenida en los cánticos de Moisés, de Isaías, de David y de otros profetas. Por una parte, la predicación de Juan no consiguió inducirles al arrepentimiento y al dolor y el disgusto de sus antiguas culpas. Encontraban la ley difícil y fatigosa a causa de los preceptos sobre el agua y sobre el alimento [...]. Por otra parte, la predicación del Evangelio en Cristo no era grata para una libertad de vida capaz de aligerar el peso de las dificultades de la ley y hacer ahora creyentes a los publicanos y a los pecadores. Así pues, por no haber prestado atención a tantos modos diferentes a través de los cuales fueron exhortados, no fueron justificados por la gracia ni liberados de la ley (Hilario de Poitiers, *Comentario a Matteo*, Roma 1988, 139).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Concédenos, oh Dios, no hacer vano en nosotros tu designio de salvación» (cf. Lc 7,30).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Si estuviéramos contentos de ti, Señor,
no podríamos resistir a esa necesidad de danzar que desborda
el mundo y llegaríamos a adivinar qué danza es la que te gusta
hacernos danzar, siguiendo los pasos de tu Providencia.

Porque pienso que debes estar cansado
de gente que habla siempre de servirte con aire de capitanes;
de conocerte con ínfulas de profesor;
de alcanzarte a través de reglas de deporte;
de amarte como se ama un viejo matrimonio.

Y un día que deseabas otra cosa,
inventaste a san Francisco
e hiciste de él tu juglar.
Y a nosotros nos corresponde dejarnos inventar
para ser gente alegre que dance su vida contigo.

Para ser buen bailarín contigo
no es preciso saber adónde lleva el baile.
Hay que seguir, ser alegre,
ser ligero y, sobre todo, no mostrarse rígido.
No pedir explicaciones de los pasos que te gusta dar.
Hay que ser como una prolongación ágil y viva de ti mismo
y recibir de ti la transmisión del ritmo de la orquesta.
No hay por qué querer avanzar a toda costa,
sino aceptar el dar la vuelta,
ir de lado, saber detenerse y deslizarse en vez de caminar.
Y esto no sería más que una serie de pasos estúpidos
si la música no formara una armonía.

Pero olvidamos la música de tu Espíritu
y hacemos de nuestra vida un ejercicio de gimnasia;
olvidamos que en tus brazos se danza,
que tu santa voluntad es de una inconcebible fantasía
y que no hay monotonía ni aburrimiento
más que para las viejas almas
que hacen de inmóvil fondo
en el alegre baile de tu amor.

Señor, muéstranos el puesto que,
en este romance eterno iniciado entre tú y nosotros,
debe tener el baile singular de nuestra obediencia.

Revélanos la gran orquesta de tus designios,
donde lo que permites toca notas extrañas
en la serenidad de lo que quieres.

Enséñanos a vestirnos cada día con nuestra condición humana
como un vestido de baile que nos hará amar de ti
todo detalle como indispensable joya.

Haznos vivir nuestra vida
no como un juego de ajedrez en el que todo se calcula,
no como un partido en el que todo es difícil,
no como un teorema que nos rompe la cabeza,
sino como una fiesta sin fin donde se renueva el encuentro contigo,
como un baile, como una danza entre los brazos de tu gracia,
con la música universal del amor.

Señor, ven a invitarnos.

(M. Delbrêl, *Noi delle strade*, Turín 1988, 86-89 [edición española: *Nosotros, gente de la calle*, Estela, Barcelona 1971]).

Jesús y la mujer pecadora

(Lc 7,36-50)

³⁶ Un fariseo invitó a Jesús a comer. Entró, pues, Jesús en casa del fariseo y se sentó a la mesa. ³⁷ En esto, una mujer, una pecadora pública, al saber que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, se presentó con un frasco de alabastro lleno de perfume, ³⁸ se puso detrás de Jesús junto a sus pies y, llorando, comenzó a bañar con sus lágrimas los pies de Jesús y a enjuagárselos con los cabellos de la cabeza, mientras se los besaba y se los ungía con el perfume. ³⁹ Al ver esto el fariseo que le había invitado, pensó para sus adentros: «Si éste fuera profeta, sabría qué clase de mujer es la que le está tocando, pues en realidad es una pecadora». ⁴⁰ Entonces Jesús tomó la palabra y le dijo:

–Simón, tengo que decirte una cosa.

Él replicó:

–Di, Maestro.

⁴¹ Jesús prosiguió:

–Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. ⁴² Pero como no tenían para pagarle, les perdonó la deuda a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?

⁴³ Simón respondió:

–Supongo que aquel a quien le perdonó más.

Jesús le dijo:

–Así es.

⁴⁴ Y volviéndose a la mujer, dijo a Simón:

–¿Ves a esta mujer? Cuando entré en tu casa no me diste agua para lavarme los pies, pero ella ha bañado mis pies con

sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos.⁴⁵ No me diste el beso de la paz, pero ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies.⁴⁶ No ungieste con aceite mi cabeza, pero ésta ha ungido mis pies con perfume.⁴⁷ Te aseguro que si da tales muestras de amor es que se le han perdonado sus muchos pecados; en cambio, al que se le perdona poco, mostrará poco amor.

⁴⁸ Entonces dijo a la mujer:

–Tus pecados quedan perdonados.

⁴⁹ Los comensales se pusieron a pensar para sus adentros: «¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?». ⁵⁰ Pero Jesús dijo a la mujer:

–Tu fe te ha salvado; vete en paz.

LECTIO

Tanto los otros dos evangelios sinópticos como el cuarto evangelista refieren un episodio muy semejante que tuvo lugar poco antes de la pasión y prefigura, simbólicamente, la unción del cuerpo de Jesús crucificado (véase Mc 14,3-9; Mt 26,6-13; Jn 12, 1-8). El contexto y la orientación son distintos en el evangelio de Lucas, donde el gesto de la mujer está puesto en relación con su vida espiritual y con el perdón de Dios.

En claro contraste con la actitud hipercrítica de los fariseos, que acaba de ser objeto de censura, y como para confirmar la disponibilidad de los pecadores a la llamada de Dios, mientras Jesús está sentado a la mesa en casa de un fariseo notable, una «pecadora» (probablemente una prostituta, conocida en el lugar) se le acerca y manifiesta sus propios sentimientos con unos gestos de profunda devoción: está llorando y baña los pies de Jesús con sus lágrimas; los seca con sus cabellos y le unge con un perfume precioso que ha traído con ella (vv. 44-46). El fariseo –se llama Simón– no puede dejar de pensar para sus adentros: «*Si éste fuera profeta, sabría qué clase de mujer es la que le está tocando...*»

(v. 39). La ironía está en el hecho de que Jesús *es* un profeta y *sabe* muy bien quién es la mujer que le expresa tanta veneración.

Jesús responde al pensamiento no expresado de su anfitrión con la breve parábola de los dos acreedores, pidiéndole que traslade su punto de vista y juzgue por sí mismo sobre su actitud. La aplicación consiste en una comparación entre los gestos de la pecadora, en los que se expresa afecto y gratitud, y el comportamiento frío y reservado del piadoso fariseo. Éste, que no debe pedir perdón por pecados graves, ama poco, y se ve. En cambio, la mujer, que se reconoce pecadora y se ha abierto al perdón de Dios anunciado y ofrecido por Jesús, ha amado mucho, tal como manifiesta con su gesto. Las palabras «*si da tales muestras de amor es que se le han perdonado sus muchos pecados*» (v. 47) debemos entenderlas en el sentido de que las manifestaciones de amor agradecido por parte de la mujer son consecuencia del perdón recibido. Jesús lo concede ahora de una manera explícita («*Tus pecados quedan perdonados*»; se sobreentiende que por Dios), provocando una vez más el estupor de los presentes («*¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?*»: v. 49). La despedida («*Vete en paz*») va acompañada de una declaración que subraya la condición esencial requerida para el perdón: «*Tu fe te ha salvado*». Lo que vale para las curaciones (cf. 8,48) vale con mayor razón para la salvación más profunda, de las que aquellas son signo.

MEDITATIO

Ni siquiera tiene un nombre propio, sino sólo pecados que la definen por haber formado un solo conjunto con su existencia: es una mujer que, en cualquier caso, nos representa a todos ante Jesús. Y en verdad, por más que muchas veces no estemos convencidos, conmovidos o

arrepentidos de nuestros pecados, no podemos declarar que no estamos en comunión con ella. Esta mujer, sin embargo, sabe mejor que nosotros que no le es posible levantarse por sí sola de las terribles caídas de la vida, cancelar sola su pasado. Ha intuito y descubierto el amor de Jesús, la ternura misericordiosa de Dios, que, en todo momento, puede orientar en la paz de una vida nueva. Sólo él puede hacerla renacer desde lo alto, suscitando las lágrimas de su retorno. Sólo en él se realiza su esperanza. Esta conciencia, conjugada con la autoconciencia de pecadora, hace que se invierta su papel y la distinga de Simeón el fariseo, cuyo espíritu de orgullosa autonomía, desgraciadamente, continúa viviendo en nosotros y en nuestra sociedad.

Ambos son pecadores, pero sólo ella se abandona por completo a Cristo y, con una fe que se erige a plomo desde su bajeza, le dispone la mesa de su amor contrito. ¡Qué exageración en sus gestos! Ahora bien, ¿por qué debía escatimar aquel «plus» de su amor al Amor que sabe así pleno y total? Y, hoy como entonces, el amor está siempre en cuestión en la historia de cada vida, ya preceda o produzca el perdón, ya sea su principio o su consecuencia.

¿Y qué vive Simón? Como pedante «hombre bien», se queda enroscado en el escabel del que ignora su propia deuda y el amor que la condona. La teoría de que hay que mantener alejados a los pecadores –o, peor aún, apartarlos– revela los límites de su fe y, algunas veces, de la nuestra, autoconfeccionada por completo. Simón, sin haber sido siquiera rozado por el pensamiento de que los pecadores son personas humanas, que pueden mejorar y, tomados uno a uno, valen más que los noventa y nueve justos, junto con las voces de nuestro tiempo, sigue condenando con sus secretos o evidentes razonamientos: «Es un ex drogadicto, un ex presidiario, es una mujer de mala vida...».

ORATIO

Haznos sentir siempre, Señor, el peso de *nuestros* errores. Haznos reconocer que todos somos hombres y mujeres perdonados sin méritos. En ti, Señor Jesús, se ha revelado el rostro de la ternura y de la misericordia del Padre: no permitas nunca que nos sintamos justos ante ti y haz, más bien, que, reconociendo la miseria y la fealdad de nuestro pecado, nos abramos a la gracia de tu ilimitado perdón; que éste se vuelva en nosotros fuente de lágrimas purificadoras, de ilimitada gratitud y de un amor cada vez más grande hacia ti, que nunca te escandalizas de nuestra pobreza.

CONTEMPLATIO

¿Dónde están nuestras lágrimas, dónde están nuestros gemidos, dónde están nuestros lamentos? «*Entremos, postrémonos para adorarlo, arrodillémonos ante el Señor, creador nuestro*» (Sal 94,6), de modo que podamos llegar, por lo menos, hasta los pies de Jesús, dado que no podemos llegar todavía a su cabeza [...]. También la que ha pecado lleva el perfume. Y así también tú, tras el pecado, tráeme la penitencia. Apresúrate a ir allí donde se pas que ha llegado el Justo, ya sea a la casa de alguien indigno o de un fariseo; apresúrate y arranca al huésped la gracia, arráncale el Reino de los Cielos, puesto que «*desde que apareció Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos pretenden apoderarse de él*» (Mt 11,12). Acude allí donde oigas pronunciar el nombre de Cristo: sea cual sea la morada interior en la que oigas que ha entrado Cristo, apresúrate también tú.

Cuando hayas encontrado la sabiduría, la justicia, en la casa de alguien, acude a sus pies, es decir, recoge al

menos la parte inferior de la sabiduría. No desdeñes los pies: aquella mujer tocó la orla de su manto y fue curada (cf. Lc 8,44). Confiesa los pecados con lágrimas; que la Justicia celestial también pueda decir de ti: «*Ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos*» (Lc 7,44) [...]. Lágrimas buenas, capaces no sólo de lavar nuestros pecados, sino de irrigar también los pasos del Verbo de Dios, de modo que fructifique en nosotros su camino (Ambrosio de Milán, *Commento al vangelo de san Luca*, Roma 1966, 296s [edición española: *Obras de san Ambrosio, 1: Tratado sobre el evangelio de san Lucas*, BAC, Madrid 1966]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Mucho se le perdonará al que haya amado mucho*» (cf. Lc 7,47).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Recordad: Jesús, invitado por un fariseo, le enumera todas las pruebas de amor que le dio la mujer –lágrimas, cabellos, besos, perfume–. Y concluye: «*Por eso te digo que se le perdonan sus muchos pecados, porque ha amado mucho*». Porque ella ha amado mucho. Porque él ha amado mucho.

Aquí está contenido todo el cristianismo. El que descubre que es muy amado, empieza a salir de su mala soledad, de la separación. Deja de odiarse a sí mismo. Alguien le acepta. Tiene un amigo secreto. Entra en la irradiación de la resurrección y, poco a poco, su vida se edifica en la humildad y en la confianza no a golpe de prohibiciones, sino a partir del centro, del corazón dirigido hacia la nada que, de repente, se dirige a Dios con un grito de fe... Jesús nunca dijo nada contra el ser humano: lo ama, le permite recuperar la semejanza que le une al Creador.

Sólo acusa a los hipócritas y a los fariseos. Como ellos, también nosotros tenemos miedo, queremos retener lo que está superado, porque estamos acostumbrados a ello, queremos tener razón contra los otros y disimulamos bajo el vocabulario de una humildad estereotipada el espíritu de orgullo y de dominio. Nos movemos fuera de la vida. Es preciso que consigamos desarmarnos.

Yo he hecho esta guerra. Durante años y años. Ha sido terrible. Pero ahora estoy desarmado. Ya no tengo miedo de nada, porque «el amor expulsa el temor». Estoy desarmado de la voluntad de sobresalir, de justificarme a expensas de los demás. Ya no estoy alerta, celosamente aferrado a mis riquezas. Acojo y comparto. No estoy particularmente apegado a mis ideas, a mis proyectos. Si alguien me propone otros mejores, los acepto de buena gana. O más bien, no mejores, sino buenos. Sabéis que he renunciado al comparativo... Lo que es bueno, verdadero, real, allí donde se encuentre, es siempre lo mejor para mí. Por eso no tengo miedo. Cuando ya no poseemos nada, no tenemos miedo (Comunidad de San Egidio [ed.], *Atenagora. Chiesa ortodossa e futuro ecumenico*, Brescia 1995, 156-158.167.209.211, *passim*).

La parábola del sembrador

(Lc 8,1-3.4-15.16-18)

¹ Después de esto, Jesús caminaba por pueblos y aldeas predicando y anunciando el Reino de Dios. Iban con él los Doce ² y algunas mujeres que había liberado de malos espíritus y curado de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que había expulsado siete demonios; ³ Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes; Susana y otras muchas que le asistían con sus bienes.

⁴ En una ocasión se reunió mucha gente venida de todas las ciudades y Jesús les dijo esta parábola:

⁵ –Salió el sembrador a sembrar su semilla. Mientras iba sembrando, parte de la semilla cayó al borde del camino; fue pisoteada y las aves del cielo se la comieron. ⁶ Otra parte cayó en terreno pedregoso y nada más brotar se secó porque no tenía humedad. ⁷ Otra cayó entre cardos y, al crecer junto con los cardos, éstos la sofocaron. ⁸ Otra parte cayó en tierra buena, brotó y dio como fruto el ciento por uno.

Y concluyó:

–Quien tenga oídos para oír, que oiga.

⁹ Sus discípulos le preguntaron qué significaba esa parábola. ¹⁰ Él les dijo:

–A vosotros se os ha concedido comprender los secretos del Reino de Dios, pero a los demás todo les resulta enigmático, de manera que *miran pero no ven, y oyen pero no entienden*. ¹¹ La parábola significa lo siguiente: La semilla es el mensaje de Dios. ¹² La semilla que cayó al borde del camino se refiere a los que oyen el mensaje, pero luego viene el diablo y se lo arrebató de sus corazones, para que no crean ni se salven. ¹³ La semilla que cayó en terreno pedregoso se refiere a los que al oír

el mensaje lo aceptan con alegría, pero no tienen raíz; creen durante algún tiempo, pero cuando llega la hora de la prueba se echan atrás. ¹⁴ La semilla que cayó entre cardos se refiere a los que escuchan el mensaje pero luego se ven atrapados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y no llegan a la madurez. ¹⁵ La semilla que cayó en tierra buena se refiere a los que, después de escuchar el mensaje con corazón noble y generoso, lo retienen y dan fruto por su constancia.

¹⁶ Nadie enciende una lámpara y la tapa con una vasija o la oculta debajo de la cama, sino que la pone en un candelero para que los que entren vean la luz. ¹⁷ Porque nada hay oculto que no haya de descubrirse, ni secreto que no haya de saberse y ponerse al descubierto. ¹⁸ Prestad atención a cómo escucháis: al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará incluso lo que cree tener.

LECTIO

Un «resumen» (vv. 1-3) introduce la nueva fase de la actividad de Jesús en Galilea. Lucas señala, junto a los Doce, un pequeño grupo de mujeres y recuerda el nombre de algunas. Son sus colaboradoras y también benefactoras («*que le asistían con sus bienes*»). Entre ellas destaca María de Magdala –pequeña ciudad situada en la orilla del mar de Tiberíades–, a la que Jesús liberó de los demonios: y que le será particularmente fiel durante la pasión (23,55s; 24,1.10).

Jesús quiere hacer comprender a la gente con la parábola del sembrador la dinámica del Reino de Dios. A la luz de todo lo narrado hasta aquí, el sentido es evidente: la misión de Jesús (la semilla, en el lenguaje de la metáfora) la acogen de manera diferente los que se muestran disponibles a su mensaje (la tierra buena) y los que se muestran refractarios al mismo (en la parábola: el borde del camino, los cardos, el terreno pedregoso). Con esta advertencia sapiencial: «*Quien tenga oídos para oír, que oiga*», Jesús induce a la reflexión y nos invita a aplicarnos la parábola a nosotros mismos.

Jesús ofrece una explicación complementaria a los discípulos que le interrogan por el significado de la parábola. Esta explicación consiste en aplicar de una manera alegórica los detalles de la parábola a la experiencia concreta de los propios discípulos, con lo cual es fácil darse cuenta de que esas aplicaciones reflejan los problemas y el lenguaje del tiempo de la Iglesia. ¿Cómo es que esta doctrina tan rica y profunda no es accesible a los «otros» (Marcos: «*los de fuera*», o sea, a los no creyentes)? La cita implícita de Is 6,9 («*de manera que miran pero no ven, y oyen pero no entienden*») remite a las Escrituras, donde se revela la mente de Dios. Si bien existe una diferencia entre los discípulos y los extraños en cuanto a la comprensión del mensaje de Jesús, esto no escapa al designio de Dios. De todos modos, la responsabilidad del fracaso recae en el hombre, tal como la parábola lo pone de manifiesto.

La respuesta se completa con algunos dichos parabólicos. La imagen de la lámpara hace comprender que el mensaje de Jesús no puede quedar escondido. Su luz está destinada a difundirse de una manera irresistible. Sin embargo, que cada uno vigile *cómo* escucha, porque –como dice un proverbio– «*al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará incluso lo que cree tener*»: aquellos que, habiendo escuchado la Palabra, no la hacen fructificar, se verán privados totalmente de los dones de Dios.

MEDITATIO

Vamos a empezar por una nota referente a los vv. 1-3, que nos permiten captar un elemento un tanto desconcertante, inaudito para la mentalidad humana y religiosa de los tiempos de Jesús: junto con hombres, también hay algunas mujeres que forman parte de su compañía. Algunas de ellas, valientes, y también adineradas –«*le*

asistían con sus bienes»–, no se confunden en el anonimato de la muchedumbre que sigue a Jesús de manera ocasional, sino que, con una fidelidad especial y una humanidad apasionada, se prestan a hacer el camino con él hasta el final, aun a costa de desafiar la extenuante vida del maestro itinerante. Son mujeres curadas, libres y liberadas, condiscípulas –a justo título– de los Doce. Peregrinas en la fe y siervas por amor, enseñan a declinar en la *koinonía* la relación engendradora de afecto, de proximidad y de gratitud que sólo la sensibilidad femenina consigue expresar.

En cuanto a la parábola que sigue (vv. 4-18), es preciso observar que la semilla es siempre buena, pero la tierra no lo es siempre. Nosotros recibimos continuamente del Señor lo que es bueno, pero con frecuencia no somos tierra buena; por eso no acogemos su don y se queda como aquel único talento que no produjo ningún interés. De este modo, no causamos ningún perjuicio al Señor, pero sí nos lo causamos a nosotros mismos, porque nuestro ver, oír y hablar se limita a lo que sólo se toca, se ve, se dice, físicamente.

En las palabras de Jesús está la luz que nos permite «ver» dentro de nosotros mismos, contemplar la belleza de lo que nos rodea y el asombro de un Dios que nos sorprende y nos indica el camino del bien y del amor. Son muchos los episodios del evangelio que nos cuentan fragmentos de vida de Jesús en los que él nunca retira su mano, su corazón y su ternura a los que le buscan porque han intuido que es la persona que puede llenar de verdad el vacío momentáneo o vital que nos hace infelices. Por eso le siguen las muchedumbres a donde vaya, y por eso no habla siempre abiertamente, porque el deseo abre la posibilidad de encontrarse con lo que vale de verdad y con lo que es profundamente verdadero.

ORATIO

Señor Jesús, te damos gracias porque no has excluido a nadie de la posibilidad de seguirte e incluso de ayudarte a lo largo de los caminos por los que anunciaste el Reino del Padre. Ni los prejuicios ni las conveniencias sociales te condicionaron nunca.

Concédenos, te pedimos, un corazón bueno y perfecto en el que se deposite y fructifique tu Palabra con la lenta paciencia de los días. No permitas que los cardos la sofoquen e invadan todo el espacio, ni que los pájaros voraces vengan a picar los deseos de bien que en él pueden germinar.

Tú, Palabra del Padre, crece en nosotros como espiga abundante que se convierte en pan de vida y se difunde como eucaristía para todos los hombres y las mujeres de hoy.

CONTEMPLATIO

Entonces, como dije, después de todo el buen trabajo del campo debemos sembrar en seguida la buena semilla para que produzca buen fruto. Pero, además, el cultivador que siembra su campo debe, al tirar la semilla, esconderla y hundirla en la tierra, porque, si no lo hace así, los pájaros vendrán a comerla y se perderá. Y, después de haberla escondido, esperar de la misericordia de Dios la lluvia y el crecimiento del grano. Porque podrá tomarse todos los trabajos de limpiar, remover la tierra y sembrar, pero, si Dios no manda lluvia sobre su sembradío, toda la labor será vana.

Es así como debemos obrar. Si hacemos algún bien, escondámoslo por humildad y pongamos en manos de Dios nuestra debilidad, suplicándole mirar nuestros esfuerzos, que de otra manera serían inútiles.

Es así como debemos obrar. Si hacemos algún bien, escondámoslo por humildad y pongamos en manos de Dios nuestra debilidad, suplicándole que mire nuestros esfuerzos, que de otra manera serían inútiles. También suele pasar que, después de haber regado y hecho germinar la semilla, la lluvia no cae en el tiempo debido y el germen entonces se seca y muere. Porque el grano germinado, como la semilla, precisa lluvia de tanto en tanto para crecer. De manera que no podemos permanecer tranquilos. Sucede a veces que después del crecimiento del grano y de la formación de la espiga, la langosta, el granizo u otra plaga destruyen la cosecha. Lo mismo ocurre con el alma: aunque haya trabajado para purificarse de todas las pasiones y se haya aplicado a practicar todas las virtudes, deberá contar siempre con la misericordia y la protección de Dios por temor de ser abandonada y morir.

El que quiera ser verdaderamente salvado no debe permanecer tranquilo hasta su último suspiro. Es preciso desvivirse, preocuparse y pedir sin cesar a Dios que nos proteja y nos salve por su bondad, por la gloria de su santo nombre. Amén (Doroteo de Gaza, *Conferencias*, XII, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Señor, haz germinar la semilla de tu Palabra en el terreno árido de la humanidad» (cf. Lc 8,11).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Esta compañía de Jesús está abierta a las mujeres. Los rabinos no las admitían en el círculo de sus discípulos [...]. En efec-

to, las mujeres no tenían el deber de cumplir la ley. Ellas están a medio camino entre el hombre que debe y el niño que no puede cumplirla: un poco debe y un poco no puede. Ahora bien, en Jesucristo ya no hay hombre ni mujer (Gál 3,28). Las eventuales distinciones culturales o naturales son secundarias con respecto al privilegio de estar «con él», que es la misma vida. Toda distinción está destinada a desaparecer o a asumir su significado positivo en la medida en que se está en él.

Las mujeres desempeñan una gran misión en la comunidad primitiva (cf. Rom 16,1; Hch 1,14; 12,12; 16,13s; 17,4.12.34), tal vez porque la mujer, figura materna, es acogida (véase la tierra que acoge la semilla en el pasaje siguiente), habitación, lugar donde el hombre puede vivir y estar en su casa. La misma María, que es arquetipo de la Iglesia y del creyente, es presentada en los primeros dos capítulos como arca de la alianza y santo de los santos en el cual habita el Altísimo. La figura mujer-casa-tierra-madre está ligada estrechamente con la Palabra que se acoge y se guarda en el corazón [...].

El común denominador de estas mujeres, como el de todo el pueblo (cf. 7,21), es la experiencia del cuidado que el Señor Jesús ha asumido: tienen la experiencia del don y del perdón y, por consiguiente, del «amor más grande». Por eso aman más, así como también se han sentido más amadas [...].

Este amor como respuesta al que las ha amado primero es el motivo de que ellas estén con Jesús y a su servicio. Así como el egoísmo se muestra sirviéndose del otro y sometiéndolo, así también el amor se muestra en el servicio al otro para liberarlo de sus necesidades. Este amor consiste más en hechos que en palabras [...]. Este amor se extiende también a los que están con Jesús, al pie de ese cuerpo del cual él es cabeza. Así se expande el buen perfume de Cristo (2 Cor 2,14). Este servicio hace materialmente imposible la vida a los otros porque da de lo propio, de conformidad con la imagen de la mujer-madre, que representa el elemento necesario a la vida [...].

Las mujeres están estrechamente asociadas a los Doce y, además, «sirven con sus bienes, a semejanza de Jesús (cf. 22,27b). En efecto, ya han sido curadas de esos males y de esos espíritus malignos que los discípulos todavía tienen y que les impiden servir (cf. 22,24ss). Por eso, tal vez, a diferencia

de ellos, están sobre el Calvario y junto al sepulcro, presentes en la muerte y en la vida [...].

Con los Doce y con «muchas otras» constituyen la primera comunidad de la Iglesia itinerante, que deja a sus espaldas un pasado de miedo y avanza libre para el anuncio (S. Fausti, *Una comunidad lee el evangelio de Lucas*, San Pablo, Madrid, 234-235, *passim*).

«Mi madre y mis hermanos»

(Lc 8,19-21)

¹⁹ Entonces se presentaron su madre y sus hermanos, pero no pudieron llegar hasta Jesús a causa del gentío. ²⁰ Entonces le pasaron aviso:

–Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte.

²¹ Él les respondió:

–Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica.

LECTIO

Este episodio, tal como se presenta en el tercer evangelio, pone de relieve sobre todo el tema de la Palabra de Dios. Jesús ha tomado ahora sus distancias respecto a su familia y a su parentela (los «*hermanos*») para dedicarse por entero a su misión. Tanto es el gentío que le asedia que cuando un grupo de parientes, entre los que se encuentra su misma madre, quiere acercarse a él, no lo consiguen. Su respuesta a quien le advierte de la visita puede parecer severa, si no se capta su intención espiritual. La verdadera familia de Jesús no es la carnal: son «*los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica*», o sea, los verdaderos discípulos. La comunidad cristiana es la familia de Cristo a condición de que viva la Palabra de Dios que él enseña.

MEDITATIO

Las palabras del Señor, que, a primera vista, pueden parecernos muy duras, cuando las sometemos a una lectura más atenta nos abren a la alegría: también nosotros podemos convertirnos en familia de Jesús. Eso se hace posible si antes que nada nos ponemos a la escucha de la Palabra de Dios, una escucha que se traduzca en vida, a fin de que la Palabra se vuelva verdaderamente, en la vida diaria, la savia secreta que anima todos nuestros gestos, actitudes, movimiento interior. Una escucha como ésta crea comunión con Dios, nos hace entrar en la misma vida de Dios, o sea, nos hace partícipes de lo que más aprecia el Señor: los que escuchan la Palabra de Dios y la viven comparten su comunión con el Padre, su experiencia más profunda, su identidad más verdadera, hasta el punto de convertirse para él en seres tan queridos como su madre y sus hermanos. Desde la perspectiva de esta escucha que se realiza poniendo a Dios en el centro de todo, incluso la relación con las personas más queridas adquiere un aliento más amplio y un valor más profundo, porque el amor de Dios crea vínculos todavía más fuertes que los de la sangre. La dureza de Jesús no va dirigida a sus parientes y a su madre –mujer de la escucha por excelencia–, sino que más bien quiere ponernos en guardia contra el peligro de dejarnos «apresar» por los afectos hasta convertirlos en algo más importante que Dios y que su Reino. Esa dureza nos llama a la única realidad esencial: los que acogen a Dios en su vida, son acogidos por Dios como hijos, como hermanos y madres de Jesús, o sea, que se hacen partícipes de la vida divina, que es amor, alegría, comunión, paz, una vida sin fin ya desde ahora.



Jesús calma la tempestad (Lc 8,22-25)

²² Cierta día subió Jesús con sus discípulos a una barca y les dijo:

–Pasemos a la otra orilla del lago.

Y comenzaron la travesía. ²³ Mientras navegaban, Jesús se durmió. Una borrasca se desencadenó entonces sobre el lago, y la barca empezó a hacer agua, con el consiguiente peligro de naufragio. ²⁴ Los discípulos se le acercaron y le despertaron, diciendo:

–¡Maestro, maestro, que perecemos!

Jesús se levantó e increpó al viento y al oleaje; éstos amainaron y el lago quedó en calma. ²⁵ Entonces dijo a sus discípulos:

–¿Dónde está vuestra fe?

Y llenos de miedo y estupor, se decían unos a otros:

–¿Quién es éste que manda incluso a los vientos y al agua y le obedecen?

LECTIO

La tempestad calmada, primero de una serie de milagros impresionantes, revela el poder divino de Jesús y prepara la confesión de fe de los discípulos. Ya desde el comienzo, en la orden «*pasemos a la otra orilla del lago*» (v. 22) resalta Jesús su autoridad. La «*otra orilla*» es la Perea, un territorio habitado por gentiles. La breve tra-

vesía se presenta tranquila, pero las borrascas pueden aparecer de improviso en el lago de Genesaret. La pequeña embarcación corre el riesgo de naufragar cuando las olas se levantan amenazadoras. A pesar de todo, Jesús duerme tranquilamente. Los discípulos le despiertan e invocan su ayuda: «¡Maestro, maestro, que perecemos!» (v. 24). En su orden imperiosa a las olas del mar se encuentra el poder dominador del Creador. Cuando vuelve la calma, Jesús regaña suavemente a sus discípulos: «¿Dónde está vuestra fe?» (v. 25). Deberían conocer ya ahora el señorío del *Kyrios* y fiarse totalmente de él. En realidad, su fe sigue siendo aún inmadura y se traduce únicamente en el estupor y en la pregunta: «¿Quién es éste...?» (v. 25). La respuesta la formulará muy pronto Pedro: «Tú eres el Mesías de Dios» (9,20). En el despertarse Jesús del sueño se esboza la resurrección (lo sugiere el verbo *egéiro*, en participio pasivo). La travesía del mar que debe afrontar la barca de los discípulos es imagen del camino de la Iglesia en la historia.

MEDITATIO

A veces puede parecernos que, en la travesía del mar de la vida y de la historia, prevalece el mal y que Dios, como mínimo, se desinteresa de nosotros: Jesús duerme y, por tanto, calla y nosotros nos sentimos solos, perdidos y sumergidos por las dificultades hasta el punto de no poder hacer nada. Sin embargo, el Señor está con nosotros en medio de la tempestad y sólo espera que le lancemos un grito y creamos en él, esperando contra toda esperanza. Todo paso, tanto en la vida personal como en la historia universal, es como una travesía que él nos pide realizar y que comporta el riesgo de soltar las amarras –las seguridades y los equilibrios alcanzados– para hacer frente a las incógnitas del mar abierto, procediendo sin saber lo que nos espera. El Señor está

cerca de nosotros en todo esto y nos invita a la confianza, a la fe, seguros de que él, durmiendo el «sueño de la muerte» y despertándose en la resurrección, es más fuerte que todo y no nos dejará.

En él, «Señor de la tempestad», alfa y omega de la vida y de la historia, todo encuentra su sitio y su significado y, al final, siempre está con nosotros, incluso en las horas más oscuras y difíciles, y pide a nuestra alma que no tenga miedo, que crea en su poder de salvación. Nos pide, en suma, la fe.



El exorcismo en la región de los gerasenos (Lc 8,26-39)

²⁶ Arribaron a la región de los gerasenos, que está enfrente de Galilea. ²⁷ Al saltar a tierra, le salió al encuentro un hombre de la ciudad, un endemoniado, que desde hacía mucho tiempo andaba semidesnudo y no vivía en una casa, sino entre los sepulcros. ²⁸ Al ver a Jesús, se puso a gritar, se echó a sus pies y dijo a grandes voces:

—¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? Te pido que no me atormentes.

²⁹ Y es que Jesús estaba mandando al espíritu impuro que saliera de aquel hombre. Pues muchas veces el demonio se apoderaba de él y, a pesar de que lo ataban con cadenas y lo sujetaban con grilletes, él rompía las ataduras y, empujado por el demonio, marchaba a lugares desiertos. ³⁰ Jesús le preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

Respondió:

—Legión.

Porque habían entrado en él muchos demonios. ³¹ Y le pedían que no les ordenara volver al abismo.

³² Había allí una piara numerosa de cerdos hozando por el monte y los demonios le rogaron que les permitiera entrar en ellos. Jesús se lo permitió. ³³ Los demonios salieron del hombre, entraron en los cerdos y entonces toda la piara se lanzó por el precipicio al lago y se ahogó.

³⁴ Los porquerizos, al ver lo ocurrido, huyeron y lo fueron contando por la ciudad y por los caseríos. ³⁵ Salieron, pues, a ver lo ocurrido y, al presentarse donde estaba Jesús, encontraron al hombre del que habían salido los demonios sentado

a los pies de Jesús, vestido y en su sano juicio, y se llenaron de miedo.³⁶ Los que lo habían presenciado les contaron cómo había salvado al endemoniado.³⁷ Entonces toda la gente de la comarca de los gerasenos le rogó que se alejara de ellos, porque les había entrado mucho miedo. Jesús subió a la barca y emprendió el regreso.³⁸ El hombre de quien habían salido los demonios le pedía ir con él, pero Jesús lo despidió diciendo:

³⁹ –Vuelve a tu casa y cuenta lo que Dios ha hecho contigo.

El hombre se marchó publicando por toda la ciudad lo que Jesús había hecho con él.

LECTIO

Éste es el único milagro que, según Lucas, realizó Jesús fuera de los confines de la «*región de los judíos*» y anticipa, por consiguiente, la salvación que sus discípulos deberán anunciar un día a los gentiles (cf. 24,47). Su barca arriba, atravesando el mar de Tiberíades, a la Decápolis, precisamente al territorio de la célebre ciudad de Gerasa. Un loco endemoniado, que daba vueltas por la zona, le sale al encuentro a Jesús. Los demonios que le tiranizan (toda una «*legión*») reconocen al «*Hijo de Dios Altísimo*» e intentan plantarle resistencia («*¿Qué tengo yo que ver contigo...?*»). Los espíritus impuros, en su duelo con Jesús, que les obliga a confesar su identidad, intentan buscar una vía de escape con tal de no verse obligados a abandonar el país pagano: le piden que les permita entrar en unos cerdos. Jesús se lo concede, con el resultado de que los pobres animales se lanzan por el precipicio a las aguas del lago (v. 33).

El exorcismo tiene toda una serie de consecuencias. Los porquerizos, presa de espanto, escapan y difunden la noticia por la ciudad y por los caseríos. La gente viene corriendo a ver lo sucedido y encuentra al endemoniado, ahora con la mente sana, sentado a los pies de Jesús (v. 35). Llenos de miedo también, le piden a Jesús que se vaya de su tierra: tal vez tenían miedo de que su

presencia ocasionara otros perjuicios a sus actividades económicas. El hombre que había sido liberado de una legión de demonios quería quedarse con Jesús, como los discípulos que le acompañaban constantemente, pero él le despide: su misión será contar a todos lo que Dios había hecho por él (v. 39). De este modo, se convierte en el primer testigo de la salvación en Cristo entre los paganos.

MEDITATIO

En un tiempo como el nuestro, en el que la técnica y la biomedicina alcanzan metas antes impensables, podemos hacernos la ilusión de que tenemos entre nuestras manos nuestra vida y la de los otros. Sin embargo, advertimos el límite y la impotencia en cuanto nos encontramos en situaciones que no tienen solución humanamente: vidas probadas por el sufrimiento de enfermedades todavía incurables, por la soledad, por la depresión, por el absurdo..., vidas inexorablemente separadas por sí mismas y por la vida social común, vidas reducidas a una especie de limbo, muertas para toda esperanza. Sólo el Crucificado resucitado puede llevar a cabo una curación total –física, espiritual, psicológica...– del ser humano.

Nuestros corazones, sin embargo, no están siempre dispuestos para acoger la alegre y explosiva novedad de su salvación. Ni siquiera frente al milagro de la transformación radical de una persona que carece ahora humanamente de vías de salida, se da la fe por descontado. Lo inesperado puede engendrar miedo y desconfianza, y entonces el Señor se detiene en el umbral, sin obligarnos a reconocer su poder y su salvación: vuelve a subirse a la barca. Con todo, no nos abandona a nuestra negativa a acogerle y reconocerle: a donde él no puede llegar, envía a otros, envía a los que en el encuentro con él han visto

desaparecer su mal y han vuelto a encontrar una vida digna y llena de sentido. Ésos anuncian la salvación de Dios no con discursos eruditos, sino con la fuerza y la inmediatez de la experiencia: el encuentro con Cristo ha cambiado sus vidas en lo más profundo.

¿Y nosotros? ¿Estamos verdaderamente dispuestos a creer que el Señor puede sanar también eso que a nuestros ojos nos parece irremediablemente perdido? ¿Estamos dispuestos a dejarle a él, Dios de lo imposible, la solución de las cosas insolubles?



Jesús cura a una mujer y resucita a la hija de Jairo (Lc 8,40-56)

⁴⁰ Cuando regresó Jesús [de la región de los gerasenos], lo recibió la gente, porque todos lo estaban esperando. ⁴¹ En esto, llegó un hombre llamado Jairo, que era jefe de la sinagoga, y se echó a los pies de Jesús rogándole que fuera a su casa ⁴² porque tenía una hija única de unos doce años que se estaba muriendo. Mientras iba de camino, la gente le apretujaba por todas partes. ⁴³ Entonces, una mujer, que padecía hemorragias desde hacía doce años y que había gastado en médicos todo lo que tenía, sin haber podido ser curada por ninguno, ⁴⁴ se acercó por detrás, tocó la orla de su manto y en el acto cesó la hemorragia. ⁴⁵ Jesús preguntó:

—¿Quién me ha tocado?

Como todos decían que ellos no habían sido, Pedro le dijo:

—Maestro, es la gente, que te aprieta y te estruja.

⁴⁶ Pero Jesús dijo:

—Alguien me ha tocado, porque he sentido que una fuerza ha salido de mí.

⁴⁷ La mujer, al verse descubierta, se acercó toda temblorosa y, echándose a sus pies, contó delante de todos por qué lo había tocado y cómo había quedado curada en el acto. ⁴⁸ Él le dijo:

—Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz.

⁴⁹ Todavía estaba hablando, cuando llegó uno de la casa del jefe de la sinagoga a decirle:

—Tu hija ha muerto, no molestes más al Maestro.

⁵⁰ Pero Jesús, que lo oyó, le dijo:

—No temas, basta con que tengas fe y ella se salvará.

⁵¹ Al llegar a la casa, no permitió entrar con él a nadie más que a Pedro, a Juan y a Santiago, y al padre y la madre de la niña. ⁵² Todos lloraban y gemían por ella. Jesús dijo:

–No lloréis, porque no ha muerto; está dormida.

⁵³ Pero ellos se burlaban de él, pues sabían bien que había muerto. ⁵⁴ Pero Jesús, tomándola de la mano, dijo en voz alta:

–Muchacha, levántate.

⁵⁵ Su espíritu volvió, y se levantó al instante. Entonces Jesús mandó que le dieran de comer. ⁵⁶ Los padres quedaron atónitos, pero Jesús les encargó que no dijeran a nadie lo que había pasado.

LECTIO

El nuevo doble milagro marca un *crescendo* respecto a los precedentes: si, en Lc 8,22-25, Jesús liberó a los discípulos de un peligro mortal y, en Lc 8,26-39, liberó a un hombre del poder de los demonios, ahora cura a una mujer de un mal incurable y restituye a una niña a la vida. Como ocurre también en el evangelio de Marcos, ambos episodios están engastados el uno en el otro. El inicio lo da la súplica del jefe de la sinagoga local –se dice su nombre: Jairo–, que viene a implorar por su hijita enferma. Pero el relato queda interrumpido por el episodio de la hemorroísa. La mujer, a la que hace impura el flujo de sangre uterino (cf. Lv 15,25ss), un flujo al que ningún médico ha podido poner remedio, se acerca por detrás a Jesús mientras éste se dirige a la casa de Jairo entre la muchedumbre y le toca la orla del manto. Esta mujer ha buscado a través del contacto el «poder» curador que emana de Jesús (cf. 6,19). Nadie se ha dado cuenta, excepto Jesús, que hace salir al descubierto a la mujer. Ésta se ve obligada a confesar públicamente su «transgresión», pero sólo para oír una palabra de consuelo: «Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz» (8,48). Como en el caso de la mujer pecadora, la fe y la salvación van estrechamente unidas (cf. 7,50).

El retraso precipita la situación. Le comunican a Jairo la triste noticia de que su hijita ya está muerta y le sugieren que desista. Sin embargo, Jesús le invita a perseverar en la fe: «No temas, basta con que tengas fe y ella se salvará» (8,50). La última escena, que establece un contraste entre el luto sin esperanza («se burlaban de él») y el poder de Cristo, vencedor del sueño de la muerte, esta última escena –decíamos– se desarrolla en la casa del jefe de la sinagoga. Su orden restituye a la vida terrena y a sus padres a la niña de doce años. No se nos escapa el valor simbólico del milagro, sugerido por el vocabulario «técnico» (en griego) de la resurrección. Tampoco se nos deben escapar los rasgos de humanidad registrados por el evangelista: Jesús entra en la estancia acompañado por el padre y la madre; toma de la mano a la niña muerta y la levanta; después, ordena que le den de comer...

MEDITATIO

A veces nos resulta difícil ir al Señor y presentarnos a él en la desnudez de lo que somos, entregarle los límites y las riquezas de nuestra humanidad, nuestras necesidades y deseos más auténticos, todo lo que hemos vivido y vivimos. El asunto de Jairo y el de la hemorroísa, sin embargo, indican precisamente esta dirección y nos invitan a preguntarnos hasta qué punto vivimos la fe como relación profunda con el Señor, como experiencia de vida en la que nos implicamos en la verdad de nosotros mismos. ¿Creemos de verdad que el Señor Jesús es el Dios vivo y verdadero, que actúa en la historia, que da una respuesta de vida y de resurrección a nuestras expectativas más profundas, a nuestras angustias, miedos y muertes de todo tipo?

Tanto Jairo como la hemorroísa tienen una fe que no desespera ni se rinde, y siguen creyendo incluso en los

momentos más difíciles, más allá de todo y de todos. «No temas, basta con que tengas fe y ella se salvará», dice Jesús a Jairo cuando le traen la noticia de la muerte de su hija, y él se fía plenamente, esperando contra toda esperanza. Cuando la fe es perseverante, ciega, humilde, se convierte en el presupuesto para advertir las maravillas que el Señor realiza de continuo y en la condición para que las realice. Sin embargo, estos milagros no son más que un signo de la resurrección de Jesús, a la que se nos invita a dirigir la atención; a su luz es como podemos leer la historia dándole un sentido nuevo: por ella creemos que la Vida tendrá la última palabra sobre la muerte.



Los Doce en misión y las dudas de Herodes

(Lc 9,1-6.7-9)

¹ Jesús convocó a los Doce y les dio poder para expulsar toda clase de demonios y para curar las enfermedades. ² Luego los envió a predicar el Reino de Dios y a curar a los enfermos. ³ Y les dijo:

–No llevéis para el camino ni bastón ni alforjas, ni pan ni dinero, ni tengáis dos túnicas. ⁴ Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta que os marchéis de aquel lugar. ⁵ Y donde no os reciban, marchaos y sacudid el polvo de vuestros pies, como testimonio contra ellos.

⁶ Ellos se marcharon y fueron recorriendo las aldeas, anunciando el Evangelio y curando por todas partes.

⁷ El tetrarca Herodes oyó todo lo que estaba sucediendo y no sabía qué pensar, porque unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos, ⁸ otros que Elías había aparecido, otros que uno de los antiguos profetas había resucitado. ⁹ Herodes dijo:

–Yo mandé decapitar a Juan. ¿Quién es, pues, éste de quien oigo decir tales cosas?

Y buscaba una ocasión para conocerlo.

LECTIO

Los Doce, llamados antes uno a uno por Jesús y constituidos en grupo definido y estable (6,12ss), son implicados ahora en su misión, anticipando la misión definitiva que el Resucitado les confiará (24,46ss). El Maestro

les envía a anunciar el Reino de Dios, que es el centro de su mensaje, les comunica su poder, de suerte que puedan realizar los mismos milagros, curaciones y exorcismos, y les da algunas instrucciones.

El breve discurso dirigido a los Doce (vv. 3-5) toca, en primer lugar, el tema del equipaje del misionero. Será esencial: éste debe confiarse a la providencia de Dios y a la generosidad de los hombres.

El segundo elemento tiene que ver con la hospitalidad: el apóstol de Jesús, cuando le reciban en una «*casa*», o sea, por una familia amiga, deberá contentarse con lo que le ofrezcan, sin buscar una instalación mejor, pasando «*de casa en casa*».

En tercer lugar, les indica el comportamiento que tienen que tener cuando no les reciban en algún lugar: «*Marchaos y sacudid el polvo de vuestros pies, como testimonio contra ellos*» (v. 5). Ese gesto simboliza la separación total de la gente con la que no se quiere tener nada en común.

Los Doce desarrollan su misión «*recorriendo las aldeas*», con lo que Jesús y el alegre anuncio del Reino de Dios llegan a todos en Galilea. El conocimiento de estos hechos llega incluso al tetrarca Herodes Antipas (cf. 3,1.19s), que se preocupa. Circulan varias interpretaciones del nuevo personaje. Algunos consideran que se trata de Elías, cuyo retorno se esperaba (cf. Mal 3,13), o bien de un profeta como los antiguos. No faltan los que emiten la hipótesis de que Juan ha «*resucitado de entre los muertos*» (v. 7), pero Herodes se muestra escéptico: «*Yo mandé decapitar a Juan*» (v. 9).

Lucas, a diferencia de los otros sinópticos, no ha narrado el final del Bautista. La pregunta: «*¿Quién es, pues, éste de quien oigo decir tales cosas?*», queda en suspenso. Las distintas opiniones coinciden en señalar a Jesús como un profeta, pero andan lejos de alcanzar la verdad completa.

MEDITATIO

El discípulo del Señor, que vive la familiaridad con él, que vive la experiencia diaria de él y de su acción, está llamado a anunciar la Buena Noticia del Reino a los hermanos. Su camino ni es ni puede ser solitario, porque el mensaje proclamado se vuelve creíble y contagioso si hay al menos dos testigos que, amándose recíprocamente, atestiguan con su vida lo que proclaman con la palabra: el amor de Dios que se nos ha aproximado en Jesús de Nazaret, el Salvador.

La debilidad de los misioneros no supone un obstáculo para la eficacia del anuncio, e incluso se convierte en el lugar en el que se manifiesta el poder de Dios, que manda caminar en la pobreza. Los discípulos disponen ya, en efecto, de lo esencial: Jesús, que está en ellos, se convierte en su alimento y en su médico, donante y único don verdadero. Él constituye su riqueza suficiente, y a ellos no se les pide otra cosa que poner su confianza en Jesús, entregarle todos los resultados y perseverar con él en la mansedumbre y en la paz incluso cuando sean rechazados. Se trata, pues, de responder simplemente a la llamada de Jesús, en obediencia al Evangelio, de abandonar los criterios humanos de la eficiencia cada vez más sofisticada y empezar a vivir de él y para él. Sólo así podremos suscitar, tal vez, la pregunta: «¿Quién es Jesús?».

Y cuanto más verdadera y profunda sea esta pregunta, cuanto más capaz sea de impulsar a una búsqueda auténtica y personal de Jesús, tanto más colmará de alegría y de sentido la vida del que emprenda esa búsqueda.



Jesús sacia a la muchedumbre

(Lc 9,10-17)

¹⁰ De regreso, los apóstoles refirieron a Jesús todo lo que habían hecho. Él los tomó consigo y se retiró a un lugar solitario, hacia una ciudad llamada Betsaida. ¹¹ Pero la gente, al enterarse, lo siguió. Jesús los acogió y estuvo hablándoles del Reino de Dios y curando a los que lo necesitaban. ¹² Cuando el día comenzó a declinar, se acercaron los Doce y le dijeron:

–Despide a la gente para que se vayan a las aldeas y caseríos del contorno a buscar albergue y comida, porque aquí estamos en despoblado.

¹³ Jesús les dijo:

–Dadles vosotros de comer.

Ellos le replicaron:

–No tenemos más que cinco panes y dos peces, a no ser que vayamos nosotros a comprar alimentos para toda esa gente.

¹⁴ Eran unos cinco mil hombres. Dijo entonces Jesús a sus discípulos:

–Mandadles que se sienten por grupos de cincuenta.

¹⁵ Así lo hicieron, y acomodaron a todos. ¹⁶ Luego Jesús tomó los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición, los partió y se los iba dando a los discípulos para que los distribuyeran entre la gente.

¹⁷ Comieron todos hasta quedar saciados, y de los trozos sobrantes recogieron doce canastos.

LECTIO

El regreso de los apóstoles permite a Jesús retirarse con ellos. Su intención es, evidentemente, revigorizar las fuerzas en un «retiro» espiritual. Sin embargo, los muchedumbres no lo permiten. Jesús se ve obligado a acogerles, a partir con ellos el pan de la Palabra y a renovar sus gestos de salvación. En este marco tiene lugar un milagro de nuevo tipo que, sin embargo, evoca algunos precedentes bíblicos: el maná del desierto (Éx 16) o la multiplicación de los panes realizada por Eliseo (2 Re 4).

Está anocheciendo. Se encuentran en un despoblado, lejos de los centros habitados. Los discípulos señalan a Jesús lo embarazoso de la situación (v. 12). Su respuesta es paradójica y no hace más que poner de manifiesto que no hay salida. Jesús toma ahora la iniciativa (vv. 14-16): hace disponer a la gente de manera ordenada; se trata, en efecto, de un gran banquete. Los gestos descritos («tomó» los panes, «pronunció la bendición», «los partió y se los iba dando») evocan los de la última cena, que los lectores conocen ya por la tradición y por la praxis eucarística (cf. Lc 22,19; 1 Cor 11,23-26). Los discípulos se implican en la distribución del pan a la muchedumbre: cinco mil hombres, a los que se debe añadir, naturalmente, las mujeres y los niños. «Comieron todos hasta quedar saciados», dice el salmo (Sal 37,19). Los doce canastos de sobras ponen de relieve la abundancia del prodigio. Éste prepara de cerca la confesión de Pedro.

MEDITATIO

Tras una experiencia fuerte y comprometedora, se timos la necesidad de contar y comprobar los conter dos de lo que ha sucedido. Más allá del entusiasmo, c

las ganas de comunicar y del sutil estado de gratificación que pertenece a la esfera humana, está también la certeza de una vivencia profundamente verdadera y dada. Y cuando acontece en el Señor es, sin duda, bendita, está colmada de bien, es comunicativa y fuente de comunión.

Ahora bien, Jesús le pide siempre al cristiano algo más, como renunciar momentáneamente a sus propios proyectos, para acoger las carencias y las necesidades de los otros. Jesús ve a la muchedumbre y sabe que le buscan, porque le necesitan tanto para curaciones físicas como para escuchar sus palabras. Saltan los esquemas, los programas. Seguir a Cristo es –como él mismo hizo– mirar, escuchar, acompañar a los otros al lugar donde está la fuente del propio deseo, con la conciencia de que el recibir es más que el dar.

Jesús nos enseña precisamente esto: la experiencia de lo que se ha vivido con él se convierte en motivo para continuar realizando lo que él pide sin tener nada entre las manos. Son el corazón, el amor, el bien y la compasión los que mueven la voluntad a realizar cosas imposibles, como, por ejemplo, saciar el hambre de una gran muchedumbre con cinco panes y dos peces. Los discípulos, aun sin comprender, se adhirieron a la petición de Jesús y se encontraron entre las manos todo lo necesario para saciar el hambre de tantas personas. Responder al amor que llama a través de las peticiones de quien se encuentra en la necesidad abre a un mundo donde la alegría y la felicidad no tienen límites.

ORATIO

Oh Dios, que conoces todas nuestras necesidades y toda nuestra pobreza y nos provees con amor de Padre, perdona nuestra incredulidad y refuerza nuestra fe,

para que, junto con una multitud de hermanos y hermanas, podamos gozar de la sobreabundancia de tus bendiciones y participar con la entrega de nosotros mismos en la comunión de amor de tu Hijo. Amén.

CONTEMPLATIO

Nuestro Señor y Salvador dice: «Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre no tendréis la vida en vosotros. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida». Porque Jesús como todo en él es puro; por eso toda su carne es «una comida» y toda su sangre «una bebida». Porque cada una de sus obras es santa y cada una de sus palabras es verdadera. Por eso su carne es «verdadera comida» y su sangre «verdadera bebida».

En efecto, con la carne y la sangre abreva y reconforta como con una comida pura y una bebida pura a la totalidad del género humano. En segundo lugar, después de su carne, son «comida pura» Pedro, Pablo y todos los apóstoles; en tercer lugar, los discípulos de ellos. Así, cada uno, según la cantidad de sus méritos o de la pureza de su sentido, puede llegar a ser una «comida pura» para su prójimo... Cada hombre tiene una cierta comida en sí; si es buena y uno toma de ella y saca el bien «del buen tesoro» de su corazón, entonces ofrece a su prójimo una «comida pura» (Orígenes, *Homilías sobre el Levítico*, 7,5, citado en H. U. von Balthasar, *Teodramática*, vol. 5, Encuentro, Madrid 1997, 374).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Dadles vosotros de comer*» (Lc 9,13).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La atención de nosotros, los lectores, no debe detenerse sólo en el poder de Jesús en la realización del milagro de la multiplicación de los panes, sino también en otros dos rasgos que revelan quién es él y cómo debería ser, a su vez, el discípulo.

El primero es el diálogo entre los discípulos y Jesús. Éstos ven la situación en que se encuentra la gente y se erigen en portavoces: «*Despide a la gente para que se vayan a las aldeas y caseríos del contorno a buscar albergue y comida*». Sin embargo, este compromiso no basta para Jesús: «*Dadles vosotros de comer*». Sólo si se acepta este compromiso pleno y directo se puede hablar de Evangelio. La atención y el interés son ya algo importante, pero todavía no llegan a revelación. Jesús no quiere saciar simplemente el hambre de la gente, sino realizar un «signo» revelador de cómo querría Dios el mundo. Según los discípulos, la gente hubiera debido comprarse algo para comer. Para Jesús, sin embargo, hay que sustituir el comprar por el compartir: eso significa que deben cambiar las relaciones entre tú y los otros, entre tú y las cosas. Tú eres responsable del otro y, por consiguiente, estás implicado personalmente en su necesidad. El problema del pan para todos es problema tuyo, no sólo de los hambrientos. El esquema del comprar crea los afortunados y los desafortunados: algunos tienen mucho, otros poco, otros nada. Es preciso, más bien, pasar del comprar al compartir. Si –paradójicamente– los discípulos hubieran comprado ellos mismos el pan para la gente, habrían realizado un gesto de caridad, no un signo que introduce una lógica diferente en las relaciones y capaz de revelar un rostro nuevo de Dios.

Aparece, a continuación, una segunda insistencia en la que debemos detenernos: el lugar desierto, el acampar a cielo abierto y la división en grupos ordenados hacen pensar en la asamblea de Israel en el desierto. Y algunos gestos de Jesús, como la bendición, el partir el pan, la distribución con la ayuda de los discípulos, la recogida de las sobras, hacen pensar en la cena eucarística. Con todo, no se trata sólo de una prefiguración simbólica de la eucaristía, sino de una auténtica revelación de Jesús y de su existencia. La multiplicación de los panes, la última cena (22,19s) y la cena de Emaús (24,13-35) son los pilares que

muestran la lógica de la existencia de Jesús: una vida como entrega. Es ésta una característica que identifica tanto al Jesús terreno como al Jesús resucitado. Por consiguiente, en esto es donde los discípulos pueden seguir reconociendo a su Señor y encontrándole (B. Maggioni, *Il racconto di Luca*, Asís [Pg] 2000, 178s).

«Tú eres el Mesías de Dios» (Lc 9,18-27)

¹⁸ Un día que estaba Jesús orando a solas, sus discípulos se le acercaron. Jesús les preguntó:

–¿Quién dice la gente que soy yo?

¹⁹ Respondieron:

–Según unos, Juan el Bautista; según otros, Elías; según otros, uno de los antiguos profetas, que ha resucitado.

²⁰ Él les dijo:

–Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Pedro respondió:

–El Mesías de Dios.

²¹ Pero Jesús les prohibió terminantemente que se lo dijeran a nadie.

²² Luego añadió:

–Es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho, que sea rechazado por los ancianos, por los jefes de los sacerdotes y por los maestros de la ley; que lo maten y que resucite al tercer día.

²³ Entonces se puso a decir a todo el pueblo:

–El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y me siga. ²⁴ Porque el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí, ése la salvará. ²⁵ Pues ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde o se arruina a sí mismo? ²⁶ Porque si uno se avergüenza de mí o de mi mensaje, el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga rodeado de su gloria, de la del Padre y de la de los santos ángeles. ²⁷ Os aseguro que algunos de los presentes no morirán antes de haber visto el Reino de Dios.

LECTIO

La «confesión» mesiánica en la boca de Pedro es el punto de llegada de un largo camino de manifestaciones por parte de Jesús y el punto de partida para la formación ulterior de los discípulos. El marco es sugestivo: Jesús se encuentra, por fin, en un lugar solitario, donde puede dedicarse a la oración, en compañía de los Doce. La oración precede y acompaña los momentos sobresalientes de la misión de Jesús en el evangelio de Lucas. Ahora interroga a sus discípulos.

La primera pregunta, que versa sobre la opinión de la gente sobre Jesús (cf. 9,7ss), está ordenada a la segunda, que interpela directamente a los discípulos (9,20). Es Pedro quien responde: «*Tú eres el Mesías de Dios*». «Mesías», Cristo en griego, significa «ungido» con el crisma y consagrado para una misión particular como rey, sacerdote o profeta. El título indicaba en la tradición reciente al personaje que Dios tenía que enviar como salvador de su pueblo. La especificación «*de Dios*» subraya el carácter absolutamente religioso de la mesianidad de Jesús.

Éste no rechaza la misión que Pedro le acaba de atribuir; la acepta implícitamente. Sin embargo, «*prohibió terminantemente*» a los discípulos que dieran a conocer su identidad. Podemos intuir las razones: el riesgo de malentender el título de mesías en sentido político, el estrecho vínculo existente entre la mesianidad de Jesús y el misterio de su muerte y resurrección. A éste remite, en efecto, inmediatamente después con el primero de los preanuncios de la pasión, recurriendo a un título diferente, «*Hijo del hombre*» (ya presente en 5,24). Como Salvador escatológico (cf. 9,26 y 21,27), debe realizar antes que nada el designio de Dios atestiguado por las Escrituras («*es necesario...*»; cf. 24,7.26-27.44ss), que exige que el Hijo del hombre pase por el rechazo, el sufrimiento y la muerte, aunque para «*resucitar al tercer día*».

Del anuncio de la pasión de Jesús se pasa a las consecuencias que dimanarán para la vida de los discípulos. El que quiera seguirle debe compartir sus opciones y su destino. Esto requiere la renuncia al egoísmo («*que renuncie a sí mismo*») y la disponibilidad al sacrificio («*que cargue con su cruz*») «*cada día*» –subraya el texto de Lucas–. La advertencia la desarrollan los otros cuatro *lóghia* (vv. 24-27). El último de ellos, que parece anunciar la *parusía* y la venida del Reino de Dios como inminentes, tal vez haya que referirlo al acontecimiento que tendrá lugar dentro de pocos días: la transfiguración.

MEDITATIO

Aprender a estar, de vez en cuando, en «lugares apartados» en compañía del Señor, ponerse a su escucha y dejarse interrogar por él es uno de los pasos importantes que marca un proceso de maduración en el camino de la fe. La pregunta se presenta puntual: «Y tú, ¿quién dices que soy yo?», y cada uno de nosotros está llamado a responder no apelando al pasado, a sus conocimientos propios o a los ajenos, no a partir de lo que ha oído decir, sino abriéndose al misterio, dejándose poner en cuestión, para llegar, con Pedro, a captar la novedad que Dios, hecho hombre en Jesús de Nazaret, quiere ofrecer a nuestra existencia. Descubriremos a un Dios diferente a nuestras expectativas de gloria, poder y victoria, a un Dios que elige hasta el fondo el camino del amor total, dispuesto por ello a pasar por los senderos intransitables de la entrega incondicionada en manos de los hombres. El camino de la cruz recorrido por el Maestro, cuya desembocadura es la resurrección, es el indicado también al discípulo.

Frente a esta página del evangelio estamos llamados a realizar una profesión de fe que se concrete en un camino de seguimiento cotidiano, hecho de renuncia a nues-

tro propio egoísmo y a los esfuerzos de autosalvación –destinados de todos modos al fracaso y que dejan un sentimiento de vacío y desilusión, cuando no de frustración y angustia–; un seguimiento hecho a base de entrega a los hermanos, sin que nos importe el precio que debemos pagar, sin atender a nuestros intereses personales; un seguimiento dispuesto, por consiguiente, a pasar con Cristo a través del misterio pascual, viviendo con confianza y dando testimonio de él durante el tiempo de la prueba.



Se manifiesta la gloria de Jesús (Lc 9,28-36)

²⁸ Unos ocho días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Juan y a Santiago y subió al monte para orar. ²⁹ Mientras oraba, cambió el aspecto de su rostro y sus vestidos se volvieron de una blanca resplandeciente. ³⁰ En esto aparecieron conversando con él dos hombres. Eran Moisés y Elías, ³¹ que, resplandecientes de gloria, hablaban del éxodo que Jesús había consumado en Jerusalén. ³² Pedro y sus compañeros, aunque estaban cargados de sueño, se mantuvieron despiertos y vieron la gloria de Jesús y a los dos que estaban con él. ³³ Cuando éstos se retiraban, Pedro dijo a Jesús:

–Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Vamos a hacer tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Pedro no sabía lo que decía. ³⁴ Mientras estaba hablando, vino una nube y los cubrió, y se asustaron al entrar en la nube. ³⁵ De la nube salió una voz que decía:

–Éste es mi Hijo elegido; escuchadlo.

³⁶ Mientras sonaba la voz, Jesús se quedó solo. Ellos guardaron silencio y no contaron a nadie por entonces nada de lo que habían visto.

LECTIO

La transfiguración en el monte, momento culminante de la revelación de la identidad de Jesús, al mismo tiempo que confirma la confesión mesiánica de Pedro y el preanuncio de la pasión, anticipa la gloria de la resu-

rrección y de la *parusía*. Lucas precisa el contexto: Jesús está en oración. Ha tomado consigo a tres discípulos que le son particularmente próximos (cf. 8,51). Su aspecto transformado, y sus vestidos resplandecientes son los de un ser celestial o en contacto directo con Dios (cf. Éx 34,29s: Moisés en la tienda del encuentro). Aparecen dos hombres: Moisés y Elías –que representan la Ley y los Profetas– conversando con Jesús. El tema de la conversación es el «*éxodo que Jesús había de consumir en Jerusalén*» (9,31). Éste consiste, ciertamente, en su muerte, pero concluirá con la entrada de Jesús «*en su Reino*» (23,42). Aunque «*cargados de sueño*», como sucederá también en el huerto de los olivos (22,45), en un determinado momento los tres testigos se despertaron y «*vieron la gloria de Jesús y a los dos que estaban con él*» (9,32). Pedro, galvanizado por la experiencia, aunque no exento de ingenuidad, propone hacer tres tiendas o cabañas, como se acostumbra en la fiesta judía de las Sukkoth. Sobreviene una auténtica teofanía: la presencia misteriosa de Dios se manifiesta en la «*nube*» (cf. Éx 24,18) y –como en el bautismo (3,22)– se deja oír su «*voz*», que señala a Jesús como «*mi Hijo elegido*». El primer título tiene una resonancia mesiánica (cf. Sal 2,7); el segundo recuerda a la figura isaiana del «*siervo de YHWH*» (cf. Is 42,1; 49,7). La voz de Dios, al ordenar a los discípulos que le escuchan, confirma todo lo que Jesús había dicho sobre él mismo y confirma también todo lo que había enseñado y seguirá enseñándoles. La extraordinaria experiencia llega a su fin. Fieles a la orden precedente de Jesús (9,21), los tres testigos de su gloria «*guardaron silencio y no contaron a nadie por entonces nada de lo que habían visto*».

MEDITATIO

Junto a una experiencia de alegría, está la sombra del dolor, del sufrimiento. Alegría y dolor, disgusto y deses-

peración. La alegría la proporciona el asombro de ver al Señor transfigurado, un rostro totalmente inimaginable, pero de todos modos el rostro del Señor, del *Kyrios*. Se trata de una experiencia tan fuerte que suscita el deseo de detener la vida, el tiempo, y permanecer para siempre en ese lugar. Sin embargo, está la sombra del sufrimiento, o sea, de saber que el destino de Jesús es una muerte infamante precisamente allí donde está la casa de Dios. El lugar de Jesús es la gloria y la cruz al mismo tiempo. Es difícil comprender –o, mejor aún, aceptar– esto, y lo experimentamos cada día en el discurrir de nuestra vida. El dolor nos aplasta porque tal vez no sabemos vivir la alegría, y la alegría es puro placer precisamente porque no queremos el sufrimiento.

La transfiguración de nuestra vida consiste en el paso entre lo que amamos y lo que sufrimos, inicialmente en la lucha diaria con nosotros mismos, sabiendo que no es tanto en el momento de la prueba cuando debemos dirigir el corazón y la mente al Señor, sino sobre todo cuando tenemos la paz, porque en esos momentos es cuando más nos acecha la tentación.

Jesús pide a los suyos que bajen del monte y vuelvan a su vida diaria, a su búsqueda constante de las cosas de Dios, dejando espacio al fuerte deseo del corazón, como si tuvieran nostalgia de algo que han vivido durante un breve instante y que no consiguen hacer volver.

ORATIO

Oh Señor, el «sueño» de nuestra condición humana nos mantiene alejados de los hechos prodigiosos que realizas continuamente en nuestra vida. Cuando estamos despiertos y conseguimos velar contigo, conseguimos «ver» la transformación que tiene lugar en nuestro corazón, hasta el punto de reconocerte como presencia

transfiguradora y luminosa. Llévanos, pues, contigo al monte de la oración, Señor grande, y concede a nuestros corazones cansados y adormecidos la capacidad de contemplarte en la gloria del Padre. Transfigúranos con tu poder en hijos de la luz y ayúdanos a mantener siempre nuestra mirada fija en tu rostro, incluso cuando nos encontremos ante tu Calvario, para que brille sobre el dolor y el sufrimiento del mundo el esplendor de tu resurrección y de la vida eterna. Amén.

CONTEMPLATIO

La discreción es también necesaria en la contemplación, a fin de no pretender saborear las cosas celestiales más de lo que es conveniente. Dice, en efecto, Salomón: «*Si encuentras miel, come sólo lo necesario, no sea que, empachado, la vomites*» (Prov 25,16).

El esplendor del sol está de acuerdo con la visión de la fe, que, con la claridad de su luz, ve y cree las cosas invisibles. También el calor del sol conviene al gusto de la contemplación, porque en ella se encuentra verdaderamente el calor del amor. Dice, en efecto, san Bernardo: «*Es absolutamente imposible contemplar el Sumo Bien y no sentirse arrebatado de amor*». Dios es, en efecto, el mismo amor.

Prestad, pues, atención, carísimos, y ved cuán útil es subir al monte de la luz, porque allí se produce verdaderamente la «transfiguración», desde la apariencia de este mundo, que se desvanece, a la «figura» de Dios, que permanece por los siglos de los siglos, y de la que se dice: «*Su rostro se volvió de una blancura resplandeciente como el sol*». Resplandezca también como el sol el rostro de nuestra alma, a fin de que lo que vemos en la fe brille en las obras; de que el bien que concibamos en el interior se traduzca en el testimonio de las obras en

el exterior, por la virtud de la discreción, y de que lo que saboreamos en la contemplación de Dios se encienda de calor en el amor al prójimo. Sólo así resplandecerá nuestro rostro como el sol (Antonio de Padua, *I Sermoni*, Padua 1994, 104s, *passim*) [edición española: *Sermones dominicales y festivos*, Espigas y Azucenas, Murcia 1995]].

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Mientras oraba, cambió el aspecto de su rostro y sus vestidos se volvieron de una blancura resplandeciente*» (Lc 9,29).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Jesús aparece en la transfiguración del Tabor como el rostro último del hombre. Ahora conocemos el fin de la historia, ahora sabemos nuestro destino. Nosotros tendremos también vestidos de luz y un rostro de sol. Pero ya ahora tiene cada hombre un rostro de luz. En la historia de cada uno, dentro de cada acontecimiento se transparenta la luz. El Reino de Dios es una vía de luz que se desborda desde el fondo del ser a través de las brechas que se abren con la fatiga y la alegría de la contemplación. Y después todo converge en Jesús. Y, al contemplar la imagen de la transfiguración, cada cristiano sabe cuál es el fin de su vida: abrirse a lo divino, transfigurarse en presencia divina. Dice Pablo: «*Contemplando su figura nos transformamos en su imagen*». Nos transformamos porque contemplar transforma, porque el hombre se convierte en lo que contempla con los ojos del corazón. El hombre se convierte en lo que ama, en lo que ora. Contemplando a Cristo, podemos decir que lo que tuvo lugar en él acontecerá un día en nosotros. Estamos en busca de nuestro rostro, algo que todavía no hemos alcanzado.

La vida es esto: la alegría y la fatiga de liberar toda la belleza que Dios ha puesto en nosotros, liberar toda la luz que, como

hijos de Dios, está sepultada en nosotros. Un camino liberador y ascendente, un camino positivo y transfigurador; en el fondo, un camino de felicidad. Nuestras vidas avanzan con frecuencia por líneas continuamente quebradas, pero avanzan. Si contemplo, avanzo hacia aquello que contemplo. Si amo, avanzo hacia lo que amo. Si escucho con el corazón, avanzo hacia la Palabra y la nube. Y tal vez sucederá como con los iconos: allí donde ha caído el color, allí donde se ha producido una abrasión o una herida, no es el vacío lo que aparece por debajo, sino el oro. Cristo es el último rostro del hombre y es también la última Palabra de Dios: «*Éste es mi Hijo amado, escuchadle*». La contemplación cede el paso a la escucha. El cuerpo se vuelve hoy un globo de luz y repite que el misterio de Dios está ahora en el interior del hombre Jesús, en el interior de sus designios, en el interior de sus gestos y de sus anuncios. «*¡Escuchadle!*». Tú nos bastas, Señor; tú sólo nos bastas (E. Ronchi, *Ha fatto risplendere la vita*, Gorle [Bg] 2003, 53s).

La curación del niño endemoniado (Lc 9,37-43a)

³⁷ Al día siguiente, cuando bajaban del monte, vino a su encuentro mucha gente. ³⁸ Y un hombre entre la gente gritó:

–Maestro, por favor, mira a este hijo mío, que es el único que tengo; ³⁹ un espíritu se apodera de él y, de repente, le hace gritar y lo zarandea con violencia entre espumarajos, y a duras penas se marcha de él después de haberlo maltratado. ⁴⁰ He suplicado a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido.

⁴¹ Jesús respondió:

–¡Generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo tendré que estar con vosotros y soportaros? Trae aquí a tu hijo.

⁴² Cuando el niño se acercaba, el demonio lo tiró por tierra y lo sacudió violentamente. Pero Jesús increpó al espíritu inmundado, curó al niño y se lo entregó a su padre. ⁴³ Y todos se llenaron de estupor al ver la grandeza de Dios.

LECTIO

El exorcismo destaca una vez más el poder de Jesús, que libera al hombre del poder de Satanás (Hch 10,38), pero demuestra asimismo la inmadurez de los discípulos. Entre la gente que encuentra Jesús al bajar del monte está el padre de un muchacho epiléptico que le pide que se apiade de su hijo y se lamenta de que sus discípulos no hayan sido capaces de expulsar al espíritu que se ha apoderado de él. Jesús lanza sus reproches contra

una «generación incrédula y perversa» (cf. Dt 32,5.20), que fracasa precisamente porque no tiene fe. Después interviene: a pesar de las violentas reacciones del demonio, que sacude al niño violentamente, se lo devuelve curado a su padre. El evangelista subraya en la conclusión el «poder de Dios» que actúa en Jesús.

MEDITATIO

Cuando Jesús envió a los Doce, les dio el poder de expulsar a los demonios, pero los discípulos fracasan ahora... Jesús reconoce los motivos en la incredulidad. Es posible que los discípulos, en ausencia del Señor, que había subido al monte con Pedro, Santiago y Juan, se hubieran encontrado sin fe en él. También nosotros, muchas veces, corremos el riesgo de vivir como si Dios no fuera capaz de intervenir en nuestra historia y buscamos otros sucedáneos que colmen nuestros deseos más profundos. Por eso no conseguimos ser instrumentos de Cristo para los otros, no conseguimos hacer «milagros» en su nombre.

Entonces invocamos: «¡Señor, aumenta nuestra fe!», y, con empeño renovado, queremos reemprender el camino del seguimiento poniendo toda nuestra atención en escuchar su Palabra y dejando que se sedimente en nuestros corazones: ella nos cura de la incredulidad, nos restituye nuestra verdadera identidad de hijos amados y nos da la fuerza necesaria para recorrer detrás de él el camino pascual, la aparente debilidad a través de la cual el poder de Dios ha decidido manifestarse.



Nuevo anuncio de la pasión y diálogo con los discípulos (Lc 9,43b-50)

Todos estaban admirados de las cosas que hacía. Entonces Jesús dijo a sus discípulos:

⁴⁴ –Vosotros escuchad atentamente estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres.

⁴⁵ Pero ellos no entendían lo que quería decir; les resultaba tan oscuro que no llegaban a comprenderlo y tenían miedo de hacerle preguntas sobre ello.

⁴⁶ Surgió entre los discípulos una discusión sobre quién sería el más importante.

⁴⁷ Jesús, al darse cuenta de la discusión, tomó a un niño, lo puso junto a sí ⁴⁸ y les dijo:

–El que acoge a este niño en mi nombre, a mí me acoge; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado, porque el más pequeño entre vosotros es el más importante.

⁴⁹ Juan tomó la palabra y le dijo;

–Maestro, hemos visto a uno expulsar demonios en tu nombre y se lo hemos prohibido, porque no pertenece a nuestro grupo.

⁵⁰ Jesús les dijo:

–No se lo prohibáis, porque el que no está contra vosotros, está de vuestra parte.

LECTIO

En pleno entusiasmo popular tiene lugar un nuevo anuncio de la pasión. Jesús advierte a los discípulos:

«Escuchad atentamente estas palabras». El mensajero celeste dirá un día: «Recordad lo que os dijo cuando estaba en Galilea» (24,6), y el propio Jesús les abrirá la mente para comprender las Escrituras referentes a su muerte y resurrección (24,44ss). El segundo preanuncio se limita a la pasión, evocada por el verbo «entregar». El evangelista subraya la incompreensión de los discípulos, que incluso tienen miedo de preguntarle sobre este tema.

Siguen dos brevísimos diálogos, en los que aparece lo lejos que están todavía los discípulos de comprender y acoger la palabra del Maestro. En vez de cargar «con su cruz de cada día» (9,23) para seguirle, discuten entre ellos sobre «quién sería el más importante» (9,46). La discusión volverá en el curso de la última cena (22,24). La respuesta de Jesús está introducida por una alusión a su capacidad de introspección y por un gesto simbólico: Jesús pone a un niño junto a él, dando una consideración inesperada, en aquellos tiempos, a la persona más pequeña y menos importante. Viene, a continuación, el comentario, que primero señala la acogida que se debe dispensar a los pequeños y, sólo después, la verdadera grandeza. Quien acoge a un niño «en mi nombre», o sea, en consideración a Jesús, acoge al mismo Jesús, y quien le acoge a él acoge al Padre. Ahora bien, si el niño representa a Cristo y, en última instancia, al Padre celestial, la escala de valores está invertida. En consecuencia, *el más pequeño... es el más grande* (v. 48), precisamente porque Jesús le considera como su propio representante.

Juan plantea otra cuestión como apoyo, la de la «competencia» de los extraños que, «en nombre» de Jesús realizan los mismos gestos de salvación que él ha confiado a sus apóstoles. Jesús replica con unas palabras que podríamos considerar «ecuménicas» y desarmantes: «*El que no está contra vosotros, está de vuestra parte*» (v. 50). Como si dijera: Dios puede llevar también a cabo la salvación fuera de la comunidad cristiana, y no por ello deben estar celosos los discípulos de Cristo.

MEDITATIO

A los discípulos de Jesús no les resultó nada fácil abandonar la idea, común en aquella época, de un mesías triunfador que habría de liberar a Israel de la dominación romana, para acoger la idea de la salvación que pasaría por la muerte en la cruz. Tampoco a nosotros nos resulta fácil liberarnos de la adhesión práctica a una idea de Iglesia «de poder y de derecho», en la que gestionar nuestras relaciones con los otros garantizándonos una serie de privilegios, para abrazar la radicalidad del mensaje evangélico, sobre todo cuando esta opción invierte nuestras cómodas lógicas humanas.

Para estar con Jesús no basta con autoproclamarnos cristianos, observar los preceptos de la Iglesia y sostener un montón de buenas iniciativas en su nombre. Estar de parte de Jesús significa estar de parte de los más pequeños, de aquellos que no cuentan; significa acoger el escándalo de que su salvación pase a través de la cruz y que pueda llevarse a cabo incluso fuera de nuestras comunidades tan bien organizadas, a veces enfermas de un altísimo grado de eficacia y más atentas a su propia imagen que a dejar verdaderamente espacio al Señor. Significa liberar al hombre para permitirle «servir» al Señor..

La lógica evangélica coloca en el centro el servicio, el «ponerse el último», abandonando toda aspiración a situarse por encima de los otros y estar siempre del lado de la razón. Y esto no por puro masoquismo, sino porque la vía del amor y de la salvación pasa también para nosotros por la experiencia de la entrega gratuita de nosotros mismos y, si es necesario, por la entrega de la vida.



En camino hacia Jerusalén

(Lc 9,51-62)

⁵¹ Cuando llegó el tiempo de su partida de este mundo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. ⁵² Entonces envió por delante a unos mensajeros que fueron a una aldea de Samaría para prepararle alojamiento, ⁵³ pero no quisieron recibirlo porque se dirigía a Jerusalén. ⁵⁴ Al ver esto, los discípulos Santiago y Juan dijeron:

–Señor, ¿quieres que mandemos que baje fuego del cielo y los consuma?

⁵⁵ Pero Jesús, volviéndose hacia ellos, los reprendió severamente. ⁵⁶ Y se marcharon a otra aldea.

⁵⁷ Mientras iban de camino, uno le dijo:

–Te seguiré adondequiera que vayas.

⁵⁸ Jesús le contestó:

–Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.

⁵⁹ A otro le dijo:

–Sígueme.

Él replicó:

–Señor, déjame ir antes a enterrar a mi padre.

⁶⁰ Jesús le respondió:

–Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú ve a anunciar el Reino de Dios.

⁶¹ Otro le dijo:

–Te seguiré, Señor, pero déjame despedirme primero de mi familia.

⁶² Jesús le contestó:

–El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás no es apto para el Reino de Dios.

LECTIO

El comienzo del camino hacia la ciudad santa marca un giro decisivo. El evangelista lo pone de relieve con un lenguaje solemne y cargado de resonancias: «*Cuando estaban para cumplirse los días de su levantamiento*» (así el v. 51, al pie de la letra), donde se capta el tema de la consumación, mientras que el «*éxodo*» –del que hablaban Moisés y Elías en diálogo con Jesús (9,31)– se convierte en «*asunción*», trasladando así el acento a la glorificación celestial. De todos modos, está claro que, al tomar la «*decisión*» de ponerse en camino hacia Jerusalén, Jesús es consciente de ir al encuentro de los acontecimientos supremos de su pasión, muerte y resurrección.

En vez de recorrer el valle del Jordán, atraviesa la región de Samaría. Los habitantes de un pueblo no le quieren recibir porque es un judío que se dirige en peregrinación a Jerusalén. Hay dos discípulos que quieren vengarse con un milagro de castigo (cf. 2 Re 1,10-12), pero Jesús no está de acuerdo y les regaña. El añadido que presentan algunos manuscritos («*No sabéis de qué espíritu sois; el Hijo del hombre no ha venido a perder las vidas de los hombres, sino a salvarlos*») es un buen comentario. Así pues, la reacción de los discípulos revela, una vez más, su inmadurez.

Siguen después tres escenas de llamada al seguimiento (vv. 57-62). Un primer personaje se declara dispuesto a seguir a Jesús: «*Te seguiré adondequiera que vayas*». El sentido de la respuesta es transparente: el «*Hijo del hombre*» ni tiene casa ni ofrece seguridades a quien le sigue. El mismo Jesús invita a un segundo personaje a seguirle, tal como había hecho con los prime-

ros discípulos. Éste, aunque está bien dispuesto, pide una dilación, a fin de poder cumplir uno de los máximos deberes de la piedad filial: dar sepultura a su padre (difunto o próximo a la muerte). La réplica de Jesús, que puede parecer excesivamente dura, pretende hacer comprender que la llamada al seguimiento en vistas al Reino de Dios está por encima de los mismos deberes filiales. Un tercer personaje querría disponer también de tiempo para despedirse de su familia antes de empezar a seguirle: ¿no había hecho lo mismo el profeta Eliseo (1 Re 19,19-21)? La respuesta, seca, se inspira esta vez en la experiencia agrícola. Si el labrador, al arar, no mira hacia delante, sino «*hacia atrás*», el surco le saldrá torcido.

MEDITATIO

Toda decisión implica una responsabilidad. El ser humano es libre de elegir, pero, una vez que ha tomado un camino, no siempre le es posible volverse atrás, volverse para mirar lo que ha dejado a su espalda, porque el tiempo tiene prisa y nunca se ha podido revivir un solo instante de lo que ya ha pasado.

Y lo mismo vale para el futuro: ¿quién puede saber lo que sucederá de bueno o de malo al tomar algunas decisiones o al no tomar ninguna, dejando que la vida discorra al son de las olas del tiempo? El Señor conoce muy bien su misión y no tiene miedo de hacer frente a los acontecimientos no porque sea Dios, sino porque con su encarnación aceptó despojarse de todas sus prerrogativas divinas y caminar junto al hombre, con cada uno de nosotros, siempre.

Su libertad es tal que ni siquiera se deja rozar por la idea común de la venganza cuando no le reciben, cuando se burlan de él, cuando no le creen. No sale

vencedora la verdad pagando con la misma moneda los daños recibidos, sino con la confianza paciente y silenciosa del obrar de Dios. Nos resulta muy difícil comprender la dimensión del amor gratuito, de la libertad, de la conciencia plena de la misión que estamos llamados a realizar; Jesús está a nuestro lado para esto, para apoyarnos, para que no se acalle la sangre ofrecida por amor, sino que sea voz de perdón, de misericordia y de redención.

ORATIO

Señor Jesús, qué poco comprendemos tu modo de obrar; qué lejos están nuestros pensamientos de los tuyos. Perdónanos, Señor; ten piedad de la dureza de nuestro corazón, cúranos de la ceguera de nuestra mente, libéranos de nuestros muchos miedos que nos impiden seguir tus pasos, seguirte por el camino del amor sin medida. Infunde en nuestros corazones el fuego de tu amor que quema las espinas de la enemistad, de la intolerancia, del rechazo, de la división. Allánanos por delante tu camino, para que podamos correr con un corazón dilatado detrás de ti, bondad infinita, que quieres salvar a todos.

CONTEMPLATIO

Antes del sol sale la luz de la mañana, y antes de la humildad precede la mansedumbre, como nos lo declaró la misma luz (que es el Señor) cuando dixo: Aprehended de mí que soy manso y humilde de corazón. Justo es, pues, y conforme a la orden natural gozar de la luz antes del sol, para que más claramente podamos después ver el mismo sol, pues a él nadie puede ver si no ve primero esta luz, como se colige de lo dicho.

Mansedumbre es conservarse el ánimo en un mismo estado sin alguna perturbación, assi en las honras como en las deshonras. Mansedumbre es en las perturbaciones y afflictiones del próximo hacer oración por él con summa compasión. Mansedumbre es una roca alta que está sobre el mar de la ira, en la qual se deshacen todas sus ondas furiosas, sin caer y sin inclinarse más a una parte que a otra.

Mansedumbre es firmeza de la paciencia, puerta de la charidad, ministra del perdón, confianza en la oración, argumento de discreción, porque el Señor, como dixe el Propheta, enseñará a los mansos sus caminos; y es también aposento del Spiritu Sancto, según aquello que está escrito: Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y manso, y que tiemble de mis palabras?

Mansedumbre es ayudadora de la obediencia, guía de los hermanos, freno de los furiosos, vínculo de los ayraídos, ministra de gozo, imitación de Christo, condición de ángeles, prisión de demonios y escudo contra las amarguras del corazón.

El Señor reposa en el corazón de los mansos, mas el ánimo del furioso es aposento del enemigo. Los mansos heredan la tierra: o por mejor decir, serán señores della; mas los locos y furiosos serán destruidos y desechados della. El ánimo manso es silla de la simplicidad, mas el anima airada es casa y aposento de malicias. El ánimo del manso recibirá las palabras de la sabiduría, porque el Señor enderezará en el juicio a los mansos (Juan Clímaco, *La escala espiritual*, capítulo XXIV).

ACTIO

Repíte con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Danos, Jesús, la fuerza para caminar decididamente contigo por los caminos de Dios» (cf. Lc 9,51b).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La subida a Jerusalén es una peregrinación. Por el camino, se charla y se bromea, como en toda peregrinación; se entonan cánticos y se reza. Sin embargo, los discípulos que se dirigen a Jerusalén con Jesús para la fiesta de la Pascua no tienen nada de alegre. «*He aquí que subimos a Jerusalén*», ha dicho Jesús a los Doce, y les ha anunciado que va a ser condenado a muerte. Les había anunciado también al mismo tiempo su resurrección. Pero no se acordaban más que de la primera parte del anuncio: el abismo de la muerte. La pequeña tropa que sigue a Jesús en la subida a Jerusalén se encuentra, por consiguiente, muy turbada. La atmósfera es dramática: Jesús camina delante de manera resuelta; los simpatizantes que le siguen, y que están confusamente espantados, sienten que está pasando algo grave. Los Doce, sin embargo, no son unos cobardes; se esperan un terrible combate en el que desean participar; querrían que acabara con la victoria y hasta piensan que recibirán la recompensa por haber estado al lado del rey mesiánico. Santiago y Juan, impulsivos y combativos, le piden a Jesús que les deje fulminar un pueblo de Samaría que no les ha recibido. En el fondo se trata de una banda de *desesperados*. Jesús, por su parte, está resuelto. Esta subida a Jerusalén no es una peregrinación ordinaria, sino una decisión muy clara. Lucas ha comprendido la voluntad de Jesús de conquistar Jerusalén, la ciudad santa donde se encuentra la casa de su Padre, de preceder a su destino, el destino que debe concluir allí, porque allí tendrá lugar la resurrección. La atención de Jesús está centrada por completo en Jerusalén; es allí, en campo cerrado, donde debe desarrollarse el último combate. La subida de Jesús a Jerusalén tiene algo de tierno y, al mismo tiempo, de solemne, de fuerte y de conmovedor; siente que es el gran encuentro de su vida, que Jerusalén es su muerte y su resurrección; es como un novio que se encamina hacia el lugar ahora próximo de las bodas (J.-F. Six, *Jésus*, París 1972, 137-139, *passim* [edición española: *Jesús*, Círculo de Lectores, Barcelona 1974]).

La misión de los Setenta y dos (Lc 10,1-22)

¹ Después de esto, el Señor designó a otros setenta [y dos] y los envió por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares que él pensaba visitar. ² Y les dio estas instrucciones:

–La mies es abundante, pero los obreros pocos. Rogad, por tanto, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. ³ ¡En marcha! Mirad que os envío como corderos en medio de lobos. ⁴ No llevéis bolsa, ni alforjas ni sandalias, ni saludéis a nadie por el camino. ⁵ Cuando entréis en una casa, decid primero: Paz a esta casa. ⁶ Si hay allí gente de paz, vuestra paz recaerá sobre ellos; si no, se volverá a vosotros. ⁷ Quedaos en esa casa y comed y bebed de lo que tengan, porque el obrero tiene derecho a su salario. No andéis de casa en casa.

⁸ Si al entrar en un pueblo os reciben bien, comed lo que os pongan. ⁹ Curad a los enfermos que haya en él y decidles: Está llegando a vosotros el Reino de Dios. ¹⁰ Pero si entráis en un pueblo y no os reciben bien, salid a la plaza y decid: ¹¹ Hasta el polvo de vuestro pueblo que se nos ha pegado a los pies lo sacudimos y os lo dejamos. Sabed de todas formas que está llegando el Reino de Dios. ¹² Os digo que el día del juicio será más tolerable para Sodoma que para ese pueblo.

¹³ ¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros realizados en vosotros, hace tiempo que, vestidas de saco y sentadas sobre ceniza, se habrían convertido. ¹⁴ Por eso, será más tolerable el día del juicio para Tiro y Sidón que para vosotras. ¹⁵ Y tú, Cafarnaún, ¿te elevarás hasta el cielo? ¡Hasta el abismo te hundirás!

¹⁶ Quien os escucha a vosotros, a mí me escucha; quien os rechaza a vosotros, a mí me rechaza; y el que me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado.

¹⁷ Los setenta [y dos] volvieron llenos de alegría, diciendo:

–Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.

¹⁸ Jesús les dijo:

–He visto a Satanás cayendo del cielo como un rayo. ¹⁹ Os he dado poder para pisotear serpientes y escorpiones y para dominar toda potencia enemiga, y nada os podrá dañar. ²⁰ Sin embargo, no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos más bien de que vuestros nombres estén escritos en el cielo.

²¹ En aquel momento, el Espíritu Santo llenó de alegría a Jesús, que dijo:

–Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien. ²² Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, y quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

LECTIO

Tras haber enviado a los Doce, Jesús implica ahora en su misión a un círculo más amplio de discípulos, «*a otros setenta [y dos]*» –número que evoca a los pueblos de la tierra (cf. Gn 10)– y los envía «*de dos en dos*», como testigos (cf. Dt 19,15), «*por delante*» para preparar su llegada «*a todos los pueblos y lugares que él pensaba visitar*». También a ellos les dirige un discurso, que es de investidura y, al mismo tiempo, una instrucción. El preámbulo («*La mies es abundante...*») advierte que la empresa que les ha sido confiada supera los recursos humanos, de ahí que sea necesario orar «*al dueño de la mies*»: su ayuda es indispensable, empezando por la disponibilidad de «*obreros*» que se dediquen totalmente al servicio del Reino de Dios. El envío es solemne: «*Mirad que os envío...*». El misionero tiene la misma autoridad que Jesús, pero como él también está expuesto a la hostilidad y al rechazo: «*como corderos en medio de lobos*».

Las instrucciones son más amplias y están más detalladas que en el discurso precedente (9,2-4). En primer lugar, dos prohibiciones: nada de provisiones para el viaje y no pararse a saludar a lo largo del camino. La primera, que retoma la norma dada a los Doce, implica el abandono en manos de la providencia de Dios. La segunda se comprende a la luz de las costumbres orientales: la misión confiada es urgente y no permite pérdidas de tiempo. Las directivas que siguen están relacionadas con el comportamiento en la «*casa*» que les hospede y respecto al «*pueblo*» al que lleven la Buena Noticia. La norma «*comed y bebed de lo que tengan*» está destinada, probablemente, a superar la distinción entre alimentos puros e impuros; por consiguiente, las barreras respecto a los gentiles. Es posible que algún pueblo rechace a los misioneros de Jesús; en ese caso, que sea abandonado a sí mismo: eso es lo que significa el gesto de sacudir el polvo de los pies (cf. 9,5). A las palabras de condena que sellan el punto precedente (esa ciudad será tratada en el juicio más duramente que Sodoma) va unido el lamento de Jesús por las ciudades del lago, a las que Jesús dedicó sus mejores atenciones. En consecuencia, el juicio de Dios será más severo con los judíos refractarios a la misión de Jesús que con los gentiles pecadores. El orgullo de Cafarnaún quedará así abatido (la imagen del v. 15 se inspira en Is 14,12ss).

A su vuelta de la misión, los setenta y dos discípulos informan a Jesús y, «*llenos de alegría*», le cuentan sus éxitos: «*Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre*». Y Jesús comenta: en realidad, a través de la misión de los discípulos, que anuncian el Reino de Dios y pueden manifestarlo con los signos de su poder salvífico, es derrotado Satanás («*He visto a Satanás cayendo del cielo*») (lugar de dominio sobre las cosas de la tierra). Éste es el significado de la «*visión*», de sabor apocalíptico, que Jesús se atribuye (cf. Jn 12,31; Ap 12,7ss). El himno alegre que el mismo Jesús eleva después al Padre

(v. 21) tiene que ver con la misión de los discípulos. Éstos se encuentran en condiciones de anunciar las maravillas de Dios porque son los destinatarios privilegiados de su revelación. La «bendición» (alabanza y acción de gracias) de Jesús está dirigida a Dios, que es, al mismo tiempo, *Padre* del mismo Jesús, pero también de los discípulos (cf. 11,2), y «*Señor del cielo y de la tierra*». Un motivo de la alabanza es haberles revelado sus secretos, los «*misterios del Reino*» (cf. 8,9), que, sin embargo, han quedado ocultos «*a los sabios y prudentes*». El alegre anuncio del Reino de Dios va dirigido, en efecto, a los pequeños y a los pobres (cf. 4,18; 6,20): así lo había dispuesto el Padre en su libre y soberana benevolencia.

MEDITATIO

La iniciativa de la misión parte del Señor: «*Rogad, por tanto, al dueño de la mies...*», y se transmite, indistintamente, a todos los hombres según el estilo de Jesús, que nos envía «*por delante*» de él o bien por delante del rostro que antes (cf. 9,51) había orientado con decisión hacia Jerusalén, el lugar de su pasión. Es un estilo pobre el que caracteriza la andadura del creyente, un estilo esencial: lleva en sí mismo una urgencia que no permite lentificaciones y también una perspectiva de persecución y de rechazo (no porque no estemos a la altura de la tarea que se nos ha confiado, sino porque el éxito sólo depende del Señor que envía y de nuestra disponibilidad, no de nuestras capacidades individuales).

«*Alegraos más bien de que vuestros nombres estén escritos en el cielo*»: Jesús nos envía para darnos la alegría de entrar en la misma relación que él vive con el Padre. Éste es el fin que persigue el hecho de ir a anunciar el Reino de Dios que viene y que ya está aquí en medio de

nosotros. La alegría, plenitud de vida para el discípulo, es perderse en el amor, no el éxito y los buenos resultados de las acciones realizadas. El camino siguiendo a Cristo y su Evangelio debe volver a encontrar, en suma, *una radicalidad* que tal vez habíamos perdido o que de algún modo se había ofuscado a lo largo del sendero.

Preocupados por nosotros mismos, por nuestro prestigio, por ver los frutos de las acciones realizadas, hemos dejado de pensar en que somos portadores de un mensaje de salvación que no viene de nosotros. No somos capaces de custodiar en la oración a quienes no nos han recibido, no nos dejamos interpelar por este rechazo, sino que preferimos detenernos con los que piensan como nosotros, en la seguridad del pequeño grupo. En ocasiones nos erigimos más en paladines del Evangelio que en misioneros... Ahora bien, la misión debe partir y concluir en el Señor: se consuma paso a paso en su amor, para configurarnos cada vez más plenamente con Cristo, que se ha hecho todo para todos y caminó hasta Jerusalén llevando en él la pasión por cada hombre.

ORATIO

Señor, como el Padre te envió, tu sigues enviándonos hoy a nosotros para que toda la humanidad, necesitada de salvación, pueda encontrarte y no disperse los frutos madurados en los surcos de la historia. Despierta en nosotros, que hemos experimentado la gratuidad de tu amor, la urgencia y la necesidad de anunciar tu Reino que viene. Ponnos por los caminos del mundo pobres, desprovistos e indefensos, pero confiados en ti, que eres el único que puede sostener y guiar nuestros pasos. Ayúdanos a caminar sin detenernos en falsos cumplidos, sabiendo custodiar en nuestro corazón las alegrías de los encuentros, olvidando las heridas de los rechazos.

CONTEMPLATIO

El Señor nos enseña, al enviarnos al mundo, lo que debemos observar: «*No llevéis –dice– bolsa, ni alforjas ni sandalias*» (Lc 10,4). Lo que significa no llevar bolsa ya lo había explicado él mismo en otro lugar; Mateo ha escrito, en efecto, que el Señor dijo a los discípulos: «*No poseáis ni oro ni plata*» (Mt 10,9). Si está prohibido llevar oro, ¿por qué llevarlo?, ¿por qué robar? Se te ha prescrito dar todo lo que tienes, ¿por qué acumular aquello que no tienes? «*Ni alforjas ni sandalias*». Estas dos cosas se hacen, de ordinario, con la piel de un animal muerto: ahora bien, el Señor no quiere en nosotros nada de mortal.

«*Y no saludéis a nadie por el camino*» (Lc 10,4). ¿Por qué quiere extirpar el Señor este uso civil? Sin embargo, considera que no dice sólo: «*No saludéis a nadie*». Y no sin razón añade: «*Por el camino*». No se trata de abolir la cortesía recíproca del saludo, sino de quitar de en medio los obstáculos que podrían impedir el encargo; en presencia de lo divino, se debe poner temporalmente aparte lo humano. El saludo es una cosa bella, pero el cumplimiento de las obras divinas es tanto más bello cuanto más rápido, y el hecho de retrasarlo engendra a menudo descontento. Por eso se prohíbe también el intercambio de cortesías, por el temor de que los usos civiles retrasen o perjudiquen el cumplimiento de un deber que no puede ser retrasado sin culpa (Ambrosio de Milán, *Comentario al vangelo di san Luca*, Roma ²1968, 31-40, *passim* [edición española: *Obras de san Ambrosio, 1: Tratado sobre el evangelio de san Lucas*, BAC, Madrid 1966]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Está llegando el Reino de Dios*» (Lc 10,11b).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Jesús empezó su misión llamando a unos hombres y mujeres a los que dijo: «*Deja todo, ven y sígueme*». Los eligió, los amó y los invitó a ser amigos suyos. Así fue como empezó todo: con una relación personal con Jesús, con una comunión con él. A continuación, Jesús les envió a realizar una misión: anunciar la Buena Noticia a los pobres, curar a los enfermos y liberar a la gente expulsando a los demonios. Después de haberlos tenido sólo un poco de tiempo con él, los envió en misión, a fin de que pudieran conocer por experiencia la vida que brotaba en ellos y su capacidad de transmitirla; para que pudieran conocer su belleza más profunda y de qué eran capaces, a condición de seguir a Jesús y de dejarle actuar en ellos y a través de ellos.

Misión es ser fuente de vida para los otros. La misión es revelar a los otros su belleza fundamental, el valor y la importancia que tienen en el universo, su capacidad de amar, de crecer, de hacer cosas bellas y de encontrar a Dios. Es darles una nueva esperanza y una libertad interior más grande; es abrir las puertas de su ser para que puedan brotar nuevas energías; es quitar de sus espaldas el yugo del miedo y de la culpabilidad que les oprime.

Cuando Jesús envió a sus discípulos en misión, les recomendó que fueran pobres, que no llevaran nada consigo, y les ordenó cosas imposibles de cumplir con sus solas fuerzas. Es lo mismo para cada misión. Llevar la vida de Dios es algo que sólo se puede hacer si las personas son pobres, humildes y dejan pasar a través de ellas la vida de Dios. La misión implica esta pobreza. Requiere también tener confianza en la llamada de Dios y en su poder, que se manifiesta a través de la pobreza, la pequeñez y la humildad. En la medida en que las personas y las comunidades son ricas, están satisfechas de sí mismas, orgullosas de sus dotes y de su poder, o bien quieren hacer aquello de lo que se sienten capaces, ya no pueden pasar la vida de Dios. Tienen lo que tienen, es decir, su autosatisfacción (J. Vanier, *La comunità. Luogo del perdono e della festa*, Milán 2002, 103-107, *passim* [edición española: *Comunidad: lugar de perdón y fiesta*, Narcea, Madrid ⁵1985]).

El buen samaritano

(Lc 10,25-37)

²⁵ Se levantó entonces un maestro de la ley y le dijo para tenderle una trampa:

–Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?

²⁶ Jesús le contestó:

–¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?

²⁷ El maestro de la ley respondió:

–*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.*

²⁸ Jesús le dijo:

–Has respondido correctamente. Haz eso y vivirás.

²⁹ Pero él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús:

–¿Y quién es mi prójimo?

³⁰ Jesús le respondió:

–Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos salteadores que, después de desnudarlo y golpearlo sin piedad, se alejaron dejándolo medio muerto. ³¹ Un sacerdote bajaba casualmente por aquel camino y, al verlo, se desvió y pasó de largo. ³² Igualmente un levita que pasó por aquel lugar, al verlo, se desvió y pasó de largo. ³³ Pero un samaritano que iba de viaje, al llegar junto a él y verlo, sintió lástima. ³⁴ Se acercó y le vendó las heridas, después de habérselas curado con aceite y vino; luego lo montó en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él. ³⁵ Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al mesonero, diciendo: «Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a mi vuelta». ³⁶ ¿Quién de los tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?

³⁷ El otro contestó:

–El que tuvo compasión de él.

Jesús le dijo:

–Vete y haz tú lo mismo.

LECTIO

La parábola del samaritano compasivo, una de las perlas del evangelio de Lucas, está engastada en el célebre diálogo sobre el mandamiento más importante de la ley. Lucas la introduce, verdaderamente, con una pregunta formulada de este modo: «¿*Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?*», es decir, para alcanzar la salvación más allá de la muerte y entrar en el paraíso. Jesús invita a su interlocutor a que se dé él mismo la respuesta, ya que es un experto en la Torá. El maestro de la ley cita, de hecho, el texto del Deuteronomio que todo buen judío recita cada día en su oración (Dt 6,5), y le añade un pasaje del Levítico (Lv 19,18), en el que los rabinos veían una norma ética fundamental. El cuadrinomio «corazón, alma, fuerza, mente» expresa la totalidad del ser humano, comprometido en cuerpo y alma en adherirse a Dios y a su voluntad. Así pues, el Antiguo Testamento contiene ya los dos preceptos –el amor a Dios y el amor al prójimo– que Jesús suscribe plenamente, limitándose a añadir: «*Haz eso y vivirás*» (v. 28). Dicho con otras palabras: no basta con conocer la voluntad de Dios, sino que es preciso ponerla en práctica.

El maestro de la ley plantea una nueva pregunta para demostrar que la cuestión es más complicada de lo que parece a primera vista. «¿*Y quién es mi prójimo?*» (v. 29): ¿sólo los que pertenecen a mi pueblo o también los forasteros? Jesús le responde con un ejemplo concreto. En la historia del viajero malaventurado al que los salteadores abandonan medio muerto, existe un claro con-

traste entre la indiferencia del hombre «piadoso» (el sacerdote y el levita) y la compasión de un extranjero, al que normalmente se considera enemigo de los judíos (el samaritano).

El relato de Jesús es provocador: para hacer comprender quién es el «prójimo» pone como ejemplo no a personas que se encuentran en la cima de la escala religiosa, sino la figura de un extranjero odiado. Es un samaritano el que enseña quién es el prójimo, y lo enseña con hechos. La nueva contrapregunta de Jesús invierte los términos de la cuestión planteada por el maestro de la ley: no se trata de definir de una manera abstracta quién es y quién no es el prójimo, sino de *hacerse* próximo a quien se encuentra en necesidad, sea quien sea, sin exclusiones. El maestro de la ley lo ha comprendido bien. Jesús concluye dirigiéndose de una manera implícita al lector del evangelio: «*Vete y haz tú lo mismo*» (v. 37).

MEDITATIO

La parábola del «buen samaritano» es una de esas páginas del evangelio que, cuando las escuchamos, pensamos: «Ya sé cómo va a terminar». Y casi ni siquiera la escuchamos. Sin embargo, el texto en cuestión es la ejemplificación concreta del corazón de la Palabra de Dios: «*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo*».

Podríamos actualizar esta parábola y hacerla todavía más concreta para nosotros sustituyendo los personajes por otros sujetos; en particular, podríamos hacer discorrir ante nuestros ojos todas las circunstancias en las que alguien habría podido tener necesidad de nuestra ayuda o simplemente un poco más de atención por nuestra parte. Probablemente, en nuestra vida ni siquiera nos

damos cuenta de lo que sucede a nuestro alrededor, y mucho menos nos planteamos el problema de que alguien pueda tener o no necesidad de nuestra ayuda. Y eso acontece a veces en el interior de nuestras familias, en la escalera en que vivimos, donde los copropietarios son «los del piso de arriba» o «los del piso de abajo»... Si, a continuación, hablamos de las comunidades religiosas, sucede algunas veces que al cruzarnos por los pasillos de la casa ni siquiera nos saludamos.

Si le hiciéramos hoy al Señor la misma pregunta que le planteó el maestro de la ley: «*¿Y quién es mi prójimo?*», ¿qué nos respondería? Probablemente la pregunta no recibiría una de nuestras respuestas prefabricadas, una de esas que nos damos para tranquilizar la conciencia, sino más bien una de esas que engendran otras preguntas, que no permiten fáciles escapatorias. Nos pondría frente a la radicalidad pedida por el mandamiento del amor, perno del Antiguo y del Nuevo Testamento. Recibiríamos –estamos seguros de ello– una enérgica invitación a caminar sintiéndonos hijos amados que tienen ojos atentos para ver las necesidades de los que tenemos al lado y acercarnos concretamente a ellos.

ORATIO

Tú nos dices, Señor, que amarte significa ser responsables del hermano, sea quien sea. Si te amo, nadie es enemigo para mí. Si te amo, nada es más urgente que salir al encuentro de la necesidad del otro. Si te amo, hay siempre, cada día, alguien del que hacerme prójimo, ocupándome de él personalmente.

Gracias, Señor, por recordarme que el amor tiene para ti la concreción de la atención al otro, un hombre por el que te entregaste por completo. Vivir así ya es vida eterna.

CONTEMPLATIO

Adquiramos nosotros también la caridad. Adquiramos la misericordia respecto del prójimo para evitar la terrible maledicencia, el juzgar y el despreciar. Ayudémonos los unos a los otros como a nuestros propios miembros. Si alguien tiene una herida en la mano, en el pie o en otra parte, ¿siente acaso asco de sí mismo? ¿Se corta el miembro enfermo aunque se esté pudriendo? Más bien, ¿no lo lavará, limpiará, le pondrá emplastos y vendajes; lo untará con óleo santo, rogará y hará rogar a los santos por él, como dice Abba Zósimo? En resumen, no abandona su miembro, no le asquea su fetidez y hace todo por curarlo. Así debemos compadecernos unos de otros, ayudarnos mutuamente y valiéndonos de otros más capaces, hacer todo con el pensamiento y con las obras para socorrernos a nosotros mismos y los unos a los otros. Porque somos miembros los unos de los otros, dice el apóstol (Rom 12,5). Luego, si formamos un solo cuerpo y si somos cada uno por nuestra parte miembros los unos de los otros (Rom 12,5), cuando un miembro sufre, todos los miembros sufren con él (1 Cor 12,26).

En una palabra, cuide cada uno, como pueda, según ya les he dicho, de que permanezcan unidos los unos a los otros. Ya que cuanto más unido se está al prójimo, más unido se está a Dios. Para que comprendan el sentido de esta palabra voy a darles una imagen sacada de los Padres. Supongan un círculo trazado sobre la tierra, es decir, una circunferencia hecha con un compás y un centro. Se llama precisamente centro al centro del círculo. Presten atención a lo que les digo. Imaginen que ese círculo es el mundo, el centro, Dios, y sus radios, las diferentes maneras o formas de vivir los hombres. Cuando los santos deseosos de acercarse a Dios caminan hacia el centro del círculo, a medida que penetran en su interior se van acercando uno al otro al mismo

tiempo que a Dios. Cuanto más se aproximan a Dios, más se aproximan los unos a los otros, y cuanto más se aproximan los unos a los otros, más se aproximan a Dios (Doroteo de Gaza, *Conferencias*, VI, 77, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Ve tú también y ten compasión de tu prójimo*» (cf. Lc 10,37).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

A lo largo de ésta, ahora larga, vida mía, ha habido ermitas, silencios, la Palabra de Dios, los grandes libros, los grandes amigos, tantos y tantos que han inspirado mi vida. Pero en el centro siempre Dios y Jesucristo. Nada me importa verdaderamente fuera de Dios, fuera de Jesucristo... Por los pequeños, por los que sufren, enloquezco, pierdo la cabeza por los jirones de humanidad herida: cuanto más heridos, cuanto más maltratados, despreciados, acallados, cuanto menos cuentan a los ojos del mundo, más los amo. Y este amor es ternura, comprensión, tolerancia, ausencia de miedo, audacia. Esto no tiene ningún mérito. Es una exigencia de mi naturaleza. Es cierto que en ellos le veo a él, al Cordero de Dios, que sufre en su carne los pecados del mundo, que se los carga a su espalda, que sufre, pero con mucho amor –nadie está fuera del amor de Dios–. Dios ama a cada hombre, desde el más digno de amor a los ojos de los hombres al más rechazado y despreciado, al hombre malvado, criminal... «¿Has hecho el mal? Yo pagaré por ti». Eso es lo que nos repite Jesús desde hace dos mil años. Tal vez porque los hombres somos tan sordos.

La vida me ha enseñado que mi fe sin amor es inútil, que mi religión cristiana no tiene después de todo tantos mandamientos, sino uno solo, el de la eucaristía, que escandaliza a los ateos y a las otras fes y encierra un mensaje revolucionario: «Esto es mi

cuerpo hecho pan para que tú también te hagas pan en la mesa de los hombres, porque, si no te haces pan, no comes un pan que te salva; comes tu condena». La eucaristía nos dice que nuestra religión es inútil sin el sacramento de la misericordia, que es en la misericordia donde el cielo encuentra la tierra. Si no amo, Dios muere en la tierra, porque somos nosotros el signo visible de su presencia y la hacemos visible en este infierno del mundo donde parece que él no está, y la hacemos vivir cada vez que nos paramos junto a un hombre herido. Al final, soy verdaderamente capaz de lavar los pies en todos los sentidos a los desamparados, a aquellos a los que nadie ama, a aquellos que misteriosamente no tienen nada de atractivo en ningún sentido a los ojos de nadie. Es en el arrodillarme, para que abrazándome el cuello puedan volver a levantarse y reemprender el camino o incluso ir a donde nunca habían ido, donde encuentro paz, carga fortísima, certeza de que todo es gracia (M. Fagiolo d'Attilia – R. I. Zanini, «*lo sono venuto*». *Vita e morte di annalena Tonelli*, Cinisello B. [Mi] 2004, 211-215).

Marta y María

(Lc 10,38-42)

³⁸ Según iban de camino, Jesús entró en una aldea y una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa. ³⁹ Tenía Marta una hermana llamada María que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. ⁴⁰ Marta, en cambio, estaba atareada con los muchos quehaceres del servicio. Entonces Marta se acercó a Jesús y le dijo:

–Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en la tarea? Dile que me ayude.

⁴¹ Pero el Señor le contestó:

–Marta, Marta, andas inquieta y preocupada por muchas cosas, ⁴² cuando en realidad una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte y nadie se la quitará.

LECTIO

Las dos hermanas, a las que conocemos también por el cuarto evangelio (Jn 11), constituyen, una, el tipo del servicio concreto, y la otra, el del discípulo que escucha con fe la Palabra de Cristo. Ambas actitudes son positivas: Jesús acaba de hacer el elogio de la primera con la parábola del buen samaritano. Con todo, debemos establecer una jerarquía de valores. El diálogo de Marta con Jesús tiene este sentido. Esta mujer está demasiado preocupada por hacer los honores de la casa y se queja al Maestro de que su hermana la deje sola. El suave re-

proche de Jesús no le quita a su laboriosidad el valor de la acogida que le ha dispensado (tanto a él como a la comitiva que le acompaña), pero pone de relieve sus riesgos: el afán y la agitación. Lo único necesario es el Reino de Dios que Jesús anuncia. Al dedicarse a la escucha de la palabra de Jesús, María ha elegido «*la mejor parte*».

MEDITATIO

«*María ha escogido la mejor parte, y nadie se la quitará*» (10,42). Jesús ha querido invitar con estas pocas palabras a todos los hombres y mujeres a escuchar su Palabra, a establecer una relación de fe tan profunda con él que dé un significado nuevo a sus vidas, y a practicar una caridad que se convierta en la fuente de energías, de modo que el pensamiento, el trabajo, el modo de ser y de estar con los otros sea más verdadero, transparente y libre de condicionamientos, y se vuelva cada vez más expresión de la escucha y de la adhesión a la voluntad de Dios. A este respecto es significativa una reflexión de Dietrich Bonhoeffer: «El *primer servicio* que uno debe a otro dentro de la comunidad consiste en *escucharlo*. Así como el comienzo de nuestro amor por Dios consiste en escuchar su Palabra, así también el comienzo del amor al prójimo consiste en escucharlo. El amor que Dios nos tiene se manifiesta no solamente en que nos da su Palabra, sino también en que nos escucha. Escuchar a nuestro hermano es, por tanto, hacer con él lo que Dios ha hecho con nosotros. Ciertos cristianos, y en especial los predicadores, creen a menudo que, cada vez que se encuentran con otros hombres, su único servicio consiste en “ofrecerles” algo. Se olvidan de que el saber escuchar puede ser más útil que el hablar. Mucha gente busca a alguien que les escuche, y no lo encuentran entre los cristianos porque éstos se ponen a hablar incluso cuando deberían escuchar. Ahora bien, el que ya no

sabe escuchar a sus hermanos, pronto será incapaz de escuchar a Dios, porque también ante Dios no hará otra cosa que hablar. El que cree que su tiempo es demasiado precioso para perderlo escuchando al prójimo, nunca tendrá verdaderamente tiempo para Dios y para el hermano, sino siempre y sólo para él mismo, para sus propias palabras y para sus proyectos» (*Vida en comunidad*, Sígueme, 103-104). No debemos olvidar que, con el reproche a Marta, Jesús no condena las actividades humanas (en el fragmento precedente nos invita a hacernos cargo del que se encuentra en necesidad y critica al sacerdote y al levita que pasan de largo), sino que lo que hace es abrirnos unos horizontes más amplios y nos invita a no encerrarnos en nuestras actividades, a no afanarnos porque tenemos poco tiempo. A causa de esto nos abatimos muchas veces, nos mostramos descontentos con lo que somos y tenemos, y, procediendo de este modo, nos alejamos de él. Jesús nos invita a dar un nuevo equilibrio a nuestra vida, a sentarnos a sus pies y a escucharle confiadamente. Así descubriremos que el trabajo, el estudio, las responsabilidades familiares, la enfermedad y el dolor se vuelven menos pesados, porque el Señor está con nosotros.

ORATIO

Señor, abre nuestro corazón, tan agitado por los afanes de la vida, a la escucha de tu Palabra.

Concédenos tu sabiduría: descubriremos que hay un tiempo para el trabajo y un tiempo para el silencio y la escucha. En el recogimiento encontraremos la fuerza para ser don, para dedicar las energías y las capacidades que nos has dado a construir un futuro mejor y más humano. Atentos a tus palabras, sentiremos que nuestra respiración se dilata, saldremos del activismo que nos deseca y gustaremos la alegría de vivir como resucitados.

CONTEMPLATIO

Agustín estaba interesado y dedicado, sobre todo, a las realidades más importantes del espíritu, aunque a veces se distraía de la meditación de las cosas eternas para dedicarse a las temporales. Pero, después de haberlas dispuesto y ordenado, las dejaba de lado y dirigía su ánimo a las realidades interiores y superiores, tanto si meditaba en la investigación de las realidades divinas como si dictaba algo que ya hubiera encontrado en la argumentación, como si corregía lo que ya había dictado o transcrito. Para hacer esto, trabajaba de día y velaba de noche. Era como aquella piadosísima María, que es símbolo de la Iglesia celestial: de ella se ha escrito que se sentaba a los pies del Señor atenta a escuchar su palabra, y, como su hermana se quejó de ella, porque no le ayudaba mientras ella estaba ocupada en las tareas, oyó que Jesús le dijo: «*Marta, Marta, María ha escogido la mejor parte, y nadie se la quitará*» (Lc 10,38) (Posidio, *Vita di Agostino*, Roma 1989, 136; existe edición española en la BAC).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*María escuchaba la palabra de Jesús*» (cf. Lc 10,39).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Había dos hermanas, y Jesús amaba a las dos. Marta ofrece su trabajo a Jesús; María, su presencia dulce y amorosa. Hasta ese momento, todo va como una seda. Jesús no regaña a Marta porque trabaje, y menos todavía a María porque se siente junto a él. Pero he aquí que Marta pierde la paciencia. Le gustaría que Jesús alejara a su hermana de él y le asignara un tra-

bajo. Marta se muestra ingenua y conmovedora en su celo por el trabajo bien hecho, pero está menos inclinada a esperar al amor, a expresar su amor, a quedarse tranquila en la alegría del amor. En un determinado nivel, el amor es por sí mismo la obra más importante; se basta a sí mismo, es lo único necesario. En un determinado nivel, se tiene derecho a elegir el amor, sin condiciones, a dejar todo lo demás y dedicarse a él para siempre, porque es la parte que nunca nos será arrebatada, que dura para la eternidad. En un determinado nivel, el amor se vuelve gratuito. Allí donde ve esta gratuidad, Jesús se queda maravillado. Lo asume, se convierte en su defensor. No hay nunca nada más urgente que el amor, ni tampoco nada más eficaz.

Volvemos a encontrar a esta Marta y a esta María, inseparables, también en nosotros mismos. Son como las dos caras de nuestro ser cuando se abre a Jesús. La mayoría de las veces es Marta la que empieza por ponerse delante. Cuando descubrimos a Jesús, nos sentimos impulsados a hacer grandes cosas por él, a consagrarle las mejores de nuestras energías y de nuestras actividades. Ahora bien, Marta tiene una hermana en nosotros que se despierta a veces tarde. Es María, en nuestra intimidad. Ella querría olvidarse del tiempo, quedarse junto a Jesús, ensimismarse en él, reposar en él, alcanzar su mirada, embriagarse con su palabra. De inmediato, y algunas veces durante mucho tiempo, Marta se le opone y quiere retenernos en el exterior, en los trabajos que le preocupan: un conflicto que puede prolongarse a veces durante toda la vida. Sin embargo, poco a poco, María va tomando las de ganar. Es el amor por sí mismo: da gusto amar y quedarse allí junto a aquel a quien amamos. Con todo, los trabajos no desaparecen. Con frecuencia son necesarios. Pero quedan transformados. Ya no sofocan el amor, sino que son sostenidos por su aliento (A. Louf, *Solo l'amore vi basterà*, Casale Monf. [Al] 1985, 151-153, *passim*).

«Enseñanos a orar»

(Lc 11,1-13)

¹ Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Cuando acabó, uno de sus discípulos le dijo:

–Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos.

² Jesús les dijo:

–Cuando oréis, decid:

Padre,
santificado sea tu nombre;
venga tu Reino;

³ danos cada día el pan que necesitamos;

⁴ perdónanos nuestros pecados,
porque también nosotros perdonamos
a todo el que nos ofende,
y no nos dejes caer en la tentación.

⁵ Y añadió:

–Imaginaos que uno de vosotros tiene un amigo y acude a él a media noche diciendo: «Amigo, préstame tres panes, ⁶ porque ha venido a mi casa un amigo que pasaba de camino y no tengo nada que ofrecerle». ⁷ Imaginaos también que el otro responde desde dentro: «No molestes; la puerta está cerrada y mis hijos y yo estamos ya acostados; no puedo levantarme a dártelos». ⁸ Os digo que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos para que no siga molestando se levantará y le dará cuanto necesite. ⁹ Pues yo os digo: Pedid, y recibiréis; buscad, y encontraréis; llamad, y os abrirán. ¹⁰ Porque todo el que pide recibe, el que busca encuentra, y al que llama le abren. ¹¹ ¿Qué padre, entre vosotros, si su hijo le pide un pez, le va a dar en vez del pescado una serpiente? ¹² ¿O si le pide un huevo, le va a dar un escorpión? ¹³ Pues si vosotros,

aun siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?

LECTIO

Mientras que, en el evangelio de Mateo, el padrenuestro se encuentra en el centro del sermón de la montaña, en el de Lucas forma parte de las enseñanzas que Jesús reserva para los discípulos a lo largo de su camino hacia Jerusalén. El marco es sugestivo: Jesús está orando, y los discípulos se dirigen a él como maestro de vida espiritual (v. 1).

Más que enseñar una fórmula, Jesús enseña cómo hablar con el Padre, con qué sentimientos, dando prioridad a las aspiraciones y a las peticiones más importantes. La misma invocación «Padre» pone al discípulo de Cristo en una actitud de confianza y de abandono, como la del mismo Jesús, que se dirige a Dios con ese mismo nombre (cf. Lc 10,21; 22,42; 23,34.43). Las primeras peticiones que sugiere no están orientadas a los intereses del que ora, sino al «nombre» de Dios y a la venida de su Reino. El «nombre» representa el ser personal; el nombre de Dios es «santificado» tanto a través de la alabanza de sus criaturas como, y antes aún, cuando se revela como Señor poderoso y misericordioso (cf. Ez 36,23; 38,23; 39,7). Por eso la segunda petición es complementaria: «Venga tu Reino». El Reino de Dios debe llegar progresivamente, a través de la misión de la Iglesia, a toda la humanidad y se realizará plenamente en un futuro último, más allá del tiempo.

Siguen tres peticiones con las que los discípulos de Jesús piden poder experimentar en su propia vida el amor misericordioso del Padre. La primera está relacionada con la vida terrena y con sus exigencias concretas, que se resumen en el «pan», símbolo de todo lo que es

necesario para la vida del hombre. Desde las necesidades de tipo material a las realidades del espíritu: la paz con Dios y con el prójimo, puesta en peligro por las pruebas o tentaciones. Al pedir el perdón de sus propios pecados, el discípulo debe estar dispuesto a su vez a perdonar toda ofensa: éste es el signo de la autenticidad y la condición para la escucha de la oración. Teniendo en cuenta el sustrato semítico, la última petición («y no nos dejes caer en la tentación») debemos entenderla en el sentido que recoge la traducción del texto que presentamos: haz que no entremos, o sea, que no caigamos, en la tentación. Por consiguiente, pedimos aquí a Dios la salvación del peligro, la liberación del mal más profundo y devastador, que es el pecado.

MEDITATIO

La misma petición que los discípulos plantean a Jesús —«Enseñanos a orar»— nace en nuestro corazón cada vez que, dirigiéndonos a Dios, descubrimos nuestra pobreza, tocamos con nuestra mano nuestra pequeñez espiritual. Tal vez nos olvidamos de que el mismo Jesús nos dio el ejemplo, nos enseñó la actitud, la disponibilidad de ánimo con la que debemos estar ante el Padre, ante «nuestro Creador, Redentor, Consolador y Salvador», tal como le invocaba Francisco de Asís (cf. *Paráfrasis del padrenuestro*). Con la invocación inicial de su y nuestra oración —«Padre», *Abba*—, Jesús quitó de nuestro corazón todo miedo, toda vacilación, invitándonos a tener confianza, a abandonarnos a él, porque nos ama: es el padre afectuoso que nos enseña a caminar tomándonos de la mano (cf. Os 11,3), que escucha a sus hijos, que sabe de qué tienen necesidad: el pan, el perdón, la liberación del mal, la paz, y quiere que nos salvemos realizando el Reino. La relación con el Padre no es una relación intimista, sino una relación abierta al «nosotros», a la rela-

ción con los hermanos: no oro por *mis* necesidades, sino por las *nuestras*.

Como signo de la confianza que tenemos en el Padre, seguros de que él vendrá en nuestra ayuda, estamos llamados a perseverar en la petición: a pedir, a llamar, casi a importunarle. A través de la oración perseverante, purificamos nuestra intimidad y crecemos en la conciencia de quiénes somos verdaderamente: descubrimos que somos *hijos* que sólo se realizan plenamente si dirigen sus ojos al Padre, y *hermanos* que invocan juntos al único Padre, a fin de que haga crecer la concordia entre todos los hombres y de que construyamos juntos un mundo más humano. Recibiremos aquello que más necesitamos: el Espíritu Santo, el Espíritu de amor que nos da la fuerza para vivir en el Reino y para el Reino, para superar la tentación, para perdonar las ofensas recibidas y vivir reconciliados con los hermanos.

ORATIO

Padre, tu Hijo Jesucristo nos dejó en herencia la oración que te dirigió. Muchas veces la olvidamos o la recitamos por costumbre, mientras que nos sentimos más satisfechos con las peticiones formuladas por nosotros. Concédenos el mismo Espíritu de las palabras de Jesús para que lleguemos a ser capaces de pedir algo en tu nombre y de corresponder a los otros con la misma medida y la misma moneda de la caridad que tú usas con cada uno de nosotros.

CONTEMPLATIO

Oh alma fiel, cuando tu fe se vea rodeada de incertidumbre y tu débil razón no comprenda los misterios de-

masiado elevados, di sin miedo, no por deseo de oponerte, sino por anhelo de profundizar: «¿Cómo será eso?».

Que tu pregunta se convierta en oración, que sea amor, piedad, deseo humilde. Que tu pregunta no pretenda escrutar con suficiencia la majestad divina, sino que busque la salvación en aquellos mismos medios de salvación que Dios nos ha dado. Entonces te responderá el Consejero admirable: cuando venga el Defensor, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todo y os guiará hasta la verdad plena. Pues nadie conoce lo íntimo del hombre, sino el Espíritu del hombre, que está en él; y, del mismo modo, lo íntimo de Dios lo conoce sólo el Espíritu de Dios.

Apresúrate, pues, a participar del Espíritu Santo: cuando se le invoca, ya está presente; es más, si no hubiera estado presente no se le habría podido invocar. Cuando se le llama, viene, y llega con la abundancia de las bendiciones divinas. Él es esa impetuosa corriente que alegra la ciudad de Dios.

Si al venir te encuentra humilde, sin inquietud, lleno de temor ante la palabra divina, se posará sobre ti y te revelará lo que Dios esconde a los sabios y entendidos de este mundo. Y, poco a poco, se irán esclareciendo ante tus ojos todos aquellos misterios que la Sabiduría reveló a sus discípulos cuando convivía con ellos en el mundo, pero que ellos no pudieron comprender antes de la venida del Espíritu de verdad, que debía llevarlos hasta la verdad plena.

En vano se espera recibir o aprender de labios humanos esa verdad que sólo puede enseñar el que es la misma verdad. Pues es la misma verdad quien afirma: Dios es Espíritu, y así como los que quieren adorarle deben hacerlo en espíritu y verdad, del mismo modo los que desean conocerlo deben buscar en el Espíritu Santo la inteligencia de la fe y la significación de la verdad pura y sin mezclas.

En medio de las tinieblas y de las ignorancias de esta vida, el Espíritu Santo es, para los pobres de espíritu, luz que ilumina, caridad que atrae, dulzura que seduce, amor que ama, camino que conduce a Dios, devoción que se entrega, piedad intensa.

El Espíritu Santo, al hacernos crecer en la fe, revela a los creyentes la justicia de Dios, da gracia tras gracia y, por la fe que nace del mensaje, hace que los hombres alcancen la plena iluminación (Guillermo de Saint-Thierry, *Espejo de la fe* [PL 180, 384]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Todo el que pide recibe; el que busca encuentra, y al que llama le abren*» (Lc 11,10).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El padrenuestro es la oración del hijo al Padre, por el que se sabe amado. Abramos nuestros corazones, con todas sus necesidades, ante un Dios que es un Padre, por el que nos sabemos amados y que no desea otra cosa que darnos aquello de lo que tenemos verdadera necesidad. El padrenuestro es, por consiguiente, una oración que debe estar llena de confianza: ofrezcamos a Dios las necesidades de nuestra alma, podemos ser plenamente nosotros mismos, confesar las cosas que más nos hacen sufrir, nuestros fallos internos, nuestra incapacidad de amar, de orar, todas las carencias que sentimos en nosotros, nuestra impotencia para realizar lo que querríamos para el Reino de Dios. Ahora bien, es necesario que podamos expresar todas estas miserias sabiendo que somos amados, y que no son un obstáculo para el amor de Dios por nosotros. Poder decir a Dios todo lo que sentimos, todo lo que necesitamos, nos sitúa en la humildad y en la sencillez.

El padrenuestro es una oración que Dios escucha con toda seguridad, porque todo lo que pedimos ya está adquirido: la participación en los bienes de Dios, el buen desenlace espiritual de nuestra vida, todo esto ya se nos ha dado en Cristo. De ahí que la oración no consista en adquirir lo que no poseemos, sino en entrar en posesión de nuestro propio tesoro. Por ser hijos de Dios, poseemos ya todos los bienes de nuestro Padre. Sin embargo, para muchos hombres, este tesoro es un cofre pequeño sellado al que ellos no alcanzan. Un cristiano debería ser un ser radiante de vida, que alcanza los tesoros de Dios que se le han dado, transfigurado por la caridad, radiante de una fe sólida, lleno de una esperanza tal que las vicisitudes no pueden apagar la sed de felicidad que hay en él (J. Daniélou, *Contemplazione crescita della Chiesa*, Roma 1979, 46-49 [edición española: *Contemplación: crecimiento de la Iglesia*, Encuentro, Madrid 1982]).

Jesús y Belzebú

(Lc 11,14-26)

¹⁴ Un día estaba Jesús expulsando un demonio que había dejado mudo a un hombre. Cuando salió el demonio, el mudo recobró el habla y la gente quedó maravillada. ¹⁵ Pero algunos dijeron:

–Expulsa a los demonios con el poder de Belzebú, príncipe de los demonios.

¹⁶ Otros, para tenderle una trampa, le pedían una señal del cielo. ¹⁷ Pero Jesús, sabiendo lo que pensaban, les dijo:

–Todo reino dividido contra sí mismo queda devastado, y sus casas caen unas sobre otras. ¹⁸ Por tanto, si Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo podrá subsistir su reino? Pues eso es lo que vosotros decís: Que yo expulso los demonios con el poder de Belzebú. ¹⁹ Ahora bien, si yo expulso los demonios con el poder de Belzebú, ¿vuestros hijos con qué poder los expulsan? Por eso ellos mismos serán vuestros jueces. ²⁰ Pero si yo expulso los demonios con el poder de Dios, entonces es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros. ²¹ Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. ²² Pero si viene otro más fuerte que él y lo vence, le quita las armas en que confiaba y reparte sus despojos. ²³ El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama. ²⁴ Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, anda por lugares áridos buscando descanso y, al no encontrarlo, se dice: Volveré a mi casa, de donde salí. ²⁵ Al llegar, la encuentra barrida y adornada. ²⁶ Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, entran y se instalan allí, de modo que la situación final de este hombre es peor que la del principio.

LECTIO

Jesús pasó «*haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio*» (Hch 10,38). Signo de ello son los exorcismos, los suyos y los realizados en su nombre. Uno de ellos desencadena una disputa, que permite revelar a Jesús su sentido profundo y auténtico. Cuando exorciza a un hombre enmudecido por una enfermedad psicossomática, que en su última raíz se hace remontar a la presencia de un demonio, las muchedumbres se quedan asombradas, pero los adversarios dan una interpretación malévolas: sus exorcismos se explican mediante un acuerdo secreto entre Jesús y Belzebú (otro nombre de Satanás); dicho con otras palabras, expulsa a los demonios recurriendo a artes mágicas. Otros adelantaban una pretensión ulterior, preparando de este modo la discusión sobre la «*señal del cielo*» (11,29-36).

La respuesta de Jesús es progresiva. Con un primer argumento muestra lo absurdo de la acusación: si fuera verdad que él expulsa a los demonios gracias al poder que le ha concedido su jefe, eso significaría que el dominio de Satanás sobre la humanidad ha terminado; ahora bien, desgraciadamente, es evidente lo contrario. El segundo argumento se basa en la comparación con la actividad de los exorcistas judíos («*vuestros hijos*»): ¿también ellos expulsan a los demonios en nombre de Belzebú? Y con un tercer paso Jesús llega a la conclusión: «*Si yo expulso los demonios con el poder de Dios*», es decir, con su fuerza (Mt 12,28: «*por medio del Espíritu de Dios*»), entonces debéis reconocer «*que el Reino de Dios ha llegado a vosotros*». Los exorcismos de Jesús, en vez de obra de magia, son la manifestación y la prueba de que el «*Reino de Dios*», como acontecimiento de salvación, está presente. Lo confirma el ejemplo del «*más fuerte*», capaz de derrotar y quitar las armas a un «*un hombre fuerte y bien armado*», figura de Satanás. El antagonismo entre ambos personajes lo subraya un *lóghion*

(v. 23) que interpela a los oyentes: o con Cristo o con Satanás. Casi como un apéndice, el cuadro pintoresco del retorno del «*espíritu inmundo*» (vv. 24-26) contiene una advertencia: el hombre puede volver a caer bajo el dominio de Satanás incluso después de haber sido liberado por Cristo.

MEDITATIO

Nosotros sabemos hoy que Satanás ha sido derrotado para siempre, porque Jesús murió en la cruz y resucitó. Jesús es el *hombre más fuerte*: él derrota al mal en el corazón de cada hombre que decide estar con él y seguirle. Sin embargo, el discípulo debe vigilar a causa de la fragilidad humana, porque la tentación de seguir al mal la tiene muy cerca, y la decisión de estar con Jesús debe renovarla cada día. Cada uno de nosotros está siendo llamado continuamente a elegir entre el bien y el mal, entre ser generoso o replegarse en sí mismo. Corresponde a nuestra voluntad realizar esta elección.

Jesús combate a Belzebú expulsándolo y curando a los sordomudos, a los ciegos; nosotros hemos sido llamados a combatir el mal renovando la decisión de seguir a Jesús, siendo promotores de paz y de generosidad en toda situación, conscientes de que, si a él le persiguieron, también nos perseguirán a nosotros, sus discípulos. Para este combate contamos con un arma muy poderosa: la oración perseverante, hecha con fe (Lc 11,4-13), con la que también podemos mover montañas.



«Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios»

(Lc 11,27s)

²⁷ Cuando estaba diciendo esto, una mujer de entre la multitud dijo en voz alta:

–Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron.

²⁸ Pero Jesús dijo:

–Más bien, dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica.

LECTIO

El evangelista recoge, en contraste con el episodio precedente (el exorcismo y las contestaciones de algunos entre la muchedumbre: 11,14-26), el elogio entusiasta que dirige una mujer a Jesús en forma de «macarismo» (bienaventuranza) dirigido a su madre. Jesús replica que el motivo por el que un hombre o una mujer pueden ser considerados felices es otro: «*Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica*». Esta bienaventuranza se aplica en primer lugar precisamente a María: «*¡Dichosa tú, que has creído!*» (1,45).

MEDITATIO

Esta perícopa, típicamente lucana, pone de relieve la figura de María, la mujer bienaventurada por excelencia.

Nosotros también podemos considerar muchas veces a María bienaventurada porque engendró; sin embargo, Jesús nos invita a mirar a María como la que creyó, como la que fue discípula de su Hijo con toda su propia vida. María no es sólo la mujer privilegiada que dio a luz en su carne al Hijo de Dios, no es sólo la *Theotókos* que cooperó con su humanidad a la encarnación del Verbo. María es la mujer que escuchó y custodió la Palabra incluso cuando no la comprendía; es la virgen santa que vivió con fidelidad el misterio de la gracia, dejándose herir por la espada del dolor, es la madre que engendró a su hijo primero en el corazón y, después, en la carne.

Jesús nos dio a María a todos los hombres como modelo de vida y de fe, como espejo al que dirigir nuestra mirada a fin de tomar fuerza y consuelo para el camino. Mirando a ella, aprendemos a responder con confianza y generosidad a la Palabra escuchada y, como ella, engendraremos en nuestro corazón al mismo Cristo.

ORATIO

Padre, que en María, madre de tu Hijo, diste a la humanidad un ejemplo de docilidad y de fe en tu Palabra, haz que, como ella, llamada bienaventurada por todas las generaciones, podamos también nosotros gozar de la bienaventuranza prometida a los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica.

Que la que creyó en el cumplimiento de tu Palabra nos sirva de ejemplo, de guía y de apoyo en nuestro camino.

CONTEMPLATIO

Las palabras de María concuerdan con aquellas del Señor con las que proclamó bienaventurada no sólo a la madre que le había engendrado según el cuerpo, sino

también a todos los que observan sus preceptos. En efecto, dado que todos se maravillaban de su sabiduría y su poder cuando enseñaba al pueblo en algún lugar o hacía milagros, «una mujer de entre la multitud dijo en voz alta: “Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron”» (Lc 11,27s). Y él, aunque acogió de buena gana el testimonio dado a la verdad, respondió en seguida: «Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica», para que tanto aquella mujer como todos los que escuchaban confiaran en que podían llegar a ser bienaventurados si obedecían los preceptos divinos. Era como si dijera abiertamente: aunque gozó del privilegio de una singular bienaventuranza aquella que, virgen, fue digna de llevar en su seno, engendrar y alimentar al Hijo encarnado de Dios; no obstante, obtendrán también un lugar privilegiado en la vida eterna aquellos que creen en él y le aman con corazón puro, aquellos que llevan bien grabados en la mente sus preceptos, aquellos que se las ingenian para alimentarla también en el alma del prójimo con exhortaciones continuas (Beda el Venerable, *Omellie sul evangelio*, Roma 1990, 60).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica» (Lc 11,28).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La actitud virginal de María respecto a la Palabra podemos considerarla como ejemplar. María, en ciertos momentos de su vida como madre del Salvador, cuando la Palabra-acontecimiento se muestra particularmente misteriosa y humanamente indescifrable, «conserva en el corazón» todo lo que no entiende. Reco-

noce que no puede comprender, admite y sufre la desorientación («Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?»), pero ni niega ni aleja de ella lo que es más grande que su mente y que sus categorías interpretativas, sino que incluso lo acoge en su corazón, le deja espacio en su vida, lo hace memoria. No hace violencia a la Palabra, ni siquiera con la pretensión de comprenderla; por eso la Palabra puede encontrar su morada en ella. Llegará el momento en que resplandecerá con toda su claridad de significado: la Palabra revelará plenamente su sentido en otro ámbito, el de la vida concreta.

Así pues, el discípulo no pretende en su oración comprenderlo todo, ni juega a interpretar, ni siquiera se hace la ilusión de contemplar. La suya es más bien la actitud sorprendida y reverente de quien sabe que se encuentra frente al misterio, un misterio que va a revelarse en su misma vida y que encuentra ahora oculto particularmente en una Palabra, en un versículo o en un acontecimiento de la Escritura. Tal vez no comprende bien la razón, pero intuye que esa Palabra es significativa como nunca para él en ese momento de su vida: es provocación y nueva experiencia de Dios. Y entonces lee y vuelve a leer; la «rumia» en su mente pidiéndole a Dios que le dé luz y se la lleva como un tesoro, conservándola en el corazón. Su meditación no ha hecho más que empezar: la continuará a lo largo de la jornada... (A. Cencini, *Amerai il Signore Dio tuo*, Bolonia 1987, 140, *passim* [edición española: *Amarás al Señor, tu Dios. Psicología del encuentro con Dios*, Sígueme, Salamanca 32007]).

La señal del Hijo del hombre (Lc 11,29-36)

²⁹ La gente se apiñaba en torno a Jesús y él se puso a decir:

—Ésta es una generación malvada; pide una señal, pero no se le dará una señal distinta de la de Jonás. ³⁰ Pues así como Jonás fue una señal para los ninivitas, así el Hijo del hombre lo será para esta generación. ³¹ La reina del sur se levantará en el juicio junto con los hombres de esta generación y los condenará, porque ella vino desde el extremo de la tierra a escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más importante que Salomón. ³² Los habitantes de Nínive se levantarán el día del juicio contra esta generación y la condenarán, porque ellos hicieron penitencia por la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más importante que Jonás.

³³ Nadie enciende una lámpara y la pone en un lugar oculto o debajo de una vasija de barro, sino sobre el candelero, para que los que entren vean la claridad. ³⁴ Tu ojo es la lámpara del cuerpo; cuando tu ojo está sano, todo tu cuerpo está iluminado, pero cuando está enfermo, tu cuerpo está en tinieblas. ³⁵ Ten cuidado de que la luz que hay en ti no se convierta en tinieblas. ³⁶ Y si tu cuerpo entero está iluminado y no hay en él nada tenebroso, todo él brillará como cuando la lámpara te ilumina con su resplandor.

LECTIO

Jesús replica, a distancia, a la petición de una «una señal del cielo» (cf. 11,16). A pesar de los muchos milagros y exorcismos que ha realizado, todavía hay quien

espera de él una demostración impresionante, un prodigio que ponga su mesianidad por encima de toda duda. Ahora bien, se trata de la pretensión de una «*generación incrédula y perversa*» (9,41), que no quiere reconocer en su persona las señales evidentes de la acción de Dios. Por eso, «*no se le dará una señal distinta de la de Jonás*», el profeta que predicaba a los ninivitas la conversión: ahora, el Hijo del hombre desarrolla la misma misión respecto a «*esta generación*» (los otros dos sinópticos ven prefigurada en la historia de Jonás la resurrección de Jesús).

La respuesta se desarrolla con dos dichos en los que Jesús se compara con Salomón y, de nuevo, con Jonás. Si el primero fue visitado por una reina extranjera para escuchar su sabiduría, el segundo obtuvo la conversión de los habitantes de Nínive. Pues bien, «*aquí hay uno que es más importante que Salomón [...], uno que es más importante que Jonás*» (vv. 31s). Jesús, mientras reprocha a sus contemporáneos su obstinación, deja entender una vez más que los gentiles son más sensibles a la voz de Dios.

Por último, una serie de dichos sapienciales, ligados entre ellos por medio de las imágenes de la luz, la lámpara y el ojo, interpelan al lector del evangelio (vv. 33-36). El primero da a entender que, del mismo modo que no se puede poner una lámpara en un lugar oculto, así la luz de Cristo ilumina a cuantos la encuentran. Pero la lámpara –según se dice– es también símbolo del ojo: «*Tu ojo es la lámpara del cuerpo*». Si los ojos están sanos, en condiciones de ver bien, toda la persona estará en la luz. De ahí la advertencia: «*Ten cuidado de que la luz que hay en ti no se convierta en tinieblas*», o sea, que tu capacidad de ver no se estropee. Si, teniendo el ojo sano, te abres a la luz, entonces estarás completamente en la luz, iluminado por Cristo.

MEDITATIO

El Señor sabe que nuestra fe se alimenta de lo que habita en nuestro corazón y, asimismo, conoce bien nuestra continua necesidad de sentirnos confirmados, seguros de ser amados, defendidos, justificados. Él sabe que siempre andamos en busca de una «señal» que nos atestigüe su presencia y su omnipotencia. A este respecto, la palabra evangélica que Lucas nos entrega suscita preguntas en nosotros: ¿qué es lo que dejamos habitar en nuestro corazón? ¿A quién y a qué se dirige nuestra mirada?

Estamos llamados a realizar un camino de conciencia, de conocimiento de nuestros deseos, de nuestras esperanzas, de nuestras expectativas; un camino en la comunión que puede llevarnos a experimentar en lo más profundo de nosotros mismos que no estamos solos, sino que Dios en persona nos espera, nos desea, desde hace mucho tiempo. Ojalá permanezca siempre con nosotros el Espíritu del Resucitado, a fin de que con su luz y su fuerza aprendamos a vislumbrar en el sufrimiento y en la alegría de nuestra vida cotidiana la presencia y la acción de Dios. Es un entrenamiento para la gratitud, para decir «gracias» incluso por esos dones que no reconocemos inmediatamente y que sólo un *ojo* (una fe) limpio, iluminado, *sano*, puede acoger, contemplar y, por consiguiente, compartir. La luz verdadera, la que ilumina a todo hombre (cf. Jn 1,9), ya ha venido, ya existe en la vida de cada uno, y el que está acostumbrado a buscarla puede experimentar y dar testimonio de que, para el Señor, las tinieblas no son oscuras y la noche es clara como el día; para él, las tinieblas son como luz (cf. Sal 139,12).



Contra los fariseos y los doctores de la ley (Lc 11,37-54)

³⁷ Al terminar de hablar, un fariseo le invitó a comer. Jesús entró y se puso a la mesa. ³⁸ El fariseo se extrañó al ver que no se había lavado antes de comer. ³⁹ Pero el Señor le dijo:

–Vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras que vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad. ⁴⁰ ¡Insensatos! El que hizo lo de fuera ¿no hizo también lo de dentro? ⁴¹ Pues dad limosna de vuestro interior, y todo lo tendréis limpio. ⁴² Pero ¡ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de todas las legumbres, y descuidáis la justicia y el amor de Dios! Esto es lo que hay que hacer, aunque sin omitir aquello. ⁴³ ¡Ay de vosotros, fariseos, que os gusta ocupar el primer puesto en las sinagogas y que os saluden en la plaza! ⁴⁴ ¡Ay de vosotros, que sois como sepulcros que no se ven, sobre los que se pisa sin saberlo!

⁴⁵ Entonces, uno de los doctores de la ley tomó la palabra y le dijo:

–Maestro, hablando así nos ofendes también a nosotros.

⁴⁶ Jesús replicó:

–¡Ay de vosotros también, doctores de la ley, que imponéis a los hombres cargas insoportables y vosotros no las tocáis ni con un dedo! ⁴⁷ ¡Ay de vosotros, que construís mausoleos a los profetas asesinados por vuestros propios antepasados! ⁴⁸ De esta manera vosotros mismos sois testigos de que estáis de acuerdo con lo que hicieron vuestros antepasados, porque ellos los asesinaron y vosotros les construís mausoleos. ⁴⁹ Por eso dijo la sabiduría de Dios: «Les enviaré profetas y apóstoles; a unos los matarán y a otros los perseguirán». ⁵⁰ Pero Dios va a pedir cuentas a esta generación de la sangre de todos los

profetas vertida desde la creación del mundo,⁵¹ desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, a quien mataron entre el altar y el santuario. Os aseguro que se le pedirán cuentas a esta generación.⁵² ¡Ay de vosotros, maestros de la ley, que os habéis apoderado de la llave de la ciencia! No habéis entrado vosotros, y a los que querían entrar se lo habéis impedido.

⁵³ Cuando Jesús salió de allí, los maestros de la ley y los fariseos comenzaron a acosarlo terriblemente y a proponerle muchas cuestiones,⁵⁴ tendiéndole trampas con intención de sorprenderle en alguna de sus palabras.

LECTIO

La larga invectiva contra los fariseos y los maestros de la ley va a la raíz de la sorda oposición que ha aflorado en los episodios precedentes. La ocasión la brinda el comportamiento «libre» de Jesús y de los suyos (véase también 5,33ss; Mc 7,1ss y Mt 15,1ss), que sorprende al piadoso fariseo que le ha invitado.

Los judíos observantes, con las abluciones rituales previas a las comidas, quieren mantenerse puros de todo contacto con los pecadores y los paganos. Sin embargo –observa Jesús–, en vez de preocuparse de limpiar «*por fuera la copa y el plato*», es preciso tener puro el «*interior*», o sea, el corazón, que, por el contrario, «*está lleno de rapiña y de maldad*» (v. 39). Qué «*insensatos*» y cuánta sabiduría les falta a los fariseos. Olvidan que «*el que hizo [...] lo de dentro*» conoce los corazones (cf. 16,15). Si verdaderamente quieren ser puros, deben dar limosna de su interior, o sea, de sus propios bienes (v. 41).

Como muchos escribas pertenecían a la corriente de los fariseos, era natural que reaccionara alguno de ellos. Jesús no les exime: también lanza contra ellos sus invectivas (vv. 42-44), que implican una remisión al juicio de Dios. Primero, multiplican los preceptos de la ley con sus interpretaciones sutiles, convirtiéndola en un peso insoportable, pero, en compensación, saben muy bien

cómo sustraerse ellos a ese peso. En segundo lugar, dado que erigen monumentos funerarios a los profetas, se hacen solidarios con sus padres, que mataron a los profetas. Ahora bien, se pedirá cuentas a «*esta generación*» de la sangre de todos los profetas que Dios había ido enviando a lo largo de un largo período de tiempo, desde Abel hasta Zacarías, «*a quien mataron entre el altar y el santuario*» (cf. 2 Cro 24,20-22): así alude Jesús de una manera velada a su propia suerte, que será la misma de los profetas (cf. 13,33s; 20,9-16), y anuncia el castigo de Dios. En tercer lugar, los maestros de la ley, en vez de introducir a los hombres en el conocimiento de Dios y de su voluntad, lo han impedido («*os habéis apoderado de la llave de la ciencia*»: v. 52).

En vez de enmendarse, los fariseos y sus escribas aumentan su hostilidad contra Jesús. Si continúan dialogando con él, desde ahora en adelante lo harán para cogerle en fallo (vv. 53s).

MEDITATIO

Es discípulo del Señor quien vive y da testimonio de la imposibilidad de separar el amor a Dios y el amor al prójimo, puesto que el uno remite al otro. El Señor Jesús –nuestro camino, verdad y vida (cf. Jn 14,6)– nos muestra que no sólo es posible vivir amando, sino que amando es como se engendra vida y se vive para siempre. Otorgar el primado a la ley del amor es, por consiguiente, un fin y no un instrumento. Y tanto es así que ni siquiera la observancia de la ley o el servicio a Dios pueden justificar a quien olvida la justicia (el amor al prójimo) y el amor a Dios.

Lo opuesto al verdadero discípulo de Cristo es el arquetipo del fariseo, que se abandona a la hipocresía para dejar sitio a su ciego y devorador egocentrismo, prefi-

riendo el amor propio y el prestigio personal a la entrega de sí y de su propia voluntad. Es el mismo Jesús quien nos dice cómo proceder para escapar de una existencia autocentrada: «*Dad limosna de vuestro interior*» (v. 41). Darnos a nosotros mismos y a nuestro egoísmo como limosna es la obra de misericordia más agradable a Dios. Negarnos a nosotros mismos es la condición para seguir verdaderamente a Jesús; crucificar cada día nuestro propio egoísmo (cf. 9,24) es el camino que nos conduce al conocimiento del Padre (cf. 11,52) y de su voluntad.

Rehuyamos del repliegue sobre nosotros mismos y podremos «permanecer» a la luz del Espíritu y recibir y dar así la corriente de amor que nos llega del Padre, fuente única e inagotable de amor, para que también nosotros encarnemos su amor por la humanidad y por cada hombre.

ORATIO

Señor, concédenos la belleza de la transparencia y la alegría de la coherencia en el hecho de ser discípulos tuyos. Tú lo sabes: con frecuencia le damos más importancia a la forma que al contenido, nos preocupamos más por el aparentar que por el vivir a fondo, más por las leyes que por el espíritu, por el honor de los hombres que por tu gloria.

Ilumina nuestros ojos para que podamos darnos cuenta de la hipocresía que se puede esconder detrás de nuestras acciones y del vacío que brota de ella. Que tu amor dé contenido a nuestros gestos, que una profunda relación contigo sea el alma de las celebraciones que realizamos, que tu Palabra llene de significado nuestro seguimiento. Señor, danos tu Espíritu para que, más que considerarnos y aparentar, *seamos* realmente tus discípulos.

CONTEMPLATIO

«*Vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera la copa y el plato*». Como veis, nuestros cuerpos son llamados aquí con los nombres de objetos de tierra y frágiles, que una simple caída puede romper. Y los íntimos sentimientos del alma son llamados con expresiones y gestos del cuerpo, tal como lo que encierra el interior de una copa se deja ver por fuera... Ved, pues, que no es el exterior de una copa o de un plato lo que nos ensucia el interior. Como buen maestro, Jesús os ha enseñado cómo limpiar las manchas de nuestro cuerpo, diciendo: «Más bien dad como limosna lo que tenéis y todo lo demás será puro en vosotros». ¡Veis bien cuántos remedios hay! La misericordia nos purifica. La Palabra de Dios también nos purifica, tal como está escrito: «Vosotros estáis ya limpios gracias a la palabra que os he anunciado» (Jn 15,3)... Es el punto de partida de un buen viaje: el Señor nos invita a buscar la simplicidad y condena el estar ligado a lo que es superfluo y ramplón. Los fariseos, a causa de su fragilidad, son comparados, y no sin razón, a la copa y al plato: observan escrupulosamente puntos que no tienen ninguna utilidad para nosotros y olvidan aquello donde se encuentra el fruto de nuestra esperanza. Cometan, pues, una gran falta, despreciando lo mejor. Y, sin embargo, también a esta falta se le ha prometido el perdón si viene detrás de la misericordia y la limosna.

O bien porque no hacen ningún caso del juicio ni del amor de Dios; del primero porque no lo ponen como punto de mira en su conducta, y de la caridad porque no aman a Dios de corazón. Y con el fin de que no nos perdamos fijando nuestra atención en la fe y abandonando las buenas obras, resume en breves palabras la perfección del hombre fiel, para que éste merezca ser aprobado por su fe y por sus buenas obras, diciendo: «Éstas son las cosas que debéis practicar sin omitir aquéllas»

(Ambrosio de Milán, *Commento al vangelo di san Luca*, Roma 21968, II, 60, *passim* [edición española: *Obras de san Ambrosio, 1: Tratado sobre el evangelio de san Lucas*, BAC, Madrid 1966]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Que yo viva según la justicia y el amor de Dios» (cf. Lc 11,42).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

¿Por qué surgió un conflicto entre Jesús y los judíos? La causa principal fue, sin duda, la concepción de la piedad que tenían por lo general los fariseos. Ellos no sólo atribuían indiscriminadamente a la autoridad de Dios todas las reglas «de los antiguos» sin distinción, sino que el respeto de su complejo código absorbía todas las energías espirituales de los creyentes, vaciando así de significado el contenido esencial de la fe; su celo excesivo confinaba en lo grotesco. Había fariseos a los que el pueblo había apodado *shikmi*, es decir, «los de las espaldas pesadas», por el hecho de que caminaban encorvados como los jorobados para mostrar el enorme peso de las penitencias a las que se sometían, y otros que atravesaban la plaza cuando estaba llena de gente chocando continuamente con los transeúntes: y es que nunca levantaban los ojos del suelo para no correr el riesgo de ver a una mujer. Está claro que la libertad de Jesús y de sus discípulos debía molestar o dar miedo a este tipo de gente. El hecho de que Jesús sostuviera que a Dios le agrada más el amor que el culto debía sonar a sus oídos como una agresión, como un ataque contra todo su sistema de pseudorreglas.

Esta «neurosis» ha interesado con frecuencia también a los cristianos, cada vez que se han olvidado de que Cristo considera el amor a Dios y a los hombres incomparablemente más importante que cualquier precepto exterior. Los partidarios de la

letra, del rito y de la tradición se han distinguido en todas las épocas históricas por el mismo inmovilismo atávico. Los ancianos de Jerusalén vivían con el temor constante a contaminarse y la gente decía de ellos que querían «purificar hasta el sol». Creyendo acelerar la venida del Mesías con su piedad, sin darse cuenta, rechazaron precisamente al que les traía el anuncio de la salvación (A. Men, *Gesù maestro di Nazaret, la storia que sfida il tempo*, Roma 1996, 154-157, *passim* [edición española: *Jesús, el maestro de Nazaret*, Ciudad Nueva, Madrid 2002]).

«No temáis...» (Lc 12,1-12)

¹ Entretanto, la gente se aglomeraba por millares, hasta pisarse unos a otros. Entonces Jesús, dirigiéndose principalmente a sus discípulos, les dijo:

–Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. ² Pues nada hay oculto que no haya de manifestarse, nada secreto que no haya de saberse. ³ Por eso, todo lo que digáis en la oscuridad será oído a la luz, y lo que habléis al oído en una habitación será proclamado desde las azoteas.

⁴ A vosotros, amigos míos, os digo esto: No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden hacer nada más. ⁵ Yo os diré a quién debéis temer: temed a aquel que, después de matar, tiene poder para arrojar al fuego eterno. A ése es a quien debéis temer. ⁶ ¿No se venden cinco pájaros por muy poco dinero? Y, sin embargo, Dios no se olvida ni de uno solo de ellos. ⁷ Más aún, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis: vosotros valéis más que todos los pájaros.

⁸ Os digo que si uno se declara a mi favor delante de los hombres, también el Hijo del hombre se declarará a favor suyo delante de los ángeles de Dios; ⁹ pero si uno me niega delante de los hombres, también yo lo negaré delante de los ángeles de Dios. ¹⁰ Quien hable mal del Hijo del hombre podrá ser perdonado, pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no será perdonado. ¹¹ Si os llevan a las sinagogas, ante los magistrados y autoridades, no os preocupéis del modo de defenderos ni de lo que vais a decir; ¹² el Espíritu Santo os enseñará en ese mismo momento lo que debéis decir.

LECTIO

A la invectiva contra los adversarios van unidas una advertencia dirigida a las muchedumbres y una exhortación dirigida a los discípulos. Con la imagen de la levadura (aquí en sentido peyorativo: lo que corrompe), Jesús nos pone en guardia contra el defecto típico de los fariseos: la hipocresía, que consiste en disociar la observancia exterior y formal de las auténticas exigencias de la ley de Dios (véase más arriba: 11,39ss). Ahora bien, el comportamiento hipócrita es ilusorio: lo que hoy permanece secreto y escondido será revelado un día.

Al llamarles «*amigos míos*» (v. 4; cf. Jn 15,13ss), Jesús exhorta a sus discípulos a dar testimonio de su adhesión con valor. No deben tener miedo de nadie, sino únicamente de Dios. El que provee a las criaturas más pequeñas (los «*pájaros*») cuidará de ellos y sabrá defenderlos.

En el momento crítico de la persecución deben acordarse de que serán juzgados por Dios sobre la base de su comportamiento ante el tribunal humano: si reconocen al «*Hijo del hombre*», él también les reconocerá ante el juez celestial («*delante de los ángeles de Dios*»), y viceversa.

Cuando se encuentren en esas circunstancias («*Si os llevan a las sinagogas, ante los magistrados y autoridades...*»), ni siquiera deben preocuparse de su auto-defensa: «*El Espíritu Santo os enseñará en ese mismo momento lo que debéis decir*». Antes de la última exhortación, y como entre paréntesis, se añade (v. 10): si bien no reconocer al Hijo del hombre entraña una culpa, hay, con todo, un pecado todavía más grave: la blasfemia contra el Espíritu Santo, que consiste en negar y rechazar obstinadamente la obra de Dios en la misión de Jesús.

MEDITATIO

El Señor Jesús no le oculta al que se sienta interpelado personalmente –al discípulo– que el camino del seguimiento es exigente, que requiere hacer frente a dificultades, insidias, peligros, incluso arriesgar la propia vida, a fin de dar testimonio del amor del Padre por los buenos y por los malos, por los justos y por los injustos, por los amigos y por los enemigos. El Señor pone en guardia a los suyos contra la «*levadura de los fariseos*» (v. 1), o sea, contra el decir y no hacer, contra el aparentar y no ser, y anima a no tener miedo de los hombres ni de su juicio. Invita a hablar de modo franco, a dar testimonio de la Verdad. El encuentro personal con la Palabra, con Jesús, nos abre a la Verdad, la auténtica, esa que a menudo no coincide con *nuestra* verdad y que también por eso nos resulta incómoda de atestiguar. Decir la verdad implica dejar morir algo dentro de nosotros, y, si somos capaces de realizar este ejercicio cotidiano, podremos vivir no con miedo a los hombres, sino como hijos libres en el amor providente del Padre.

Temer a Dios es respetar y estar agradecido al que nos lleva con cuidado y delicadeza en la palma de sus manos como lo más precioso que tiene. El temor de Dios no bloquea, no paraliza, sino que nos abre a la confianza, nos mueve a la caridad, nos llama para actuar por la misericordia y en la misericordia. Dejemos que el Espíritu Santo continúe en nosotros la obra de Dios y así también nosotros podremos convertir, como Jesús, nuestra vida en una entrega, en un desgastarnos por los otros con audacia y en un clima de alegría... y descubriremos que somos don de Dios el uno para el otro.



La parábola del rico insensato

(Lc 12,13-21)

¹³ Uno de entre la gente le dijo:

–Maestro, di a mi hermano que reparta conmigo la herencia.

¹⁴ Jesús le dijo:

–Amigo, ¿quién me ha hecho juez o árbitro entre vosotros?

¹⁵ Y añadió:

–Tened mucho cuidado con toda clase de avaricia; porque aunque se nade en la abundancia, la vida no depende de las riquezas.

¹⁶ Les dijo una parábola:

–Había un hombre rico cuyos campos dieron una gran cosecha. ¹⁷ Entonces empezó a pensar: «¿Qué puedo hacer? Porque no tengo dónde almacenar mi cosecha». ¹⁸ Y se dijo: «Ya sé lo que voy a hacer; derribaré mis graneros, construiré otros más grandes, almacenaré en ellos todas mis cosechas y mis bienes, ¹⁹ y me diré: Ahora ya tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y pásalo bien». ²⁰ Pero Dios le dijo: «¡Insensato! Esta misma noche vas a morir. ¿Para quién va a ser todo lo que has acaparado?». ²¹ Así le sucede a quien atesora para sí en lugar de hacerse rico ante Dios.

LECTIO

Jesús responde a la petición que le presenta un personaje anónimo y le dice que él no pretende inmiscuirse en cuestiones de intereses: no es ésa su misión. Sin em-

bargo, se apoya en esto para abordar el problema de fondo: la actitud con los bienes terrenos. La exhortación principal, que será desarrollada con una parábola y otras enseñanzas, va dirigida a abstenerse de la codicia, la avidez de poseer cada vez más. La vida del ser humano, la verdadera, no depende, en efecto, de los bienes que posee.

Esta enseñanza se ilustra con la célebre parábola del rico insensato, que, más que una parábola, es un ejemplo concreto del que se extrae una severa lección. En el monólogo del latifundista se expresa su ánimo hedonista. Pero la voz de Dios derriba la falsa ilusión: la muerte imprevista arrebata al rico todos los bienes materiales en los que hacía reposar su seguridad. El grado de su insensatez se hace evidente si se considera que sus riquezas irán a parar a otro. El comentario conclusivo introduce el criterio último de valoración: la verdadera riqueza es la que se acumula «ante Dios».

MEDITATIO

¿Por qué continuamos invirtiendo en lo que se desvanece? Hasta los jóvenes emplean jornadas y esfuerzos sobrehumanos, por ejemplo, en la tan descomunal como vana obra del pseudoenriquecimiento... ¡en belleza! Esculpirse el cuerpo en el gimnasio, procurarse los cosméticos más prometedores, broncearse a la luz de las lámparas... es como construir castillos en la arena. Aunque se gane el mundial de fútbol, las bellas banderas nacionales puestas a ondear en las ventanas o en las terrazas pierden sus colores a los pocos meses. Es la parábola inevitable de las cosas.

Con todo, hay una esperanza. Los cristianos están considerados unos sujetos extraños, aunque, en realidad, dan cuerpo a la esperanza secreta de todos: la esperanza

de una vida que ya no tenga fin, bella y gloriosa, porque se fundamenta en la eternidad del amor de Dios. «Todo el mundo pasa casi sin dejar huella», advierte Giacomo Leopardi. Los años pasan, implacables, en un abrir y cerrar de ojos. Sólo permanece el amor. Y precisamente el amor es la verdadera riqueza por la que vale la pena trabajar, sufrir, llorar y gozar.



«No os preocupéis...» (Lc 12,22-34)

²² Después dijo a sus discípulos:

–Por eso os digo: no andéis preocupados pensando qué vais a comer para poder vivir, ni con qué vestido vais a cubrir vuestro cuerpo, ²³ porque la vida es más importante que el alimento, y el cuerpo, más que el vestido. ²⁴ Mirad a los cuervos: no siembran ni siegan, ni tienen despensas ni graneros, y Dios los alimenta. ¡Cuánto más valéis vosotros que los pájaros! ²⁵ ¿Y quién de vosotros, por más que se preocupe, puede alargar su vida una hora? ²⁶ Por tanto, si no podéis hacer ni siquiera las cosas más pequeñas, ¿por qué preocuparos de lo demás? ²⁷ Fijaos cómo crecen los lirios: no se afanan ni hilan, pero os digo que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como uno de ellos. ²⁸ Y si Dios viste así a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se echa al horno, ¿cuánto más hará por vosotros, hombres de poca fe? ²⁹ Así que vosotros no andéis buscando qué comeréis ni qué beberéis, no estéis ansiosos. ³⁰ Por todo eso se afana la gente del mundo, pero vuestro Padre ya sabe lo que necesitáis. ³¹ Buscad más bien su Reino y él os dará lo demás. ³² No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha querido daros el Reino. ³³ Vended vuestras posesiones y dad limosna. Acumulad aquello que no pierde valor, tesoros inagotables en el cielo, donde ni el ladrón se acerca ni la polilla roe. ³⁴ Porque donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón.

LECTIO

En continuidad con la exhortación inicial (12,15) y con la lección de la parábola del rico insensato (12,16-21),

Jesús recomienda a los discípulos que no se preocupen excesivamente por los bienes temporales y que pongan su confianza en Dios y en su providencia. La existencia humana («*la vida*») y la persona («*el cuerpo*») son más importantes que lo que sirve a la vida: el alimento y el vestido. Si Dios no se olvida de los pájaros y viste las flores del campo, cuánto más cuidará de sus hijos: él sabe de qué tenemos necesidad. La búsqueda ansiosa de los bienes terrenos es algo propio y característico de los paganos. Debemos poner en primer lugar lo que tiene un valor absoluto («*buscad más bien su Reino*») y, a continuación, lo que tiene un valor relativo e instrumental («*él os dará lo demás*»). Jesús anima a su «*pequeño rebaño*» (v. 32): el Padre los ha hecho herederos del «*Reino*». Por consiguiente, no han de tener miedo a deshacerse de los bienes de este mundo, compartiéndolos con los pobres. De este modo, se asegurarán «*tesoros inagotables en el cielo*», junto a Dios.

MEDITATIO

Es rico para el mundo quien tiene puesta su mirada en asegurar su realidad con los bienes materiales y el dinero. Es rico para Dios quien, abierto con confianza al amor, comparte sus bienes con los otros.

La segunda tipología constituye el «*pequeño rebaño*» al que el Padre ha entregado su Reino. Y lo ha entregado ya desde ahora, no cuando cambien las formas de vida del mundo. Se trata, pues, de personas que, tras haber descubierto a Dios como Padre, viven el presente en la seguridad, en la paz, con el signo de la comunión en una Iglesia que sienten como casa de todos y no como casa de siervos y de señores, convencidos de que el privilegio del bautismo es lo que cuenta de verdad, después de habernos insertado en una realidad «distinta», en la que no valen las leyes de poder del mundo.

En la vida cristiana, aunque seamos adultos o –como dice la gente– hombres experimentados y con muchas leguas a las espaldas, debemos volver siempre a la infancia del corazón, a ser niños en Cristo. Si lo pensamos bien, nos envolvemos frecuentemente en lo viejo y debemos trabajar de manera asidua para llegar a ser niños en el sentido pleno y auténtico de la fe.

«*Andaré con rectitud de corazón por el camino de la inocencia*», se dice en el v. 2 del Sal 101, y la inocencia es precisamente esta continua y saludable purificación del corazón.

ORATIO

Oh Padre, tú que cuidas de cada ser que has creado y quieres el bien de cada uno de tus hijos, libéranos del afán cotidiano que nos quita la paz y nos hace olvidar dónde se encuentra el verdadero tesoro de la existencia humana. Refuerza en nosotros la fe en tu providencia, que nos sale al encuentro, nos alimenta y nos reviste de lo que es verdaderamente necesario. Pon en nosotros el ansia por la búsqueda de tu Reino y ayúdanos a desviar la mirada de nosotros mismos para dirigirla hacia los más pobres y menesterosos. Que empleemos sabiamente nuestras fuerzas en la construcción de un mundo más justo, basado en el amor y en la solidaridad, a fin de que todos tus hijos puedan gozar de él.

CONTEMPLATIO

Muchos dicen al Señor: *Me consagro a vos sin reserva*, y pocos son los que se abrazan con la práctica de esta entrega, que no es otra cosa que la perfecta indiferencia en aceptar todo lo que nos acontece como nos vaya

aconteciendo, según el orden de la divina providencia, ya sean aflicciones o ya consuelos, desprecios y baldones, honores y gloria. El abandono es la más excelente de las virtudes porque comparte la firmeza de la caridad, el perfume de la humildad, el mérito de la paciencia y el fruto de la perseverancia. Esta virtud es grandiosa y merecedora de ser practicada por todos los hijos de Dios.

Nuestro Señor ama con un amor tiernísimo a los que tienen esta felicidad de abandonarse de este modo totalmente a su cuidado paterno, dejándose gobernar por la divina providencia. Están segurísimos de que nada nocivo les puede enviar el paterno y amabilísimo Corazón, que no permitirá nunca que les llegue ningún acontecimiento del que no les haga extraer bien y humildad. Ahora bien, es menester que nosotros tengamos puesta toda nuestra confianza en él y que digamos con todo nuestro corazón: en vuestras manos benditas pongo mi espíritu, mi alma, mi cuerpo y todo lo que tengo, para hacer con ellos lo que a vos os plazca (Francisco de Sales, *Trattenimenti*, Alba [Cn] 1967, 29-32, *passim* [existe edición española en la BAC]).

ACTIO

Repíte con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Nuestro Padre sabe lo que necesitamos*» (cf. Lc 12,30b).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El primer obstáculo consiste en que, mientras no hayamos experimentado concretamente esa fidelidad de la divina providencia para proveer nuestras necesidades esenciales, nos cuesta creer y abandonarnos en ella. Somos obcecados, no nos bastan las palabras de Jesús y, para creer, queremos ver por lo memos

un poco. Ahora bien, no la vemos actuar claramente entre nosotros... En ese caso, ¿cómo experimentarla?

Es importante saber una cosa: sólo experimentaremos el apoyo de Dios si le dejamos el espacio necesario para que pueda manifestarse. Me gustaría hacer una comparación: mientras el paracaidista no salte al vacío, no podrá comprobar que le sostienen las cuerdas, pues el paracaidista aún no ha tenido la posibilidad de abrirse. Es preciso saltar primero, y sólo entonces se sentirá sostenido. En la vida espiritual ocurre lo mismo [...] muchos no creen en la providencia porque nunca la han experimentado, pero no la han experimentado porque nunca han dado el salto en el vacío, el salto de la fe, y no le dejan la posibilidad de intervenir: lo calculan todo, lo prevén todo, tratan de resolverlo todo por sus propios medios en lugar de contar con Dios. Los fundadores de órdenes religiosas van audazmente por delante en este espíritu de fe: compran casas sin tener un céntimo o recogen a pobres sin contar con qué alimentarlos. Entonces, Dios hace milagros a su favor, y llegan los cheques y se llenan los graneros. Pero con demasiada frecuencia, al cabo de unas generaciones, todo está planificado, contabilizado, y nadie se compromete a un gasto sin estar seguro de poder cubrirlo. ¿Cómo podrá manifestarse la providencia? Y esto es también válido en el plano espiritual [...]. Evidentemente, no pretendemos decir que no se deba ser prudentes, planificar bien nuestros propios asuntos. Nuestras capacidades naturales también son instrumentos en manos de la providencia. Con todo, existe una diferencia enorme entre quien, no creyendo en la intervención de Dios, lo programa todo hasta en los mínimos detalles y quien hace todo lo que debe hacer pero se abandona con confianza en Dios, que proveerá todo lo que le pidamos y más de lo previsto. Y lo que el Señor nos pide va siempre más allá de las posibilidades naturales y las previsiones humanas (J. Philippe, *La paz interior*, Rialp, Madrid 122008, 31-32).

«Estad preparados» (Lc 12,35-48)

³⁵ Tened ceñida la cintura, y las lámparas encendidas. ³⁶ Sed como los criados que están esperando a que su amo vuelva de la boda, para abrirle en cuanto llegue y llame. ³⁷ Dichosos los criados a quienes el amo encuentre vigilantes cuando llegue. Os aseguro que se ceñirá, los hará sentarse a la mesa y se pondrá a servirlos. ³⁸ Si viene a media noche o de madrugada y los encuentra así, dichosos ellos. ³⁹ Tened presente que, si el amo de la casa supiera a qué hora iba a venir el ladrón, no le dejaría asaltar su casa. ⁴⁰ Pues vosotros estad preparados, porque a la hora en que menos penséis vendrá el Hijo del hombre.

⁴¹ Pedro dijo entonces:

–Señor, ¿esta parábola se refiere a nosotros o a todos?

⁴² Pero el Señor continuó:

–Vosotros sed como el administrador fiel y prudente a quien el dueño puso al frente de su servidumbre para distribuir a su debido tiempo la ración de trigo. ⁴³ ¡Dichoso ese criado si, al llegar su amo, lo encuentra haciendo lo que debe! ⁴⁴ Os aseguro que lo pondrá al frente de todos sus bienes. ⁴⁵ Pero, si ese criado empieza a pensar: «Mi amo tarda en venir», y se pone a golpear a los criados y a las criadas, a comer, a beber y a emborracharse, ⁴⁶ su amo llegará el día en que menos lo espere y a la hora en que menos piense, le castigará con todo rigor y le tratará como merecen los que no son fieles. ⁴⁷ El criado que conoce la voluntad de su dueño pero no está preparado o no hace lo que él quiere, recibirá un castigo muy severo. ⁴⁸ En cambio, el que sin conocer esa voluntad hace cosas reprobables, recibirá un castigo menor. A quien se le dio mucho, se le podrá exigir mucho; y a quien se le confió mucho, se le podrá pedir más.

LECTIO

Desde la perspectiva de la recompensa celestial pasamos a la exhortación: «*Estad preparados*» (v. 40). Esta última está preparada por dos breves parábolas: los criados que esperan el regreso del amo de la casa y el ladrón que viene de improviso. La parábola de los criados insiste en la actitud que se le pide: el compromiso activo («*ceñida la cintura*») y la vigilancia («*las lámparas encendidas*»). Si los encuentra así, el amo les recompensará poniéndose él mismo a servirles. El banquete celestial es el premio de los discípulos fieles. La aplicación brota de la parábola del ladrón, que subraya la incertidumbre de la hora: «*Pues vosotros estad preparados, porque a la hora en que menos penséis vendrá el Hijo del hombre*» (v. 40).

Jesús, respondiendo a la pregunta de Pedro, desarrolla el tema e insiste en la responsabilidad de los que están puestos al frente de la «*casa*», o sea, de la comunidad. Administrador «*fiel y prudente*» es el que provee a las necesidades de cada uno. Si, por el contrario, el criado «*ecónomo*», o sea, el que está al frente de los otros, se da a la buena vida y trata con prepotencia a sus compañeros, el amo le castigará cuando vuelva. El juicio de Dios será más severo con los que más hayan recibido.

MEDITATIO

Es posible que el administrador vigilante puesto al frente de la casa sea un símbolo de los dirigentes de la Iglesia. La vigilancia que se le pide se traduce en un servicio en favor de los hermanos. El poder que se le ha conferido implica la obligación de preocuparse por los otros. Entre otras muchas, podemos citar a este respecto la vida ejemplar de Pío VII, el papa elegido fatalmen-

te en Venecia mientras en Italia arreciaba la tormenta de humillaciones y violencias contra la Iglesia católica por obra de Napoleón Bonaparte. Pasó la mayor parte de su pontificado zarandeado entre una prisión y otra, amenazado, aislado, engañado: no se le dispensó de nada. Después cambió la situación y el papa exiliado volvió a Roma en medio de las aclamaciones del pueblo. Este papa, caso bien extraño para la diplomacia europea, excarceló a los franceses y a los colaboracionistas encerrados en el Castel Sant'Angelo; acogió a la madre de Napoleón, a la que su misma hija Elisa, gran duquesa de Toscana, había rechazado, esperando congraciarse con los vencedores. Incluso llegó a enviar un mensaje al príncipe regente de Gran Bretaña para que se liberara al exiliado de Santa Elena o, al menos, para que se mitigara su prisión. «*Debemos esforzarnos por comprender y perdonar*», decía.

Al examinar atentamente nuestra parábola, descubrimos que la exigencia a los ministros se extiende también a todos los miembros de la Iglesia, sobre todo si en el trabajo o en su familia tienen personas bajo su responsabilidad: el que ha recibido el gran tesoro que le hace rico ante Dios no puede ser más que una fuente incesante de amor para los hermanos y las hermanas.

ORATIO

Señor, al hombre de hoy le falta la capacidad de saber esperar, de perseverar, de seguir siendo fiel a sus propios compromisos, a las decisiones tomadas. Todo a nuestro alrededor nos hace soñar con que podemos obtenerlo todo inmediatamente, pero cuando los sueños no se cumplen, cuando no se nos da la recompensa por nuestro compromiso, perdemos el gusto por la vida, nos encerramos en el egoísmo y nos defendemos aislándonos de los otros.

Queremos pedirte humildemente, Señor, que nos concedas el don de la perseverancia, de la confianza a toda prueba, que es capaz de esperar con la certeza de que eres tú el que da valor a lo que somos y hacemos.

CONTEMPLATIO

Despertémonos, por fin, del sueño y elevemos al cielo nuestros corazones junto con nuestras manos, a fin de que, cuando el Señor se acerque de improviso a la morada, nos encuentre vigilantes al venir. Seamos fieles en la oración, para no vivir en el temor. Purifiquemos nuestros corazones de la iniquidad, para ver al Altísimo en su gloria. Seamos misericordiosos como está escrito, a fin de que Dios tenga misericordia de nosotros. Reine la paz entre nosotros, a fin de que nos llamen hermanos de Cristo. Construyamos nuestro edificio sobre la roca, para que no lo derriben los vientos y las olas. Seamos vasos dignos de honor, a fin de que el Señor nos busque para su servicio. Volvámonos extraños al mundo como Cristo no fue del mundo. Participemos en su pasión, para que después podamos vivir en la resurrección. Imprimamos su signo en nuestros cuerpos, para ser liberados de la ira que va a venir; en efecto, es terrible el día en el que vendrá: ¿y quién lo podrá resistir?

Pongamos en nuestra cabeza el yelmo de la salvación, para no caer heridos en el combate. Seamos también olor suave, a fin de que nuestra fragancia se difunda a nuestro alrededor. Cuando no tengamos nada en la tierra, entonces lo poseeremos todo. Cuando nadie nos conozca, entonces tendremos muchísimos amigos. El que asume la semejanza del ángel se hace extraño a los hombres (Afraates, *Demostraciones sobre la vida monástica*, VI, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Dichosos los criados a quienes el amo encuentre vigilantes cuando llegue*» (Lc 12,37).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El Nuevo Testamento define la vigilancia como la sobriedad y como el «tener los ojos bien abiertos» de aquel que tiene un fin preciso para conseguir y del que podría ser apartado si no estuviera, precisamente, vigilante. Y puesto que el fin que debe conseguir un cristiano es la relación con Dios a través de Jesucristo, la vigilancia cristiana es totalmente relativa a la persona de Cristo, que ha venido y que vendrá. La vigilancia es, por consiguiente, lucidez interior, inteligencia, capacidad crítica, presencia en la historia, no distracción ni disipación. El hombre vigilante, unificado por la escucha de la Palabra de Dios, atento interiormente a sus exigencias, se vuelve *responsable*, es decir, radicalmente no indiferente, consciente de que debe ocuparse de todo y, en particular, capaz de vigilar sobre los otros hombres y custodiarlos. Así pues, la vigilancia es una cualidad que requiere una gran fuerza interior y produce equilibrio: se trata de activar la vigilancia no sólo sobre la historia y sobre los otros, sino también sobre nosotros mismos, sobre nuestro propio ministerio, sobre nuestro propio trabajo, sobre nuestra propia conducta; en suma, sobre toda la esfera de las relaciones que vivimos.

La vigilancia tiene el precio de una lucha contra nosotros mismos: el vigilante es el que resiste, el que combate para defender su propia vida interior, para no dejarse arrastrar por las seducciones mundanas, para no dejarse arrollar por las angustias de la existencia; en suma, para unificar fe y vida, y para mantenerse en el equilibrio y en la armonía. Vigilante es aquel que se adhiere a la realidad y no se refugia en la imaginación, en la idolatría, que trabaja y no se entrega al ocio, que se relaciona, que ama y que no se muestra indiferente, que asume con responsabilidad su compromiso histórico y lo vive en la espera del

Reino que vendrá. La vigilancia se encuentra, por tanto, en la raíz de la calidad de la vida y de las relaciones, está al servicio de la plenitud de la vida y combate las seducciones que la muerte ejerce sobre el hombre. En cierto sentido, la vigilancia es lo único absolutamente esencial para el cristiano: es la matriz de todas las virtudes, es la sal de todo nuestro obrar, la luz de su pensamiento y de su habla. Dijo el padre Arsenio: «Es preciso que cada uno vigile sus propias acciones para no cansarse en vano» (E. Bianchi, *Le parole della spiritualità. Per un lessico della vita interiore*, Milán 1999, 31-34, *passim*).

No paz, sino división (Lc 12,49-59)

⁴⁹ He venido a prender fuego a la tierra, y ¡cómo desearía que ya estuviese ardiendo! ⁵⁰ Tengo que pasar por la prueba de un bautismo y estoy angustiado hasta que se cumpla. ⁵¹ ¿Creéis que he venido a traer paz a la tierra? Pues no, sino división. ⁵² Porque de ahora en adelante estarán divididos los cinco miembros de una familia, tres contra dos, y dos contra tres. ⁵³ El padre contra el hijo, y *el hijo contra el padre*; la madre contra la hija, y *la hija contra la madre*; la suegra contra la nuera, y *la nuera contra la suegra*.

⁵⁴ Y a la gente se puso a decirle:

–Cuando veis levantarse una nube sobre el poniente decís en seguida: «Va a llover», y así es. ⁵⁵ Y cuando sentís soplar el viento del sur, decís: «Va a hacer calor», y así sucede. ⁵⁶ ¡Hipócritas! Si sabéis discernir el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo es que no sabéis discernir el tiempo presente? ⁵⁷ ¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?

⁵⁸ Cuando vayas con tu adversario para comparecer ante el magistrado, procura arreglarte con él por el camino, no sea que te arrastre hasta el juez, el juez te entregue al alguacil y el alguacil te meta en la cárcel. ⁵⁹ Te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último céntimo.

LECTIO

Como apéndice a las instrucciones precedentes, Jesús realiza algo así como un balance de su misión, una mi-

sión que desea ardientemente llevar a su consumación con el «bautismo» de la pasión. La finalidad que persigue Jesús es «prender fuego a la tierra», irradiando la buena nueva del Reino de Dios (la imagen del fuego podría referirse al juicio, pero también podemos conectarla con el don del Espíritu: 3,16; Hch 2,3ss). Ahora bien, en vez de la paz, ha traído la división, como ya ha mostrado el evangelio en otras ocasiones y como ya había profetizado el anciano Simeón (2,34). La adhesión a su mensaje o el rechazo del mismo no afectan sólo a la relación entre él y las personas particulares, sino también a las de los hombres entre ellos.

Extrayendo las consecuencias de lo que acaba de afirmar, Jesús invita a las muchedumbres a reconocer el tiempo presente, que es un tiempo de salvación. La llamada toma su impulso en una experiencia común «meteorológica»: el movimiento de las nubes y el soplar del viento del desierto permiten prever si lloverá o si hará calor (vv. 54s). ¿Por qué, entonces, no somos capaces de «discernir el tiempo presente», el *kairós* de Dios, tiempo favorable para la conversión y la salvación? Es un tiempo precioso y limitado, como subraya la breve parábola del camino hacia el juez (vv. 58s).

MEDITATIO

«Fuego» es el poder de Dios que purifica, su santidad que destruye la altivez de los soberbios. «Fuego» es la vida de Jesús, su destino de pasión, de sufrimiento, de muerte y de Pascua.

La «paz» que Cristo nos ha traído se concretará en la medida en que se dé en nosotros una conversión efectiva, con la consiguiente superación del fácil irenismo. Es preciso llegar a descubrir cómo el punto verdadero de observación para comprender todas las realidades es el

Calvario. Juan XXIII expresaba esta convicción de fe en la homilía del comienzo de su pontificado: «Es desde este monte santo desde donde debemos mirar las cosas terrenas, juzgarlas y servirnos de ellas».

Jesús vino a romper los vínculos de los que se unen por la violencia y por el egoísmo. Las falsedades, las manipulaciones y los errores van a ser desenmascarados y condenados sea quien sea el que los proponga y por muy extensa que sea su difusión. Vemos a nuestro alrededor una reverencia y una sujeción crecientes, incluso por parte de los creyentes, por los que defienden a ultranza, por ejemplo, todos los tipos de vida animal pero afirman que recurrir al aborto para que no nazca un niño puede ser en ocasiones un derecho; recogen fondos y firmas para proteger árboles ultracentenarios, pero proponen legalizar la eutanasia; muestran admiración frente a otras modalidades religiosas, sobre todo si son exóticas, pero se horrorizan si intentas defender la presencia del crucifijo en las escuelas.

Miremos a Cristo, escuchemos su Palabra y no nos dejemos subyugar por tantos falsos profetas: la lectura del tiempo presente a la que Cristo invita a los suyos es algo demasiado serio.



«Si no os convertís...»

(Lc 13,1-9)

¹ En aquel momento llegaron unos a contarle lo de aquellos galileos a quienes Pilato había hecho matar, mezclando su sangre con la de los sacrificios que ofrecían. ² Jesús les dijo:

—¿Creéis que aquellos galileos murieron así por ser más pecadores que los demás? ³ Os digo que no; más aún, si no os convertís, también vosotros pereceréis del mismo modo. ⁴ Y aquellos dieciocho que murieron al desplomarse sobre ellos la torre de Siloé, ¿creéis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? ⁵ Os digo que no, y, si no os convertís, todos pereceréis igualmente.

⁶ Jesús les propuso esta parábola:

—Un hombre había plantado una higuera en su viña, pero cuando fue a buscar fruto en la higuera no lo encontró. ⁷ Entonces dijo al viñador: Hace ya tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo encuentro. ¡Córtala! ¿Por qué ha de ocupar terreno inútilmente? ⁸ El viñador le respondió: «Señor, déjala todavía este año; yo la cavaré y le echaré abono, ⁹ a ver si da fruto en lo sucesivo; si no lo da, entonces la cortarás».

LECTIO

En continuidad con la llamada que ha dirigido a las muchedumbres (reconoced este tiempo: es el tiempo de la salvación), Jesús insiste: es urgente convertirse. Un suceso, que refleja las continuas tensiones entre la población judía y el poder de ocupación romano, brinda el

punto de partida para la advertencia: «*Si no os convertís, también vosotros pereceréis del mismo modo*» (vv. 3 y 5). De otro episodio reciente, tal vez una desgracia acaecida en el mundo del trabajo, extrae la misma enseñanza. La invitación apremiante a la conversión está confirmada por medio de una parábola que recoge algunas imágenes clásicas de la tradición bíblica (vv. 6-9). El dueño de la viña (el Señor) espera desde hace tiempo que un árbol dé fruto. Ahora le concede una última oportunidad. Después, ya no habrá tiempo: el hacha se abatirá sobre él.

MEDITATIO

La invitación que Jesús nos dirige a cada uno es a que seamos capaces de «leer» los acontecimientos de la historia, incluso los personales, abandonándonos con confianza al juicio de Dios. Es extremadamente vital acoger su llamada a la conversión y abrimos, en consecuencia, a la oferta de su gracia. ¡Sí, vital! Contrariamente a lo que estamos inclinados a suponer, la conversión, en vez de empobrecernos o limitarnos en nuestro modo de pensar, nos abre el camino hacia la plenitud de la vida, un camino que nos llevará a crecer en el conocimiento y en el amor, ejercitándonos para proyectar siempre una mirada de fe sobre las realidades que nos rodean y creer que Dios hace frente seriamente como el único Señor a todo acontecimiento.

La conversión es, por consiguiente, un don que debemos invocar humildemente, reconociendo que tenemos necesidad de la ayuda de Dios; no es una iniciativa que podamos establecer y realizar partiendo de nosotros mismos. Sin la luz del Espíritu seguimos siendo personas que todavía se ponen a sí mismas en el centro de la existencia. Podemos dirigirnos a Dios y volver a él sólo gracias a que él es el primero que desea salir a nuestro

encuentro y entrar en una nueva relación de amistad con nosotros, esperando con paciencia a que demos frutos de vida nueva en comunión con Aquel que crea de manera incansable continuas ocasiones de salvación.



Una curación en sábado

(Lc 13,10-17)

¹⁰ Un sábado estaba Jesús enseñando en una sinagoga, ¹¹ y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años estaba poseída por un espíritu que le producía una enfermedad; estaba encorvada y no podía enderezarse del todo. ¹² Jesús, al verla, la llamó y le dijo:

–Mujer, quedas libre de tu enfermedad.

¹³ Le impuso las manos y, en el acto, se enderezó y se puso a alabar a Dios. ¹⁴ El jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús curaba en sábado, empezó a decir a la gente:

–Hay seis días en que se puede trabajar. Venid a curaros en esos días y no en sábado.

¹⁵ El Señor le respondió:

–¡Hipócritas! ¿No suelta cada uno de vosotros su buey o su asno del pesebre en sábado para llevarlo a beber? ¹⁶ Y a ésta, que es una hija de Abrahán, a la que Satanás tenía atada hace dieciocho años, ¿no se la podía soltar de su atadura en sábado?

¹⁷ Al hablar así, quedaban confusos todos sus adversarios, pero toda la gente se alegraba por los milagros que hacía.

LECTIO

Entre los milagros que realizó Jesús en su camino hacia Jerusalén figura éste, en el que libera a una mujer de su enfermedad. La crítica del jefe de la sinagoga provoca una respuesta que revela el significado más profundo de la curación.

La iniciativa parte por completo de Jesús; la mujer parece que no espera la intervención, pero después reconoce la enorme gracia que ha recibido y glorifica a Dios. El responsable de la sinagoga, en vez de dirigirse directamente a Jesús, la emprende con la gente porque viene a curarse en sábado. Al tratarle, merecidamente, de hipócrita, Jesús justifica su gesto apelando a lo que todo buen judío considera lícito en sábado, como soltar a un animal para llevarlo al abrevadero. Pues bien, él ha «soltado» a una persona, más aún, a una «hija de Abraham», de la tiranía de Satanás. Esto corresponde plenamente con la intención de Dios («¿no se la podía soltar de su atadura en sábado?»: v. 16). La gente sencilla y honesta aprecia el argumento y no retiene su admiración por las «maravillas» que Jesús hace, mientras que sus adversarios quedan cubiertos de vergüenza.

MEDITATIO

La iniciativa de la curación de la mujer enferma corresponde únicamente a Jesús: él, el Señor del sábado, desenmascara actuando de este modo la hipocresía religiosa de los que viven en una meticulosa observancia de la ley. En las enseñanzas y en las obras de Jesús descubrimos que todo es signo del amor y de la bendición del Padre, manifestación de los prodigios de su Reino que ya actúa en medio de nosotros por obra de su Hijo. La escucha atenta de este evangelio hace crecer en nosotros una sana inquietud, hasta el punto de poner en cuestión la «calidad» de nuestra fe.

Es importante que nos mostremos siempre vigilantes y que estemos profundamente a la escucha de lo que el Espíritu nos sugiere, a fin de no permanecer presos en una religiosidad que sólo es apariencias, en unas formalidades y unos planteamientos que acaban por sofocar la vida. Nos hace falta el coraje del amor al Evangelio,

deseando, como Jesús, alabar al Padre, rompiendo todas las barreras de la hipocresía para implicar a los hermanos y las hermanas en el camino de una fe auténtica y compartida. Por otra parte, tampoco se nos puede escapar en este texto evangélico la invitación a mantener siempre viva la esperanza, puesto que el Señor, de una manera inesperada y gratuita, como hizo con la mujer enferma, puede tomar la iniciativa de dirigir su mirada sobre nosotros y hacer visible que, en su misericordia, puede hacerlo todo.



El grano de mostaza y la levadura

(Lc 13,18-21)

¹⁸ Jesús añadió:

—¿A qué se parece el Reino de Dios? ¿Con qué lo compararé?
¹⁹ Es como un grano de mostaza que un hombre sembró en su huerto; creció, se convirtió en árbol y las aves del cielo anidaron en sus ramas.

²⁰ De nuevo les dijo:

—¿Con qué compararé el Reino de Dios? ²¹ Es como la levadura que una mujer toma y mete en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta.

LECTIO

Las dos breves parábolas, que Mateo presenta en un contexto diferente (Mt 13,31-33; cf. Mc 4,30-32: parábola del grano de mostaza), representan casi un balance provisional, antes de reemprender el camino (13,22). La misión de Jesús ha tenido hasta ahora un éxito parcial. ¿Cómo será en el futuro?

El Reino de Dios, que está en el centro de su mensaje, es una realidad inicialmente pequeña, desdeñable, pero está destinada a crecer, hasta convertirse en «*un árbol*» tan grande que entre sus ramas hacen sus nidos los pájaros del cielo. Se trata de una imagen conocida en la Biblia (Ez 17 y 31; Dn 4), donde representa un

gran reino que abarca muchos pueblos. La parábola de la levadura subraya a su vez la acción imperceptible de la masa de harina. Así es como actúa el Reino de Dios en la historia humana.

MEDITATIO

Lucas pretende ayudarnos, con estas dos breves parábolas, a adquirir una mayor conciencia de que el Reino de Dios está presente en medio de nosotros y que *de una manera misteriosa* se difunde y crece en la historia de cada pueblo. El Reino, como una pequeña semilla de mostaza o como la levadura de la masa, es una realidad humilde y escondida, pobre y silenciosa, hasta el punto de ser difícilmente perceptible para los que viven sumergidos entre las competiciones y los placeres de la vida.

La Palabra nos invita a creer y a edificar nuestra existencia sobre la promesa de la fidelidad de Dios, que, con la ofrenda de su Hijo, ha abierto de par en par el camino del Reino y lo ha hecho visible a toda la humanidad. Creer sin sombra de miedo y de desconfianza, incluso cuando las apariencias parecen desmentir la luz, la paz y la justicia garantizadas por la presencia del Reino junto a nosotros. Creer en el compromiso activo cotidiano de elegir el camino del bien, el que no hace ruido, no se afirma de una manera prepotente y no se contrapone a lo que es diferente por cultura y religión, sino que busca siempre y de todos modos iniciar con todos el camino del diálogo y de la comunión.

En la medida en que hagamos crecer nuestra fe en la certeza de que ninguna fuerza del mal puede aplastar o sofocar la potencialidad de vida y de amor presentes en la pequeña semilla del Reino echada en los surcos de la historia, en esa misma medida nos hacemos también

más capaces de vivir de una manera diferente nuestro testimonio cristiano, dándole un matiz de novedad, con la alegría de colaborar con Dios a fin de difundir y hacer creíbles las inestimables riquezas de su Reino.



La puerta estrecha

(Lc 13,22-30)

²² Mientras iba de camino hacia Jerusalén, Jesús enseñaba en los pueblos y aldeas por los que pasaba.

²³ Uno le preguntó:

–Señor, ¿son pocos los que se salvan?

Jesús le respondió:

²⁴ –Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. ²⁵ Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, vosotros os quedaréis fuera y, aunque empecéis a aporrear la puerta gritando: «¡Señor, ábrenos!», os responderá: «¡No sé de dónde sois!». ²⁶ Entonces os pondréis a decir: «Hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas». ²⁷ Pero él os dirá: «¡No sé de dónde sois! ¡Apartaos de mí, malvados!». ²⁸ Entonces lloraréis y os rechinarán los dientes cuando veáis a Abrahán, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera. ²⁹ Pues vendrán muchos de oriente y occidente, del norte y del sur, a sentarse a la mesa en el Reino de Dios. ³⁰ Hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos.

LECTIO

Mientras va de camino hacia la ciudad santa, donde consumará su misión, Jesús continúa anunciando el Reino de Dios y ocupándose de la formación de sus discípulos. La pregunta de un personaje anónimo, que refleja el

ansia del mundo religioso judío, aunque también un problema que se plantean legítimamente los creyentes, no obtiene la respuesta: «Son pocos», o bien: «Son muchos». Jesús exhorta, en cambio, a tomarse en serio el problema de la salvación. Se trata de «luchar» (tal vez mejor que «esforzarse») por entrar en el Reino de Dios por *«la puerta estrecha»*. La imagen se repite en el diálogo que sigue. El Reino de Dios es como un banquete de bodas (cf. 14,15-24; Mt 25,1-13) en el que, en un determinado momento, el amo de la casa se levanta y cierra la puerta. Los que se quedan fuera o llegan con retraso, llaman y gritan: «¡Señor, ábrenos!». Es inútil: la puerta está cerrada y el amo responde: «¡No sé de dónde sois!» (v. 25). La parábola se vuelve transparente cuando dicen: «*Hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas*». El amo (Kyrios) también está bien identificado: es Jesús mismo, que continúa: «¡Apartaos de mí, malvados!» (v. 27). Por eso son indignos de entrar en la fiesta. En su lugar *«vendrán muchos de oriente y occidente, del norte y del sur, a sentarse a la mesa en el Reino de Dios»*, junto con los patriarcas y los profetas, muchos que vienen de los cuatro puntos cardinales, los gentiles. Eran los últimos y se han convertido en los primeros; entre los primeros, sin embargo, muchos se han vuelto últimos (v. 30).

MEDITATIO

«¿Son pocos los que se salvan?» (v. 23). La respuesta del Señor a esta pregunta nos hace comprender que lo que cuenta no es encontrar una solución a preguntas abstractas, sino implicarse con él en un compromiso personal serio y exigente: *«Luchad por entrar por la puerta estrecha»*. El imperativo del texto original recuerda precisamente la competición, la «lucha», como la que deberá afrontar Jesús muy pronto en la oración del Getsemaní.

Este recuerdo, así como la referencia al camino hacia Jerusalén, donde el Señor será condenado y ejecutado, nos hace comprender que la *«puerta estrecha»* es la que él mismo atraviesa en su Pascua: es la cruz, el no vivir para él mismo, sino en la entrega de sí mismo que, en el amor, llega hasta perderse por los hermanos. Para pasar por ella nos ha pedido que le sigamos por el camino que él recorrió, esforzándonos por configurar día a día nuestra vida con la suya.

Éste es el único criterio: no se trata de ser mejores que los otros haciendo tal vez algunas cosas difíciles, ni se trata de vivir en unas condiciones de vida en cierto modo privilegiadas. El Señor no quiere excluir a nadie y ofrece su salvación a todos los que la acogen, como vemos expresado muy bien en la imagen al final de la perícopa: *«Vendrán muchos de oriente y occidente, del norte y del sur, a sentarse a la mesa en el Reino de Dios»* (v. 29).

ORATIO

Padre, tu Hijo bajó a nuestras calles y, mediante su ejemplo y su palabra, nos indicó el camino de la vida. Haz que no nos alejemos nunca de tus mandamientos y que, encarnando sus enseñanzas en nuestra vida, hagamos siempre el bien a todos nuestros hermanos y hermanas, a fin de que podamos pasar por la puerta estrecha y tener parte un día en la mesa de tu Reino, junto con todos tus santos.

CONTEMPLATIO

Cuando alguien se acerca al Señor, lo primero que debe hacer es ceñirse al bien, aunque su corazón no lo quiera, y esperar siempre con una fe inamovible su misericordia; debe obligarse a la caridad, aunque no la tenga;

obligarse a la mansedumbre, aunque carezca de ella; obligarse a tener un corazón compasivo y misericordioso; obligarse a soportar el desprecio, a ser paciente cuando sea despreciado y a no airarse cuando sea vilipendiado o ultrajado; obligarse a la oración, aunque no posea la oración espiritual. Y así Dios, al verle luchar de este modo y obligarse haciéndose violencia, aunque su corazón no quiera, le da la verdadera oración espiritual, le da la verdadera caridad, la verdadera mansedumbre, entrañas de misericordia, la verdadera bondad y, en una palabra, le colma de los frutos del Espíritu (cf. Gál 5,22).

Hagámonos, por tanto, violencia y obliguémonos a la humildad aunque nuestro corazón no quiera; obliguémonos a la mansedumbre, a la caridad, orando y suplicando incesantemente a Dios con fe, esperanza y caridad, esperando que él envíe su Espíritu a nuestros corazones. Y el mismo Espíritu orará en nosotros para enseñarnos la verdadera oración, que ahora no poseemos aunque nos hagamos violencia; la verdadera humildad, que ahora no podemos tener en nosotros ni siquiera obligándonos; entrañas de misericordia y bondad. Y nos enseñará a cumplir todos los mandamientos del Señor verdaderamente, sin fatiga ni violencia, porque el Espíritu mismo es capaz de colmarnos de sus frutos (Pseudo-Macario, *Spirito e fuoco*, Magnano [Bi] 1995, 242-246, *passim*).

ACTIO

Repita con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Esforzaos en entrar por la puerta estrecha» (Lc 13,24a).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El cristianismo se niega a decorar nuestra vida, pero ¿se contrapone a nuestra vida y nos plantea la pregunta: *aut-aut*? ¿Tú

o yo? No se trata sólo de cosas agradables y edificantes, sino de la fuerza viva de Dios, que está dispuesta a despertar, que no quiere dejarse relegar en el pasado, que irrumpe como una corriente de los diques y lleva por doquier la destrucción, pero también la fertiliza allí donde desarraiga lo que es viejo para construir lo nuevo... ¿No deberíais reconocer honestamente de vez en cuando: quiero precisamente lo que Dios no quiere? No quiero una vida nueva, sino tal como es ahora. ¿Y por qué muchos de vosotros no deberíais decir, probablemente desde hoy: Ya basta, no voy más a la iglesia? Todo esto sería inteligente y sensato. Con ello demostraríais que aquí nos las vemos verdaderamente con un *aut-aut*. Ahora bien, también podríais –y ésta es la *otra* posibilidad– dejaros vencer y encarcelar por la voluntad de Dios. Podríais entrar conmigo en esa gran inquietud, inevitable cuando Dios habla con nosotros. También esto tiene un sentido. Podríais ayudarme a llevar el peso de Dios, que quiere ser y tener razón de modo exclusivo. Podríais ayudarme en mi invocación a Dios, en mi fatiga por él, en mi extraer alegría y en dar testimonio de él. Más aún, no me ayudaríais a mi, sino a Dios y a vosotros mismos.

También hoy os invito de nuevo a seguir conmigo este camino. ¡Dejaos reconciliar con Dios! Creed en la luz, mientras la tenéis, para poder ser hijos de la luz. También esto sería inteligente y sensato. Así demostraríais asimismo que habéis comprendido el *aut-aut*. Sólo la *vía de en medio*, la áurea mediocridad, es la que no podéis tomar. Se opone a ello con todas sus fuerzas no vuestro párroco, sino Dios. No podéis pretender que se os hable de Dios y se os dé razón. No es posible. Al final deberíais, por fuerza, elegir una de las dos. Una de las dos, pero no ambas. Decidíos. Y si se me permite pensar que hoy he hablado, por fin, bastante claro y que vosotros me habéis escuchado, diría ahora: ¡Decidíos hoy! (K. Barth, *Iniziare dall'inizio. Antologia di testi*, Brescia 1990, 55-57).

«Jerusalén, Jerusalén...»

(Lc 13,31-35)

³¹ Entonces se acercaron unos fariseos y le dijeron:

–Sal, márchate de aquí, porque Herodes quiere matarte.

³² Jesús les dijo:

–Id a decir a ese zorro: Que sepas que expulso demonios y realizo curaciones hoy y mañana, y que al tercer día acabaré.

³³ Por lo demás, hoy, mañana y pasado tengo que continuar mi viaje, porque es impensable que un profeta pueda morir fuera de Jerusalén.

³⁴ ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que Dios te envía! Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos debajo de las alas y no habéis querido. ³⁵ Pues bien, vuestra casa se os quedará desierta. Y os digo que ya no me veréis hasta que llegue el día en que digáis: *Bendito el que viene en nombre del Señor.*

LECTIO

Jesús atraviesa a lo largo del camino un territorio que pertenece a la jurisdicción de Herodes Antipas. Este personaje equívoco, que ya dio muerte al Bautista, podría hacer lo mismo con Jesús. Algunos fariseos que están a favor de Jesús le advierten del peligro. Su reacción es reveladora: aun sabiendo el final que le espera, hace que le digan a «ese zorro» que seguirá impertérrito su misión porque tiene que continuar su viaje (cf. v. 33), o

sea, porque corresponde a la voluntad de Dios. La fórmula «*hoy, mañana y pasado*», expresión que no se debe tomar al pie de la letra, indica un tiempo determinado y circunscrito.

La meta del camino es Jerusalén, la ciudad que personifica al pueblo de Dios de la primera alianza. Son muchos los profetas que desarrollaron su misión en ella y allí encontraron su muerte. Jesús se sitúa en su estela (cf. 20,9-19) y le dirige un lamento acongojado. Como una gallina recoge a sus polluelos bajo sus alas, así ha intentado reunir Jesús al pueblo de Dios disperso: «*y no habéis querido*» (v. 34). La consecuencia del rechazo obstinado es dramática: «*vuestra casa*», es decir, el templo, va a ser abandonada por Dios. Sin embargo, un día, los que hoy le rechazan le acogerán de una manera festiva con las palabras del salmo: «*Bendito el que viene en nombre del Señor*» (Sal 118,26). Estas palabras proféticas corresponden a la entrada mesiánica o bien debemos referirlas al retorno glorioso del Hijo del hombre: ambas hipótesis son plausibles.

MEDITATIO

Podríamos leer este pasaje del evangelio de Lucas dilatando en nuestro interior un espacio de auténtica participación en el acongojado lamento de Jesús sobre Jerusalén. Una fundada lamentación, símbolo de lo que Dios siente y vive frente a todo el mal del mundo de entonces y de hoy. En verdad, Jesús podría lamentarse todavía por todas las ciudades de la tierra, que, en la maraña variadamente coligada de múltiples pecados, continúa rechazándole, sigue sin reconocer el tiempo de su visita. ¡Qué mal ve, pues, al contemplar la ciudad santa y en ella a todas las ciudades de nuestro tiempo! Y, sobre todo, ¡cuántos males encerrados en su corazón traspasado!

Sabemos bien lo que pasó en Jerusalén y la ruina que podemos atraernos todos nosotros si nos obstinamos en cerrar la puerta. El Señor quiere reunirnos y nosotros nos resistimos pensando, neciamente astutos como Herodes, que podemos obtener la felicidad y la grandeza poniéndonos fuera y contra él. Sin embargo, Jesús no tiene miedo; sigue adelante, resuelto, como en una marcha frontal, derribando nuestras hostilidades e infidelidades, importándole más el mal de aquel a quien ama que su propia suerte. Por eso viaja hacia Jerusalén, donde elevará al infinito el espesor del amor divino: el de la autoentrega total, irreversible, que perfila sobre las ruinas de la vieja ciudad de los profetas el signo de la salvación universal. Es el Jesús crucificado y vivo de la Pascua, que, a partir de Jerusalén, lleva adelante para siempre la redención, destinándonos a todos a la ciudad divina.



Un convite

(Lc 14,1-14)

¹ Un sábado entró Jesús a comer en casa de uno de los jefes de los fariseos. Ellos estaban al acecho. ² Había allí, frente a él, un hombre enfermo de hidropesía. ³ Jesús preguntó a los maestros de la ley y a los fariseos:

—¿Se puede curar en sábado o no?

⁴ Ellos se quedaron callados. Entonces Jesús tomó de la mano al enfermo, lo curó y lo despidió. ⁵ Después les dijo:

—¿Quién de vosotros, si su hijo o su buey cae en un pozo, no lo saca inmediatamente, aunque sea en sábado?

⁶ Y a esto no pudieron replicar.

⁷ Al observar cómo los invitados escogían los mejores puestos, les hizo esta recomendación:

⁸ —Cuando alguien te invite a una boda, no te pongas en el lugar de preferencia, no sea que haya otro invitado más importante que tú ⁹ y venga el que te invitó a ti y al otro y te diga: Cédele a éste tu sitio, y entonces tengas que ir todo avergonzado a ocupar el último lugar. ¹⁰ Más bien, cuando te inviten, ponte en el lugar menos importante; así, cuando venga quien te invitó, te dirá: «Amigo, sube más arriba», lo cual será un honor para ti ante todos los demás invitados. ¹¹ Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

¹² Y al que le había invitado le dijo:

—Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, hermanos, parientes o vecinos ricos, no sea que ellos a su vez te inviten a ti y con ello quedes ya pagado. ¹³ Más bien, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados y a los ciegos. ¹⁴ ¡Dichoso tú si no pueden pagarte! Recibirás tu recompensa cuando los justos resuciten.

LECTIO

En el marco de un convite aparecen tres elementos diferentes: una curación, algunos dichos relacionados precisamente con esa circunstancia y una parábola. La curación del hidrópico recuerda dos hechos análogos: la curación del hombre de la mano parálitica (6,6-10) y la de la mujer encorvada (13,10-17). Jesús desafía también en este caso el precepto del sábado para provocar a sus adversarios, que le observan críticamente. Después justifica su propio gesto recurriendo a un argumento tomado de la casuística rabínica (v. 5): deja entender así que éstos están prevenidos respecto a él.

Jesús ha sido convidado a la casa de uno de los jefes de los fariseos, a los que antes ha echado en cara ambicionar los primeros puestos (11,43). Es lo que está pasando ante sus ojos, y esto le brinda la ocasión para lanzar una advertencia de sabor sapiencial (cf. Prov 25,6s). Ahora bien, la sentencia conclusiva revela su intencionalidad: se trata de superar la lógica humana, con sus ambiciones, para entrar en la de Dios. Es la lógica del vuelco, la que se expresa en las bienaventuranzas y María cantó en el *Magnificat*.

Sin temor al anfitrión, Jesús imparte otra lección que, obviamente, afecta a los lectores del evangelio. El intercambio de invitaciones ha servido desde siempre para consolidar los vínculos de parentesco y amistad. Ahora bien, más allá de los buenos sentimientos, puede estar el cálculo del interés, la espera de algo a cambio. Esto pertenece también a la lógica humana, no a la de Dios, que elige a los pobres y ensalza a los humildes. Al exhortar a abrir nuestra mesa a «los pobres, a los lisiados y a los ciegos», que «no pueden pagarte», Jesús asegura que «cuando los justos resuciten» Dios recompensará las obras del amor (vv. 13s).

MEDITATIO

La mirada del Señor desenmascara la ilusión de los que se afanan en encontrar seguridades en su propia vida afirmándose a sí mismos. Se nos invita así a interrogarnos sinceramente sobre lo que estamos buscando de verdad, a preguntarnos si perseguimos la estima de los otros, esforzándonos de todos los modos posibles para subir puestos, o si estamos tan seguros de lo que valemos a los ojos de Dios que nos atrevemos a seguir al Señor Jesús, que fue el primero en elegir el último puesto y se «*humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz*» (Flp 2,8).

Sabemos que el himno paulino prosigue afirmando en el versículo siguiente que «*por eso Dios lo exaltó y le dio el nombre que está por encima de todo nombre*» (Flp 2,9), como atestigua la palabra de Jesús que concluye la perícopa lucana: «*El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado*». Precisamente al contrario de lo que estamos continuamente inclinados a creer, no se realiza nuestra propia vida poniéndonos en el centro de todo y persiguiendo el éxito personal, sino que se realiza en el amor. Sólo éste no decepciona, sólo éste es el camino que nos preserva de despertarnos un día bruscamente, dándonos cuenta de que hemos construido sobre la nada y de que estamos vacíos, porque «*el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí, ése la salvará*» (Lc 9,24).

Por otra parte, la palabra de Jesús nos ayuda a interrogarnos sobre lo que nos mueve a la hora de relacionarnos con los otros, a preguntarnos si en el centro de nuestra atención estamos siempre y de todos modos nosotros con nuestro yo, incluso cuando hacemos algo por los demás, o bien si estamos dispuestos realmente a dar lo que somos y lo que tenemos a fondo perdido, sin querer nada a cambio, deseando únicamente «*restituir*» así

al Señor por medio de los hermanos lo que recibimos continuamente de sus manos.

ORATIO

Señor Dios, desearíamos implorar dos cosas de tu infinita caridad. Que nuestras mentes se renueven, para que el orgullo y el egoísmo, que velan tu conocimiento, se retiren de nuestro espíritu y nos dejen ver y seguir a Jesús, tu Hijo. Tú sabes que el protagonismo mueve, de lo contrario, nuestros pasos a ambicionar los primeros puestos en el banquete de la vida... En tu Hijo, que se hizo el último de los últimos, amas y honras a los humildes, a los pobres y a los pequeños de la tierra, a los que llamarán tus amigos.

Haznos desear, además, la bienaventuranza que sólo puede experimentar el que se relaciona con los otros de manera gratuita y desinteresada, el que ama por amar, el que da más importancia a las necesidades ajenas que a su propio interés. En esto consiste la felicidad, y tal vez no lo sepamos aún.

CONTEMPLATIO

Los que ocupan los cargos y los puestos más elevados deben preferir la humildad, allí donde nadie se sorprende del pobre humilde; en efecto, el que está plegado por la pobreza se humilla sin quererlo. La humildad en el pobre es grata, y en el rico es gloriosa; la humildad entre los ricos es lisonjera. La soberbia, en cambio, es indeseable incluso entre los amigos.

Busquemos a continuación, carísimos, cuáles son los bienes de la humildad. La humildad es siempre atractiva y activa, acariciadora en las amistades, sosegada

en los altercados; no la ensalzan los acontecimientos prósperos, no la cambian los adversos; no requiere servicio, no estafa; por oficio es anterior al saludo y la última en sentarse; no espera que le sea conducido el rebaño de los aduladores; no desea ambiciosamente la alabanza afectada ni espera la simpatía de la voz; odia los coros de los aplaudidores porque, no sin rubor, recibe la alabanza una buena conciencia.

Oíd al evangelista que dice: «*El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado*» (Lc 14,11 y 18,14). En consecuencia, es necesario que pleguemos nuestro ánimo para que, aplastada toda huella de soberbia, se aplaquen los odios. Así sucederá que el hombre del puesto más humilde llegue al más alto y, remunerado con el honor adecuado, conquiste la gracia del poder celestial (Valeriano de Cimiez, *Le venti omelie*, Roma 1995, 136s, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Recibirás tu recompensa en la resurrección de los justos*» (cf. Lc 14,14).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dios es absolutamente incapaz de humillarnos, y no nos pide que nos humillemos, dado que la humildad y la humillación se encuentran en las antípodas. No es lo mismo en absoluto ser humilde y humillarse. No se trata de humillarse, sino de entregarse. La humildad en Cristo no es otra cosa que la ofrenda de todo su ser a la presencia amada de Dios, que es, en lo más íntimo de nosotros mismos, la vida de nuestra vida; por eso, esta humildad, precisamente porque es una ofrenda, porque es una mirada hacia Otro, porque es pura oblación, pura generosidad,

no es nunca una humillación. Al contrario, es el honor tanto del hombre como de Dios, por la simple razón de que no hay nada más grande que el amor, no hay nada más perfecto que tener lo único que podemos tener de nosotros mismos, y que es el vacío que se hace en nosotros para acoger a otro a fin de que encuentre todo el espacio indispensable a la efusión de la vida.

El Señor nos quiere grandes, nos quiere semejantes a él. Quiere que seamos perfectos a la manera de Dios, a saber: perfectos en el amor, perfectos en la caridad, perfectos en el desprendimiento, que es la única modalidad de grandeza según el espíritu. No se ha comprendido esto cuando se ha convertido la humildad en una escuela de humillación en vez de convertirla en una escuela de grandeza. Cristo se dirige a nosotros para ascendernos. Nos dice a cada uno: «Amigo, sube más arriba». Nos libera de toda humillación, nos libera de todas las jerarquías en las que hay un «más arriba» y un «más abajo», en las que hay señores y súbditos, no tanto empujándonos a la revuelta como haciéndonos comprender que la verdadera grandeza reside en otra expresión de la existencia. Nos enseña a no poseer nada, es decir, a no dejarnos poseer por nada. Nos enseña a crecer en el silencio, a entregarnos a él, que es el don perfecto. Nos enseña a acoger a los otros sin humillarlos, porque todo el mundo tiene la posibilidad de llegar a ser hijo de Dios, porque todos tenemos el mismo camino, la misma dimensión, la misma grandeza, la misma humildad, que no humilla, sino que glorifica, porque es en la humildad donde, simplemente, dejando de mirarnos, nos sentimos fascinados por el Rostro que llevamos en nosotros y no aspiramos ya a otra cosa que a darle la posibilidad de revelarse, de transparentar y de comunicarse (M. Zundel, *Ta parole comme une source*, Quebec 1987, 47-49, *passim*).

La parábola del banquete (Lc 14,15-24)

¹⁵ Uno de los convidados que oyó esto le dijo:

–Dichoso el que pueda participar en el banquete del Reino de Dios.

¹⁶ Jesús le respondió:

–Un hombre daba una gran cena e invitó a muchos. ¹⁷ A la hora de la cena, envió a su criado a decir a los invitados: «Venid, que ya está todo preparado». ¹⁸ Pero todos, uno tras otro, comenzaron a excusarse. El primero le dijo: «He comprado un campo y necesito ir a verlo; te ruego que me excuses». ¹⁹ Otro dijo: «He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego que me excuses». ²⁰ Y otro dijo: «Acabo de casarme y, por tanto, no puedo ir». ²¹ El criado regresó y refirió lo sucedido a su señor. Entonces el señor se irritó y dijo a su criado: «Sal de prisa a las plazas y calles de la ciudad y trae aquí a los pobres y a los lisiados, a los ciegos y a los cojos». ²² El criado dijo: «Señor, se ha hecho como mandaste y todavía hay sitio». ²³ El señor le dijo entonces: «Sal por los caminos y las veredas y convence a la gente para que entre, hasta que se llene mi casa. ²⁴ Pues os digo que ninguno de aquellos que habían sido invitados probará mi cena».

LECTIO

La exclamación del piadoso judío, que subraya la última exhortación de Jesús, le permite a éste proseguir en el mismo registro (el convite) con una bella parábola-

la. Si el banquete es la imagen del futuro Reino de Dios (véase también 13,28s; 16,19-30; 22,18.30), se trata de ver quién participará en él y quién, por el contrario, será excluido del mismo. Ahora bien –y esto es lo que deja entender el relato–, los que habían sido invitados en primer lugar, en el momento de recibir la invitación encuentran mil pretextos para declinarla. ¿Qué hacer? El personaje que ha preparado el suntuoso banquete (en el texto paralelo de Mt 22,1-10 es el rey, que celebra las bodas de su hijo) invita en su lugar «a los pobres y a los lisiados, a los ciegos y a los cojos», las mismas categorías enumeradas más arriba por Jesús (cf. 14,13). A continuación, dado que todavía queda espacio, manda a su criado a los caminos y a las veredas para buscar a más gente, hasta que se llena la sala. La sentencia final («Ninguno de aquellos que habían sido invitados probará mi cena»: v. 24) suena como una condena dirigida a los judíos que rechazaron a Jesús y su misión. Los pobres que entraron sustituyendo a los primeros invitados fueron precisamente los pobres y los pecadores que le reconocieron y siguieron. En la segunda oleada, que el criado va a buscar más lejos, podemos reconocer a los paganos alcanzados a su vez por el mensaje evangélico y acogidos a la mesa del Reino de Dios (cf. 13,29).

MEDITATIO

¡Todo está preparado! La invitación del Señor para que nos sentemos a su mesa con él, en su casa, se extiende asimismo a nosotros. Ésta es la imagen más concreta de la alegría, del encuentro, de la participación y comunión en el banquete mesiánico. Éste es el modo como Dios afirma su amor por cada hombre; su voluntad de vida plena y de felicidad para cada creyente. Ahora bien, el Amor con amor se paga: exige por nuestra parte una adhesión genuina, personal, una entrega pron-

ta y festiva. Y nosotros, atrapados como estamos en mil problemas y ocupaciones, pretendemos que el Señor nos considere justificados si nos negamos a dejarnos frustrar nuestros proyectos...

Su Palabra nos provoca, por tanto, a preguntarnos si nos mostramos disponibles a acoger en las distintas circunstancias sus invitaciones o si, por el contrario, estamos impedidos por un montón de obstáculos que nos imposibilitan seguirle. El hecho de anteponer a Jesús los bienes y los afectos manifiesta la incompreensión de lo que se nos ha dado: si comprendiéramos de verdad el valor de la amistad y de la comunión con él, pondríamos inmediatamente en segundo plano todo lo demás, llenos de gratitud, pero tal vez no conseguimos creer que se trata verdaderamente de un banquete, de una fiesta, y tenemos demasiado miedo a perder algo bello y precioso en el encuentro con él. De este modo, nuestro horizonte acaba siendo, con excesiva frecuencia, terriblemente restringido, encerrado dentro de los límites angostos de lo inmediato y lo visible, formado por las muchas cosas que llenan nuestros pensamientos, nuestros deseos y nuestras expectativas y nos dejan en el fán, sin saber dar un sentido a nuestra vida. La imagen del rico banquete al que estamos invitados nos estimula a recuperar el «gusto» de Dios y de la vida espiritual (cf. Sal 33,9: «Gustad y ved qué bueno es el Señor»), a fin de poder reconocer también su primado y darle siempre el puesto que él espera. Por otra parte, «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2,4). Y no puede ser de otro modo.

ORATIO

Señor de misericordia, no nos prives de tu mirada benévola, no nos abandones cuando ante tus invitaciones anteponeamos excusas injustificadas y rechazos fríos

que sofocan tu alegría de estar con nosotros y alejan tu presencia del tiempo y del lugar de nuestra existencia. Tú eres el Señor de la comunión, amigo discreto que respeta toda libertad; haz que nadie se excluya de tu amor y enséñanos a descubrir el camino que conduce hacia los bienes de la vida eterna: todo lo que hemos amado y esperado en la tierra encuentra en ti su pleno significado y su belleza sin ocaso.

CONTEMPLATIO

Los invitados presentan excusas: en efecto, a nadie se le impide el acceso al Reino, a no ser el que se excluye a sí mismo con el testimonio de su palabra. El Señor, en su clemencia, invita a todos, pero es nuestra pereza o nuestro error lo que nos separa de él. Y por consiguiente, también el que adquiere un campo (cf. Lc 14, 18) es extraño al Reino, y, de modo semejante, el que prefiere el yugo de la ley al beneficio de la gracia, y aquel otro que se excusa diciendo que debe casarse. El Señor no manda desconocer la naturaleza ni ser esclavo de ella; manda ser indulgente con la naturaleza, de suerte que veneres a su Autor, y no alejarte de Dios por amor a tus padres o a tu cónyuge.

Así, tras haber condenado el orgullo de los ricos, se dirige a los gentiles: deja entrar (cf. Lc 14,21ss) en el banquete a los buenos y a los malos, a fin de hacer crecer a los buenos en la bondad y cambiar los malos sentimientos de los malos en buenos. Invita a los pobres, a los enfermos y a los ciegos para demostrarnos que nadie está excluido del Reino por sus enfermedades corporales y también que la enfermedad de los pecados queda perdonada por la misericordia del Señor; dado que cada uno ha sido rescatado de sus culpas no por las obras, sino por la fe, y si se gloria, que se gloríe en el Señor (Ambrosio de Milán, *Commento al vangelo di san Luca*, Roma 1968,

117, *passim* [edición española: *Obras de san Ambrosio, 1: Tratado sobre el evangelio de san Lucas*, BAC, Madrid 1966]).

ACTIO

Repíte con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«Señor, haz que tu casa se llene de amigos» (cf. Lc 14,23).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Cuando Dios invita, las cosas no discurren como en el caso de que fuera un hombre el que hubiera invitado a sus amigos, mientras que Dios espera que todo discurra del mismo modo. De hecho, nosotros aceptamos que un hombre nos invite a las bodas de su hijo sin mediar otra razón que su amistad, pero nos negamos a creer que Dios pueda invitarnos del mismo modo. Y mientras que no nos preocupamos de las cuestiones superfluas cuando se trata de una invitación humana, nos escurrimos, por el contrario, con todo tipo de pretextos cuando es Dios quien nos llama. ¿Por qué? Precisamente porque no podemos creer que Dios actúe como un hombre.

¡Ah! Si se tratara de una comida en la que cada uno tuviera que llevar su parte: uno el buey, otro los vinos, otro los cubiertos..., entonces iríamos más fácilmente. Sin embargo, un Reino *gratuito*, donde todo está preparado, nos parece insensato e imposible. Nos negamos a creerlo. Con todo, nada nos impide acordarnos de que celebramos unas bodas, que estamos en un banquete en el que Dios lo ha preparado todo, donde no tenemos que hacer más que sentarnos a la mesa, porque aquí todo es gratuito. No tenemos que llevar a la fiesta más que a nosotros mismos, a quienes Dios ha reunido tal como éramos, buenos y malos, que nos quedábamos en las encrucijadas y detrás de los setos. Si en vez de examinarnos, palparnos, nos acercáramos a la mesa para celebrar las bodas del hijo, nuestras santas cenas tendrían fatalmente otro tono y nuestro testimonio en

el mundo otro valor. Porque lo que el mundo más necesita, y hoy todavía más que ayer, es nuestra alegría.

Es esencial señalar que, en Lucas, la parábola está provocada por un hombre que exclama: «Dichoso el que pueda participar en el banquete del Reino de Dios». Jesús le responde: El Reino es *ahora*. El Reino está aquí, cuando resuena la invitación, cuando estoy aquí. El invitado eres *tú*. ¡Decídetes! *Ahora*. No podemos decir: «Dichoso el que pueda participar en el banquete», sino: «Dichoso yo, que como el pan desde ahora...». También deberíamos poner de relieve el maravilloso «*convence a la gente para que entre*», que en Lucas significa: «Haz que se den cuenta de qué necesario es entrar; persuádeles con tus palabras para que entren». Jesús quiere que su casa esté llena de gente (A. Maillot, *Le parabole di Gesù*, Cinisello B. [Mi] 1997, 52-55, *passim*).

Renunciar a todo para seguir a Jesús (Lc 14,25-35)

²⁵ Como le seguía mucha gente, Jesús se volvió a ellos y les dijo:

²⁶ –Si alguno quiere venir conmigo y no está dispuesto a renunciar a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, hermanos y hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. ²⁷ El que no carga con su cruz y viene detrás de mí no puede ser discípulo mío. ²⁸ Si uno de vosotros piensa construir una torre, ¿no se sienta primero a calcular los gastos y ver si tiene para acabarla? ²⁹ No sea que, si pone los cimientos y no puede acabar, todos los que lo vean se pongan a burlarse de él ³⁰ diciendo: «Éste comenzó a edificar y no pudo terminar». ³¹ O si un rey está en guerra contra otro, ¿no se sienta antes a considerar si puede enfrentarse con diez mil hombres al que le va a atacar con veinte mil? ³² Y si no puede, cuando el enemigo aún está lejos, enviará una embajada para negociar la paz. ³³ Del mismo modo, aquel de vosotros que no renuncia a todo lo que tiene no puede ser discípulo mío.

³⁴ Buena es la sal, pero, si se desvirtúa, ¿cómo podrá recobrar su sabor? ³⁵ Ya no sirve ni para la tierra ni para el abono, sino que hay que tirarla. El que tenga oídos para oír que oiga.

LECTIO

Las muchedumbres buscan a Jesús y le rodean. Él las pone frente a las exigencias del auténtico seguimiento. Estos dichos podemos considerarlos, por consiguiente,

como un comentario a la parábola del banquete: Dios invita a todos a su Reino, pero no se puede entrar en él sino a condición de sacrificios. Jesús exige a quien quiere hacerse discípulo suyo una adhesión personal que supere el amor a sus propios seres queridos y la adhesión a la propia vida (v. 26). Se trata de estar dispuestos a compartir su cruz.

Las dos breves parábolas (vv. 28-33) ilustran la necesidad de una decisión radical: si no calculamos bien el precio que debemos pagar, nos arriesgamos a fracasar. La aplicación es clara como el agua: el que quiera seguir a Jesús debe ser muy consciente de lo que exige a sus discípulos. Esto vale en particular para lo relacionado con la renuncia a los bienes terrenos. El concepto está confirmado con la imagen de la sal (vv. 34s): si se vuelve insípida, la tiran. Así, si no tomamos en serio las exigencias del seguimiento, nos volveremos inútiles. Jesús nos advierte con la invitación sapiencial: ¡reflexionad y decidíos!

MEDITATIO

Acostumbrado a hacer pasar como indispensables muchas cosas no necesarias y a ahogarse en el mar de los sentimientos y de los negocios, también el hombre de nuestro tiempo se siente interpelado por esta página, dura, exigente, para que descubra su propio sitio en la Iglesia con la fuerza divina de una voluntad firme y decidida, posponiendo todo al Señor, incluso los afectos más queridos y hasta su propia vida. No se admiten cláusulas, en el seguimiento no se admiten reservas que podrían agotar las fuerzas y las atenciones. Hay que entregarse totalmente, confesando y dando testimonio de Jesús como amor supremo, como tesoro y como perla preciosa por los que vale la pena vender todo. Que no se desanimen los bien intencionados. El radicalismo no se

cualifica por la cantidad de la renuncia, sino por la totalidad de la adhesión. Hasta tal punto que es posible dejarlo todo y, sin embargo, seguir alejado de la línea evangélica.

Y después..., ¡no nos turbemos! Jesús no pone condiciones contrarias al amor a nuestros padres, hijos, hermanos... Se trata únicamente de aflojar este amor en el caso de que entre en conflicto con el de Dios. Ése fue el gesto de Francisco..., y la escena continúa repitiéndose, casi como un calco, también en nuestros días por muchos hijos e hijas que ven obstaculizada la «llamada» que han recibido. De todos modos, el seguimiento sigue siendo una empresa costosa: aunque esté ligada a buenos propósitos, choca con la amargura de cada día. El que decide ser cristiano debe detenerse, por tanto, con una gran responsabilidad para realizar una clara lectura del presente en vistas al futuro que le espera, a fin de no caer en el contratestimonio convirtiéndose en sal insípida y en luz apagada. Sólo así venceremos, individual y colectivamente, en nuestra batalla y levantaremos en el camino cristiano la torre firme que nos dé la firmeza para no abdicar.

ORATIO

Jesús, tú me ofreces, en nombre de Dios, una vida definitiva a través de un camino de verdad. Tú eres el único acreditado para hablar en su nombre, porque eres el heredero y el poseedor de toda la riqueza del Padre y de su misma presencia. Gracias por haberte hecho «camino» que manifiesta la lealtad de Dios con todos los seres humanos; yo te creo. Y las frases de apariencia tremenda –renunciar a nosotros mismos, cargar con nuestra cruz, dejarlo todo...– revelan en la acción su simple y alegre verdad. En realidad, todo es ganancia.

CONTEMPLATIO

Los bienes de aquí abajo pasan, duran poco tiempo, pero nadie piensa en ello, por mucho que todas las cosas lo griten y levanten su voz cada día. No sólo en nuestro cuerpo, sino también en los mismos elementos se puede ver un cambio continuo: en todas las edades podemos meditar cada día en la muerte e, incesantemente, en todas las cosas se revela la inestabilidad como elemento característico. Nunca se han detenido el invierno o el verano, ni la primavera o el otoño, sino que todo corre, vuela y fluye. ¿Qué ha permanecido de todo lo que vemos? Nada. Sólo el alma que hay en nosotros, pero no nos fijamos. Cuidamos de las cosas que cambian como si permanecieran, pero del alma, que permanece para siempre, no hacemos el menor caso, como si fuera una cosa que pasa.

Escucha lo que dice Salomón: «*Me construí palacios, planté huertos y frutales, viñas y pozos de agua; amasé oro y plata; me procuré cantores y cantoras, rebaños de ovejas y vacas*» (Ecl 2,4ss). Nadie fue tan vividor, tan glorioso, sabio y poderoso; nadie vio como él que todo pasaba tal como él deseaba. ¿Y con eso? No obtuvo ningún beneficio. Pero ¿qué dice después? «*Vanidad de vanidades, todo es vanidad*» (Ecl 1,2): no simple vanidad, sino vanidad en grado sumo. Creémosle y emprendamos obras en las que no haya vanidad, donde haya verdad, donde todo sea sólido y fijo, donde todo esté construido sobre roca, donde no sea posibles ni la vejez ni la separación, donde todo esté en flor, donde todo esté lozano, donde nada envejezca, donde nada se marchite, donde nada se acerque al ocaso. Os ruego que améis a Dios con sinceridad: no por miedo a la Gehena, sino por el deseo del Reino (Juan Crisóstomo, «Omélie sulla prima lettera a Timoteo», en AA. VV., *La teologia dei Padri*, Roma 1982, IV, 227.228).

ACTIO

Repíte con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*El que no renuncia a todo lo que tiene no puede ser discípulo mío*» (Lc 14,33).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El que quiera seguir a Jesús debería reflexionar sobre lo que se compromete a hacer. No es suficiente con dejarse atrapar por una pasión imprevista, ni con querer algo a toda costa; es importante, en cambio, valorar en ese momento si es bastante rico para permitirse la construcción de esa torre o si es bastante poderoso para aventurarse en el juego de la guerra. Jesús aplica estos ejemplos a la decisión que debe tomar el que quiera llegar a ser discípulo suyo. La comparación entre los dos ejemplos enumerados es, sin embargo, inadecuada por lo que respecta a un punto importante. En el caso del constructor de la torre o del rey que prepara una guerra, se trata de valorar lo que se posee en dinero o en poder militar. En el caso del discípulo, sin embargo, se trata de valorar no lo que posee —fuerza, poder, generosidad, dinero, capacidades humanas—, sino aquello a lo que está dispuesto a renunciar, aquello que está dispuesto a dejar, a abandonar, aquello de lo que está dispuesto a privarse y a despojarse. Y Jesús añade también que debe tratarse de todo o nada: «*El que no renuncia a todo lo que tiene no puede ser discípulo mío*».

La empresa del Reino de Jesús obedece, en verdad, a leyes e imperativos opuestos a los que normalmente regulan las empresas del mundo. Cuanto menos poseemos, tanto menos damos y abandonamos; cuanto más dejamos y compartimos, y cuanto más pobres somos, tanto mayor será la posibilidad que ofreceremos a Dios y a su gracia de renovar sus milagros a través de este expolio de nosotros mismos. ¡Qué desprendimiento y qué transparencia necesita el discípulo de Jesús a fin de que el Padre pueda servirse libremente de él y realizar de nuevo por medio de él los milagros que desea realizar! Pensábamos que lo habíamos dado todo, que nos habíamos despojado de todo, pero la gracia de Jesús nos pide todavía más. Esta gracia que sabe

privar con infinita dulzura, sin mutilar, pero que libera también los canales a través de los cuales discurrirá la savia de una nueva vida. Es el camino del expolio, el camino por el que se nos ofrece la posibilidad de llegar a ser, a nuestra vez, los actores y los siervos de los milagros de Dios para nuestros hermanos (A. Louf, *Beata debolezza*, Padua 2000, 173-175 [edición española: *A merced de su gracia: propuestas de oración*, Narcea, Madrid 2000]).

La oveja perdida y la moneda extraviada

(Lc 15,1-10)

¹ Entretanto, todos los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para oírle. ² Los fariseos y los maestros de la ley murmuraban:

–Éste anda con pecadores y come con ellos.

³ Entonces Jesús les dijo esta parábola:

⁴ –¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar a la descarriada hasta que la encuentra? ⁵ Y cuando da con ella, se la echa a los hombros lleno de alegría ⁶ y, al llegar a casa, reúne a los amigos y vecinos y les dice: «¡Alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que se me había perdido!». ⁷ Pues os aseguro que también en el cielo habrá más alegría por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

⁸ O ¿qué mujer, si tiene diez monedas y pierde una, no enciende una lámpara, barre la casa y la busca con todo cuidado hasta encontrarla? ⁹ Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas y les dice: «¡Alegraos conmigo, porque he encontrado la moneda que se me había extraviado!». ¹⁰ Os aseguro que del mismo modo se llenarán de alegría los ángeles de Dios por un pecador que se convierta.

LECTIO

El marco narrativo en el que se insertan las tres parábolas de la misericordia divina manifiesta una de las

razones del contraste entre Jesús y sus adversarios. Ese contraste ya había aparecido en varios episodios –como en el banquete de la casa de Leví (5,29-32) y en el caso de la mujer pecadora (7,33-49)– provocando declaraciones iluminadoras por parte de Jesús (véase también 7,29). Las tres parábolas representan, por consiguiente, su respuesta a las críticas formuladas por los fariseos.

La imagen del pastor está referida, en la tradición bíblica, a los guías del pueblo, pero en algunas ocasiones se aplica al mismo Señor (Ez 34; Sal 23; etc.).

El breve relato pone el acento, desde el principio, en el afecto que liga al pastor con sus ovejas: no dice que una de ellas se ha extraviado, sino que al pastor se le ha perdido. Cuando se da cuenta, deja las otras noventa y nueve en un lugar seguro y *«va a buscar a la descarriada»*, precisamente como se lee en el texto de Ezequiel (Ez 34,11.13). Y cuando la encuentra, con un gesto que expresa su amorosa atención, *«se la echa a los hombros»*. La conclusión es significativa: *«lleno de alegría»*. Del mismo modo –dice Jesús–, hay más alegría en el cielo por un solo pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de conversión (v. 7).

La alegría de Dios por la salvación de cada pecador que se convierte constituye asimismo el tema de la segunda parábola. Con un paralelismo intencional se confirma el mismo mensaje. El relato, que se inspira esta vez en la vida doméstica, subraya el valor de la moneda (de plata) para la mujer, que ha perdido la décima parte de su pequeño capital, y el ansia de la búsqueda afanosa. La conclusión es análoga: la alegría de la mujer que ha encontrado su moneda da una idea de la alegría de Dios por el retorno de un pecador. Está claro el reproche dirigido a quienes, en vez de alegrarse, refunfuñan y critican a Jesús.

MEDITATIO

Jesús es la llamada del amor, aquel que, tras haberla buscado, recoge con sus manos la vida de quien se ha perdido y se la echa a los hombros. Así encuentra al hombre afligido por el pecado y por la desesperación, y éste reconoce al Señor como su salvador y su redentor. Nos vuelven a la mente y al corazón las palabras de la samaritana: *«Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho»* (Jn 4,29), como testimonio de la verdad de la experiencia de quien ha sido abrazado por la misericordia del Señor.

Es tiempo de alegría, de fiesta, de admiración, de cosas encontradas, escondidas en los pliegues de la tierra; cosas antiguas, pero siempre nuevas, que tal vez un día lejano habíamos olvidado o perdido. Comienza el tiempo del retorno y del perdón, que nos hace correr al encuentro de los amigos, llevándoles la novedad y la belleza de un encuentro libre, gratuito y, sobre todo, necesario para la vida de cada día. Es el Señor quien realiza siempre el milagro de la vida, y cada uno de nosotros puede renacer de su mirada, de su abrazo y de su misericordia.

ORATIO

Dios de misericordia, tú nos enviaste a tu Hijo amado para que viniera a buscarnos a lo largo de los caminos de nuestras huidas y de nuestros extravíos. Concédenos levantar la mirada desde nuestro yo que nos aprisiona al rostro de tu misericordia, que siempre nos busca. Haz que, reconociéndonos pecadores, nos dejemos conducir de nuevo a casa con alegría y descubramos con renovada admiración la fiesta de tu corazón al restituírnos a la comunión de los hermanos y de las hermanas en la casa del Padre.

CONTEMPLATIO

Ahora es tiempo de misericordia, vendrá después el momento del juicio. ¿Qué significa tiempo de misericordia? Llama a él a los que están alejados de él, perdona sus pecados a los que se convierten y es paciente con los pecadores a fin de que se vuelvan buenos: en cuanto lo hacen, olvida el pasado y promete un mejor futuro; exhorta a los perezosos, consuela a los afligidos, enseña a los voluntariosos, ayuda a los que libran el buen combate; no abandona a nadie que esté en un trance doloroso y le pida ayuda; brinda con qué ofrecerle un sacrificio, con qué poderle aplacar. Oh hermanos, que no pase el tiempo grande de la misericordia, que no se nos pase por alto. Recibid la misericordia del Señor. Él grita hacia nosotros, como si en tiempo de hambre nos dijera: «Recibid trigo».

Obtén misericordia y úsala bien para poder dar buenas cuentas de ti cuando venga a juzgarte aquel que en medio de esta hambre te concedió por su misericordia tu pan. No me digas: «¿Y dónde lo recibo? ¿Adónde voy?». «La tierra está llena de la misericordia de Dios». Sólo hace falta que tú lo quieras. Los graneros están llenos. Y llenos y abundantes ni siquiera esperaron a que tú vinieras a ellos, sino que ellos mismos vinieron a buscarte a ti, que dormías. Si no hubiera miseria en el mundo, no habría necesidad de misericordia. La tierra está llena de la miseria del hombre y lo está de la misericordia de Dios (Agustín de Hipona, *Vita spirituale*, Turín 1930, 194s).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«¡Alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que se me había perdido!» (Lc 15,6).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El amor de Dios es verdaderamente algo serio; el Señor no ama por juego. Dios se ha comprometido a fondo en amarnos; de hecho, nos ha amado con todo su ser, de suerte que no puede ser indiferente a nuestra respuesta de amor. Parece que no pueda pasar sin nosotros. Si yo le falto, le falta él mismo, tan real ha sido su entrega. Dios no puede sufrir en su naturaleza divina, pero en el amor que nos tiene, al hacerse hombre, se pone en condiciones de poder sufrir verdaderamente «*hasta la muerte, y una muerte de cruz*». Y es un Dios que sufre. No hay una verdad más desconcertante que ésta en todo el cristianismo. Muere por amor, muere de amor. Dios nos ama: con cada mínimo acto de falta de delicadeza padece la pena de muerte. Precisamente porque ama, nuestros pobres actos afectan a su corazón. Los hombres pueden también no conocernos, pero Dios nos conoce tanto que sin nosotros no puede vivir. El cristianismo está contenido todo aquí. Dios nos ama con todo su ser y, porque nos ama con todo su ser, somos para él su bien, su riqueza, su alegría: esto es lo que significa ser amados. Ahora bien, también podemos ser para él su tormento y su muerte: eso significa ser amados. Si él no pudiera morir por nosotros, no nos amaría. Dado que ha muerto, nos ha demostrado que un mínimo acto nuestro puede darle la vida y puede darle la muerte; puede ser para él una alegría infinita y puede ser para él el abandono de la cruz, la humillación de la muerte. El mínimo acto mío abre de par en par todos los cielos.

He aquí, pues, nuestro programa: el de ser la alegría de Dios. Que Dios encuentre en nosotros su alegría, su vida. Dios no busca nada en nosotros porque sabe muy bien que no puede encontrar nada. Su amor es gratuito; sin embargo, podemos ser «todo» para él, dado que él nos ama. Aprendamos, por tanto, a vivir con esta conciencia y con este sentido de responsabilidad: puesto que él nos ama, que todos nuestros actos sean para él motivo de complacencia y de alegría (C. Barsotti, «*Ascolta, o figlio...*», Florencia 1965, 94-101, *passim*).

La parábola del padre misericordioso (Lc 15,11-32)

¹¹ También les dijo:

—Un hombre tenía dos hijos. ¹² El menor dijo a su padre: «Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde». Y el Padre les repartió el patrimonio. ¹³ A los pocos días, el hijo menor recogió sus cosas, se marchó a un país lejano y allí despilfarró toda su fortuna viviendo como un libertino. ¹⁴ Cuando lo había gastado todo, sobrevino una gran carestía en aquella comarca y el muchacho comenzó a padecer necesidad. ¹⁵ Entonces fue a servir a casa de un hombre de aquel país, quien le mandó a sus campos a cuidar cerdos. ¹⁶ Habría deseado llenar su estómago con las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. ¹⁷ Entonces recapacitó y se dijo: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, mientras que yo aquí me muero de hambre! ¹⁸ Me pondré en camino, volveré a casa de mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. ¹⁹ Ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros». ²⁰ Se puso en camino y se fue a casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio y, profundamente conmovido, salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo cubrió de besos. ²¹ El hijo empezó a decirle: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo». ²² Pero el padre dijo a sus criados: «Traed en seguida el mejor vestido y ponédselo; ponedle también un anillo en la mano y sandalias en los pies. ²³ Tomad el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete de fiesta, ²⁴ porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y lo hemos encontrado». Y se pusieron a celebrar la fiesta.

²⁵ Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando vino y se acercó a la casa, al oír la música y los cantos, ²⁶ llamó a uno de los

criados y le preguntó qué era lo que pasaba. ²⁷ El criado le dijo: «Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado porque lo ha recobrado sano». ²⁸ Él se enfadó y no quería entrar. Su padre salió a persuadirle, ²⁹ pero el hijo le contestó: «Hace ya muchos años que te sirvo sin desobedecer jamás tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para celebrar una fiesta con mis amigos. ³⁰ Pero llega ese hijo tuyo, que se ha gastado tu patrimonio con prostitutas, y le matas el ternero cebado». ³¹ Pero el padre le respondió: «Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. ³² Pero tenemos que alegrarnos y hacer fiesta porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado».

LECTIO

La historia del hijo que abandona la casa paterna y despilfarra su patrimonio para acabar en la abyección es la historia del pecado. La conversión comienza cuando el joven entra en sí mismo y echa de menos la fortuna de la que gozaba. La experiencia de la infelicidad impulsa a la búsqueda de la felicidad y hace que se dispare la decisión: «*Me pondré en camino, volveré a casa de mi padre...*». En el monólogo (vv. 17-19) se expresa la conciencia del pecado, el sentido de la indignidad, aunque también la confianza en ser acogido por el padre. Éste no ha olvidado a su hijo, que le ha dado la espalda, y sigue oteando el horizonte, confiando en su retorno. El encuentro es conmovedor: movido por la compasión, el padre ni siquiera quiere oír la dolorosa confesión del muchacho, sino que le abraza y le reintegra plenamente en su condición de hijo (el vestido, el anillo: v. 22). A continuación, invita a todos a celebrar una fiesta «*porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y lo hemos encontrado*» (v. 24).

Aquí se inserta la segunda parte del relato (vv. 25-32). La reacción del hijo mayor nos hace comprender de inmediato que es la contrafigura de los fariseos y de los maestros de la ley, críticos respecto a Jesús. La interven-

ción del padre tiende a demostrar que la misericordia y el perdón llevan las de ganar sobre la justicia, a la que el hijo bueno –que no ha transgredido nunca un solo mandato– ha apelado. El padre replica con dulzura a sus palabras de desprecio y de condena: «*Hijo, tú estás siempre conmigo...*», insinuando en su corazón sentimientos de bondad: «*Este hermano tuyo...*». La conclusión calca la de las otras dos parábolas de la misericordia: es preciso hacer una fiesta porque el pecador, que sigue siendo siempre hijo, «*estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado*» (v. 32).

En la persona de Jesús y en su actitud con los alejados se refleja el amor misericordioso del Padre a todos sus hijos. La lección impartida a los adversarios es válida también para los discípulos, tanto si corren el riesgo de repetir la historia del «hijo pródigo» como si deben reconocerse en la actitud de los fariseos.

MEDITATIO

La libertad no pasa por la concesión de permisos o de derechos; pasa por la compasión y la ternura. Dios muestra su misericordia permaneciendo a la espera de la vuelta a casa de sus hijos; él es amor, ama a sus criaturas, quiere su bien, son su herencia.

«Nuestro Padre de las misericordias», como bien le define santa Clara de Asís, nos espera cada día. Es un Padre amoroso que, aun dejándonos ir, no quita su mirada de nosotros, único motivo de su amor, de su ser, de su atención, de su tiempo. El amor del Padre es tal que mueve sus pasos hacia nosotros ya en el momento en que en nuestro corazón se vuelve a encender el deseo de volver a él, de volver a casa, de ser vida, decepcionados por esas realidades en las que habíamos creído fuertemente.

La experiencia de ser acogidos por el Señor por lo que somos y no por lo que hemos hecho o lo que hemos

sido, nos hace conscientes de que nada le es posible al hombre si no deja espacio para Dios en su corazón. Estar en él significa también amar a quien está en el error, a quien continúa tropezando en el mismo obstáculo, a quien presume de no equivocarse. La oración por nosotros mismos y por todos es deseo de permanecer en la vigorosa experiencia que a menudo nos pide hacernos violencia, pero san Francisco nos enseña que sólo besándolo con nuestros propios labios lo que es amargo se transforma en dulzura. Y desde aquí podemos volver a partir con un corazón renovado.

ORATIO

Te pido, Señor, que, cuando las pretensiones de auto-suficiencia me alejen de ti, me salgas corriendo al encuentro sin esperar a que yo esté curado de mi mal. Ven a mi encuentro cuando, todavía lejos, lloro y gimo a causa de mis miserias: sólo tu amor puede liberarme de ellas, sólo el beso de tu perdón puede hacerme redescubrir la dignidad de ser tu hijo. Y te doy gracias, Señor, porque, cuando tu amor y tu perdón me llegan, comprendo que a tus ojos soy más importante que mi pecado y que te apremia hacerme participar de tu alegría. Enséñame, pues, a amar a tu medida, para que mis relaciones contigo y con los otros no estén marcadas por el juicio, sino que sean a imagen de tu misericordia.

CONTEMPLATIO

[Su padre] le vio de lejos y, «*movido a misericordia, se le echó al cuello*» para anular, con el peso del amor, el peso de los pecados. Fijaos cómo el hijo es ayudado, no agravado, por el peso de este padre: «*Se le echó al cuello y le besó*». Así juzga el padre, así castiga, así da besos, no

latigazos, al hijo pecador. La fuerza del amor no mira los delitos; por eso, el padre redimió los pecados del hijo con un beso, los encerró en un abrazo, para que el padre no pusiera al desnudo las culpas del hijo y no lo deshonrara.

Si lamentamos el comportamiento de este joven, si nos produce horror [su] partida, no nos separemos nosotros de un padre así. La vista del padre aleja los pecados, cancela las culpas, rechaza las tentaciones y toda iniquidad. Si nos hemos ido, si hemos despilfarrado todo el patrimonio paterno viviendo de una manera disoluta, si hemos cometido alguna fechoría y algún delito contra el cielo y contra la tierra, si hemos llegado a todo tipo de impiedad y a la ruina completa, volvamos a levantarnos de una vez y, solícitos, por un ejemplo semejante, volvamos a un padre como éste.

Pregunto: ¿qué sitio queda aquí para la desesperación? ¿Qué ocasión queda aquí para excusarse? ¿Qué actitud de temor? (Pedro Crisólogo, «*Omelia III – Sul padre e i due figli*», en *íd.*, *Omelia per la vita quotidiana*, Roma 1990², 77-79, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio y, profundamente conmovido, salió corriendo a su encuentro*» (Lc 15,20).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Una característica del Dios de Jesús resulta de lo que hace el padre cuando llega el hijo: se alegra. Todo lo que hace es la expresión evidente de la alegría: el vestido nuevo, las sandalias, el

ternero cebado; todo habla de una fiesta excepcional. Es la alegría de Dios, un Dios que sabe estar contento, pero que antes ha sufrido. Si en Dios hay una alegría nueva, hay también un misterio de sufrimiento que la precede y que tiene sus orígenes en la compasión, en el amor entrañable del padre. El padre de la parábola no representa a un Dios impassible, espectador frío, aséptico, de los sufrimientos del mundo, sino a un Dios capaz de sufrir por amor a su criatura. Aparece en el relato una información importantísima, está en el v. 24 y se repite en el 32, donde se expresa así el motivo de la alegría y del dolor de Dios: «Este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y lo hemos encontrado». Conviene que reflexionemos sobre ambas motivaciones. El primer motivo del dolor del padre es que su hijo estaba «muerto», se había destruido a sí mismo. El segundo motivo —«se había perdido»— va unido al hecho de que el hijo se había alejado de él. Aparece aquí un matiz de una belleza extraordinaria: Dios sufre antes que nada porque su criatura sufre y, sólo en segundo lugar, porque ese sufrimiento está producido por el alejamiento de él. Como sucede con todo amor verdadero, lo que está en el primer lugar no es el dolor de nuestro corazón, sino el dolor del otro, la ruina del otro. Así es el amor de Dios, capaz de sufrir de este modo. El Dios bíblico sufre porque ama, porque se implica en lo que le pasa al hombre y acepta hacerse pobre por amor a su criatura. Todas las características del padre que deja entrever la parábola revelan el misterio de este dolor escondido en lo más profundo del corazón del Padre, del Dios de Jesús, un Dios que no estará nunca, por consiguiente, del lado de los verdugos, sino siempre y sólo de parte de las víctimas, allí donde se encuentren (B. Forte, «La parabola della misericordia», en G. Zagrebelsky y otros, *Alle origini dell'Occidente. Parabole e personaggi del vangelo*, Brescia 2002, 94-96, *passim*).

La parábola del administrador inicuo (Lc 16,1-18)

¹ Decía también a sus discípulos:

—Había un hombre rico que tenía un administrador, a quien acusaron ante su amo de malversar sus bienes. ² El amo lo llamó y le dijo: «¿Qué es lo que oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración, porque no vas a poder seguir desempeñando ese cargo». ³ El administrador se puso a pensar: «¿Qué voy a hacer ahora que mi amo me quita la administración? Cavar ya no puedo; pedir limosna me da vergüenza. ⁴ Ya sé lo que voy a hacer para que alguien me reciba en su casa cuando me quiten la administración». ⁵ Entonces llamó a todos los deudores de su amo y dijo al primero: «¿Cuánto debes a mi amo?». ⁶ Le contestó: «Cien barriles de aceite». Y él le dijo: «Toma tu recibo, siéntate y escribe en seguida cincuenta». ⁷ A otro le dijo: «Y tú, ¿cuánto debes?». Le contestó: «Cien sacos de trigo». Él le dijo: «Toma tu recibo y escribe ochenta». ⁸ Y el amo alabó a aquel administrador inicuo porque había obrado sagazmente. Y es que los que pertenecen a este mundo son más sagaces con su propia gente que los que pertenecen a la luz.

⁹ Así que os digo: Hacedos amigos con los bienes de este mundo. Así, cuando tengáis que dejarlos, os recibirán en las moradas eternas. ¹⁰ El que es de fiar en lo poco, lo es también en lo mucho. Y el que es injusto en lo poco, lo es también en lo mucho. ¹¹ Pues si no fuisteis de fiar en los bienes de este mundo, ¿quién os confiará el verdadero bien? ¹² Y si no fuisteis de fiar administrando bienes ajenos, ¿quién os confiará lo que es vuestro? ¹³ Ningún criado puede servir a dos amos, pues odiará a uno y amará a otro, o será fiel a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero.

¹⁴ Estaban oyendo todo esto los fariseos, que eran amigos del dinero, y se burlaban de Jesús. ¹⁵ Él les dijo:

–Vosotros queréis pasar por hombres de bien ante la gente, pero Dios conoce vuestros corazones, porque, en realidad, lo que parece valioso para los hombres es despreciable para Dios.

¹⁶ La ley y los profetas llegan hasta Juan y desde entonces se anuncia la Buena Noticia del Reino de Dios, aunque todos se opongan violentamente. ¹⁷ Pero antes desaparecerán el cielo y la tierra que perderá valor una sola coma de la ley.

¹⁸ Todo el que se separa de su mujer y se casa con otra, comete adulterio, y el que se casa con una mujer repudiada por su marido, comete adulterio.

LECTIO

Como manifiesta la reacción de los fariseos (v. 14), también esta parábola, como las del capítulo 15, representa la respuesta de Jesús a sus críticas. Si antes se trataba de su actitud con los pecadores, ahora en cambio con las dos parábolas –la del administrador inicuo y la del rico Epulón, que viene después– se ocupa Jesús del tema de los bienes terrenos.

En la historia del administrador que debería velar por los intereses del rico propietario pero en realidad le engaña, se refleja la realidad económico-social de la época. El meollo de la parábola se encuentra en la prontitud con que el sagaz administrador encuentra una salida que le garantice el futuro cuando el amo se da cuenta de las jugarretas y le pide las cuentas. El mismo amo se queda admirado y le elogia «*porque había obrado sagazmente*» (v. 8a).

La lección de la parábola se explicita en una serie de dichos o sentencias. El primero es coherente con la conclusión del relato: en las relaciones con sus iguales «*los que pertenecen a este mundo son más sagaces con su propia gente que los que pertenecen a la luz*» (v. 8b); dicho con otras palabras: ser discípulo de Jesús no significa ser un

ingenuo. En los dichos que siguen se dice que el administrador ha sido capaz de hacerse amigos con «*los bienes de este mundo*», en este caso deshonestos porque han sido acumulados con métodos poco ortodoxos; así –sugiere Jesús– debemos hacernos amigos, los pobres (cf. 11,41; 12,33), con esta riqueza, de suerte que nos reciban en las moradas eternas (cf. v. 9). Una segunda aplicación, de tipo sapiencial, está tal vez dirigida a los que tienen responsabilidades en la comunidad cristiana (cf. 12,42s): «*El que es de fiar en lo poco, lo es también en lo mucho*» (v. 10). Esto vale también para la riqueza «*verdadera*», de la que los bienes de la tierra son sólo una imagen, la que es propiamente nuestra: el verdadero tesoro de cada uno, que es la vida (cf. 12,15). Por último, «*ningún criado puede servir a dos amos...*» (cf. Mt 6,24): el discípulo debe elegir entre el único Señor y el falso dios de la riqueza.

La sarcástica reacción de los fariseos ofrece a Jesús, el punto de arranque para otra serie de dichos heterogéneos. El primer *lóghion* (v. 15) es polémico: recuerda a los fariseos que el juicio de Dios es con frecuencia el opuesto al de los hombres. Éstos pretenden ser justos porque observan escrupulosamente la ley y las tradiciones, pero Dios, que conoce el corazón de todos, sabe muy que son idólatras de la riqueza. El tercer y último dicho (v. 17) podemos considerarlo polémico con respecto a los fariseos y a los maestros de la ley. Mientras que éstos discuten sobre las circunstancias que legitiman el divorcio, Jesús apela a la voluntad originaria del Creador (cf. Mc 10,2-11, par. Mt 19,3-9) y se opone de manera radical a la práctica del repudio.

MEDITATIO

El trabajo que desarrollamos cada día forma parte constitutiva de nuestra existencia, porque nos permite pasar la vida con dignidad, mantener a nuestra familia

y saborear también la alegría del reposo. Cualquier actividad que realicemos tiene un valor comunitario: redundando en beneficio de todos. Ver una cosa bien hecha abre el corazón e incita a conseguir lo mejor. Basta con mirar la creación para darnos cuenta de cómo el trabajo puede ser un don para todos. Si el fin de nuestro trabajo es éste, nunca tendremos necesidad de cubrirnos las espaldas para salvaguardar nuestro futuro: la honestidad será el motivo de fondo que acompañe todos nuestros gestos, teniendo siempre una consideración de apertura y de respeto dirigida a todos.

Nadie debe resultar perjudicado, ni el patrón ni tampoco el obrero. Los bienes que hemos recibido no son propiedad nuestra: no nos llevaremos nada cuando vayamos a la tumba, dice el salmo. Todo es un bien, y es para todos, por lo que cada uno tiene la obligación de procurar que a nadie le falte lo necesario para vivir. Por desgracia, no siempre es así: en este mundo globalizado contemplamos grandes injusticias con muchos pueblos pobres, que carecen de lo necesario (agua, alimentos, medicamentos... ¡dignidad!). Personalmente, no estamos en condiciones de resolver estos problemas; con todo, podemos formarnos una conciencia diferente, que parte de pequeñas acciones leales y gratuitas, con las que deseamos dar lo que cada uno ha recibido, a su vez, del Señor.



La parábola del rico y del pobre Lázaro (Lc 16,19-31)

¹⁹ Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino y todos los días celebraba espléndidos banquetes. ²⁰ Y había también un pobre, llamado Lázaro, tendido en el portal y cubierto de úlceras, ²¹ que deseaba saciar su hambre con lo que tiraban de la mesa del rico. Hasta los perros venían a lamer sus úlceras. ²² Un día, el pobre murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. También murió el rico y fue sepultado. ²³ Y en el abismo, cuando se hallaba entre torturas, levantó los ojos el rico y vio a lo lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno. ²⁴ Y gritó: «Padre Abrahán, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que moje en agua la yema de su dedo y refresque mi lengua, porque no soporto estas llamas». ²⁵ Abrahán respondió: «Recuerda, hijo, que ya recibiste tus bienes durante la vida, y Lázaro, en cambio, males. Ahora él está aquí consolado mientras tú estás atormentado. ²⁶ Pero, además, entre vosotros y nosotros se abre un gran abismo, de suerte que los que quieran pasar de aquí a vosotros no puedan, ni tampoco puedan venir de ahí a nosotros». ²⁷ Replicó el rico: «Entonces te ruego, padre, que lo envíes a mi casa paterna, ²⁸ para que diga a mis cinco hermanos la verdad y no vengan también ellos a este lugar de tormento». ²⁹ Pero Abrahán le respondió: «Ya tienen a Moisés y a los profetas, ¡que los escuchen!». ³⁰ Él insistió: «No, padre Abrahán; si se les presenta un muerto, se convertirán». ³¹ Entonces Abrahán le dijo: «Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco harán caso aunque resucite un muerto».

LECTIO

La nueva parábola viene inmediatamente después de los dichos de los vv. 15-18, sin que medie una introducción: continúa, pues, la polémica suscitada por la reacción de los fariseos a la que responde Jesús. La historia de Lázaro, a la vez que reanuda la cuestión de las riquezas, es un ejemplo de la inversión de la escala de valores (cf. v. 15) y retoma el binomio «*ley y profetas*» (cf. v. 16).

En un primer cuadro aparece la vida placentera de un rico egoísta, a cuya puerta yace un pobre mendigo (vv. 19-21). En el segundo cuadro aparece la diferente suerte de cada uno en el más allá (vuelco de la situación: vv. 22s). En el diálogo entre el rico y Abrahán se dan las razones de ese vuelco: el que en este mundo goza de todos los bienes, en el mundo futuro paga la pena de su egoísmo, y, viceversa, el que sufre en el mundo presente, recibe el consuelo de Dios en la vida allende la muerte (v. 25). Es la lógica de las bienaventuranzas y de los «*ayes*» (cf. 6,20-26). Abrahán remite, en la reanudación del diálogo, a la ley y a los profetas: su alcance ético permanece y el mensaje de Jesús, en particular por lo que se refiere al uso de los bienes de este mundo, está en continuidad con el de las Escrituras. Pues bien, si no quieren creer a la ley y a los profetas, «*tampoco harán caso aunque resucite un muerto*» (v. 31). La alusión se vuelve transparente tras la resurrección de Jesús.

MEDITATIO

Al leer y meditar este relato evangélico nos sentimos interpelados directamente en nuestra conciencia de cristianos. Jesús prefiere a los pobres, a los enfermos, a los débiles, que no tienen muchas posibilidades de de-

fenderse frente a los que miran sobre todo por sus propias intereses y exigencias y, sólo después, por los de los demás. Si todo esto provoca dolor y sufrimiento aquí en la tierra, en el Reino de los Cielos la situación dará un vuelco completo: prevalecerán las bienaventuranzas sobre las amarguras soportadas; la caridad sobre la avaricia; el bien del otro sobre la indiferencia. Lázaro constituye el escándalo, la piedra de tropiezo que no nos permite andar por nuestro camino. No vemos sus problemas físicos, materiales, vitales, sino que sólo vemos que nos molesta, una molestia que en ocasiones ni siquiera nos permite movernos, ir hacia él extendiendo una mano con un pedazo de pan. El grito del pobre, sin embargo, se convierte en esperanza cierta en el corazón de Dios, en él que encontrará consuelo, amor y compasión, y se convierte en profecía en el corazón del hombre, luz para caminar por los senderos de la disponibilidad y de la acogida, lugar de encuentro del amor y de la ternura.

El Señor nos invita con el relato de esta parábola a dirigir siempre nuestro corazón y nuestra mirada a él, porque, aun sabiendo cómo debemos comportarnos frente a las situaciones de miseria y pobreza, no siempre somos capaces de salir a ayudar como él quiere y según las necesidades de quienes necesitan verdaderamente un apoyo material y humano.

ORATIO

Tú demuestras, oh Señor, de manera suficiente, qué grande es tu obra en el hombre, al que nada, excepto tú, puede bastar para darle la paz y la felicidad. Sólo sé esto: que sin ti no hay amor y que cualquier riqueza que no seas tú es miseria. Concédenos, oh Dios, desear y esperar tener una sola cosa: tú mismo. Bendito seas por los siglos de los siglos.

CONTEMPLATIO

Dos son los tipos de riquezas: uno que lleva a la muerte y otro que conduce a la vida. Las riquezas de la muerte son poseer riquezas ajenas y contar entre las heredades montones de dinero recogidos con las lágrimas de los infelices. Las riquezas íntegras e incorruptas son aquellas que redimen a las almas y limpian los pecados. Dios acepta las riquezas de aquel cuya generosidad sostiene al pobre, viste al desnudo, rescata al prisionero, libera al que está encadenado, procura la herencia del Reino de los Cielos.

No quiero las riquezas que con su aumento diario provocan ahora hambre y, en el futuro, despojadas del adorno de su dignidad, dejan morir de hambre a los que las aman. ¿No veis que en la parábola lucana del pobre Lázaro y del rico despiadado subsiste cierto trueque entre el bien y el mal de los hombres, algo que conviene prevenir con la búsqueda asidua de la misericordia, para que las riquezas infructuosas no enciendan contra nosotros las llamas vengadoras de los pecados?

Preparémonos, pues, carísimos, junto al Señor el sitio de la gracia y dotemos el camino de nuestra vida con la munificencia y la generosidad. Por consiguiente, si alguien interroga con diligencia su propia conciencia, no retendrá estas cosas como merecedoras de ser recibidas con oído indiferente. No tendrás, en efecto, posibilidades de encontrar de otro modo refrigerio el día del juicio futuro si no has curado tus llagas con el sustento de los pobres o las has lavado con el río de las lágrimas. Llorad, sin embargo, copiosamente y dad vuestras riquezas a cuantos lloran, para que, cosechando en el tiempo futuro la alegría entre los otros, recojáis el fruto de la misericordia (Valeriano de Cimiez, *Le venti omelie*, Roma 1995, 95s).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«Padre Abrahán, ten piedad de mí» (Lc 16,24).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En nuestro mundo hay muchos «Lázaros», y no tenemos que ir a buscar muy lejos, porque los hay también aquí, en nuestro país. Nosotros somos ricos, mientras que Lázaro sufre. Lo que Jesús nos pide que comprendamos es que todo se juega «en el umbral» de nuestra casa, de nuestra morada. Ahí es donde yace Lázaro. Sólo Jesús puede hacernos comprender que nuestra verdadera morada está junto al Padre y que él habita en nosotros ya desde ahora. Prescindiendo de nuestra riqueza, todo lo que tenemos corresponde a los «Lázaros» que nos rodean. Si comprendemos que nuestra verdadera morada está ya desde ahora junto al Padre, si habitamos allí donde Cristo está con nosotros, entonces conseguiremos proyectar una mirada diferente sobre nuestros hermanos. Mucho más allá de las estructuras que pre-dispongamos para aliviar su sufrimiento, todavía más al fondo, les miraremos con la misma mirada que el Padre dirige a cada uno de sus hijos. Porque, en verdad, cada uno de nosotros es un «Lázaro» para los otros. Ahora bien, este «Lázaro» se identifica con Jesús. Esto es lo que debemos aprender a ver. Debemos tomarle tal como se presente. Su humanidad es la de Jesús. Jesús, pobre por amor, nos lo dice con toda claridad: «Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis [...]. Os aseguro que cuando dejasteis de hacerlo con uno de estos pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo» (cf. Mt 25,40.45). Es el mismo amor. El otro a quien veo es Jesús, a quien no veo. Si no le amo, tampoco amo al Señor. El amor es el mismo. Intentemos comprender, pues, que el rico de la parábola somos a menudo nosotros, cuando todavía no hemos entrado en nosotros mismos, en nuestra verdadera morada. Ahora bien, si estamos habitados por la Trinidad, si acogemos por pura misericordia este amor que es vida, que se nos ha dado para que lo compartamos, si estamos junto a nues-

tro Padre, que es el Padre de todos, entonces, en la medida en que esto sea verdad, permaneceremos en su amor y nuestro corazón se ensanchará (J. Corbon, *La gioia del Padre*, Magnano [Bi] 1997, 89-91).

Enseñanzas dirigidas a los discípulos (Lc 17,1-10)

¹ Jesús dijo a sus discípulos:

–Es inevitable que haya ocasiones de pecado, pero ¡ay de quien las provoque! ² Más le valdría que le ataran al cuello una piedra de molino y lo tiraran al mar; antes que ser ocasión de pecado para uno de estos pequeños. ³ ¡Estad atentos!

Si tu hermano llega a pecar, repréndelo, pero si se arrepiente, perdónalo. ⁴ Y si peca contra ti siete veces al día y otras siete viene a decirte: «Me arrepiento», perdónalo.

⁵ Los apóstoles dijeron al Señor:

–Auméntanos la fe.

⁶ Y el Señor dijo:

–Si tuvierais fe, aunque sólo fuera como un grano de mostaza, diríais a esta morera: «Arráncate y trasplántate al mar», y os obedecería. ⁷ ¿Quién de vosotros que tenga un criado arando o pastoreando le dice cuando llega del campo: «Ven, siéntate a la mesa»? ⁸ ¿No le dirá más bien: «Prepárame la cena y sírve-me mientras como y bebo, y luego comerás y beberás tú»? ⁹ ¿Tendrá quizás que agradecer al siervo que haya hecho lo que se le había mandado? ¹⁰ Así también vosotros, cuando hayáis hecho lo que se os mande, decid: «Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que teníamos que hacer».

LECTIO

El fragmento reúne una serie de enseñanzas dirigidas a la comunidad de los discípulos: sobre el escándalo y el perdón, sobre la fe, sobre el servicio. El pecado también

puede estar presente en la vida de la comunidad, sobre todo como culpa personal, pero, eventualmente, puede ser ocasión de «escándalo», de tropiezo, para los otros. Por desgracia, esto es inevitable (*debe* suceder), pero «ay» de aquel que con su conducta empuja a la ruina a un hermano. La imagen de la piedra de molino atada al cuello (v. 2) hace comprender que morir ahogado sería un mal menor comparado con el daño ocasionado a los hermanos por el escándalo. El pecado puede consistir también en una injusticia o en una ofensa. En este caso, Jesús exhorta a perdonar, aunque no de una manera ingenua. En primer lugar, es preciso intervenir con decisión: «*Repréndelo*» (v. 3). El perdón, incluso «*siete veces al día*», supone la conversión: «*Y si peca contra ti siete veces al día y otras siete viene a decirte: "Me arrepiento"...*».

Los discípulos –más aún, los «apóstoles»– son conscientes de que su fe sigue siendo aún débil e inmadura (cf. 8,25; 9,41), y por eso le piden a Jesús: «*Auméntanos la fe*» (v. 6). Aunque su respuesta tiene tono de reproche, suena a aliento. La fe realiza milagros si se piden a Dios con humildad y confianza.

La respuesta prosigue con una lección referente al servicio (vv. 7-10). Los Doce podrían pensar que su papel en la comunidad constituye un mérito o les da derecho a una recompensa. Jesús pone un ejemplo de la vida doméstica de aquella época: el siervo sabe muy bien que tiene que cumplir con su deber hasta el fondo, antes de poder pensar en él mismo. Así, los apóstoles –y, en general, los jefes de la comunidad– deben considerarse «*siervos inútiles*», sin pretensiones.

MEDITATIO

El pecado, que, naturalmente, habita en el corazón del hombre, puede llegar a ser en el seno de una comu-

nidad ocasión de tropiezo para los más «pequeños» o para los que todavía son débiles en el camino de la fe. Jesús nos pone en guardia a fin de que la libertad, que Dios respeta en nosotros, no haga daño a los hermanos; al mismo tiempo, nos muestra que, en el plan del Señor, lo que está mal se puede convertir en bien y que una situación de escándalo se puede convertir en ocasión de corrección fraterna y de perdón, en ocasión de crecimiento para la comunidad, puesto que a Dios nada le es imposible.

A ejemplo de Cristo, el «escándalo» en la vida de los creyentes debe estar suscitado por el amor, el amor con el que somos amados gratuitamente, a pesar de nuestros errores, ese con el que infinitas veces seremos capaces de perdernos por los hermanos, acogiéndoles con sus miserias para volver a empezar juntos el camino. Para entrar en esa perspectiva evangélica, que invierte una lógica humana dispuesta a pensar en su propio bien y no en el mal que podríamos acarrear a los hermanos, ligada instintivamente a un concepto de justicia que no conoce la misericordia y que encuentra su seguridad en una relación de dar-tener, para entrar en esa perspectiva –decíamos– también nosotros, como los apóstoles, nos sentimos incapaces y pedimos un suplemento de fe: «*Auméntanos la fe*».

Sin embargo, el Señor nos dice que no hacen falta grandes medidas; basta con poco, con muy poco: pongamos nuestra confianza en Dios, pongámonos simplemente al servicio de la gratuidad del amor, dispuestos a ser don sin jactarnos de pretensiones.

ORATIO

Jesús, gracias por tu voz, que nos llama a convertirnos, a cambiar de mentalidad. Tú nos propones que pa-

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Uno puede dar verdaderamente limosna tras limosna, ir a la iglesia todos los domingos, leer la Biblia en su casa cada día –cosas espléndidas y magníficas todas ellas–, pero, en el momento en el que cree tener así un derecho para alegar frente a Dios, atenta con manos impías contra su omnipotencia y santidad. El hombre que se encuentra ante Dios es y sigue siendo pecador, aunque hubiera hecho todo: «*Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios*» (Rom 3,23). «*Así también vosotros, cuando hayáis hecho lo que se os mande, decid: «Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que teníamos que hacer»*» (Lc 17,10).

Jesús dice: «*Cuando hayáis hecho lo que se os mande*», y nuestra pregunta dice así: ¿qué se nos ha mandado y qué podemos hacer, por tanto? Se nos ha impuesto la ley, que se dirige a nosotros con una severidad inexorable; se nos han impuesto las exigencias morales, que se refieren a toda nuestra vida y a propósito de las cuales Jesús considera que es posible observarlas. Requerirán también fatiga, trabajo, renuncia, sacrificio y abnegación, y todo esto tiene que ser observado. Y una vez realizada esta obra fatigosa, decid: «*Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que teníamos que hacer*».

¡Una expresión espantosa! Se abre un abismo, un abismo en el que debemos echarnos con los ojos abiertos desde una altura trabajosamente conquistada. Faltaba poco: subiendo y volando habríamos conquistado el cielo; la torre de Babel había tocado ya las nubes, cuando he aquí un golpe seco y yacemos en el abismo, en la oscuridad, en las tinieblas, en el pecado. Si el hombre es siervo, eso significa, por un lado, que Dios es el Señor, que es omnipotente, capaz de todo, elevado en lo alto, que ha de ser reconocido y creído como tal, que no puede ser comprendido ni explicado. Y significa, por otro lado, que el hombre no tiene ninguna voluntad propia, que ya no tiene una vida propia, de suerte que todo lo que tiene pertenece a Dios: sus bienes, su vida, su voluntad, su gloria y su honor. Por eso debe a Dios toda su vida, su fatiga, su trabajo, su renuncia en todas las cosas, y, haga lo que haga, sólo puede hacerlo por el Señor. La gloria y el honor no le pertenecen a él,

semos de una relación contigo basada en méritos conquistados, tal vez incluso duramente, a una relación contigo basada en la libertad y en el servicio. No podemos comprarte con nuestro empeño: tú eres pura gratuidad. Ante ti no podemos exhibir nuestras obras buenas: tú eres pura bondad.

Nosotros, Señor, somos tus hijos, pecadores, y discípulos a los que nada debes, pero a los que te has entregado por tu inagotable misericordia.

CONTEMPLATIO

Que no se insinúe [...] la intención de recibir gratitud, y que el deseo de una alabanza pasajera no extinga el esplendor del dar. Que la ofrenda del don no vaya acompañada de una tristeza opresiva, pero que tampoco el ánimo del que ofrece se alegre más de lo conveniente; y cuando hayan realizado todo por el bien, no se atribuyan mérito alguno a sí mismos, de suerte que vayan a perder, de una sola vez, todo el bien que hayan hecho. En efecto, para no atribuirse la virtud de su propia liberalidad, que escuchen lo que está escrito: «*Si alguien ejerce un oficio, que lo haga según la capacidad que Dios le comunica*» (1 Pe 4,11). Para no gozar desmesuradamente de sus propias beneficencias, que escuchen lo que está escrito: «*Cuando hayáis hecho lo que se os mande, decid: «Somos siervos inútiles»*» (Lc 17,10) (Gregorio Magno, *La regla pastoral*, Roma³1995, 175).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que teníamos que hacer*» (Lc 17,10).

sino al Señor. Nosotros no somos sólo siervos, no, sino siervos inútiles (D. Bonhoeffer, «Omelia su Lc 17,7-10», en *íd.*, *Scritti scelti*, Brescia 2007, vol. I [edición española: *Escritos esenciales*, Sal Terrae, Maliaño 2001]).

Los diez leprosos (Lc 17,11-19)

¹¹ De camino hacia Jerusalén, Jesús pasaba entre Samaría y Galilea. ¹² Al entrar en una aldea, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se detuvieron a distancia ¹³ y comenzaron a gritar:

–Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros.

¹⁴ Él, al verlos, les dijo:

–Id a presentaros a los sacerdotes.

Y mientras iban de camino quedaron limpios. ¹⁵ Uno de ellos, al verse curado, volvió alabando a Dios en alta voz ¹⁶ y se postró a los pies de Jesús dándole gracias. Era un samaritano.

¹⁷ Jesús preguntó:

–¿No quedaron limpios los diez? ¿Dónde están los otros nueve?

¹⁸ ¿Tan sólo ha vuelto a dar gracias a Dios este extranjero?

¹⁹ Y le dijo:

–Levántate y vete; tu fe te ha salvado.

LECTIO

El episodio está ambientado en el camino hacia Jerusalén. Jesús había realizado ya, al comienzo de su ministerio en Galilea, la curación –o mejor, la «purificación»– de un leproso (5,42-44). A otros hechos de este tipo hacía referencia la respuesta de Jesús a los discípulos del Bautista (7,22). Este episodio presenta algunos rasgos específicos. Se trata de un grupo de diez leprosos

que imploran a Jesús llamándole «*maestro*» para que tenga compasión de ellos. A continuación, a una simple orden suya, se curan.

La atención se concentra después (vv. 15-19) en el comportamiento de uno de ellos: un samaritano. Éste vuelve «*alabando a Dios*» y da las gracias a Jesús pos-trándose ante él. La conclusión es del mismo Jesús, que compara la conducta del samaritano con la de los otros nueve que fueron curados. Una vez más, es alguien que no es judío, un extranjero, el que reconoce la presencia de Dios en Jesús. Una vez más, resuenan estas palabras: «*Tu fe te ha salvado*» (v. 19).

MEDITATIO

El camino hacia Jerusalén es el que debe emprender todo discípulo para configurarse con su Maestro. Por este camino nos encontramos con pecadores, excluidos y marginados, precisamente como estos diez leprosos. Reconocemos a Jesús, pero tomamos también conciencia de la existencia que media entre él y nosotros. ¿Cómo colmarla? ¿Cómo podremos caminar por ese camino que él ya ha recorrido y que nos señala? Sin embargo, como escribe el evangelista Lucas, la impotencia de nuestra condición no nos aleja de Dios; en la pobreza en que nos encontramos tenemos la posibilidad de gritar con confianza la necesidad de salvación que llevamos dentro: *Jesús, ten piedad de nosotros*. El grito se convierte en oración, lo único capaz de brindarnos una dirección, de crear una relación de amistad con el Señor, de acercarnos a él superando todas las barreras y eliminando toda distancia.

Jesús ofrece la salvación a todos, pero nos hace falta la fe para darnos cuenta del don que nos llega, gratuitamente, en nuestro caminar. ¿Nos sentimos hoy los cris-

tianos realmente pobres y necesitados de salvación? ¿Tenemos ojos para reconocer la obra de Dios que transforma nuestra existencia y la cura en la cotidianidad de la vida? ¿Somos capaces de no dar todo por descontado, de no apropiarnos de nada para alabar al Señor? El único que hace todo esto en el relato de Lucas es un «hereje», alguien a quien se considera alejado de Dios. Esta perícopa evangélica se convierte en una fuerte provocación para el creyente, en una invitación a poner en cuestión su propia fe, a no considerarnos nunca propietarios de la salvación, puesto que todo lo que experimentamos es don que debemos acoger y restituir a manos llenas para gozar junto a Dios y a los hermanos.



El día del Hijo del hombre

(Lc 17,20-37)

²⁰ A una pregunta de los fariseos sobre cuándo iba a llegar el Reino de Dios, respondió Jesús:

–El Reino de Dios no vendrá de forma espectacular, ²¹ ni se podrá decir: «Está aquí, o allí», porque el Reino de Dios ya está entre vosotros.

²² Después dijo a sus discípulos:

–Llegará el día en que desearéis ver uno solo de los días del Hijo del hombre y no lo veréis. ²³ Entonces os dirán: «Está aquí, está allí»; no vayáis ni los sigáis. ²⁴ Porque como el relámpago brilla desde un punto a otro del cielo, así se manifestará el Hijo del hombre en su día. ²⁵ Pero antes es preciso que sufra mucho y sea rechazado por esta generación.

²⁶ Cuando venga el Hijo del hombre sucederá lo mismo que en tiempos de Noé. ²⁷ Hasta que Noé entró en el arca, la gente comía, bebía y se casaba. Pero vino el diluvio y acabó con todos. ²⁸ Lo mismo sucedió en los tiempos de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban y edificaban. ²⁹ Pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre y acabó con todos. ³⁰ Así será el día en que se manifieste el Hijo del hombre. ³¹ Ese día, el que esté en la azotea y tenga en casa sus enseres, que no baje a tomarlos; igualmente, el que esté en el campo, que no vuelva atrás. ³² Acordaos de la mujer de Lot. ³³ El que intente salvar su vida, la perderá, pero el que la pierda, la recobrará. ³⁴ Os aseguro que esa noche estarán dos juntos en la misma cama: a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán. ³⁵ Estarán dos moliendo juntas: a una se la llevarán y a otra la dejarán.

³⁷ Ellos le preguntaron:

—¿Dónde, Señor?

Y les contestó:

—Donde esté el cadáver, allí se reunirán los buitres.

LECTIO

El breve diálogo entre Jesús y los fariseos introduce una enseñanza más amplia dirigida a los discípulos, centrada en la venida del Hijo del hombre, que anticipa, en cierto modo, el discurso «escatológico» del capítulo 21. La pregunta «sobre cuándo iba a llegar el Reino de Dios» (v. 20) refleja la expectativa de una manifestación poderosa de la realeza de Dios para la salvación de su pueblo. Jesús responde a esa pregunta excluyendo categóricamente que sea posible calcular el tiempo de su venida sobre la base de unos «signos» clamorosos que la anuncien previamente. En realidad —afirma Jesús—, «*el Reino de Dios ya está entre vosotros*», o sea, que ya está presente en su persona y en los gestos de salvación que está realizando (cf. 7,20; 11,20).

Si bien es cierto que el Reino de Dios es una realidad presente, no lo es menos que se consumará en el futuro con la venida del Hijo del hombre. Éste es el tema de las palabras proféticas y amonestadoras que Jesús dirige a sus discípulos. Cuando «*el novio les será arrebatado*» (5,35), sentirán su falta y experimentarán un fuerte deseo de su presencia. La expresión «*ver uno solo de los días del Hijo del hombre*» se puede entender en dos sentidos: o en referencia al pasado o bien en orden al «*día en que se manifieste el Hijo del hombre*» (v. 30) y los libere de toda prueba y sufrimiento (cf. 21,12ss). Ahora bien, los discípulos no deben dejarse engañar por falsas voces en el tiempo que preceda a la *parusía*: su venida será tan imprevista como inequívoca («*como el relámpago...*»). Jesús recuerda, como entre paréntesis, que, según el designio de Dios, «*antes es preciso*» que él afronte la cruz.

Tras haber puesto en guardia contra cálculos ilusorios y anuncios engañosos, Jesús pone en guardia ahora contra la tentación de abandonarse a un comportamiento inconsciente, comparable al de los contemporáneos de Noé y al de los habitantes de Sodoma (cf. 21,34ss). El doble aviso del v. 31 subraya el carácter repentino de la *parusía*, para la que es preciso estar preparados (12,35.40). Del ejemplo negativo de la mujer de Lot brota la exhortación a no mirar atrás (cf. Gn 19,26 y Lc 9,62); dicho con otras palabras, el discípulo debe seguir a Jesús sin vacilaciones, dispuesto incluso a sacrificar su vida (v. 33). La diferente suerte determinada por la irrupción imprevista de la *parusía* está ilustrada con comparaciones sugestivas: dos personas en la misma cama, dos mujeres en la terraza... Jesús responde de una manera elusiva, con un dicho proverbial (v. 37), a la pregunta intrigante de los discípulos. No vale la pena preguntarse cuándo o dónde: la venida del Hijo del hombre será de improviso y llegará a todos.

MEDITATIO

Una errónea preocupación por el futuro nos hace correr el riesgo de perder de vista la dimensión del presente. Jesús pone en guardia a los hombres y mujeres de su tiempo contra discusiones inútiles sobre el «cuándo» y el «dónde», que sólo sirven para perder el tiempo y alejan del camino de la fe. No podemos pretender relegar a Dios y su Reino a un espacio circunscrito —aquí o allá—, ni ligarlos a unos signos premonitorios o acontecimientos extraordinarios basados en previsiones y cálculos fantásticos, a partir de lógicas y esquemas puramente humanos. Dado que Dios se hizo carne y puso su morada entre nosotros, actúa de una manera incansable, aunque no aparente, y su Reino está ya en medio de nosotros, incluso en los pliegues más oscuros e in-

comprensibles de la historia humana, aunque llegará a su plenitud cuando vuelva el Hijo del hombre.

Frente a la imprevisibilidad y a la urgencia de la vida cotidiana y final del Señor no podemos establecer programas, ni detenernos en nuestras necesidades; es preciso vivir, aquí y ahora, en un clima de libertad y responsabilidad personal, a fin de alimentar nuestras expectativas y mantener viva la fe. Los cristianos tenemos la posibilidad de construir ya en el hoy nuestro mañana, para no encontrarnos ante Dios como hijos desprovistos e irresponsables, aturdidos por las cosas o por los intereses mundanos que nos desvían de lo esencial. ¿Cómo se puede vivir, sin embargo, sin rebajar nuestras pretensiones, sin caer en el aburrimiento, en la resignación y en la inconsciencia? ¿Cómo no acabar en la búsqueda de nosotros mismos, de nuestros intereses o en las falsas angustias y los miedos que anidan en el corazón humano, en el pensamiento del día del juicio? Si nos dirigimos a Cristo, que se sometió por amor al sufrimiento y a la ignominia de la muerte, y a quien Dios exaltó con la resurrección, abandonaremos la preocupación de salvar algo para nosotros mismos, tendremos ojos, oídos y corazones nuevos que nos permitirán vislumbrar, oír y captar la verdad imperceptible del Reino, que, sin alboroto, va haciendo camino y nos conduce al encuentro final con Aquel al que hemos esperado desde siempre (cf. 1 Cor 2,9).



La parábola del juez y de la viuda (Lc 18,1-8)

¹ Para mostrarles la necesidad de orar siempre sin desanimarse, Jesús les contó esta parábola:

² –Había en una ciudad un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. ³ Había también en aquella ciudad una viuda que no cesaba de suplicarle: «Hazme justicia frente a mi enemigo». ⁴ El juez se negó durante algún tiempo, pero después se dijo: «Aunque no temo a Dios ni respeto a nadie, ⁵ es tanto lo que esta viuda me importuna que le haré justicia para que deje de molestarme de una vez».

⁶ Y el Señor añadió:

–Fijaos en lo que dice el juez inicuo. ⁷ ¿No hará, entonces, Dios justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche? ¿Les hará esperar? ⁸ Yo os digo que les hará justicia inmediatamente. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?

LECTIO

El evangelista nos da una clave de lectura en la introducción de la parábola. Concede una gran importancia a la oración, habla incluso de la «*necesidad de orar siempre sin desanimarse*» (v. 1); siempre, en el sentido de orar con insistencia y perseverancia, sin ceder al desánimo. Paradójicamente, el juez insensible del breve relato representa a Dios. Ahora bien, el centro focal se encuentra

en la obstinación de la pobre mujer, que obtiene justicia a fuerza de insistir. La parábola se aplica, en el comentario (vv. 6s), a los «*elegidos*», los creyentes sin duda, que sufren abusos e injusticias a causa de su fidelidad a Cristo. Dios les hará justicia apresurándose a liberarles. La pregunta final también está relacionada con los discípulos: «*Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?*» (v. 8); es la fe que inspira y sostiene la oración.

MEDITATIO

Son muchas las exigencias a las que tenemos que responder cada día en las diferentes decisiones que tomamos: familia, trabajo, estudio, tiempo «libre»... Así las cosas, ¿cómo podemos cumplir el «*siempre*» al que nos llama la parábola y al que estamos invitados todos los creyentes? El evangelista nos emplaza ante esta cuestión y nos plantea otra nueva pregunta: ¿qué es la oración y qué dimensión debe asumir en una vida diaria compuesta de cosas grandes y pequeñas, de alegrías profundas y dolores lacerantes, de momentos exaltantes y de soledades sin límite? El relato de Lucas nos hace comprender que la oración es indispensable: es el medio para entrar en comunión con Dios y permanecer en ella. Dios desea que le busquemos con la oración para salirnos al encuentro y colmar nuestras expectativas.

La oración aparece con frecuencia en la experiencia común como un pobre deseo de nuestro corazón, inútil si se trata de hacer algo y, por consiguiente, una pérdida de tiempo. Lucas nos invita a salir de esquemas reductores que corren el riesgo de reflejar únicamente ansias y miedos, para abrirnos a un Dios fiel que no desaparece nunca y que pronto hará justicia a los elegidos que día y noche gritan a él. En esta fe-confianza encontraremos también la dimensión justa de la oración constante: siempre podemos recurrir a Dios, que nos espera para

iluminarnos, sostenernos, guiarnos; podemos recurrir a él para conocerle mejor, y no sólo para resolver problemas o conseguir «cosas».

Pablo dice a los corintios: «*Ya comáis, bebáis o hagáis otra cosa cualquiera, hacedlo todo para gloria de Dios*» (1 Cor 10,31). Y Francisco de Asís recomienda a sus hermanos que tengan el corazón dirigido al Señor (Rnb 22,19). Que el deseo de Dios –auténtica oración– acompañe nuestro obrar y crezca con nosotros en todos los tiempos de nuestra vida, porque es él el que de una manera imperceptible, pero verdadera, actúa para el bien.

ORATIO

Señor Jesucristo, nuestro acontecer de cada día tiene como protagonistas principales a seres inicuos y oprimidos y, en ocasiones, nosotros mismos somos lo uno y lo otro. Necesitamos orar sin cansarnos para salir vencedores en nuestras luchas cotidianas contra las potencias del mal que quieren alejarnos del bien, del sumo Bien que eres tú, a toda costa. Que nuestra fe, producto de humanidad y de miseria, abra las puertas de tu infinita misericordia y nos haga experimentar que sólo tú puedes hacer justicia a todos los hombres de la tierra, independientemente del juicio que nosotros emitamos sobre los hechos, las personas y las palabras.

CONTEMPLATIO

Cuando el mundo se llene de escándalos, cuando, por la multiplicación de la iniquidad, se enfríe la caridad de muchos y cuando el Hijo del hombre, en su venida, difícilmente encuentre fe en la tierra, no se dice que se pro-

longarán los días, sino más bien que serán abreviados. Es la Palabra del Señor la que lo dice: si no se abreviaran esos días, no se salvaría ninguna carne. Se dice, por consiguiente, que se abreviarán los días malos, mientras que los buenos, en los que servimos al Señor, serán longevos, de tiempo abundante y, en cierto modo, de gran amplitud.

Considera, sin embargo, que ha indicado también esto en el evangelio: se abreviarán aquellos días a causa de los elegidos. Así pues, los días malos, los días de la iniquidad y del escándalo, se abreviarán por los elegidos, y pienso que, una vez que hayan comenzado a ser abreviados los días malos por los elegidos, siempre se abrevian y disminuyen, hasta que quedan reducidos a nada, terminan de crecer y, al final, desaparecen (Orígenes, *Omélie sui Giudice*, homilía I, Roma 1992, 63).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Dios hará justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche» (Lc 18,7).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«Sin cansarse». Ésta es la palabra clave de este *lóghion*. Pero qué difícil es no cansarse. Todos somos como Moisés, que sentía que las manos le pesaban por el cansancio (Éx 17,12). Sí, porque todos pasamos por la experiencia de que Dios cansa en ocasiones, que orar cansa, que hasta vivir cansa. «Sin cansarse». Esta expresión es la traducción débil del verbo que indica exactamente el abandono de las armas por parte del soldado durante el combate; por eso podríamos decir mejor: orar sin abandonar las armas, sin desertar, sin ser abrumados por el miedo o por la vileza. Así comprendemos que la oración es mu-

cho más que una petición dirigida hacia el cielo, mucho más que el llanto de los hijos: es mezclar nuestra fuerza con la fuerza de Dios, es el coraje en el combate, es continuar la guerra del corazón para que el amor venza al odio, para que el corazón desarme a la venganza, para que tú seas capaz de hacerte prójimo en las soledades.

Y todavía más, la oración es un *combate*. Con Dios. Como Jacob, que lucha con el ángel (cf. Éx 4,24). Debemos alcanzar a Dios, aferrarle, revelarle. Debemos medirnos con Dios: «Quiero ver tu rostro» (Sal 42,3); medirnos con las cosas altas, con las altas temperaturas de la vida moral. La contienda con Dios, el combate con él, es algo que nos enseñan los profetas cuando asedian el silencio del cielo, asediando a un Dios que no habla: «¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!» (Is 63,19). Como Moisés con los brazos levantados para aferrar el cielo o la viuda que no se cansa ante el juez inicuo. Orad a Dios *sin deponer las armas*. Porque es él el que vencerá, pero Dios no salva al hombre sin el hombre. Dios no te hace violencia ni siquiera para salvarte.

Orad *sin abandonar la lucha*. Porque la vida, la verdad, la libertad y el amor sufren violencia para ser conquistados, porque pertenecen a los fuertes, a los valientes, a los que no tienen miedo (E. Ronchi, *Dieci cammelli inginocchiati*, Rudiano [BS] 1999, 137-139).

La parábola del fariseo y del publicano

(Lc 18,9-14)

⁹ También a unos que presumían de ser hombres de bien pero despreciaban a los demás les dijo esta parábola:

¹⁰ –Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo y el otro publicano. ¹¹ El fariseo, erguido, hacía interiormente esta oración: «Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano. ¹² Ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que poseo». ¹³ Por su parte, el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: «Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador». ¹⁴ Os digo que éste bajó a su casa reconciliado con Dios y el otro no. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

LECTIO

Esta parábola tiene también como tema la oración y está dotada de una introducción que proporciona la clave de lectura. Aunque va dirigida a los fariseos, que «*presumían de ser hombres de bien*» (cf. 16,15), se sentían superiores a los demás y los despreciaban, contiene una lección para los discípulos. La escena descrita, más que como una parábola, aparece como la radiografía de dos actitudes opuestas que se manifiestan en la oración. En la del fariseo se expresa la autocomplacencia y el orgu-

llo. Su modo de dirigirse a Dios se vuelve todavía más detestable por su altanera comparación con los otros. El publicano, en cambio, siente su propia indignidad para estar en presencia del Señor y suplica humildemente: «Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador» (v. 13). Jesús pronuncia con autoridad el juicio divino sobre los dos personajes: al primero, a pesar de su conducta irreprochable, no se le reconoce como justo, pero el segundo queda «reconciliado» con Dios porque, al abandonarse a su misericordia, obtiene su perdón. El dicho de la conclusión enuncia una especie de ley general del comportamiento de Dios: derriba a los soberbios, ricos y poderosos, y eleva a los humildes, pobres y afligidos (cf. las bienaventuranzas y el *Magnificat*).

MEDITATIO

¿Qué buscamos en la relación con Dios? ¿Y en la relación con los demás? Los dos hombres de la parábola evangélica nos sirven de espejo. Nos ofrecen dos modelos: el primero es el de la persona autocentrada, que considera a Dios y a los otros en función de sí mismo y de su propia afirmación; el segundo es el de la persona que se ve a sí misma en la verdad de la relación con Dios y con los otros. El primer modelo es el más difundido y propagado. Parece que existe una competición para ver quién exhibe más títulos para jactarse, títulos que toman su valor del hacer, cuando no únicamente de la apariencia. En este caso, es indispensable la comparación: siento que valgo porque tú no vales, yo merezco más que tú, tengo más derechos que tú... Y cosas así. La deducción práctica es que yo tengo poder sobre ti, y quizá incluso sobre Dios, quien, al final, no puede más que ratificar mi vida de fiel irreprochable.

El segundo modelo, personificado por el publicano, nos conduce a una conciencia radical de nosotros mis-

mos, más próxima a la verdad del ser: no podemos vivir más que gracias a la misericordia de Dios, cuya bondad es lo único que nos permite «levantar la mirada» y establecer con él una relación curada de toda orgullosa presunción y que hace buenas también nuestras relaciones con los demás. Reconocer que somos pecadores y, por consiguiente, frágiles, necesitados de perdón y dependientes de la condescendencia del Padre –y a menudo también de la de los hombres– nos habilita para acoger el don de Dios con reconocimiento, proclamando la grandeza de su generosidad inagotable, de su gratuidad absoluta. Nos damos cuenta de que no podemos dejar de compartir con los demás la belleza de semejante don. He aquí, pues, que la oración plasma la vida, se convierte en vida.

ORATIO

Libéranos, Padre, de todo legalismo formal. Haz que nuestra relación contigo no se reduzca a una simple observación de normas y preceptos incapaz de hacer vivir la inquietud de la ley del amor. Aleja de nuestro corazón la tentación de considerarnos justos y mejores que nuestros hermanos y concédenos estar ante ti en la verdad de lo que somos: pobres pecadores que, en su miseria, sólo esperan verse inundados por tu infinita misericordia.

CONTEMPLATIO

Si uno es pecador, no es humildad reconocerlo. Existe humildad cuando quien tiene conciencia de haber realizado grandes cosas no por ello concibe una alta idea de sí mismo; cuando se parece a san Pablo hasta el punto de poder decir: “Mi conciencia nada me reprocha” (1 Cor 4,4), «Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los

pecadores, y el primero soy yo» (1 Tim 1,15). En esto consiste la humildad: en, a pesar de la grandeza de nuestros actos, estimarnos en poco en nuestro espíritu.

Sin embargo, Dios, por su inefable amor a los hombres, no sólo acepta al que se humilla de esta manera, sino también a los que confiesan francamente sus faltas, y se muestra favorable y benévolo con los que tienen esta disposición. Para que te des cuenta de lo bueno que es no tener una alta idea de sí mismo, imagínate dos carros. Engancha a uno la virtud y el orgullo, y al otro el pecado y la humildad. Verás que el tiro del pecado adelanta al de la virtud no precisamente por su propio poder, sino por la fuerza de la humildad que le acompaña, y aquélla se queda atrás no por la debilidad de la virtud, sino por el peso y la enormidad del orgullo. En efecto, así como la humildad, gracias a su inmensa fuerza de elevación, triunfa de la pesadez del pecado y es la primera en subir al cielo, así el orgullo, por su gran peso y su enormidad, consigue prevalecer sobre la agilidad de la virtud y arrastrarla hacia abajo.

A propósito de este tiro más rápido que otro, acuérdate del fariseo y el publicano. El fariseo enganchaba a la vez la virtud y el orgullo cuando decía: Te doy gracias, Dios mío, porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano (Lc 18,11). ¡Qué locura! Su orgullo no se satisfacía con el género humano en general, sino que necesitaba además insultar con mucha más fatuidad al publicano que estaba a su lado. ¿Y qué hizo éste? No rechazó las injurias, no se irritó por las acusaciones, sino que lo escuchó todo con buena voluntad. El dardo del enemigo fue para él el remedio y la cura; la crítica se trocó en elogio, y la acusación, en corona. Así es, en efecto, la belleza y la ventaja de la humildad, con la cual ni se irrita uno por los ultrajes de los demás ni se afecta por las injurias de los que le rodean. También puede resultar, como en el caso del publicano, otro fruto grande y ex-

celente. Porque al aceptar las injurias se descargó de sus pecados y porque dijo: «Ten piedad de mí, que soy pecador» (v. 13), regresó mucho más justificado que el otro. De esta forma, las palabras del publicano pudieron más que las obras del fariseo; las palabras de aquél prevalecieron sobre las acciones de éste.

El fariseo presentó su justicia, sus ayunos y sus diezmos, mientras que el publicano sólo decía palabras y quedó descargado de sus pecados. Y es que Dios no había escuchado únicamente las palabras, sino que había visto también el corazón del que las decía y, hallándolo humilde y contrito, le concedió su misericordia y su amor (Juan Crisóstomo, *Sobre la incomprendibilidad de Dios*, 5, 6-7; PG 48,745-746).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador» (Lc 18,13b).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La humildad no está hoy de moda. Sin embargo, como cualquier otra cualidad humana, lleva consigo una fascinación propia. Se la admira en quien se compromete a acoger la opinión ajena aun sabiendo que la suya es más rica y profunda, o en quien se pone con generosidad al servicio del prójimo sin temer a colocarse «en el último lugar». La humildad es un reflejo del amor. Y el amor pide siempre ser capaz de enriquecerse recíprocamente de sus propios dones: exactamente lo contrario de la actitud de quien, queriendo imponerse a toda costa, llega a olvidar el valor del prójimo y a perder la conciencia de sus propios límites. La humildad es la virtud de los grandes. La humildad es la dote de los santos. La humildad puede ser confundida, des-

de el punto de vista puramente humano, con la debilidad de carácter o con cierta labilidad del ánimo; ahora bien, desde la perspectiva cristiana, esta virtud posee una relación inconfundible con Dios. Con ella pretendemos expresar, por una parte, la conciencia de ser, ante Dios, criaturas frágiles y pecadores robustos, y, por otra, la certeza de sabernos igualmente amados por el Padre, a pesar de las limitaciones de nuestra persona y de la indignidad de nuestras culpas. Humilde es así quien, tras haber sentido la experiencia de Dios, ha madurado la convicción de que «*todo es gracia*» en la vida del espíritu.

No es excesivo poner la humildad en el centro de la historia de la salvación. ¿Qué es, en realidad, el pecado, sino el considerarse autosuficientes respecto al Eterno, careciendo, por consiguiente, de modestia –y además de realismo– al olvidarnos de nuestra creaturalidad? ¿Qué es la búsqueda de la salvación, sino el poseer la sencillez de ánimo típica de los verdaderos sabios, que lleva a reconocer en Dios –y no en el hombre– el núcleo verdadero y el sentido auténtico de la existencia? La acogida de la presencia viva del Señor en nosotros manifiesta una genuina humildad en el corazón; el querer ponernos a nosotros mismos en un pedestal, considerándonos a la cabeza del universo, manifiesta, en cambio, la soberbia del hombre. La humildad es la puerta estrecha a través de la cual debe pasar cada uno de nosotros si quiere entrar en comunión con Dios. Soberbia o humildad: en relación con estas dos actitudes se juega toda nuestra vida, la terrena y la eterna (F. Giudice, *Come un tesoro nel campo. La ricchezza della proposta cristiana*, Milán 2004, 134-138, *passim*).

Jesús y los niños (Lc 18,15-17)

¹⁵ Le llevaron también unos niños pequeños para que los tocara. Los discípulos, al verlo, les regañaban. ¹⁶ Pero Jesús llamó hacia sí a los niños y dijo:

–Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el Reino de Dios. ¹⁷ Os aseguro que el que no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él.

LECTIO

Algunas madres presentan a Jesús a sus pequeños, para que los toque y los bendiga. Los discípulos, hombres toscos, intentan alejarlos, convencidos de que el Maestro tiene cosas más importantes que hacer. Jesús opina de otra manera. Su predilección se dirige a todos aquellos que en la sociedad de su tiempo se encuentran en condiciones de inferioridad y de marginación. El Reino de Dios está destinado, particularmente, a los pobres y a los pequeños (cf. 4,18; 6,20). Para entrar en él, debemos acogerlo como lo hace un niño, con la misma confianza y la misma sencillez. La lección impartida a los discípulos va, por consiguiente, en la misma línea de la conclusión de la parábola precedente, la del publicano y el fariseo (18,9-14).

MEDITATIO

Jesús está hablando del Reino de Dios y de cómo relacionarse entre las personas, con las otras criaturas y con las cosas, de acuerdo con el proyecto del Creador. No habla de él como de una realidad futura, sino que constata que ya hay quien vive este tipo de socialización que él ha venido a anunciar y a inaugurar con su existencia en todo semejante a la nuestra, excepto en el pecado.

Se presenta al niño como la figura que condensa en las actitudes necesarias para vivir como Dios nos pensó al crearnos. Y podemos experimentar, a buen seguro, incomodidad ante esta comparación con el niño. Tenemos ante nuestros ojos demasiadas imágenes de niños privados de infancia, niños endurecidos ya por la breve historia que han vivido, niños ultrajados y reprimidos en su abrirse a la vida: por lo que hemos podido hacer al plantear relaciones –entre personas, entre grupos, entre naciones– que se olvidan del proyecto originario de armonía entre los seres vivos, de apertura a la belleza, de sentido de la gratuidad, de alegría en el dar y en el compartir para hacer a los otros más felices.

El camino de la comunión con Dios, con los otros y con todo el cosmos pasa por la admiración y por la gratitud, lejos de las pretensiones y la arrogancia. Y es un camino que debemos recorrer con los pasos de la vida cotidiana, movidos por la confianza consciente en el Padre bueno y pródigo de todos, atento al máximo a los «últimos» en la consideración social.

ORATIO

Señor, estamos tan atrapados por nosotros mismos, por la codicia del poder, que no somos capaces de gozar

de las cosas buenas de la vida. No pocas veces alejamos a los niños de nosotros: les hacemos crecer demasiado deprisa, les dejamos a merced de la televisión y del martilleo publicitario, quitándoles la alegría de jugar, la belleza de sentirse amados, el gusto por descubrir la existencia. Te pedimos que abatas las durezas de nuestro corazón y nos concedas redescubrir el niño escondido que hay en cada uno de nosotros. Entonces seremos capaces de mirar la vida con ojos nuevos y de ver en cada niño la esperanza de nuestro futuro.

CONTEMPLATIO

¿Por qué motivo alejaron a los niños de Jesús los apóstoles? A causa de su dignidad. ¿Qué hace entonces el Maestro? Para enseñarles a ser humildes y a pisotear el fasto y la gloria mundana, no sólo acoge a los niños, sino que los abraza y les promete el Reino de los Cielos.

El alma del niño está limpia de toda pasión: no guarda rencor contra los que le ofenden, sino que se acerca a ellos como a amigos, como si nada hubiera pasado. Y por mucho que le pegue su madre, el niño la busca siempre y la prefiere a todos.

El niño es capaz de distinguir entre los suyos y los extraños no por su riqueza o su pobreza, sino por el amor que le tienen o que él siente por ellos. El niño no se aflige como nosotros por motivos fútiles, como la pérdida de dinero y otras cosas semejantes, ni se alegra por cosas pasajeras.

Hagámonos también nosotros como los niños y seamos como ellos seres sin malicia. No hay otro modo de ver el cielo (Juan Crisóstomo, *Commento al Vangelo di Matteo*, Roma 1967, 64s; existe edición española en la BAC).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Dejad que los niños vengan a mí*» (Lc 18,16).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Pues hay en el niño, hay en la infancia, una gracia única. Una totalidad, una primeridad absoluta. Un origen, un secreto, una fuente, un punto de origen. Un principio, por así decir, absoluto. Los niños son criaturas nuevas. Ellos también, ellos sobre todo, ellos los primeros, toman el cielo por la fuerza. *Rapiunt*, roban. Pero qué violencia tan dulce. Y qué fuerza tan agradable y qué ternura de fuerza. Con qué gusto aguanta un padre la violencia de esa fuerza, los abrazos de esa ternura.

Desde luego yo, dice Dios, no conozco nada tan bello en todo el mundo como un chiquillo que habla con nuestro Dios en el fondo de un jardín y que hace las preguntas y las respuestas (es lo más seguro). Un hombrecito que cuenta sus penas al buen Dios con la mayor seriedad del mundo. Que se da él mismo los consuelos de Dios. Yo os digo que esos consuelos que se fabrican proceden directa y propiamente de mí.

No conozco nada tan bello en todo el mundo, dice Dios, como un pequeño mofletudo y descarado como un gitanillo tímido como un ángel, que dice veinte veces hola, veinte veces buenas noches, saltando. Y riéndose y burlándose. Una vez no basta. Debe ser así. No hay ningún peligro. Les hace falta decir buenos días y buenas noches. Nunca tienen bastante. Para ellos, la vigésima vez es como la primera. Cuentan como yo. Así es como cuento yo las horas. Y por eso toda la eternidad y todo el tiempo es (como) un instante en el hueco de mi mano.

No hay nada más hermoso que un niño que se duerme rezando sus oraciones, dice Dios. Un niño que se duerme rezando sus oraciones bajo el ala de su ángel de la guarda, que sonrío a los ángeles al empezar a dormirse, que lo mezcla todo y que no entiende nada. Y que mete el texto del padrenuestro a barullo, de cualquier forma, en el texto del avemaría, mientras un velo

desciende ya sobre sus párpados, el velo de la noche, sobre su mirada y sobre su voz.

He visto los mayores santos, dice Dios. Pues bien, yo os digo que nunca he visto nada tan gracioso y, por lo tanto, no conozco nada tan bello en el mundo como ese niño que se duerme rezando sus oraciones (como ese pequeño ser que se duerme confiado) y que mezcla el padrenuestro con el avemaría. Nada es tan bello. Y éste es incluso un punto en el que la Santísima Virgen comparte mi opinión. Y puedo decir sin miedo que es el único punto en el que estamos de acuerdo. Pues, por lo general, somos de opiniones contrarias. Porque ella está a favor de la misericordia, y yo tengo que estar a favor de la justicia. Por otra parte, ¡qué bien comprendo a mi hijo! Mi hijo ya se lo ha dicho muchas veces (pues hay que entender todas las palabras de mi hijo al pie de la letra): *Sinite párvulos*. Dejad que se acerquen. *Sinite párvulos venire ad me*. Dejad que los niños se acerquen a mí.

“Los niños pequeños” (Ch. Péguy, *El misterio de los santos inocentes*, Encuentro, Madrid 1993, 140-144, *passim*).

Renunciar a todo y obtener la vida eterna (Lc 18,18-30)

¹⁸ Un hombre importante le preguntó:

–Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?

¹⁹ Jesús le dijo:

–¿Por qué me llamas «bueno»? Sólo Dios es bueno. ²⁰ Ya conoces los mandamientos: *No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre.*

²¹ Él respondió:

–Todo eso lo he cumplido desde joven.

²² A estas palabras, Jesús replicó:

–Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, repártelo entre los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Luego, ven y sígueme.

²³ Pero él, al oír esto, se puso muy triste, porque era muy rico. ²⁴ Jesús, viendo que se ponía triste, le dijo:

–¡Qué difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas! ²⁵ Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el Reino de Dios.

²⁶ Los que estaban escuchando preguntaron:

–Entonces, ¿quién podrá salvarse?

²⁷ Pero Jesús replicó:

–Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios.

²⁸ Entonces Pedro dijo:

–Pues nosotros hemos dejado nuestras posesiones y te hemos seguido.

²⁹ Y Jesús les dijo:

–Os aseguro que todo aquel que haya dejado casa, mujer, hermanos, parientes o hijos por el Reino de Dios, ³⁰ recibirá mucho más en este mundo, y la vida eterna en el futuro.

LECTIO

La entrada en el Reino de Dios constituye también el tema de este fragmento, que comienza con un diálogo entre Jesús y un hombre importante (según Mt 19,20, un joven). Se trata de una persona adinerada, pero también fiel a la Torá y que practica una búsqueda sincera en el plano religioso. Jesús responde a su pregunta recordándole los mandamientos (cf. Éx 20 y Dt 5), que constituyen justamente el corazón de la ley. Al replicar que los ha cumplido siempre, «*desde joven*» (v. 21), da a entender que espera una enseñanza más profunda o la indicación de algunas prácticas específicas. Dado que este hombre aspira a una vida religiosa todavía más comprometida, Jesús se la propone: seguirle a él, renunciando a sus propios bienes. El desprendimiento radical, sellado por la distribución de sus riquezas a los pobres (v. 22), no es lo que Jesús exige a sus discípulos en general, sino a los que llama a seguirle más de cerca, compartiendo su misma misión. Sin embargo, ante la invitación: «*Ven y sígueme*», la buena voluntad inicial del piadoso judío naufraga.

El evangelista señala: «*Era muy rico*» (v. 23). Y Jesús comenta: las riquezas constituyen un riesgo, pueden convertirse en un obstáculo para la salvación (para entrar «*en el Reino de Dios*»). La idea de la dificultad se da a entender con la imagen hiperbólica del camello y del ojo de la aguja. La severa advertencia, que debemos conectar con otras intervenciones de Jesús sobre el tema de la riqueza (cf. 6,24s; 11,39-41; 12,13ss; etc.), provoca la pregunta preocupada de los discípulos: ¿es-

tán excluidos, por tanto, del Reino de Dios los que poseen riquezas? Jesús indica la vía de salida: Dios es tan poderoso que puede salvar incluso a los ricos. No se dice cómo, pero es legítimo pensar que lo hace a través de la conversión del corazón y el reparto de los bienes (como sucederá en el episodio siguiente, el de Zaqueo: 19,1-10).

A la exclamación de Pedro, que nos recuerda la escena inicial de su vocación (5,11), Jesús replica con una promesa solemne: el que haya dejado todo para compartir su vida y su misión «*recibirá mucho más [ya] en este mundo* (gracias, por ejemplo, al apoyo generoso de la comunidad), y *la vida eterna en el futuro*» (v. 30).

MEDITATIO

Es posible que la palabra y el ejemplo de Jesús sean tan revolucionarios y estén tan alejados de nuestras categorías mentales en pocos ámbitos como en el de la posesión y la administración de las riquezas materiales. Habitualmente, consideramos los bienes como un objetivo a conquistar, puesto que damos por obvia esta igualdad: mayores riquezas = mayor poder = mayor felicidad. A lo sumo, si queremos sentirnos buenos, podemos hacer alguna limosna.

La palabra del evangelio dice otra cosa. Habla del Reino de Dios, es decir, del modo de vivir según el proyecto del Creador, que es accesible a quien comparte la riqueza recibida con los que no la tienen, no para beneficiar a los pobres, sino para restablecer la justicia. En términos estrictamente económicos, es pura pérdida; en términos evangélicos, el gran beneficio es estar con Jesús, recorrer su mismo camino y volver a encontrar, multiplicados, los bienes compartidos, gracias al estilo de vida aprendido de Jesús, que nos abre a cada uno a

la riqueza de unas relaciones nuevas con los demás, con nosotros mismos y con las cosas. La vida eterna empieza ya así en este mundo y se consumará más allá del tiempo. El auténtico compartir los bienes, que los primeros discípulos comprendieron bien y realizaron de una manera coherente, es el camino para alcanzar unas relaciones justas entre las personas y entre los pueblos, conscientes de que la tierra y sus frutos son un don de Dios para todos los hombres y no patrimonio de uno solo. El compartir cura de la explotación y del clientelismo, y abre a la cooperación. Que se acaben las relaciones de poder gestionadas con el dinero y se establezcan unas relaciones fraternas.



El ciego de Jericó (Lc 18,35-43)

³⁵ Cuando se acercaba a Jericó, un ciego, que estaba sentado junto al camino pidiendo limosna, ³⁶ oyó pasar gente y preguntó qué era aquello. ³⁷ Le dijeron que pasaba Jesús, el Nazareno. ³⁸ Entonces él se puso a gritar:

–Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí.

³⁹ Los que iban delante le reprendían y le decían que se callara. Pero él gritaba todavía más fuerte:

–Hijo de David, ten compasión de mí.

⁴⁰ Jesús se detuvo y mandó que se lo trajesen. Cuando lo tuvo cerca, le preguntó:

⁴¹ –¿Qué quieres que haga por ti?

Él respondió:

–Señor, que recobre la vista.

⁴² Jesús le dijo:

–Recóbrala; tu fe te ha salvado.

⁴³ En el acto recobró la vista y le siguió dando gloria a Dios. Y todo el pueblo, al verlo, se puso a alabar a Dios.

LECTIO

Esta curación, junto con el episodio de Zaqueo, se sitúa en la última etapa del camino hacia la ciudad santa, a los pies de la subida que conduce a Jerusalén. Se trata de la única curación de un ciego que el tercer evan-

gelista refiere de manera singular (pero véase 7,21: «y devolvió la vista a muchos ciegos»). La conclusión («En el acto recobró la vista y le siguió...») confiere al milagro un valor simbólico: el ciego iluminado representa a los discípulos, puestos por fin en condiciones de seguir a Jesús después de que sus ojos se hayan abierto a la inteligencia de las Escrituras (24,45).

Este ciego mendigo, en cuanto se da cuenta de la presencia de Jesús de Nazaret, le invoca con todas sus fuerzas: «Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí», sin preocuparse de la resistencia de la gente (vv. 38s). Jesús, reconociendo su fe (cf. v. 42), fija su atención en él y pone su propio poder salvífico a su disposición. La curación inmediata suscita una doble respuesta: la del ciego, que da gloria a Dios y se pone a seguir a Jesús, y la de la gente, que, a su vez, alaba al Señor por el milagro del que han sido testigos.

MEDITATIO

El ciego del relato evangélico conoce su necesidad radical –volver a ver (cf. v. 41)– y no vacila en declararla. Sabe que no puede satisfacerla con sus propias capacidades y, consciente de sus limitaciones, pide ayuda a quien –según intuye– se la puede ofrecer de una manera definitiva. Nos gustaría sentarnos junto a este hombre que ha perdido la vista y, con ella, la posibilidad de ponerse en una relación plena con la realidad. Nos gustaría pedirle que nos ayudara a establecer la verdad dentro de nosotros, a fin de descubrir el nombre de nuestra ceguera personal, que no nos permite movernos con soltura en las tramas de la vida cotidiana, que nos impide ser y expresarnos de una manera auténtica.

Y, a continuación, nos gustaría aprender de él el coraje: el coraje de gritar nuestra necesidad, de no esconder-

nos en la autosuficiencia tan presuntuosa como ridícula... Nos gustaría imitarle y atrevernos a ponernos de rodillas y unir las manos. ¿Para obtener qué? ¿La solución de nuestros problemas? Eso sería trivializar a Dios, reduciéndole a un agente de primeros socorros, físicos o espirituales.

La curación encuentra su consumación en el seguimiento. Como el hombre que era ciego, nos gustaría mover nuestros pasos al lado de Jesús, aprendiendo de él el camino que debemos recorrer para que nuestra vida sea vida y no simple supervivencia. El itinerario de Jesús parte de Jericó para subir a Jerusalén y al Gólgota: la vida se nos da y se nos garantiza aquí para que la gastemos amando, hasta el último aliento, con la conciencia gozosa de las grandes cosas que el amor de Dios ha realizado y realiza en nosotros y en los demás.



Zaqueo

(Lc 19,1-10)

¹ Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad. ² Había en ella un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, ³ que quería conocer a Jesús. Pero, como era bajo de estatura, no podía verlo a causa del gentío. ⁴ Así que echó a correr hacia adelante y se subió a una higuera para verlo, porque iba a pasar por allí. ⁵ Cuando Jesús llegó a aquel lugar, levantó los ojos y le dijo:

–Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.

⁶ Él bajó a toda prisa y lo recibió muy contento. ⁷ Al ver esto, todos murmuraban y decían:

–Se ha alojado en casa de un pecador.

⁸ Pero Zaqueo se puso en pie ante el Señor y le dijo:

–Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres, y si engañé a alguno, le devolveré cuatro veces más.

⁹ Jesús le dijo:

–Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán. ¹⁰ Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

LECTIO

El publicano de Jericó que recibe a Jesús y responde con generosidad a su invitación a convertirse es una de las figuras más simpáticas del evangelio de Lucas. Al principio, le impulsa la curiosidad: *«Quería conocer a*

Jesús», ignaro de que el mismo Jesús era el que «buscaba» a la oveja extraviada (cf. v. 10 y 15,3-7). Ésta es, efectivamente, su misión. El rico publicano responde a su invitación con una alegría y una disponibilidad total, muy diferente a la del piadoso notable de Lc 18,18ss. Como ya ha sucedido otras veces (5,30; 15,2; etc.), el comportamiento de Jesús no agrada a la gente bien. Sin embargo, Zaqueo, consciente del don recibido, le corresponde con la conversión y con la caridad hacia los pobres. Es el mismo Jesús quien interpreta el significado del encuentro: la salvación ha entrado en la casa de un pecador, que sigue siendo, a pesar de todo, un «hijo de Abrahán», heredero de las promesas hechas a los padres. La última parte subraya la finalidad de la misión del «Hijo del hombre», que dentro de poco culminará en su muerte salvífica (cf. 22,19s).

MEDITATIO

El *hoy de Dios* atraviesa los caminos de la historia, entra en nuestra vida inesperadamente y es el *hoy de la salvación* para cada uno de nosotros, como lo fue para aquel hombre pequeño que, impulsado por la curiosidad, un día decidió subirse a una higuera para ver... y fue visto.

Zaqueo era, a los ojos de la gente, un hombre perdido: era el jefe de los publicanos, un pecador y, además, un hombre rico. Poco antes de este episodio se lee en el evangelio de Lucas: «*Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el Reino de Dios*» (18,25). ¿Qué esperanza de salvación podemos tener, por tanto? Pero Lucas nos hace comprender que la lógica del Señor no es ésta: «*Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido*» (19,10).

La mirada del mundo, nuestra misma mirada, parte del pasado, se detiene en el presente y, en ocasiones, no

ofrece posibilidades de futuro. La mirada de Dios, si entrevé una hendidura en el corazón del hombre, se acerca y origina un nacimiento. El Señor pasa y todo se renueva; se abren todas las posibilidades y sólo permanece el momento en el que su mirada se cruza con la nuestra, en el que nos dice llamándonos por nuestro nombre: «*Baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa*» (19,5). Lo que parecía imposible lo hace posible la fidelidad del amor de Dios a cada uno de sus hijos e hijas.

ORATIO

Señor Jesús, danos el coraje de dejar nuestras seguridades, de no preocuparnos de nuestras cosas, de dejar espacio y prestar escucha a nuestro profundo deseo de buscarte y de verte ínsito en nuestro corazón, de abandonar el anonimato y la protección de la «muchedumbre» y de subir a nuestra higuera para verte cuando pases. Tampoco hoy defraudarás nuestras expectativas, sino que nos sorprenderás como entonces a Zaqueo y nos colmarás de alegría: dirigirás tu mirada colmada de misericordia y de ternura hacia nosotros y te detendrás en nuestra casa. Que la acogida que te dispensemos, Salvador nuestro, sea sin reservas, plena y auténtica; que nuestro corazón se deje calentar y convertir por tu presencia y por el don de tu salvación y se vuelva capaz del impulso de la justicia, de la generosidad y del amor sin interés por los hermanos.

CONTEMPLATIO

«*Y he aquí que un hombre llamado Zaqueo...*» (Lc 19,2). Tenía un ánimo suficientemente grande éste que parecía pequeño de estatura; en efecto, con el ánimo llegaba al cielo, mientras que con el cuerpo no llegaba a la es-

tatura de sus semejantes. «*Así que echó a correr hacia adelante y se subió a un árbol*». Pisoteó la tierra, desmontó la avaricia y superó toda la masa de las riquezas para saltar al árbol del perdón y colgar de él como un fruto de la misericordia. «*Pero Jesús le vio*»: le vio para perdonarle, le miró para agradecerle, fijó en él su mirada para volver a darle la vida, le contempló para salvarle. «*Y le dijo: “Zaqueo, baja en seguida”*». Zaqueo subió al árbol antes de que el Señor subiera a la cruz. Por eso le dijo Jesús: «*Baja en seguida*». Bajó del árbol de Adán para subir después a la cruz de la pasión. Bajó para depositar el cargo de la codicia, la masa de las usuras, el magisterio del publicano, y entró así sin pesos en la escuela de la pobreza, en el aprendizaje de la misericordia, en la práctica de la piedad, en la disciplina de la paciencia, en la búsqueda de las virtudes, en el aguante de los sufrimientos. «*Él bajó a toda prisa y lo recibió muy contento*». Está contento porque acoge a quien le ha acogido, porque apacienta al propio pastor.

Tú murmuras, hombre, porque Dios busca al hombre entre los pecados. Escucha: «*Pero Zaqueo se puso en pie ante el Señor y le dijo: “Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres, y si engañé a alguno, le devolveré cuatro veces más”*»... Después le dio al Señor todas sus casas y a su misma persona, para llegar desde la mesa recaudatoria a la mesa del cuerpo del Señor y, abandonando las riquezas obtenidas con el fraude, encontrar, en la pobreza de Cristo, las verdaderas riquezas (Pedro Crisólogo, *Sermones*, 54, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Hoy tengo que alojarme en tu casa*» (Lc 19,5).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Zaqueo, jefe de publicanos y rico, un hombre que parece vivir sólo para el dinero, está insatisfecho por dentro: «*Buscaba ver a Jesús*». El evangelista usa los verbos «*buscar*» y «*ver*», que indican la necesidad de un encuentro personal, de un contacto directo. En este «*buscar y ver a Jesús*» se sitúa, para el publicano de Jericó, el comienzo de su apertura a la gracia. De una manera secreta y sin ser consciente de ello, se ve impulsado por la necesidad de emprender un camino espiritual de conversión, por una especie de «*instinto de libertad*», que le conduce hacia el Señor. Pues bien, ésta es la historia de cada uno de nosotros: porque Dios nos atrae a sí mucho antes de que esto aflore en nuestra conciencia. El Señor suscita en nosotros el deseo de buscarle. Pero a nosotros se nos pide que mantengamos despierto este deseo y que lo alimentemos. Hay un trabajo espiritual que debemos hacer nosotros. Se trata de un compromiso interior absolutamente personal que no podemos delegar en otros. Zaqueo atestigua precisamente esta responsabilidad personal de una manera espléndida. En su caso, el deseo de ver a Jesús no es un simple sentimiento que se quede contraído en lo secreto de su corazón, sino un impulso que conquista la voluntad y la conduce a tomar decisiones decididas y valientes.

La escena cambia de perspectiva en este punto. Ahora es Jesús quien toma la iniciativa. El origen del cambio está en el misterioso encuentro de dos miradas: la de Zaqueo y la de Jesús. La mirada de Jesús es una mirada que salva... En este sentido, ¿podemos desear algo más precioso y decisivo en la vida que ser «*mirados*» por Cristo? Es cierto: ¡Cristo nos mira! Ahora bien, también nosotros debemos mirarle. La mirada de Cristo es una mirada de amor comprometedor que espera respuesta, una sola respuesta: la del amor. Es cierto: ¡Cristo nos mira! Así y sólo así se nos da la posibilidad de mirarle, y esto nos llena el corazón de una alegría conmovedora y de gran esperanza (D. Tettamanzi, *Il tempo della conversione del cuore*, Casale Monf. [AI] 1999, 109-116, *passim*).

La parábola del rey y de los criados (Lc 19,11-27)

¹¹ Mientras la gente le escuchaba, les contó otra parábola, porque estaba cerca de Jerusalén y ellos creían que el Reino de Dios iba a manifestarse inmediatamente. ¹² Les dijo, pues:

—Un hombre noble marchó a un país lejano para ser coronado como rey y regresar después. ¹³ Llamó a diez criados suyos y a cada uno le dio una importante cantidad de dinero diciéndoles: «Negociad con ello hasta que yo vuelva». ¹⁴ Pero sus conciudadanos lo odiaban y enviaron tras él una embajada a decir que no lo querían como rey. ¹⁵ Cuando regresó, investido del poder real, mandó venir a sus criados, a quienes había dado el dinero, para saber cómo había negociado cada uno. ¹⁶ El primero se presentó y dijo: «Señor, tu dinero ha producido diez veces más». ¹⁷ Él dijo: «Muy bien, has sido un buen criado; puesto que has sido fiel en lo poco, recibe el gobierno de diez ciudades». ¹⁸ Vino el segundo y dijo: «Tu dinero, señor, ha producido cinco veces más». ¹⁹ Y también a éste le dijo: «Tú recibirás el mando sobre cinco ciudades». ²⁰ Vino el otro y dijo: «Señor, aquí tienes tu dinero; lo he tenido guardado en un pañuelo, ²¹ por temor a ti, que eres un hombre severo, pues exiges lo que no diste y quieres cosechar lo que no sembraste». ²² El señor le replicó: «Eres un mal criado, y tus mismas palabras te condenan. ¿Sabías que soy severo, que exijo lo que no he dado y cosecho lo que no he sembrado? ²³ Entonces, ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco para que, al volver, lo recobrase con los intereses?». ²⁴ Y dijo a los que estaban presentes: «Quitadle lo que le di y dádselo al que lo hizo producir diez veces más». ²⁵ Le dijeron: «Señor, ¡pero si ya tiene diez veces más!». ²⁶ Pues yo os digo: «Al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará incluso lo que tiene. ²⁷ En cuanto a mis enemigos, éstos que no me querían como rey, traedlos aquí y degolladlos en mi presencia».

LECTIO

La introducción del evangelista liga esta parábola –paralela a la de los talentos del evangelio de Mateo, insertada en el discurso escatológico (Mt 25,14-31)– con la conclusión del camino de Jesús hacia Jerusalén. Por otra parte, el arranque del relato traslada la atención desde la responsabilidad de los criados al acontecer del personaje real, que «*marchó a un país lejano*» y volvió «*investido del poder real*». Se vuelve así transparente la referencia al mismo Jesús. La manifestación del Reino de Dios no es inminente: antes debe producirse la salida («*éxodo*»: 9,31) del que un día volverá como «*rey*» (19,38) e Hijo del hombre (21,27). Sin embargo, sus conciudadanos le rechazaron: «*No queremos que éste reine sobre nosotros*» (cf. Jn 19,15).

Entre la salida y el retorno del personaje real, sus siervos –figura de los discípulos– deben hacer fructificar el capital que se les ha confiado. En el plano de la imagen se trata de una suma en monedas de oro (la «*mina*») equivalente a cien dracmas o *denarios*. A la vuelta del rey –léase: *parusía*– deberán rendirle cuentas de cómo la han administrado. La escena está dramatizada para poner de relieve el diferente comportamiento de cada criado y la sanción correspondiente. A los criados fieles se les invita a la fiesta del rey (la «*alegría del señor*»), y comparten su poder real (cf. 22,29s) en proporción a sus méritos. Al criado holgazán («*malo*»: v. 22) se le despoja de todo.

Los colores del epílogo son los de la historia antigua del Oriente Próximo. No los podemos trasladar tal cual al plano de la realidad, proyectando una sombra sobre la figura de Cristo, salvador misericordioso. Les corresponden, sin embargo, los repetidos anuncios de un castigo que incumbe a Jerusalén y al pueblo judío (cf. 19,42-44; 20,16; 21,20-24; 22,28-31).

MEDITATIO

Como cristianos, estamos invitados a acoger el amor que nos da el Señor y a invertirlo a nuestra vez en el amor. También tenemos la posibilidad de construir el futuro en el presente, a fin de no llegar ante Dios como siervos desprovistos, sino como hijos confiados. ¿Cómo acogemos en nuestra vida diaria el amor que Jesús nos ha dado de una manera gratuita y generosa al ofrecer su vida? ¿Y cómo nos damos nosotros mismos como respuesta a este amor? Estamos llamados a una caridad recíproca que nos conduce a actuar de modo concreto, a asumir nuestras responsabilidades, a arriesgar para hacer fecunda nuestra historia, hasta «dar la vida» como hizo el Señor. Dios quiere hijos, no siervos que se limitan a restituir lo que han recibido; sin embargo, a menudo nos contentamos con ser criados temerosos y sumisos al deber... Tal vez nos parezca demasiado elevado el precio que debemos pagar para ser hijos.

Lucas nos muestra con su relato lo importante que es establecer una relación adecuada con el Señor, conocerle personalmente como es, y no como nos parece que es. Su imagen del señor es precisamente lo que impide al tercer criado expresarse a sí mismo y entrar en la alegría eterna. La idea de un Dios justiciero, malo y exigente bloquea en el legalismo e impide una relación libre, emprendedora, valiente, creativa y fecunda. El miedo impide que el amor crezca y se desarrolle y nos lleva a enterrar la vida. Amar con confianza y sencillez es el camino que tenemos abierto ante nosotros. A la confianza que hemos recibido del Señor, que nos confía sus bienes, debemos responder con esos gestos sencillos que dan consistencia y luz a la vida y que nos lo hacen encontrar y conocer a través de los hermanos y las hermanas.



La entrada mesiánica

(Lc 19,28-48)

²⁸ Y dicho esto, Jesús siguió su camino, subiendo hacia Jerusalén.

²⁹ Al llegar cerca de Betfagé y de Betania, junto al monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos ³⁰ con este encargo:

–Id a la aldea de enfrente. Al entrar, encontraréis un borrico atado, sobre el que nadie ha montado aún; desatadlo y traedlo. ³¹ Y si alguien os pregunta por qué lo desatáis, le diréis que el Señor lo necesita.

³² Fueron los enviados y lo encontraron como Jesús les había dicho. ³³ Cuando estaban desatando el borrico, sus dueños les dijeron:

–¿Por qué lo desatáis?

³⁴ Ellos respondieron:

–El Señor lo necesita.

³⁵ Y se lo llevaron a Jesús. Pusieron sus mantos sobre el borrico e hicieron que Jesús montara en él. ³⁶ Según iba avanzando, extendían sus mantos en el camino. ³⁷ Cuando ya se iba acercando a la bajada del monte de los Olivos, los discípulos de Jesús, que eran muchos, llenos de alegría, estallaron en gritos de alabanza a Dios por todos los milagros que habían visto.

³⁸ Decían:

–Bendito el rey que viene en nombre del Señor. ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!

³⁹ Algunos fariseos de entre la gente le dijeron:

–Maestro, reprende a tus discípulos.

⁴⁰ Pero Jesús respondió:

–Os digo que si éstos callaran, empezarían a gritar las piedras.

⁴¹ Cuando se fue acercando, al ver la ciudad, lloró por ella ⁴² y dijo:

–¡Si en este día comprendieras tú también los caminos de la paz! Pero tus ojos siguen cerrados. ⁴³ Llegará un día en el que tus enemigos te rodearán con trincheras, te cercarán y te acosarán por todas partes; ⁴⁴ te pisotearán a ti y a tus hijos dentro de tus murallas. No dejarán piedra sobre piedra en tu recinto, por no haber reconocido el momento en el que Dios ha venido a salvarte.

⁴⁵ Jesús entró en el templo e, inmediatamente, se puso a expulsar a los vendedores ⁴⁶ diciéndoles:

–Está escrito: Mi casa ha de ser casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones.

⁴⁷ Jesús enseñaba todos los días en el templo. Los jefes de los sacerdotes, los maestros de la ley y los principales del pueblo trataban de acabar con él. ⁴⁸ Pero no encontraban el modo de hacerlo, porque el pueblo entero estaba escuchándolo, pendiente de su palabra.

LECTIO

La entrada triunfal del Mesías-rey en la ciudad santa marca el comienzo de la fase conclusiva de su vida en la tierra: serán los días de su «*éxodo*» (9,31) y de su «*asunción*» (9,51). En la subida a Jerusalén, camina con paso decidido y con valor delante de la muchedumbre que le acompaña. Jesús toma la iniciativa. La orden de requisar un asno deja aparecer una intención más profunda: se cumple así una Escritura profética (Zac 9,9; cf. Mt 21,4s). La autoridad real de Jesús («*el Señor...*») está subrayada por el gesto de los discípulos, que extienden sus mantos (cf. 2 Re 9,13).

La muchedumbre de los peregrinos que habían acudido a Jerusalén para la Pascua le acoge con entusiasmo, alabando a Dios por los milagros que le acreditan como profeta. La aclamación «*bendito el rey que viene en nombre del Señor*» está tomada del Sal 118: el que viene

es el «*rey*» Mesías. El breve himno– que recuerda al de los ángeles en el nacimiento (cf. 2,14)– está dirigido a Dios, autor de la salvación. Respondiendo al reproche de algunos fariseos, tal vez preocupados porque la escena pueda irritar a las fuerzas romanas de ocupación, Jesús aprueba lo que la gente está haciendo: sería absurdo impedirle acoger al Mesías.

Jesús se conmueve y llora a la vista de la ciudad santa. Su lamento es el de un profeta que prevé el drama inminente. Su camino termina en el templo: tras pasar el pequeño valle del Cedrón, Jesús entra en él por la puerta oriental. El gesto profético con el que expulsa a los vendedores del recinto sagrado se explica mediante las Escrituras; Is 56,7 («*mi casa ha de ser casa de oración...*») y Jr 7,11 («*vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones*»). Con estas palabras reivindica la verdadera naturaleza del templo, donde Dios está presente, y denuncia su profanación mediante el comercio que en él anida. Jesús hace de él el lugar ordinario de su propia actividad: «*Jesús enseñaba todos los días en el templo*» (v. 47). Sin embargo, a la clase dirigente –«*los jefes de los sacerdotes, los maestros de la ley y los principales del pueblo*»– no le gusta y trama su muerte. Les frena el favor popular que rodea y protege al profeta de Nazaret.

MEDITATIO

El largo viaje del Señor hacia Jerusalén ha llegado ahora a su final: con la misma determinación con que había endurecido su rostro (cf. Lc 9,51) y había emprendido el viaje, continúa precediendo a sus discípulos –y a nosotros con ellos–, invitándoles a recorrer su mismo camino, por muy desconcertante que pueda ser. Jesús es un rey extraño: no elige los medios fáciles del poder, de la riqueza y de la apariencia y, para su entrada en la ciudad santa, se sirve de un simple pollino prestado.

Lucas nos muestra así el verdadero rostro de Jesús. ¿Acaso lo esperábamos diferente? ¿Más fuerte, más capaz de resolver nuestros problemas y de dar respuesta a todas nuestras necesidades? Viene humilde, a servir y a dar la vida, y sólo cuenta con la fuerza de su amor. Él es el pobre que tiende la mano y nos manifiesta su necesidad: «*El Señor lo necesita*» (v. 34). Son palabras para dejarlas resonar en nuestro interior, de forma que cambien nuestras expectativas y no seamos incapaces de reconocer su visita, sino capaces de acoger al «*rey que viene en nombre del Señor*», al que trae verdaderamente la presencia de Dios en medio de nosotros (v. 38).

Por este camino nos guía la meditación de las Escrituras, precisamente como a los primeros discípulos, que sólo después de la Pascua llegaron a comprender el significado del gesto de Jesús, al releerlo a la luz de las antiguas profecías, que encuentran su cumplimiento en él (cf. Zac 9,9s).



La parábola de los labradores

(Lc 20,1-19)

¹ Uno de aquellos días, cuando estaba enseñando al pueblo en el templo y les anunciaba la Buena Noticia, se presentaron los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley con los ancianos ² y le dijeron:

—Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿Quién te ha dado esa autoridad?

³ Jesús les respondió:

—También yo os voy a hacer una pregunta: Decidme, ⁴ el bautismo de Juan ¿procedía de Dios o de los hombres?

⁵ Ellos discurrían entre sí y comentaban:

—Si decimos que de Dios, dirá: Entonces ¿por qué no le creísteis? ⁶ Y si decimos que de los hombres, el pueblo entero nos apedreará, porque está convencido de que Juan era un profeta.

⁷ Así que contestaron que no lo sabían, ⁸ y Jesús les dijo:

—Pues tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

⁹ Entonces comenzó a hablar al pueblo y les propuso esta parábola:

—Un hombre plantó una viña, la arrendó a unos labradores y se ausentó por mucho tiempo. ¹⁰ Llegado el momento, envió un criado a los labradores para que le dieran la parte que le correspondía de la cosecha. Pero los labradores lo golpearon y lo despidieron con las manos vacías. ¹¹ Volvió a enviarles otro criado, pero ellos, después de golpearlo y ultrajarlo, lo despidieron también con las manos vacías. ¹² Todavía les envió un tercero. Y también a éste, después de herirlo gravemente, lo echaron de allí. ¹³ El dueño de la viña pensó en-

tonces: «¿Qué haré ahora? Les enviaré a mi hijo querido. Quizás a él lo respeten». ¹⁴ Pero los labradores, al verlo, comenzaron a decirse unos a otros: «Éste es el heredero; matémoslo y la herencia será nuestra». ¹⁵ Entonces lo echaron fuera de la viña y lo mataron. ¿Qué hará, pues, con ellos el dueño de la viña? ¹⁶ Vendrá, acabará con esos labradores y dará la viña a otros.

Entonces los que estaban escuchando dijeron:

–¡Eso no puede ser!

¹⁷ Pero Jesús, mirándolos fijamente, les dijo:

–Pues ¿qué significa eso que dice la Escritura: «*La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en piedra angular?*».

¹⁸ El que caiga sobre esta piedra quedará deshecho, y a quien le caiga encima, quedará aplastado.

¹⁹ Los maestros de la ley y los jefes de los sacerdotes quisieron echarle mano en aquel momento, pero temieron al pueblo. Y es que habían comprendido que la parábola iba por ellos.

LECTIO

La llegada festiva y el gesto profético de Jesús (cf. 21,20-24) agudizan el conflicto con las autoridades del pueblo judío, que envían una delegación para entrevistarse con él en el templo, mientras enseña al pueblo. Le plantean sin medias tintas el problema de su «*autoridad*»: ¿es sólo humana, y por consiguiente arbitraria, o bien se la ha dado Dios? Jesús les replica con una contrapregunta: la misión de Juan ¿era de origen divino o sólo humana? Sus interlocutores comprenden que les ha tendido una trampa y, en consecuencia, no responden, consiguiendo ocultar a duras penas su mala fe. Y Jesús concluye: «*Pues tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas*», con lo que deja entender que lo que vale para Juan vale también para él (cf. 7,26-35).

Esta primera respuesta se completa con la parábola de los labradores, inspirada en la situación socioeco-

nómica del tiempo y del ambiente. Las imágenes y los personajes evocan figuras y textos de la Biblia: la viña (cf. Is 5,1-7), los criados (cf. Jr 7,25; etc.), el hijo único (cf. Gn 22,2)... La historia narrada es transparente: la misión de Jesús es la del «*hijo*», en continuidad con la de los «*criados*», y obtiene el mismo resultado, concluyendo incluso de un modo todavía más trágico. Las consecuencias son previsibles: tras haber castigado a los labradores rebeldes, el dueño «*dará la viña a otros*»; o sea, que la alianza pasará a un nuevo pueblo de Dios. La reacción de los notables que han interrogado a Jesús («*¡Eso no puede ser!*») muestra de modo claro que han comprendido bien (cf. v. 19).

Ahora bien, la historia del «*hijo*» no termina con la muerte. Jesús la prolonga empleando el Sal 118, en el que el orante da gracias a Dios por haberle salvado prodigiosamente de la muerte. Jesús es la «*piedra*» que los jefes del pueblo han rechazado y tirado, pero que el mismo Dios ha escogido como fundamento de su edificio (cf. Is 29,16). Leemos esta misma imagen en otros dos textos bíblicos empleados aquí: Is 8,14s (la «*piedra de tropiezo*») y Dn 2 (la piedra que hace añicos la estatua del rey). Estos textos, referidos a Cristo, suenan a amenaza: el que choca con esta «*piedra*» se arruina (cf. 2,34). El epílogo de esta primera discusión calca el del episodio precedente (19,47s).

MEDITATIO

La parábola de los labradores nos pone frente a la triste realidad de un pueblo que rechaza obstinadamente a su Dios. Es la historia de siempre, tanto en la experiencia de Israel como en la de cada uno de nosotros: el intento de administrar nuestra vida de una manera autónoma, «eliminando» de uno modo o de otro a todo el que, hablando en nombre del Señor, nos proponga un

mensaje que no esté de acuerdo con nuestros intereses y nuestras comodidades.

El verdadero pecado de los labradores parece consistir en no querer reconocer al dueño como tal, comportándose como si la viña fuera de su propiedad. ¿Cómo no ver en ellos también a una humanidad que percibe la presencia y la pretensión de Dios como una amenaza a su propia libertad y por eso proclama su muerte, decidiendo vivir *etsi non daretur* (como si no existiera), prescindiendo de él por completo? Y esto para encontrarse después precisamente como los protagonistas del relato, dominada por el odio y por la violencia y quizá incluso incapaz de dar los frutos que antes negaron a su Señor, vacía y estéril.

Con todo, la última palabra no es la del rechazo humano, sino que la piedra rechazada por los constructores se convierte en piedra angular. Releyendo el *testimonium* del Sal 118, la comunidad de los creyentes (ya en todo el Nuevo Testamento: cf. Hch 4,11; 1 Pe 2,4-7; etc.) interpreta así el acontecer pascual de Jesús, el Hijo rechazado y crucificado fuera de los muros, pero glorificado por Dios en la resurrección y convertido en la base firme para nuestra vida. Es una obra estupenda de Dios, que lleva adelante su designio de salvación a pesar de toda oposición posible.

ORATIO

Señor, tú miras con bondad incluso a los que se te resisten con una obstinación extrema. Ante la cruz de tu Hijo unigénito, nuestra dureza de corazón se estrella en el abismo de tu amor, y nuestra infidelidad y tu fidelidad se encuentran finalmente cara a cara. Ayúdanos en todo tiempo y lugar a hacer memoria, eucaristía y comunión con los hermanos y hermanas, para que podamos con-

vertir a tu Iglesia constantemente en una viña fecunda con los frutos maduros de nuestra conversión.

CONTEMPLATIO

La divina caridad, nuestra madre, aun sabiendo que habríamos de pecar contra Dios, alimentaba ya desde la eternidad «*proyectos de paz y no de aflicción*» (Jr 29,11). En efecto, Dios no piensa en el juicio, sino en la misericordia, y considera cuál es el mejor modo con el que podamos reconciliarnos con él y volver a su gracia. Ya preveía entonces que nosotros, gusanos despreciables, le habríamos de despreciar. Sin tener esto en consideración, se preocupaba más bien de curar nuestras heridas y pensaba en qué remedio podía ser más eficaz, más saludable y más dulce para la cura. Su sabiduría le mostraba cuáles eran los mejores ungüentos y cómo debía criar a sus pequeños, abrazarlos en su seno y besarlos, y decía: ¿Qué puedo hacer por estos hijos e hijas míos? Están profundamente arraigados en mí y nadie los arrancará de mis entrañas, ni Satanás, ni el pecado, ni la muerte. Por consiguiente, «*cíñete al flanco la espada, valiente*» (Sal 44,4). El amor te impulsa, en efecto, con fuerza, y todas estas criaturas son tuyas, puesto que yo te las he entregado. Sobre ti he extendido la fuerza de mi brazo, y tú llevarás a cabo esta obra de salvación con energía y plena confianza (Juan de Ford, *Il volto dell'amore. Sermoni sul Cantico dei cantici*, Rímimi 2003, I, 154-156).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Haz fructificar tu viña, Señor*» (cf. Lc 20,9).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dios es débil. No es alguien que hace todo lo que quiere, alguien al que nada se le resiste, alguien que mueve el mundo con una varita mágica. Es siempre desde el fondo de su pobreza, de su caridad, de donde brota el ser, del despojamiento infinito que es él mismo. Por eso es posible vencer a Dios, y lo es en la cruz donde muere por amor, por aquellos que se niegan eternamente a amarle, ya que carece de defensa, está desarmado, como el candor de la inocencia eterna.

Dios es frágil y por eso, en última instancia, no somos nosotros los que hemos de ser salvados por él, sino que es él –Dios– el que necesita ser salvado por nosotros. En consecuencia, es esencial que cambiemos por completo la perspectiva. Cristo, al revelarnos la debilidad de Dios, la pone en nuestras manos y nos confía el destino de Dios, al que nosotros debemos desclavar de la cruz y dejar vivir en nosotros. La virtud cristiana no es un ejercicio de acrobacia en la cuerda rígida del estoicismo. La virtud cristiana es la vida de Cristo, que, a través de nosotros, se comunica a toda la humanidad, a condición de que le dejemos vivir en nosotros con todo su poder.

No se trata, por consiguiente, de nuestra salvación, sino de la vida de Dios, que ha sido confiada a nuestras manos. Se trata de no dejar apagarse en nosotros la vida divina que se nos ha dado, y esto no admite ningún aplazamiento, porque Dios es la víctima inmediata de toda infidelidad. Se trata de descubrir la increíble aventura que nos ha tocado vivir, la de ser responsables del destino de Dios (M. Zundel, «Sauver Dieu de nous-mêmes», en *La vie spirituelle* 725 [1997] 726-730, *passim*).

El tributo al César

(Lc 20,20-26)

²⁰ Entonces se pusieron a acecharle y le enviaron espías que simulaban ser hombres de bien. Querían ver si decía algo que les diera motivo para entregarlo al poder y autoridad del gobernador romano. ²¹ Así que le hicieron esta pregunta:

–Maestro, sabemos que hablas y enseñas con rectitud. No juzgas por las apariencias y enseñas con verdad el camino de Dios. ²² ¿Estamos obligados a pagar el tributo al César o no?

²³ Jesús se dio cuenta de su mala intención y les dijo:

²⁴ –Mostradme un denario. ¿De quién son la imagen y la inscripción que lleva?

²⁵ Ellos le contestaron:

–Del César.

Entonces Jesús dijo:

–Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

²⁶ No pudieron sorprenderlo en nada ante el pueblo y, asombrados de su respuesta, se callaron.

LECTIO

Fracasado el primer asalto, los adversarios de Jesús buscan nuevos caminos para ponerle en dificultades y encontrar cargos en contra de él. Llevando la discusión al plano político, plantean la cuestión del tributo impuesto a los habitantes de Judea. Los zelotas, enemigos irreductibles del Imperio romano, rechazaban este im-

puesto, mientras que los fariseos –aunque muy a su pesar– lo aceptaban. Si Jesús se pone del lado de los primeros, su acción constituiría un desafío abierto al poder romano y, si lo aprueba, sería mal visto por el pueblo. La pregunta: «¿Estamos obligados a pagar el tributo al César o no?» (v. 22), esconde, por consiguiente, una trampa. Jesús se da cuenta, pero con su respuesta supera la mezquindad de la cuestión. Reconoce el poder político, a pesar de sus orígenes concretos y más allá de las reservas sobre el modo de ejercerlo (cf. 22,25), y de ahí el deber de dar «al César lo que es del César» (v. 25); en concreto, de pagar el tributo al fisco imperial. Pero, a continuación, sube a un nivel superior: dar «a Dios lo que es de Dios», que significa reconocer su soberanía, que se extiende desde la vida personal a la pública y, por consiguiente, incluye también a la autoridad política. En el segundo asalto también se han ido de vacío (cf. v. 26).

MEDITATIO

Ni la fe en Dios, ni nuestra pertenencia a la comunidad cristiana, ni siquiera nuestro compromiso en el interior de la misma, nos dispensan de nuestras responsabilidades sociales. Al contrario, precisamente porque confesamos a un Dios que se ha encarnado plenamente en la historia de la humanidad, debemos sentirnos responsables de la vida civil del país y del mundo en el que vivimos y debemos ser en él un ejemplo incluso para los otros. Con todo, no debemos olvidar que, en cuanto cristianos, estamos llamados a dejar que el centro de nuestra vida esté ocupado por el Señor. No podemos usar a Dios para justificar nuestro desinterés y nuestra falta de compromiso con respecto a los deberes civiles, pero tampoco debemos admitir que estos deberes nos impidan dar tiempo a Dios y a la oración (que es lo que alimenta nuestra vida humana y de creyentes).

No debemos caer en el error de que dar «al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» signifique estar divididos en nosotros mismos, creando una especie de fractura entre la experiencia de fe y la vida social y familiar. El Señor, al encarnarse, volvió a dar al ser humano la conciencia de la unidad de la persona: el creyente lo es siempre, tanto cuando frecuenta la iglesia y se compromete en los grupos o en las actividades parroquiales como cuando vive su vida diaria fuera de ella. Más aún, precisamente dejando que el Señor ocupe el sitio que le corresponde en nuestra experiencia humana, volvemos a encontrar nosotros mismos la verdad de lo que somos y de lo que vivimos en la relación con nosotros mismos, con los otros, con la historia y con la creación.



La resurrección de los muertos

(Lc 20,27-40)

²⁷ Se acercaron entonces unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron:

²⁸ –Maestro, Moisés nos dejó escrito: *Si el hermano de uno muere dejando mujer sin hijos, su hermano debe casarse con la mujer para dar descendencia a su hermano.* ²⁹ Pues bien, había siete hermanos. El primero se casó y murió sin hijos. ³⁰ El segundo ³¹ y el tercero se casaron con la viuda, y así hasta los siete. Todos murieron sin dejar hijos. ³² Por fin murió también la mujer. ³³ Así, pues, en la resurrección, ¿de quién de ellos será mujer? Porque los siete estuvieron casados con ella.

³⁴ Jesús les dijo:

–En la vida presente existe el matrimonio entre hombres y mujeres, ³⁵ pero los que logren alcanzar la vida futura, cuando los muertos resuciten, no se casarán, ³⁶ y es que ya no pueden morir, pues son como los ángeles; son hijos de Dios, porque han resucitado. ³⁷ En el episodio de la zarza, cuando llama al Señor *el Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob*, el mismo Moisés da a entender que los muertos resucitan. ³⁸ No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque todos viven por él.

³⁹ Entonces, unos maestros de la ley intervinieron diciendo:
–Maestro, has respondido muy bien.

⁴⁰ Y ya nadie se atrevía a preguntarle nada.

LECTIO

Ahora les toca el turno a los saduceos, un grupo aristocrático y conservador, cuya doctrina no admite la re-

surrección de los muertos. Algunos de ellos intentan poner a Jesús en una situación embarazosa con la historia de la mujer y de los siete hermanos. La posición de Jesús sobre la vida futura era próxima a la de los fariseos (cf. 16,19-31). Su respuesta es iluminadora: la resurrección no consiste en reemprender la vida corpórea del mundo presente, sino en recibir de Dios una vida nueva, de otro orden, comparable a la de los ángeles («*hijos de Dios*»: v. 36).

Si los interlocutores saduceos han apelado a la Torá, Jesús fundamenta, por su parte, en las Escrituras su propia enseñanza. Dado que Moisés «*llama al Señor el Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob*» (Éx 3,6.15s; verdaderamente es el mismo Señor el que se presenta así), esto significa que los patriarcas están vivos, y sería una blasfemia decir que es un dios de muertos. Todos, en efecto, «*viven por él*» (v. 38), o sea, en virtud de la vida que da. Algunos maestros de la ley allí presentes, naturalmente de la secta de los fariseos, dan la razón a Jesús.

MEDITATIO

El hombre, ante al misterio de la muerte, se ha preguntado desde siempre: ¿qué sucederá después? ¿Habrán un después? ¿Es posible que todo concluya en la nada? ¿Qué será de nosotros si la muerte no tiene la última palabra? El fragmento evangélico que acabamos de leer evita sin más dar respuestas «satisfactorias» a éstas y a otras cuestiones y lo que se propone es entregarnos una certeza de fe. Nosotros creemos –tal como nos transmitieron los primeros testigos– que el Señor Jesús murió y al tercer día resucitó. Como él, también nosotros resucitaremos. No se nos ha dado a conocer los modos y los tiempos de lo que sucederá con nosotros, ni mucho menos saber cómo será la vida que nos espera tras el paso

de la muerte. En nuestra búsqueda de certezas profundas, inquebrantables, insustituibles a este respecto, Jesús se nos propone como vía segura de verdad. Sólo acogiéndole como Señor de la vida podremos entrar –y ya desde ahora– en la gracia de una nueva existencia: la vida de los «*hijos de Dios*».

Así pues, que se abra nuestro corazón a la dulce esperanza de que todos volveremos a la vida después de la muerte, pero de un modo *diferente del actual*, en cierto modo «angélico». De nada nos sirve perdernos en complejos razonamientos o tortuosas valoraciones: todo intento de satisfacer nuestras curiosidades o de sedar nuestros miedos de la muerte con hipótesis más o menos fantásticas corre el riesgo de trivializar un misterio tan grande.

Lo que podemos hacer ahora es pedir al Señor que aumente nuestra fe en él, a fin de que nos abandonemos a su fidelidad de amor, a su proyecto de vida nueva: de con-resucitados con él.



El Mesías hijo de David. El óbolo de la viuda (Lc 20,41-21,4)

^{20,41} Jesús, por su parte, les preguntó:

—¿Cómo dicen que el Mesías es hijo de David? ⁴² Porque el mismo David dice en el libro de los salmos:

El Señor dijo a mi Señor:

Siéntate a mi derecha

⁴³ *hasta que ponga a tus enemigos
como estrado de tus pies.*

⁴⁴ Si David lo llama Señor, ¿cómo puede ser el Mesías hijo suyo?

⁴⁵ Mientras todo el pueblo estaba escuchándole, dijo a sus discípulos:

⁴⁶ —Guardaos de los maestros de la ley, a quienes les gusta pasearse lujosamente vestidos y que todo el mundo les salude por la calle. Buscan los puestos de honor en las sinagogas y los primeros lugares en los banquetes. ⁴⁷ Éstos, que devoran los bienes de las viudas con el pretexto de largas oraciones, tendrán un juicio muy riguroso.

^{21,1} Estaba Jesús en el templo y veía cómo los ricos iban echando dinero en el cofre de las ofrendas. ² Vio también a una viuda pobre que echaba dos monedas de poco valor. ³ Y dijo:

—Os aseguro que esa viuda pobre ha echado más que todos los demás, ⁴ porque éstos han echado de lo que les sobra, mientras que ésta ha echado, de lo que necesitaba, todo lo que tenía para vivir.

LECTIO

El relato de las controversias en Lucas se dirige ahora a su conclusión. Ahora es Jesús quien plantea la cuestión.

Las expectativas judías se dirigen al Mesías «*hijo de David*», heredero de las promesas realizadas al gran rey de Israel. Pues bien, ¿cómo se explica que David le llame en un salmo «*Señor*», un título que pertenece a Dios? Las palabras del mismo Sal 110 están relacionadas con la entronización real del rey Mesías, al que el Señor le dice: «*Siéntate a mi derecha*».

La pregunta de Jesús, intrigante y provocadora, queda sin respuesta. Aunque siempre evitó el uso de estos títulos, Jesús sabe que es el Mesías y el Hijo de Dios: lo ha dejado entender, recientemente, con la parábola de los labradores (20,9-18) y dentro de poco lo reconocerá de una manera abierta ante el Senado judío (22,66ss) y ante el gobernador romano (23,2s). Ahora bien, el sentido en el que es el Mesías sólo se comprenderá después de la pasión, y su condición de Hijo de Dios se manifestará a través de la resurrección.

Jesús dirige, por último, una advertencia a los discípulos, una advertencia que, al mismo tiempo, desenmascara a sus adversarios frente al pueblo. No es ésta la primera vez que trata de hipócritas a los maestros de la ley y a los fariseos (11,39ss; 12,1ss), que se han mostrado con frecuencia críticos con él. Ahora lo confirma subrayando el contraste entre la ostentación de una falsa religiosidad y la búsqueda de honores, poder y riqueza, aun a costa de explotar a los pobres («*devoran los bienes de las viudas*»: 20,47). «*Tendrán un juicio muy riguroso*».

A los maestros de la ley, orgullosos y rapaces, Jesús contrapone la figura de una mujer sencilla y pobre. Ha observado a las personas acaudaladas, que echan grandes cantidades ostentosamente en el tesoro del templo, y a una viuda pobre que ha echado sus pocos ahorros, «*todo lo que tenía para vivir*» (21,4). Su comentario es un elogio y, al mismo tiempo, un juicio: a los ojos de Dios esa mujer ha dado «*más que todos los demás*».

MEDITATIO

Puede haber múltiples modos de expresar nuestra propia fe en Dios, pero Jesús invita a sus discípulos a guardarse de uno en particular: usar la religión para ponerse ellos mismos, y su propio prestigio social y económico, en el centro, asegurándose así un espacio de poder en la comunidad. Mediante esta «puesta en guardia», el Señor parece decirnos que la fe verdadera es algo muy profundo, que va más allá de los gestos exteriores y, sobre todo, que no se puede cuantificar y juzgar en términos económicos o según categorías sociales. Ante Dios, el hombre siempre es un deudor, y sólo puede ostentar como propio unas pocas monedas de poco valor, puesto que todo lo que tiene lo ha recibido gratuitamente de su Creador.

La actitud de la viuda constituye el verdadero espejo de nuestra identidad ante el Señor: no podemos hacer otra cosa que presentarnos a él con la conciencia de nuestra pobreza, reconociéndole como dador de todo bien y confiándonos a sus manos. Sin embargo, dado que siempre estamos fuertemente tentados de apropiarnos de sus dones y de usarlos como instrumento de poder sobre los otros, o simplemente como motivo para presumir, pidamos a Dios que libere nuestro corazón del miedo a mostrarnos débiles y pobres ante él y ante los hermanos, a fin de que, sin enmascaramos detrás de una «identidad de portada», podamos confiar siempre en su amorosa atención ofreciéndole todo lo que somos, para que él nos enriquezca con su amor.



«El fin no vendrá inmediatamente» (Lc 21,5-19)

⁵ Al oír a algunos que hablaban sobre la belleza de las piedras y exvotos que adornaban el templo, dijo:

⁶ –Vendrá un día en el que todo eso que veis quedará totalmente destruido: no quedará piedra sobre piedra.

⁷ Entonces le preguntaron:

–Maestro, ¿cuándo será eso? ¿Cuál será la señal de que esas cosas están a punto de suceder?

⁸ Él contestó:

–Estad atentos, para que no os engañen. Porque muchos vendrán usurpando mi nombre y diciendo: «Yo soy, ha llegado la hora». No vayáis detrás de ellos. ⁹ Y cuando oigáis hablar de guerras y de revueltas, no os asustéis, porque es preciso que eso suceda antes, pero el fin no vendrá inmediatamente.

¹⁰ Les dijo además:

–Se levantará nación contra nación y reino contra reino. ¹¹ Habrá grandes terremotos y, en diversos lugares, hambres, pestes, apariciones terroríficas y grandes portentos en el cielo.

¹² Pero antes de todo eso, os echarán mano y os perseguirán, os arrastrarán a las sinagogas y a las cárceles, y os harán comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre.

¹³ Esto os servirá para dar testimonio. ¹⁴ Hacedos el propósito de no preocuparos por vuestra defensa, ¹⁵ porque yo os daré un lenguaje y una sabiduría a los que no podrá resistir ni contradecir ninguno de vuestros adversarios. ¹⁶ Seréis entregados incluso por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y a algunos de vosotros os matarán. ¹⁷ Todos os odiarán por mi causa. ¹⁸ Pero ni un cabello de vuestra cabeza se perderá. ¹⁹ Si os mantenéis firmes, conseguiréis salvaros.

LECTIO

Desde que Jesús llegó a la ciudad santa, enseñaba cada día en el templo, en la «*casa de Dios*». La imponente construcción, comenzada por Herodes el Grande, suscita la admiración de los presentes. Jesús replica: «*Todo eso que veis quedará totalmente destruido: no quedará piedra sobre piedra*» (v. 6). No es la primera vez que Jesús preanuncia el destino dramático de Jerusalén (cf. 13,34s; 19,41-44). A las preguntas de cuándo tendrá lugar la catástrofe y cuál será el signo que la anuncie previamente, Jesús responde con un extenso discurso, el llamado «discurso escatológico», porque se extiende hasta los acontecimientos últimos, que culminan en la venida del Hijo del hombre.

Jesús empieza negando la idea de un fin próximo: «*antes*» de la *parusía* y de la venida definitiva del Reino de Dios deben tener lugar diversos hechos. Aparecerán falsos profetas que se harán pasar por el Mesías y anunciarán que el fin es inminente. Estallarán guerras y revueltas. Los desconciertos de la historia irán acompañados de calamidades (terremotos, carestías, pestes) y fenómenos extraordinarios («*apariciones terroríficas y grandes portentos en el cielo*»: v. 11) que, según la tradición apocalíptica, constituyen los signos premonitorios del fin del eón presente. Pero Jesús insiste: «*Estad atentos, para que no os engañen [...] el fin no vendrá inmediatamente*» (vv. 8s).

Además de los sufrimientos que afligirán a la humanidad, los discípulos serán objeto de persecución, tanto entre los judíos como entre los gentiles, y serán traicionados incluso por amigos y familiares (v. 16). Algunos sufrirán una muerte violenta, y «*todos os odiarán por mi causa*» (v. 17); sin embargo, esto les ofrecerá la ocasión de dar testimonio de él. Cuando se encuentren en esa circunstancia no deben preocuparse de su propia defensa,

«*porque yo os daré un lenguaje y una sabiduría a los que no podrá resistir ni contradecir ninguno de vuestros adversarios*» (v. 15). Dios les protegerá: «*Ni un cabello de vuestra cabeza se perderá*» (v. 18). Lo importante para alcanzar la salvación es perseverar, o sea, resistir con paciencia y tenacidad en la prueba.

MEDITATIO

El fragmento de Lucas pone al desnudo nuestra necesidad de disponer de puntos de referencia exteriores que nos proporcionen seguridad. Para el pueblo judío, el templo era el signo de la presencia de Dios y de la estabilidad religiosa y social. Nosotros buscamos garantías para nuestro futuro. La seguridad y estabilidad son legítimas y deseables; sin embargo, por nuestra fragilidad se convierten a menudo en lo absoluto, de suerte que perdemos de vista lo que es verdaderamente importante para nuestra vida –el Señor– y olvidamos que todo tiene su principio y su final en él, y que él es la roca sobre la que debemos construir nuestra vida.

Jesús nos ayuda a comprender esto poniéndonos frente a una verdad que aterroriza al ser humano: todo lo que vemos ahora dejará de existir, el mundo acabará. Con su predicación, con su muerte y resurrección nos exhorta a cada uno a tener esperanza, porque el Reino de Dios *ya* está presente: está en nuestros corazones y crece en la medida en que amamos a Dios y al prójimo. Por tanto, frente a las noticias de guerras, de calamidades naturales, de enfermedades, de injusticias, frente a todo lo que nos espanta, estamos llamados a mostrarnos más valientes, a proclamar al mundo nuestra esperanza, a no cansarnos de ahondar en nuestra fe en Jesús y a dar testimonio en nuestro medio aceptando, a ejemplo de él, las persecuciones y el escarnio, con la certeza de que obtendremos la vida eterna.

ORATIO

Señor Jesús, frente a las guerras, a las inundaciones y a las enfermedades que hacen estragos en la mayoría de los países del mundo, somos presa del terror y de la angustia, y nos dejamos bloquear por ellos. Envía tu Espíritu a iluminar la mente y a caldear el corazón de los hombres y mujeres de buena voluntad, a fin de que, sostenidos por la fuerza divina, todos puedan dar testimonio de la esperanza, de la alegría futura que nos has dado con tu muerte y resurrección.

CONTEMPLATIO

Tiende las manos, Padre, una vez más, para acoger al pobre. Ensancha tu seno para acoger en él a un número mayor. Nosotros iremos junto a los que reposan en el Reino de Dios, junto con Abrahán, con Isaac y con Jacob [...]. Iremos allí donde se encuentra el paraíso de las delicias, donde Adán, que cayó en manos de los bandidos, ya no tiene razón alguna para llorar por sus heridas, donde el mismo ladrón se alegra por haber entrado a formar parte del Reino de los Cielos; donde no hay nubes, ni truenos, ni relámpagos; donde no hay tempestades de viento, ni tinieblas, ni sombras; donde ni el verano ni el invierno cambiarán el curso de las estaciones; donde no hace frío, ni granizo o lluvia, ni habrá necesidad de este sol o de esta luna, ni existirán las esferas de las estrellas, sino que únicamente brillará el fulgor de la gloria de Dios, puesto que el Señor será la luz de todos, y la luz verdadera que ilumina a todo hombre resplandecerá sobre todos. Iremos allí donde el Señor Jesús ha preparado muchas moradas a sus siervos (Ambrosio de Milán, *El bien de la muerte* XII, 53, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y medita hoy la Palabra:
«*Si os mantenéis firmes, os salvaréis*» (Lc 21,19).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La razón que justifica [en el Nuevo Testamento] la esperanza apocalíptica, mientras el mundo conoce su fin, es la fe pura y sencilla en la fidelidad de Dios, no cierto optimismo. Dios permanecerá fiel a sus propósitos creadores aunque el mundo que él creó vaya a la ruina por culpa de su misma maldad. La voluntad de vida en Dios es mayor que su voluntad de juicio; su «sí» es más grande que su «no».

Las consecuencias prácticas que derivan de ahí son «paradójicas» en el sentido literal del término, es decir, contrarias a toda evidencia (cf. Lc 21,25.28): el «fin aterrador» pone fin al terror y redime a aquellos que, aunque prisioneros y enfermos, han conservado su fe. Experiencias de este tipo se llevan a cabo también en la historia: por ejemplo, al final de una guerra. Frente a las destrucciones que provocan los violentos en el pueblo de Dios, los apocalipsis judíos incitan a la perseverancia y a la firmeza en la fe en Dios. Éstas robustecen la esperanza de futuro y hacen más vigorosa la fe en Dios: se trata de una expectativa marcada por la resistencia, por la capacidad de sufrir y de perseverar en una situación en la que no podemos hacer nada para desviar la desventura inminente. Aquí se niegan, de todos modos, las actitudes y los comportamientos que pueden determinarse cuando los hombres advierten cercano el fin: rabia, agresión, depresión y autodestrucción. La apatía y el cinismo son modalidades de rigidez y de atrofia de la psique que preceden al fin del mundo, lo anticipan y, a su modo, también lo provocan. La verdadera apocalíptica nos enseña a «levantar la cabeza» y a hacernos disponibles para reconocer, en el sistema que se hunde, el comienzo del mundo que nace (J. Moltmann, *L'avvento di Dio. Escatologia cristiana*, Brescia 1999, 256 [edición española: *La venida de Dios: escatología cristiana*, Sígueme, Salamanca 2004]).

La caída de Jerusalén

(Lc 21,20-28)

²⁰ Cuando veáis Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed que se acerca su devastación. ²¹ Entonces los que estén en Judea que huyan a los montes; los que estén dentro de la ciudad que se alejen, y los que estén en el campo que no entren en la ciudad. ²² Porque son días de venganza, en los que se cumplirá todo lo que está escrito. ²³ ¡Ay de las que estén encintas y criando en esos días! Porque habrá gran tribulación en la tierra y el castigo vendrá sobre este pueblo. ²⁴ Caerán al filo de la espada e irán cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por los paganos hasta que llegue el tiempo señalado.

²⁵ Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra la angustia se apoderará de los pueblos, asustados por el estruendo del mar y de sus olas. ²⁶ Los hombres se morirán de miedo al ver esa conmoción del universo, pues las potencias del cielo quedarán violentamente sacudidas. ²⁷ Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube con gran poder y gloria. ²⁸ Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación.

LECTIO

Retomando ahora el anuncio inicial, Jesús describe la catástrofe de Jerusalén (cf. la «*gran tribulación*» de Mc 13,19). La descripción del asedio y de la expugnación de la ciudad es tan concreta que parece inspirarse en hechos ya acaecidos históricamente. A la población no

le quedará más remedio que huir. Las personas más débiles –especialmente las mujeres y los niños– serán quienes estarán en peor situación. La caída de la ciudad irá acompañada de exterminios y le seguirá la deportación de sus habitantes.

En esta enorme calamidad hay que leer el juicio de Dios (su «ira») contra los que no fueron capaces de reconocer el tiempo de su visita (cf. 20,44). Esto pertenece también a su misterioso designio, manifestado en las Escrituras («son días de venganza, en los que se cumplirá todo lo que está escrito»: v. 22). Con todo, el tiempo de los paganos no durará siempre: el castigo tendrá un límite.

El acontecimiento final –muy distinto de la caída de la ciudad santa–, precedido de los «signos» clásicos de la tradición apocalíptica, tendrá lugar en un futuro remoto e incierto. Esos signos subrayan el carácter cósmico de la intervención definitiva de Dios en la historia de la humanidad. El Hijo del hombre, procedente del cielo (lugar donde habita Dios), llegará «con gran poder y gloria» (atributos divinos), «en una nube» (cf. Dn 7,14), signo de su condición celestial, con tal evidencia que todos los hombres le «verán» y las voces difundidas por los falsos profetas ya no tendrán sentido alguno (cf. 17,20-24).

La venida del Hijo del hombre (glorificado y ascendido al cielo; cf. Hch 22,69; 24,51; 1,9; 3,21) no es, para los discípulos, motivo de temor, sino de alegría y esperanza: «Cuando empiecen a suceder estas cosas», dice Jesús para consolarnos, «cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación» (v. 28). Como el agricultor es capaz de reconocer que se acerca el buen tiempo, así los discípulos, cuando se cumplan los signos indicados por Jesús, podrán estar seguros de que «el Reino de Dios está cerca». Este Reino, anunciado por él como presente, como demuestran sus poderosos gestos de salvación (cf. 11,20; 17,21), se instaurará plena y definitivamente sólo al final de los tiempos.

MEDITATIO

La venida de Jesús como su manifestación en cuanto Señor del universo es el punto de llegada del camino en el tiempo para todos los seres vivos. Nuestro amar, actuar, proyectar, servir..., todo tiende ahí, al momento en el que comprenderemos que lo que somos y hacemos tiene su significado cabal en el Señor Jesús, el Crucificado resucitado y glorioso. Anunciamos la espera de su retorno glorioso cada vez que en la celebración de la eucaristía proclamamos el sacramento de nuestra fe, pero ¿somos verdaderamente conscientes de lo que decimos? ¿Constituye verdaderamente la venida gloriosa de Jesús nuestro anhelo más profundo y el criterio de nuestras acciones, la perspectiva de nuestras decisiones?

Si somos sinceros, reconoceremos que el lenguaje con el que nos habla el evangelio, cuando se escucha de una manera superficial, suscita más bien reacciones de espanto que de deseo, estimula más bien remociones que suscita y alimenta expectativas. La Palabra nos invita, pues, a madurar en la fe. La manifestación de Jesús como Señor del tiempo y de la historia lleva a cabo nuestra auténtica liberación: nos libera de toda ambigüedad y componenda y nos abre a la verdad definitiva de su amor universal y eterno. Estamos invitados a acoger esta revelación en nuestros días: éstos se abren al horizonte de la vida sin fin, que preparamos precisamente siendo fieles a nuestra vida diaria, vivida en comunión con Jesús.



«¡Velad!» (Lc 21,29-36)

²⁹ Les puso también esta comparación:

–Mirad la higuera y los demás árboles. ³⁰ Cuando veis que echan brotes, os dais cuenta de que está próximo el verano. ³¹ Así también vosotros, cuando veáis realizarse estas cosas, sabed que el Reino de Dios está cerca. ³² Os aseguro que no pasará esta generación antes de que todo esto suceda. ³³ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. ³⁴ Procurad que vuestros corazones no se emboten por el exceso de comida, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, porque entonces ese día caerá de improviso sobre vosotros. ³⁵ Ese día será como una trampa en la que caerán atrapados todos los habitantes de la tierra. ³⁶ Velad, pues, y orad en todo tiempo, para que os libréis de todo lo que ha de venir y podáis presentaros sin temor ante el Hijo del hombre.

LECTIO

Mientras esperan, los discípulos deben «velar», o sea, mantenerse preparados, «vigilarse a sí mismos», abstenerse de todo lo que distrae de la tensión hacia el encuentro supremo con Cristo: lo que embriaga y aturde embotando los sentidos espirituales, así como las preocupaciones ligadas a la vida terrena (véase 12,35-48; 17,26ss). El que no vigile será cogido por sorpresa por la venida del Hijo del hombre, como un animal capturado de improviso por el lazo (v. 35). El «día del Señor»

llegará, en efecto, a todos los habitantes de la tierra indistintamente. La vigilancia debe ir acompañada por la oración (v. 36), a fin de que Dios nos proporcione la fuerza necesaria para escapar de la ruina y poder comparecer sin temor ante el Juez.

Lucas completa, a continuación, esta secuencia sobre el deber de la vigilancia con una especie de resumen sobre los últimos días de la actividad de Jesús en la ciudad santa y sobre la acogida interesada por parte de la gente: *«Jesús enseñaba en el templo durante el día, y por la noche se retiraba al monte de los Olivos. Y todo el pueblo madrugaba para ir al templo a escucharle»* (vv. 37s).

MEDITATIO

Jesús nos invita a vivir con los ojos abiertos, atentos a lo que pasa; nos estimula a ser no protagonistas pasivos de la historia, sino artífices conscientes de la misma. El Concilio Vaticano II repite estas palabras suyas exhortándonos a discernir los «signos de los tiempos»: las situaciones y los acontecimientos a través de los cuales nos habla Dios en nuestros días. La Palabra de Dios no cambia –es la misma la que llega a todas las personas en todos los tiempos–, pero sí varía la forma que toma en los acontecimientos históricos, en los que estamos implicados y que nos interpelan.

Una vida sobria, sostenida por la oración, es la condición para estar y permanecer abiertos al don del Espíritu, que es el único que nos capacita para leer la realidad a la luz de Dios y para reconocer su presencia incluso en los lugares en los que no nos parecería posible. Como discípulos de Jesús, se nos educa en la vigilancia indispensable para construir el Reino de Dios junto con todos aquellos que, conscientes o no, comparten sus valores y trabajan por ellos.

ORATIO

Gracias, oh Dios, por habernos dado tu Palabra, que, en el fluctuar desorientador de tantas voces, permanece estable a través de los tiempos y las culturas. Haz que la acojamos en nuestra historia aprendiendo a leer la realidad a su luz: así podremos descubrir que tú eres un amor más cercano a nosotros de lo que pensamos, y que tu presencia habita asimismo en los lugares de los «alejados». Y que esto sea para nosotros motivo de gratitud y de alegría, que nos sostenga en el anuncio de tu Reino y en su edificación.

Cuando tú vengas glorioso, entonces estaremos dispuestos a reconocerte junto con los hermanos y hermanas que, tal vez sin saberlo, han sido en este mundo voz de tu Palabra.

CONTEMPLATIO

Tres son las enseñanzas del Señor: la esperanza de la vida, principio y término de nuestra fe; la justicia, comienzo y fin del juicio; el amor en la alegría y el regocijo, testimonio de las obras de la justicia.

El Señor, en efecto, nos ha manifestado por medio de sus profetas el pasado y el presente y nos ha hecho gustar por anticipado las primicias de lo porvenir. Viendo, pues, que estas cosas se van cumpliendo en el orden en el que él las había predicho, debemos adelantar en una vida más generosa y más excelsa en el temor del Señor. Por lo que respecta a mí, no como maestro, sino como uno de vosotros, os manifestaré algunas enseñanzas que os pueden alegrar en las presentes circunstancias.

Ya que los días son malos y que el Altivo posee poder, debemos, estando vigilantes sobre nosotros mismos, buscar las justificaciones del Señor. Nuestra fe tiene como

ayuda el temor y la paciencia, y como aliados la longanimidad y el dominio de nosotros mismos. Si estas virtudes permanecen santamente en nosotros, en todo lo que atañe al Señor tendrán la gozosa compañía de la sabiduría, la inteligencia, la ciencia y el conocimiento.

El Señor nos ha dicho claramente, por medio de los profetas, que no tiene necesidad de sacrificios ni de holocaustos ni de ofrendas, cuando dice: ¿Qué me importa el número de vuestros sacrificios? –dice el Señor–. Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de cebones; la sangre de toros, corderos y machos cabríos no me agrada, ¿por qué entráis a visitarme? ¿Quién pide algo de vuestras manos cuando pisáis mis atrios? No me traigáis más dones vacíos, más incienso execrable. Los novilunios, sábados, asambleas no los aguanto (de la llamada *Carta de Bernabé*).

ACTIO

Repite con frecuencia y medita hoy la Palabra:

«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Lc 21,33).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Puesto que Jesús está siempre a punto de venir, la Iglesia debe velar incesantemente. Ella es vela, vigilia. «Mira, inclinada por completo hacia adelante» (Rom 8,19.25), para esperar a su Señor y Esposo. La vigilancia se impone, por tanto, siempre. El día y la noche, la vela y el sueño constituyen un ritmo cósmico que recibe un nuevo significado en Jesús. La noche designa la ausencia de él, mientras que el alba y el día anuncian su venida.

La Iglesia, que vive en la espera de la venida de Jesús y en la certeza de su misteriosa presencia, no puede «dormir», sino que vela. El cristiano lleva en su vela toda el ansia de la Iglesia, que,

en el Espíritu Santo, está a la espera de su Señor. La fuerza del Espíritu Santo llena su vela hasta tal punto que ésta, de una manera misteriosa, influirá ahora en el ritmo cósmico del tiempo. Este influjo justifica la fuerza de la palabra de Pedro cuando el apóstol escribe que el cristiano, al velar y orar, «apresura» la llegada del día del Señor (2 Pe 3,12).

Velar con Jesús es siempre velar en torno a su Palabra. La única lámpara de la que disponemos en nuestras tinieblas es la Palabra de Dios. En espera de que apunte el Día, Jesús resplandece ya mediante su Palabra en lo más profundo de nuestro corazón. La venida de Jesús al final de los tiempos se anticipa ya ahora en nuestros corazones cuando velamos en torno a su Palabra. En la noche de los tiempos en los que todavía seguimos viviendo hoy, la velada de oración es un primer vislumbre –todavía, incierto– que se eleva sobre el mundo: es la señal de que Cristo está cerca. La vela, por tanto, no puede cesar nunca, y la oración debe crecer siempre. La espera y la vela nos arrancan de nosotros mismos y nos ponen en manos de Dios, de quien depende toda consumación y que vendrá cuando él quiera, cuando el mundo, a fuerza de velar, esté maduro para la cosecha (A. Louf, *Lo Spirito prega in noi*, Magnano [Bi] 1995, 103-107, *passim* [edición española: *El Espíritu ora en nosotros*, Narcea, Madrid 32000]).

La cena pascual

(Lc 22,1-23)

¹ Se acercaba la fiesta de los panes sin levadura llamada Pascua. ² Los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley buscaban el modo de acabar con Jesús, pero temían al pueblo. ³ Entonces Satanás entró en Judas, llamado Iscariote, que era uno de los Doce, ⁴ y éste fue a tratar con los jefes de los sacerdotes y las autoridades del templo la manera de entregárselo. ⁵ Ellos se alegraron y convinieron en darle dinero. ⁶ Él aceptó la propuesta, y andaba buscando una ocasión para entregárselo a espaldas de la gente.

⁷ Llegó el día de la fiesta de los panes sin levadura, en que debía inmolarsse el cordero pascual, ⁸ y Jesús envió a Pedro y a Juan diciendo:

–Encargaos de prepararnos la cena de Pascua.

⁹ Ellos le preguntaron:

–¿Dónde quieres que la preparemos?

¹⁰ Les respondió:

–Al entrar en la ciudad, encontraréis a un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa donde entre ¹¹ y decid al dueño de la casa: El Maestro dice: «¿Dónde está la sala para celebrar la Pascua con mis discípulos?». ¹² Él os mostrará en el piso superior una habitación grande y con divanes; haced allí los preparativos.

¹³ Ellos fueron y encontraron todo como Jesús les había dicho. Y prepararon la cena de Pascua.

¹⁴ Llegada la hora, Jesús se puso a la mesa con sus discípulos. ¹⁵ Y les dijo:

–¡Cuánto he deseado celebrar esta Pascua con vosotros antes de morir! ¹⁶ Porque os digo que no la volveré a celebrar hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios.

¹⁷ Tomó entonces una copa, dio gracias y dijo:

–Tomad esto y repartidlo entre vosotros, ¹⁸ pues os digo que ya no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios.

¹⁹ Después tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo:

–Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía.

²⁰ Y después de la cena, hizo lo mismo con la copa diciendo:

–Ésta es la copa de la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros. ²¹ Pero mirad: la mano del que me entrega está junto a mí en esta mesa. ²² Porque el Hijo del hombre se va, según lo dispuesto por Dios, pero ¡ay del hombre que va a entregarlo!

²³ Entonces ellos se pusieron a preguntarse unos a otros quién de ellos era el que iba a hacer aquello.

LECTIO

Los seis primeros versículos del capítulo 22 dibujan las coordenadas del complot en contra del incómodo Maestro de Nazaret. Si hasta ahora el favor popular había actuado de freno a los proyectos de los que querían eliminar a Jesús, ahora concurre un actor invisible para superar el obstáculo: Satanás (cf. 4,13; 22,53) y su instrumento, Judas.

Sigue, a continuación, el relato lucano de la última cena. Este relato, tras la presentación de los «preparativos» (vv. 7-13), se articula en dos momentos diferentes: la cena propiamente dicha (vv. 14-20) y un diálogo con los discípulos (vv. 21-38).

El rito de la cena pascual judía comporta diferentes bendiciones dirigidas a Dios a partir de la inicial, el relato del éxodo, el canto de la primera parte del *Hallel* (Sal 113–114), la bendición del pan, la consumición del cordero y de las hierbas, la bendición de la última copa

y el canto de la segunda parte del *Hallel* (Sal 115–118). En este marco debemos situar los gestos y las palabras de Jesús referidas por la tradición evangélica. Jesús manifiesta desde el principio su vivísimo deseo de comer «esta Pascua» con los Doce «antes de morir» e indica la razón de ello: «Porque os digo que no la volveré a celebrar hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios» (v. 16; de modo paralelo, en el v. 18: «hasta que llegue el Reino de Dios»). Jesús está seguro de participar en el banquete de la Pascua eterna del Reino de Dios más allá de su muerte, que sabe inminente. Y realiza dos gestos específicos en la última cena. Tras haber pronunciado la bendición del pan, declara al distribuirlo a los comensales: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros» (v. 19). Hacia el final, al bendecir a Dios por la copa que será compartida por todos los presentes, añade: «Ésta es la copa de la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros» (v. 20). Ambos gestos, con sus respectivas declaraciones, son complementarios: el pan y el vino se convierten en el símbolo del cuerpo y de la sangre de Jesús, como profecía de su sacrificio («cuerpo que se entrega...», «sangre que se derrama por...»), que, a su vez, está puesto en relación con la «nueva alianza». Las expresiones «que se entrega» y «que se derrama por» se refieren claramente a la muerte, alusión subrayada por la separación entre el «cuerpo» y la «sangre».

En suma, consciente de acercarse a una muerte violenta, Jesús indica su valor salvífico, como sacrificio *por*, o sea, en beneficio de, por la salvación de... (cf. Is 52,13–53,12): el siervo del Señor); gracias a él se lleva a cabo la nueva alianza anunciada previamente por las Escrituras (cf. Jr 31,31-34; Éx 36,22ss). Al añadir el mandato «haced esto en memoria mía» (v. 19), entrega a los discípulos el rito de la cena pascual, renovado y actualizado como «memorial» vivo de la pasión salvífica. Revelando, al final, la traición, Jesús inserta en el misterioso designio de Dios («según lo dispuesto por Dios»:

v. 22) el fracaso, incomprensible desde el punto de vista humano, de su vida.

MEDITATIO

La perícopa correspondiente a la cena, anuncio de la nueva Pascua instituida por Jesús, nos introduce en el marco dramático de la pasión. Lucas manifiesta de inmediato el ardiente deseo de Jesús de comer la Pascua con los Doce, poniendo así de relieve la humanidad y la divinidad de Jesús. Es hombre: se emociona, se conmueve, experimenta la intensidad de los sentimientos, alimenta deseos y esperanzas, siente la fatiga, el miedo, el abandono, la traición, la soledad; y es Dios: amor que se entrega del todo, que lo ha creado todo para la existencia y que se hace vulnerable, frágil, pequeña hostia consagrada. En esto se manifiesta el desconcertante y siempre nuevo amor de Dios: en el hacerse débil, indefenso, último, a fin de entregarse a cada hombre, para que en nuestra debilidad pueda habitar el poder del amor, el Espíritu Santo. Al poner el anuncio de la traición de Judas inmediatamente después de la fracción del pan y de la ofrenda del vino, Lucas nos revela el rostro misericordioso de Dios. Jesús, que está ofreciendo su vida en remisión por nuestros pecados, conoce nuestras inseguridades, nuestros miedos; sabe que podemos traicionar su amistad y su confianza en cualquier momento, pero sigue invitándonos al banquete de la alegría preparado solemnemente por el Padre para cada uno de sus hijos que vuelve a casa después de la experiencia del pecado.

Participemos en el sacrificio de Cristo llevando las alegrías y las fatigas de cada día, entreguémosle nuestra petición de perdón de suerte que el Espíritu de Dios pueda darnos la alegría de ser salvados. Al partir y compartir el pan con los hermanos, amémosles no sólo de

todo corazón, sino con el mismo corazón de Dios, y seremos signo profético de la felicidad que el Señor nos hace degustar ya desde ahora y que nos espera en plenitud en el Reino de los Cielos.

ORATIO

Señor, tú has querido perpetuar tu entrega de amor y permanecer siempre con nosotros mediante el sacramento eucarístico, anticipación y memorial de tu muerte y resurrección y prenda de vida eterna. Mientras esperamos que se cumpla la Pascua en el Reino de Dios y se realice la salvación definitiva para nosotros, concédenos reconocerte hoy presente, vivo y verdadero en el pan y en el vino eucarísticos, a fin de que la comunión en este misterio haga crecer en nosotros el deseo de encontrarte cuando llegue ese día.

CONTEMPLATIO

Haced esto en conmemoración mía. Dos cosas hay que destacar en estas palabras. La primera es el mandato de celebrar este sacramento, mandato expresado en estas palabras: *Haced esto*. La segunda es que se trata del memorial de la muerte que sufrió el Señor por nosotros.

Dice, pues: *Haced esto*. No podríamos imaginarnos un mandato más provechoso, más dulce, más saludable, más amable, más parecido a la vida eterna. Esto es lo que vamos a demostrar punto por punto.

Lo más provechoso en nuestra vida es lo que nos sirve para el perdón de los pecados y la plenitud de la gracia. Él, el Padre de los espíritus, nos instruye en lo que es provechoso para recibir su santificación. Su santificación consiste en su sacrificio, esto es, en su ofreci-

miento sacramental, cuando se ofrece al Padre por nosotros y se ofrece a nosotros para nuestro provecho. *Por ellos me consagro yo. Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo.*

Es también lo más dulce que podemos hacer. ¿Qué puede haber más dulce que aquello en lo que Dios nos muestra toda su dulzura? A tu pueblo lo alimentaste con manjar de ángeles, proporcionándole gratuitamente, desde el cielo, pan, de mil sabores, a gusto de todos; este sustento tuyo demostraba a tus hijos tu dulzura, pues servía al deseo de quien lo tomaba y se convertía en lo que uno quería.

Es lo más saludable que se nos podía mandar. Este sacramento es el fruto del árbol de la vida, y el que lo come con la devoción de una fe sincera no gustará jamás la muerte. *Es árbol de vida para los que la cogen, son dichosos los que la retienen. El que me come vivirá por mí.* Es lo más amable que se nos podía mandar. Este sacramento, en efecto, es causa de amor y de unión. La máxima prueba de amor es darse uno mismo como alimento. *Los hombres de mi campamento dijeron: «¡Ojalá nos dejen saciarnos de su carne!»*, que es como si dijera: «Tanto los amo yo a ellos y ellos a mí, que yo deseo estar en sus entrañas y ellos desean comerme para, incorporados a mí, convertirse en miembros de mi cuerpo. Era imposible un modo de unión más íntimo y verdadero entre ellos y yo».

Y es lo más parecido a la vida eterna que se nos podía mandar. La vida eterna viene a ser una continuación de este sacramento, en cuanto que Dios penetra con su dulzura en los que gozan de la vida bienaventurada (Alberto Magno, «Comentario al evangelio de Lucas», en *íd.*, *Opera omnia*, París 1890-1899, XXIII, 672ss).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Esto es mi cuerpo... Ésta es la copa de la nueva alianza sellada con mi sangre» (Lc 22,19.20).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Los cristianos celebran hoy [en la eucaristía] el don de Dios que les ofrece la esperanza de la vida eterna, y lo hacen recordando a Jesucristo, muerto y resucitado en un momento determinado de la historia. Este determinado momento es, de hecho, único y específico, *insertado en el tiempo y, sin embargo, fuera del tiempo.*

En efecto, por un lado, evoca una venida que, vista desde fuera, se sitúa ciertamente aquí abajo: la muerte de Jesús de Nazaret en la cruz. Este trágico acontecimiento es el resultado de un conflicto religioso que opuso a una parte de sus oyentes y que se apoyaba en la interpretación concreta de los valores sobre los que se fundamentaba la alianza de Dios con el pueblo de Israel. El acontecimiento de su muerte, claramente visible, fue para él el último acontecimiento de su obediencia, la fidelidad a su alianza con Dios; en definitiva, la fidelidad a la alianza anterior cuya consumación era. Hasta aquí, sin embargo, seguimos estando en el interior del tiempo de los hombres. La novedad aparece de una manera evidente cuando, por otro lado, mordidos en su curiosidad por el sepulcro vacío, sorprendidos por apariciones inesperadas, los apóstoles comprenden que Jesús *está vivo*. Aquí se trata, esencialmente, de la entrada de Cristo en la vida eterna, es decir, de la realización en él del acceso definitivo a Dios.

En la memoria que los cristianos hacen de Jesucristo en el momento de la celebración de la eucaristía hay, por consiguiente, un momento de temporalidad correspondiente al aspecto humano, espiritual y físico de la muerte; a continuación, un momento que podríamos definir de complementario del tiempo, esto es, la resurrección como entrada de Cristo en la vida eterna; y, por úl-

timo, una situación definitiva, expresada con la imagen de Cristo sentado a la diestra de Dios. El tiempo que sigue discurrendo después de Jesucristo tiene esto de particular, que uno de los hombres del tiempo de aquí abajo se encuentra hoy en el tiempo definitivo que llamamos «vida eterna»: el sentido último de este tiempo no puede ser, por consiguiente, más que el de hacer llegar a todos los hombres a la condición alcanzada ya por Jesucristo (Gh. Lafont, «L'eucaristia», en AA. VV., *Corso di teologia sacramentaria*, Brescia 2000, 213s, *passim*).

El diálogo con los Doce (Lc 22,24-38)

²⁴ También se produjo entre ellos una discusión sobre quién debía ser considerado el más importante. ²⁵ Jesús les dijo:

–Los reyes de las naciones ejercen su dominio sobre ellas, y los que tienen autoridad reciben el nombre de bienhechores.

²⁶ Pero vosotros no debéis proceder de esta manera. Entre vosotros, el más importante ha de ser como el menor, y el que manda, como el que sirve. ²⁷ ¿Quién es más importante, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Pues bien, yo estoy entre vosotros como el que sirve. ²⁸ Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas. ²⁹ Y yo os hago entrega de la dignidad real que mi Padre me entregó a mí, ³⁰ para que comáis y bebáis a mi mesa cuando yo reine y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

³¹ Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para zarandearos como al trigo. ³² Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no decaiga. Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos.

³³ Pedro le dijo:

–Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y hasta la muerte.

³⁴ Pero Jesús le contestó:

–Te aseguro, Pedro, que hoy mismo, antes de que cante el gallo, habrás negado tres veces que me conoces.

³⁵ A continuación les dijo:

–Cuando os envié sin bolsa, sin alforja y sin sandalias, ¿os faltó algo?

Ellos contestaron:

–Nada.

³⁶ Jesús añadió:

–Pues, ahora, el que tenga bolsa que la tome, y lo mismo el que tenga alforja. Y el que no tenga espada que venda su manto y se la compre. ³⁷ Porque os digo que debe cumplirse en mí lo que está escrito: *Lo contaron entre los malhechores*. Porque cuanto a mí se refiere toca a su fin.

³⁸ Ellos le dijeron:

–Señor, aquí hay dos espadas.

Jesús dijo:

–¡Es suficiente!

LECTIO

De manera análoga a los discursos de los capítulos 14–17 del cuarto evangelio, el diálogo entre Jesús y los Doce al final de la última cena podemos considerarlo como su testamento. Tiene su punto de partida en una discusión mezquina, que revela una vez más su inmadurez: quién de ellos puede considerarse el más importante. Jesús interviene y contrapone el modo «pagano» de entender y ejercer la autoridad al que debe ser, en cambio, el estilo de entenderlo en el seno de la comunidad: no como señor, sino haciéndose «el menor», «como el que sirve». Él mismo les da ejemplo (cf. Mc 10,45 e Is 52,13–53,12, citado en Hch 8,30-35).

La lección va seguida de una promesa: Jesús promete a los Doce, que han compartido su misión y han perseverado con él en sus «pruebas», el mismo Reino que el Padre le ha conferido a él. Serán sus invitados en el banquete celestial y tendrán parte en su autoridad mesiánica.

Jesús no les abandona en la hora de la tentación. Ha orado en particular por Simón, a fin de que su fe «no decaiga», aunque no en el sentido de que no vacile –algo que, de hecho, sucederá–, sino de que supere la crisis. «Una vez convertido», deberá confirmar en la fe a los otros apóstoles («confirma a tus hermanos»).

El diálogo alcanza en sus fases finales una cima dramática. Durante los días en que compartieron la misión de Jesús no les faltó nada a los apóstoles. Sin embargo, ahora empieza un tiempo distinto: ya no podrán contar con una buena acogida por parte de la gente; más aún, el que no tenga alforja (para las provisiones) y «el que no tenga espada que venda su manto y se la compre» (v. 36). ¿Habría incitado Jesús a sus discípulos a una resistencia armada? Eso estaría en contradicción con todo su comportamiento precedente y con el episodio del arresto. La imagen de la espada alude más bien a un tiempo de lucha y sufrimiento (cf. 12,51 par. Mt 10,34). Jesús añade, en efecto, una última profecía solemne: «*Debe cumplirse en mí lo que está escrito: Lo contaron entre los malhechores*» (cf. Is 53,12). El Siervo del Señor, inocente, deberá morir entre dos malhechores.

MEDITATIO

¿Qué está pasando entre los apóstoles, qué se agita en sus corazones? Jesús les ha anunciado su inminente pasión y muerte... y su discusión versa «sobre quién debía ser considerado el más importante». Los discípulos no comprenden: ¿por incredulidad, por inconsciencia, por alienación, por superficialidad? Les cuesta aceptar que el liberador de Israel, el Mesías esperado, pueda dejarse humillar, rechazar por los hombres, morir con la muerte más infamante, ser contado «entre los malhechores» y no reconocido como rey de los gentiles y de toda la tierra.

¡Cuántas veces también nosotros, frente a realidades difíciles de acoger, porque podrían llevarnos a sufrir, o hacernos perder o renunciar a algo «nuestro», adoptamos esa misma dinámica: aferrarnos con todas nuestras fuerzas a la lógica del poder para permanecer a flote y no ahogarnos!

Con nosotros no debe ser así, «*el más importante ha de ser como el menor*», como el que no tiene derecho de precedencia, el que se encuentra en el último lugar, no tiene ningún derecho sobre los otros, a no ser el de ponerse al servicio de todos. Entrenarnos para acoger la lógica del amor de Jesús es la conversión a la que estamos llamados, a fin de que nuestro corazón de piedra se vuelva *de carne*, es decir, dispuesto a seguir siendo vulnerable, expuesto a los golpes y, por ello, capaz de latir por amor. Dejarnos amar sin defensas y amar sin pretensiones. Conscientes de que seremos «*cernidos como el trigo*» precisamente en nuestra fe y de que este itinerario nos hará permanecer con Jesús (es él quien ora por nuestra fe), y de que nos hará descubrir otros hermanos, caminemos felices porque somos los destinatarios del testamento de amor que el Padre ha escrito con la vida, muerte y resurrección de su Hijo para toda la humanidad.

ORATIO

Escuchamos tu Palabra, Jesús, pero no comprendemos lo que nos estás diciendo e intentamos estar por encima de los otros, mientras que tú nos hablas de servicio. Y prometemos fidelidad y coherencia, mientras que tú nos hablas de la dificultad que supone creer, algo que debemos sostener con la oración. Y planteamos estrategias armadas, mientras que tú nos hablas de la misión que hemos de realizar en solidaridad con cada hombre.

Ten piedad de nosotros, Señor, único Salvador nuestro, que te entregaste por completo a nosotros.

CONTEMPLATIO

Cristo, que es de condición divina, no sólo se anonadó e hizo suya la condición de siervo que le hace seme-

jante al hombre; más aún, Jesús hizo algo más: se hizo siervo de su propio siervo. En efecto, el hombre había sido creado para servir a su Creador. ¿Qué puede haber más justo para ti que servir al que te creó y sin el cual no existirías? ¿Qué puede ser más bello y sublime que servir, dado que servir es reinar?

«No serviré», dijo el hombre a su Creador. «Pues bien, te serviré yo», dijo el Creador al hombre. «Siéntate a la mesa, yo te serviré. Descansa, yo cargaré con tus males y llevaré tus debilidades. Usa de mí como te plazca, en todas tus necesidades, no sólo como de tu esclavo, sino incluso como una acémila. Si estás cansado o cargado, te llevaré a ti y tu carga a fin de ser el primero en cumplir mi ley, que dice: “*Llevad los unos los pesos de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo*”» (cf. Gál 6,2).

¡Oh siervo bueno y fiel! Tú serviste realmente con fidelidad y verdad; serviste con paciencia y longanimidad. Sin tibieza, puesto que te lanzaste como un gigante para correr por el camino de la obediencia; sin guardarte nada, porque, después de tantas y tales penas, entregaste, además, tu vida; sin murmuraciones, ya que, flagelado a pesar de ser inocente, no abriste la boca.

Acógeme como siervo tuyo para siempre, Señor, aunque yo sea un inútil, si tu gracia, en este momento y siempre, no está conmigo. Ella nos precede mostrándonos tu ejemplo de paciencia y de humildad, y nos acompaña ayudándonos a imitar lo que nos muestra (Guerrico de Igny, *Sermones – Domingo de Ramos I*, 1-3, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Yo estoy entre vosotros como el que sirve*» (Lc 22,27).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Hasta ahora, es Jesús el que ha sido «probado, y a partir de ahora les toca a sus discípulos ser «tentados», «cribados por Satanás». En vista de este combate, están obligados a armarse, pero Jesús, con su oración, los sostiene. Al menos ha obtenido para Pedro el que permanezca firme, para que sea un apoyo inquebrantable para los demás. Antes, sin embargo, Pedro conocerá la traición, consecuencia quizá de la presunción que aparece en su declaración: porque existe una diferencia entre el «yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca» y el «yo estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte».

Es notable, por otra parte, que Lucas no espere a la mañana de Pascua para gritar al mundo ese «desde ahora», sino que lo hace cuando Jesús es entregado por Judas, traicionado por Pedro, ridiculizado por los criados, acusado por los jefes. El autor relaciona humillación y triunfo de una forma que no deja de sorprendernos.

Del cuadro pintado por Lucas surge una silueta de Jesús absolutamente sublime. Sublime, por la dulzura de una amistad que Jesús manifiesta hasta el final a quien quiere acogerle... Sublime, por la confianza obstinada que pone en su Padre. Esta misma confianza aparece en el curso de la comida eucarística y colorea su muerte con un matiz único. Esta sublimidad es el reflejo, infinitamente discreto pero accesible al creyente, de un Reino celeste ya empezado.

Esta actitud de Jesús, única, signo de un misterio divino, atrae a los discípulos y les compromete a recorrer de la misma forma el camino de su propia vida. Porque, a lo largo del relato, los cristianos están detrás de la figura de tal o cual héroe: Pedro, las mujeres de Jerusalén, el ladrón, el centurión, José de Arimatea, etc. De suerte que, al meditar sobre la Pasión de Jesús, reflexionan sobre su propia existencia. Una reflexión que hay que renovar constantemente (L. Monloubou, *Leer y predicar el evangelio de Lucas*, Sal Terrae, Santander 1982, 300ss, *passim*).

En el monte de los Olivos. La copa de Jesús

(Lc 22,39-53)

³⁹ Después salió y fue, como de costumbre, al monte de los Olivos. Sus discípulos le siguieron. ⁴⁰ Al llegar allí, les dijo:

–Orad para que podáis hacer frente a la prueba.

⁴¹ Se alejó de ellos como un tiro de piedra, se arrodilló y estuvo orando así:

⁴² –Padre, si quieres, aleja de mí esta copa de amargura, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.

⁴³ Entonces se le apareció un ángel del cielo, que lo estuvo confortando. ⁴⁴ Preso de la angustia, oraba más intensamente y le entró un sudor que chorreaba hasta el suelo, como si fueran gotas de sangre.

⁴⁵ Después de orar, se levantó y fue adonde estaban sus discípulos. Los encontró dormidos, pues estaban rendidos por la tristeza. ⁴⁶ Entonces les dijo:

–¿Cómo es que estáis durmiendo? Levantaos y orad, para que podáis hacer frente a la prueba.

⁴⁷ Aún estaba Jesús hablando cuando apareció un tropel, encabezado por uno de los Doce, llamado Judas, que se acercó a Jesús para besarle. ⁴⁸ Jesús le dijo:

–Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?

⁴⁹ Viendo los suyos lo que se avecinaba, le dijeron:

–Señor, ¿sacamos la espada?

⁵⁰ Y uno de ellos atacó al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. ⁵¹ Pero Jesús dijo:

–¡Dejadlos!

Y, tocando la oreja, lo curó: ⁵² Y a los que venían contra él –jefes de los sacerdotes, autoridades del templo y ancianos– les dijo:

–Habéis venido a prenderme con espadas y palos, como si fuera un ladrón.⁵³ Todos los días estaba con vosotros en el templo y no me pusisteis las manos encima, pero ésta es vuestra hora: la hora del poder de las tinieblas.

LECTIO

Tras salir de la ciudad, donde ha celebrado la Pascua, Jesús atraviesa el pequeño valle del Cedrón (21,37) y pasa la noche a cielo abierto en las pendientes del monte de los Olivos. Con la oración en el Getsemaní (el nombre lo leemos en Mc 14,32) comienza la Pasión propiamente dicha. Jesús exhorta, tanto al comienzo como al final del episodio, a orar *«para que podáis hacer frente a la prueba»*, o sea, para no caer en la tentación. Apartándose un poco (*«como un tiro de piedra»*), suplica al Padre: *«Si quieres, aleja de mí esta copa de amargura»*; la copa de amargura es el destino que le espera (cf. Sal 75,9; etc.). La muerte y los sufrimientos atroces que van a acompañarles les infunden miedo, pero él está dispuesto a cumplir hasta el final todo lo que el Padre le pide: *«No se haga mi voluntad, sino la tuya»*. Jesús se entrega totalmente a su designio de amor por la salvación de los hombres (cf. 22,19s). El Padre le responde dándole fuerzas por medio de un mensajero celestial, un *«ángel»*. Jesús, en efecto, es presa de la angustia, que se manifiesta con una intensa exudación (*«como si fueran gotas de sangre»*: una comparación que no significa «sudar sangre»). Entretanto, los discípulos se han adormecido *«por la tristeza»*. Jesús se acerca a ellos y se lo reprocha suavemente, renovándoles la exhortación a orar.

Judas, entregando a Jesús a sus enemigos, lleva a cabo la traición (22,3-6). Cuando se le acerca para saludarle con un beso, Jesús le previene y le desenmascara. No presenta resistencia a la violencia y se opone a los amigos suyos que quieren resistir con las armas; más

aún, cura al criado del sacerdote al que uno de los suyos ha herido con la espada. Es la lógica del amor, que vence al mal con el bien. Echa en cara su vileza a los que han venido a capturarle –jefes de los sacerdotes, autoridades del templo y ancianos–: no tuvieron valor para poner las manos sobre él cuando estaba rodeado del pueblo en los atrios del templo; ahora vienen a prenderle *«con espadas y palos, como si fuera un ladrón»* (22,52). Pero ésta es su *«hora»* en el designio de Dios, la hora de Satanás, cuyos aliados e instrumentos arrestan a Jesús como a un malhechor (cf. 22,37).

MEDITATIO

«Orad para que podáis hacer frente a la prueba». El proyecto de amor que Dios ha pensado para cada uno de nosotros está minado continuamente por la obra de Satanás, encaminada a producir división, discordia, angustia, o bien a contrariar lo que es comunión. La misión de Jesús también conoció la tentación (*«Padre, si quieres aleja de mí esta copa de amargura»*). ¿Dónde se sitúan, entonces, la libertad y la responsabilidad del hombre frente a la acción del maligno? La Carta a los Hebreos nos sugiere que miremos a Jesús: *«El mismo Cristo, que en los días de su vida mortal presentó oraciones y súplicas con grandes gritos y lágrimas a Aquel que podía salvarlo de la muerte, [...] y precisamente porque era Hijo aprendió a obedecer a través del sufrimiento»* (Heb 5,7s). Jesús, el Hijo de Dios, el Siervo de Dios anunciado proféticamente por Isaías (cf. Is 53,12), nos revela cómo acoger y vivir de una manera libre y responsable el misterio del mal y del dolor: sin romper la comunión con el Padre, reconociendo que el dolor que estamos viviendo no tiene el primado, porque es más importante y vital permanecer en la amorosa obediencia filial al Padre (*«pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»*). La de Jesús no es una huida, una derrota

ante el adversario, sino una decidida y rigurosa toma de posición, que se lleva a cabo a través de una humilde y valiente sumisión.

«*Levantaos y orad*»: la oración es el diálogo que nos ayuda a no presumir de salir a flote solos; que nos impulsa a desviar la mirada de nosotros mismos, a vivir con una mayor conciencia la vida diaria, a acogernos recíprocamente en nuestra humanidad, instrumento y lugar de descubrimiento del don de la comunión con Dios y entre nuestros hermanos.

ORATIO

Señor, queremos aprender a vivir contigo el sufrimiento y la prueba, a no replegarnos sobre nosotros mismos cuando el dolor parece aplastarnos, a no huir, a no desesperar, a levantar la mirada... Tú, que antes que nosotros y porque nos amabas atravesaste hasta el fondo los meandros oscuros de la angustia y de la tribulación, condúcenos por los senderos de la oración y del abandono confiado en el Padre, llena de tu presencia nuestras soledades, infunde en nosotros la certeza de que toda prueba dolorosa vivida contigo nos acerca a la mañana luminosa de la Pascua.

CONTEMPLATIO

Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. Existen muchos autores que toman este pasaje como argumento para sostener que la tristeza del Señor fue una prueba de debilidad que él tuvo toda su vida y, por tanto, que no le sobrevino sólo durante este tiempo, y, así, parece como si quisieran retorcer el sentido natural de las palabras. Por lo que a mí se refiere, no sólo no creo que

haya que excusarle, sino todo lo contrario: para mí, no hay otro pasaje en el que admire más su amor y su majestad, y es que su entrega a mí no hubiera sido tan grande si no hubiese tomado mis mismos sentimientos. Así, pues, no hay duda de que sufrió por mí Aquel que nada propio tenía por lo que pudiera sufrir, y, dejando a un lado la felicidad de su eterna divinidad, se dejó dominar por el tedio de mi enfermedad. Él ha tomado sobre sí mi tristeza para comunicarme su alegría, y descendió sobre nuestros pasos hasta la angustia de la muerte para llevarnos a la vida. Y por eso hablo con plena confianza de la tristeza, ya que predico la cruz; en verdad, no tomó de la encarnación una apariencia, sino la misma realidad. En efecto, él debía tomar sobre sí el dolor para vencer la tristeza, no para aniquilarla, pues, de lo contrario, los que tuvieran que soportar la angustia sin dolor, no podrían ser alabados por su fortaleza.

No son tus heridas, Señor, las que te hacen sufrir, sino las mías; tampoco es tu muerte, sino mi enfermedad, y te hemos visto en medio de esos dolores cuando estás doliente no por ti, sino por mí; has *enfermado*, pero *por nuestros pecados* (Is 53,5), es decir, no porque hubieras recibido del Padre esa enfermedad, sino porque la habías aceptado por mí, ya que me traería un gran bien que pudiéramos aprender en ti la paz y que sanases, con tu sufrimiento, nuestros pecados (Ambrosio de Milán, *Comentario al vangelo di san Luca*, Roma ²1968, II, 248s [edición española: *Obras de san Ambrosio, 1: Tratado sobre el evangelio de san Lucas*, BAC, Madrid 1966]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Padre, aleja de mí esta copa de amargura, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*» (cf. Lc 22,42).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Jesús pide al Padre que pase de él ese cáliz, y el Padre escucha la oración del Hijo. El cáliz del sufrimiento pasará de él, pero *únicamente bebiéndolo*. Cuando Jesús se arrodilla por segunda vez en Getsemaní, sabe que el sufrimiento pasará en la medida en que lo sufra. Sólo cargando con él vencerá al sufrimiento, triunfará de él. Su cruz es su triunfo.

El sufrimiento es lejanía de Dios. Por eso, quien se encuentra en comunión con Dios no puede sufrir. Jesús ha afirmado esta frase del Antiguo Testamento. Precisamente por esto toma sobre sí el sufrimiento del mundo entero y, al hacerlo, triunfa de él. Carga con toda la lejanía de Dios. El cáliz pasa porque él lo bebe. Jesús quiere vencer al sufrimiento del mundo, y para ello necesita saborearlo por completo. Así, ciertamente, el sufrimiento sigue siendo lejanía de Dios, pero, en la comunión del sufrimiento de Jesucristo, el sufrimiento triunfa del sufrimiento y se otorga la comunión con Dios precisamente en el dolor.

Es preciso llevar el sufrimiento para que éste pase. O es el mundo quien lo lleva, y se hunde, o recae sobre Cristo, y es vencido por él. Así, pues, Cristo sufre en representación del mundo. Sólo su sufrimiento es un sufrimiento redentor. Pero también la Iglesia sabe ahora que el sufrimiento del mundo busca a alguien que lo lleve. De forma que, en el seguimiento de Cristo, el sufrimiento recae sobre la Iglesia, y ella lo lleva siendo llevada al mismo tiempo por Cristo. La Iglesia de Jesucristo representa al mundo ante Dios en la medida en que sigue a su Señor cargando con la cruz (D. Bonhoeffer, *El precio de la gracia. El seguimiento*, Sí-gueme, Salamanca ¹1999, 55).

Jesús, renegado y ultrajado.

Ante el sanedrín

(Lc 22,54-71)

⁵⁴ Después de prenderlo, lo llevaron hasta la casa del sumo sacerdote. Pedro le seguía de lejos. ⁵⁵ Habían encendido fuego en medio del patio, y Pedro se sentó entre los que estaban alrededor de la lumbre. ⁵⁶ Una sirvienta lo vio sentado junto al fuego, lo miró fijamente y dijo:

–También éste andaba con él.

⁵⁷ Pedro lo negó diciendo:

–No lo conozco, mujer.

⁵⁸ Poco después otro, al verlo, dijo:

–Tú también eres de ellos.

Pedro dijo:

–No lo soy.

⁵⁹ Transcurrió como una hora, y otro afirmó rotundamente:

–Es verdad, éste andaba con él, porque es galileo.

⁶⁰ Entonces Pedro dijo:

–No sé de qué me hablas.

E inmediatamente, mientras estaba hablando, cantó un gallo. ⁶¹ Entonces el Señor se volvió y miró a Pedro. Y éste se acordó de lo que el Señor le había dicho: «Hoy mismo, antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces», ⁶² y saliendo fuera lloró amargamente.

⁶³ Los que custodiaban a Jesús se burlaban de él y le golpeaban. ⁶⁴ Le habían tapado los ojos y le preguntaban:

–¡Adivina quién te ha pegado!

⁶⁵ Y le decían otras muchas injurias.

⁶⁶ Cuando se hizo de día, los ancianos del pueblo, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley se reunieron, lo llevaron al sanedrín ⁶⁷ y dijeron:

–Si tú eres el Mesías, dínoslo.

Jesús les dijo:

–Si os lo digo, no me vais a creer,⁶⁸ y si os hago preguntas, no me vais a contestar.⁶⁹ Pero desde ahora *el Hijo del hombre estará sentado a la derecha de Dios todopoderoso*.

⁷⁰ Entonces todos le preguntaron:

–Luego, ¿eres tú el Hijo de Dios?

Jesús les respondió:

–Vosotros lo decís; yo soy.

⁷¹ Ellos dijeron:

–¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca.

MEDITATIO

Después de haber sido arrastrado a casa del sumo sacerdote, Jesús pasa allí toda la noche en espera del proceso, que tendrá lugar por la mañana. Pedro le siguió al principio, tal como le había prometido con una gran seguridad (22,33), pero, como Jesús le había anunciado previamente, llegó la prueba. Primero una criada y después dos hombres, uno después de otro, le reconocen. El discípulo se oculta, negando pertenecer a su círculo. Satanás le ha «cernido» y Pedro ha caído miserablemente renegando del Maestro. Se oye el canto del gallo. Jesús, custodiado por los guardias en un rincón del palacio, se vuelve y mira a Pedro. Esa mirada le recuerda sus palabras y suscita el amargo remordimiento. El llanto es la señal de su arrepentimiento.

Esa misma noche, Jesús fue ultrajado y golpeado por los guardias que le custodiaban (22,63-65). Este hecho añade a la vil negación del discípulo otra nota triste: Jesús «profeta» es objeto de escarnio. Con todo, su dignidad sigue intacta.

El senado judío –sumos sacerdotes, ancianos del pueblo y maestros de la ley– se reúne de buena mañana en

el sanedrín (según Marcos y Mateo, sin embargo, se habría reunido por la noche). A la petición «*si tu eres el Mesías, dínoslo*», Jesús responde inicialmente de una manera evasiva, denunciando su mala fe. Pero después prosigue anunciando su próxima entronización real como Hijo del hombre «*a la derecha de Dios todopoderoso*» (cf. Sal 110). Los miembros del sanedrín comprenden bien que Jesús se considera el Mesías y le apremian con una pregunta: «*¿Eres tú el Hijo de Dios?*». Jesús responde afirmativamente, aunque con alguna reserva: «*Vosotros lo decís...*». Los jueces y el imputado se mueven en planos diferentes; sin embargo, para los primeros las respuestas de Jesús han sido más que suficientes para tener de qué acusarle ante Pilato.

MEDITATIO

En un contexto de relaciones conflictivas como el que nos ha tocado vivir, es extremadamente incómodo estar de parte del perdedor. El instinto de supervivencia –que en función de los casos se convierte en un no «hacer el ridículo», en un «salvar el pellejo», en un recurrir a todo para conservar «conocimientos útiles»– es fuerte, muy fuerte: ¿no lo hemos experimentado todos al menos algunas veces?

Ser discípulo de Jesús pasa a través de la tensión entre la pertenencia a él para siempre –el bautismo recibido y confirmado– y la dificultad que supone vivir de una manera coherente y pública esa pertenencia. Está en juego nuestra identidad personal. Pedro, al negar que conoce a Jesús, debe negar también la verdad sobre sí mismo. La mirada de Jesús, a buen seguro llena de misericordia, le sirve de espejo. Pedro queda liberado de la ambigüedad; se ve en la verdad y declara con las lágrimas que es un hombre frágil, necesitado de salvación, que precisa apoyarse no en su presunto amor, sino en el

amor fiel de su Señor y Maestro. Como para Pedro, también para nosotros ésta es la forma primera y fundamental de dar testimonio de que estamos con Jesús, que declara la verdad de un modo sencillo y directo, que no recurre a la violencia para demostrar su fuerza y, por consiguiente, puede recibir los insultos permaneciendo «en pie», sin considerarse disminuido por la burla, por las ofensas...

Que también nosotros podamos encontrar el valor de levantar la mirada y dejarnos «mirar en los ojos» de Jesús: si reconociéramos quiénes somos y a quién pertenecemos, obtendríamos la fuerza para dar testimonio del modo más auténtico y oportuno frente a todos y en toda circunstancia.



Ante Pilato y Herodes (Lc 23,1-25)

¹ Entonces se levantaron todos, llevaron a Jesús ante Pilato ² y se pusieron a acusarlo diciendo:

–Hemos encontrado a éste alborotando a nuestra nación, impidiendo pagar tributos al César y diciendo que él es el Mesías, el Rey.

³ Pilato le preguntó:

–¿Eres tú el rey de los judíos?

Jesús le contestó:

–Tú lo dices.

⁴ Pilato dijo a los jefes de los sacerdotes y a la plebe:

–No encuentro culpa alguna en este hombre.

⁵ Pero ellos insistían con más fuerza:

–Va soliviantando al pueblo con su predicación por toda Judea, desde Galilea, donde empezó, hasta aquí.

⁶ Al oír esto, Pilato preguntó si Jesús era galileo. ⁷ Y al cerciorarse de que era de la jurisdicción de Herodes, se lo envió, aprovechando que también Herodes estaba en Jerusalén por aquellos días.

⁸ Herodes se alegró mucho de ver a Jesús, porque hacía bastante tiempo que deseaba conocerlo, ya que había oído hablar mucho de él y esperaba verle hacer algún milagro. ⁹ Le hizo muchas preguntas, pero Jesús no le respondió absolutamente nada. ¹⁰ Estaban también allí los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley acusándole con vehemencia. ¹¹ Herodes, secundado por sus soldados, lo despreció, se rió de él, le puso un vestido de color llamativo y se lo devolvió a Pilato. ¹² Aquel día, Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes habían estado enemistados.

¹³ Pilato convocó a los jefes de los sacerdotes, a los dirigentes y al pueblo, ¹⁴ y les dijo:

–Me habéis traído a este hombre acusándole de alborotar al pueblo; le he interrogado delante de vosotros y no lo he encontrado culpable de ninguna de las acusaciones que le hacéis. ¹⁵ Y tampoco Herodes, pues ha vuelto a mandarlo aquí. Es evidente que no ha hecho nada que merezca la muerte. ¹⁶ Por tanto, después de castigarlo, lo soltaré.

¹⁸ Entonces empezaron a gritar todos a una:

–¡Mata a éste y suéltanos a Barrabás!

¹⁹ El tal Barrabás estaba en la cárcel por haber tomado parte en una sedición ocurrida en la ciudad y por un homicidio.

²⁰ De nuevo, Pilato intentó convencerles de que debía soltar a Jesús. ²¹ Pero ellos gritaron:

–¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

²² Por tercera vez les dijo:

–Pues ¿qué mal ha hecho éste? No he encontrado nada en él que merezca la muerte. Por tanto, después de castigarlo, lo soltaré.

²³ Pero ellos insistían a grandes voces pidiendo que lo crucificara, y sus gritos se hacían cada vez más violentos. ²⁴ Entonces Pilato decidió que se hiciera como pedían. ²⁵ Soltó al que habían encarcelado por sedición y homicidio, es decir, al que habían pedido, y les entregó a Jesús para que hicieran con él lo que quisieran.

LECTIO

El sanedrín explota las respuestas arrancadas a Jesús en el interrogatorio para formular la acusación contra él ante el gobernador romano, el juez que puede pronunciar la condena a muerte. La acusación se articula en tres puntos: Jesús es un agitador político; al oponerse al pago de los impuestos, rechaza la autoridad del César (o sea, del emperador romano), y, sobre todo, dado que afirma ser el «Mesías rey», es un peligroso antagonista. El que haya seguido hasta aquí el relato del evangelista sabe bien qué fundamento pueden tener esas acusaciones.

Pilato, que pretende ver el fundamento de estas acusaciones, formula una pregunta concreta y precisa: «¿Eres tú el rey de los judíos?». La respuesta («Tú lo dices») parece reticente, pero debemos considerarla como afirmativa, aunque con reservas. Del mismo modo que reconoció ante el sanedrín que era el Mesías, aunque en un sentido diferente al que le daban sus adversarios, ahora acepta Jesús el título de rey, aunque no en sentido político (cf. Jn 18,33-38). De hecho, Pilato concluye su investigación declarando que no encuentra en el acusado motivo alguno de condena. Las autoridades de los judíos insisten en acusarlo: Jesús constituye un peligro público, porque «*va soliviantando al pueblo con su predicación por toda Judea, desde Galilea*» (v. 5). La alusión a Galilea le sugiere al gobernador romano una vía de salida: apelar a la instancia intermedia del tetrarca Herodes Antipas (cf. 3,1), a cuya jurisdicción pertenecía Jesús; por consiguiente, le corresponde a él juzgarlo.

Herodes Antipas, un personaje cínico y ambiguo, cree que, por fin, va a poder satisfacer su curiosidad respecto al nuevo profeta, Jesús de Nazaret (cf. 9,7-9; 13,31): la propuesta de Pilato le complace, por consiguiente; incluso espera que Jesús haga algún milagro en su presencia. Cuando se lo traen, le asedia a preguntas. Sin embargo, Jesús calla. Por su parte, los miembros del sanedrín que han entrado en el palacio continúan acusándole. Decepcionado, Herodes decide divertirse a expensas de pobre prisionero. Junto con los guardias, se mofa de él y le insulta; por último, «*le puso un vestido de color llamativo y se lo devolvió a Pilato*» (23,11s). Ambos, enemistados antes, se hicieron amigos con esta ocasión. Se cumplen las palabras del Sal 2: «*Los reyes de la tierra conspiran y los príncipes se alían contra el Señor y contra su Mesías*» (cf. Hch 4,27).

Pilato, cuya maniobra no ha dado resultado, convoca en el pretorio a las autoridades de los judíos y les comunica su sentencia: Jesús es inocente y, por consi-

guiente, le dejará libre. Con todo, para darles cierta satisfacción, lo hará «castigar», o sea, flagelar. Sin embargo, este compromiso no satisface a los acusadores. La muchedumbre, azuzada por los notables del sanedrín, empieza gritar: «¡Mata a éste y suéltanos a Barrabás!» (este último se encontraba en la cárcel a causa de una sublevación y era culpable de homicidio), según la costumbre de liberar a un prisionero con ocasión de la Pascua (cf. Mc 15,6). El gobernador intenta resistir, pero insiste: «¡Crucificalo! ¡Crucificalo!». Finalmente, los gritos de la plaza acaban por hacer que se pliegue el temeroso juez romano, que abandona a Jesús a la voluntad homicida de sus enemigos, mientras que el culpable de revuelta y homicidio queda libre.

MEDITATIO

El evangelista, especialmente con el relato de la comparecencia de Jesús ante Herodes (vv. 8-12) –un episodio que sólo narra Lucas–, pretende abatir definitivamente toda nuestra curiosidad fútil sobre Jesús: «Jesús no consideró merecedor al petulante Herodes ni siquiera de una palabra» (M. Masini). Es un dato que debería hacernos meditar en una época como la nuestra, en la que la «sobree xposición mediática» se ha convertido en un fenómeno común y todos –en menor o mayor medida– sentimos la tentación de aparecer y nos sentimos atraídos morbosamente por todo lo que aparece, por muy insignificante y fútil que sea, por el solo hecho de haberse asomado a los medios de comunicación. La Verdad pasa, a menudo, voluntariamente desapercibida, «escondida»; resplandece, sí, pero sin alboroto; evita el clamor; prefiere el estilo del grano de trigo, del vaciamiento de sí misma, de la *kenosis*...

La forma en que se perfila el contraste entre el Maestro que se encamina a la cruz y la figura de Barrabás –am-

bos, si queremos, prisioneros políticos– no deja espacio a ningún paralelismo, sea cual sea. Lucas nos invita a dejar de lado los detalles, para ir a la sustancia teológica de lo que está aconteciendo en la pasión de Cristo: más allá de la crónica, apunta a la historia, al acontecimiento de salvación. En efecto, no sólo se da por descontada la absoluta inocencia de Jesús (reconocida tres veces por Pilato, que acabará también por ceder a la presión de las autoridades judías), sino que Jesús es aquí el verdadero siervo de YHWH: no sustrae su rostro a los insultos y a los salivazos (cf. Is 50,6), no se sustrae a la innoble farsa soldadesca ni, sobre todo, al juego entre Pilato y Herodes, en el que ambos se devuelven la pelota de la responsabilidad de una decisión definitiva sobre un caso espinoso; no se sustrae a la muerte más ignominiosa. Jesús acepta ser «entregado», para redimir al género humano. En la imagen de la *kenosis*, del «vaciamiento» total, resplandece para nosotros, como aviso para los siglos, la gloria de Dios en el rostro de Cristo (cf. 2 Cor 4,6).



La cruz

(Lc 23,26-43)

²⁶ Cuando se lo llevaban para crucificarlo, echaron mano de un tal Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús. ²⁷ Le seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres, que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él. ²⁸ Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:

–Mujeres de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. ²⁹ Porque vendrán días en que se dirá: Dichosas las estériles, los vientres que no engendraron y los pechos que no amamantaron. ³⁰ Entonces se pondrán a decir a las montañas: «Caed sobre nosotras», y a las colinas: «¡Aplastadnos!». ³¹ Porque si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?

³² Llevaban también con él a otros dos malhechores para ejecutarlos.

³³ Cuando llegaron al lugar llamado La Calavera, crucificaron allí a Jesús y también a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. ³⁴ Jesús decía:

–Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.

Después se repartieron sus vestiduras echándolas a suertes. ³⁵ El pueblo estaba allí mirando. Las autoridades, por su parte, se burlaban de Jesús y comentaban:

–A otros ha salvado, ¡que se salve a sí mismo si es el Mesías de Dios, el elegido!

³⁶ También los soldados le escarnecían. Se acercaban a él para darle vinagre ³⁷ y decían:

–Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

³⁸ Habían puesto sobre su cabeza una inscripción que decía: «Éste es el rey de los judíos».

³⁹ Uno de los malhechores crucificados le insultaba diciendo: –¿No eres tú el Mesías? Pues sálvate a ti mismo y a nosotros.

⁴⁰ Pero el otro intervino para reprenderle, diciendo:

–¿Ni siquiera temes a Dios tú, que estás en el mismo suplicio? ⁴¹ Lo nuestro es justo, pues estamos recibiendo lo que merecen nuestros actos, pero éste no ha hecho nada malo.

⁴² Y añadió:

–Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey.

⁴³ Jesús le dijo:

–Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso.

LECTIO

Jesús se encamina, cargado con la cruz, al lugar del suplicio. Junto a él se encuentran dos malhechores y los soldados responsables de la ejecución. A su alrededor está la gente, entre la que se distingue a las autoridades y a algunas mujeres que se lamentan. El camino está constelado de encuentros y de diálogos que proyectan luz sobre el acontecimiento.

Los soldados echan mano de un hombre que volvía del trabajo en el campo, un tal Simón de Cirene, para que lleve el pesado leño de la cruz (probablemente sólo el brazo horizontal) detrás de Jesús. El Cireneo es la figura del verdadero discípulo (cf. 9,23; 14,27). Las «*hijas de Jerusalén*» que lloran por Jesús representan a la ciudad, a la que él dirigió sus llamadas, pero que no quiso reconocer la visita de Dios (cf. 13,34s). Jesús les dice: «*Llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos*» (33,28). La desgracia que va a caer sobre ellas y sobre todo el pueblo será peor que la suya (la de Jesús).

El triste cortejo llega a una elevación rocosa apenas fuera de la ciudad, llamada Gólgota (Lucas traduce al

griego el nombre arameo, que significa «cráneo»). Clavan los cuerpos a las cruces. Sobre la de Jesús ponen un escrito que refiere el cargo por el que ha sido condenado a muerte: «*Éste es el rey de los judíos*» (v. 38). Los soldados se reparten su ropa y junto con las autoridades se ríen de él, desafiándole a salvarse a sí mismo. Sin embargo, Jesús ora, perdona, salva. Intercede por los que le matan y pide al Padre que les perdone «*porque no saben lo que hacen*» (v. 34).

Uno de los compañeros de suplicio le insulta; el otro toma su defensa y le dirige una conmovedora plegaria: «*Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey*» (v. 42). Jesús le asegura, más allá del sufrimiento presente, la felicidad celestial (v. 43).

MEDITATIO

¡Qué dolores padeció Jesús por nosotros! Ante el relato del drama de la pasión y muerte del Señor todo lector puede permanecer, a diferentes niveles de profundidad, impactado e implicado, poniéndose en la piel de uno o más personajes de los que encuentra Jesús a lo largo del camino del Calvario y en el Gólgota. El Evangelio sigue siendo todavía, después de dos mil años, para quien quiere, letra viva, vida transmitida y espada de doble filo que penetra en lo más íntimo y profundo de nosotros mismos. Están los que se golpean el pecho y se lamentan por Jesús, los que contemplan la escena en un atónito silencio, los que se burlan y le insultan, los que van detrás de él ayudándole a llevar la cruz y los que, llenos del temor de Dios, confiesan sus propias culpas y reconocen la inocencia de Jesús.

Y está Jesús, que con los brazos abiertos por la cruz se entrega a sí mismo: ofrece a todos, universalmente, hoy, el don de la salvación. Jesús, el Hijo de Dios, a in-

vitación de las autoridades, de los soldados y, después, del malhechor que no se arrepiente, habría podido bajar de la cruz, pero la salvación que él nos trae no es huida, anulación del sufrimiento y de la muerte, puesto que es a través del sufrimiento y de la muerte como se realiza.

El Cireneo nos atestigua que el discípulo está detrás de Jesús y permanece con él por el camino de la cruz, mientras que el «buen ladrón» es símbolo del pecador arrepentido que se abre a recibir el don de la misericordia de Dios, a diferencia del otro ladrón, que, replegado sobre sí mismo, se obstina en no dejar espacio a la acción salvífica de Dios.

Las últimas palabras en vida del «malhechor bueno» constituyen una oración dirigida a Aquel al que ha reconocido como el Salvador, el vencedor de la muerte. Es su certeza de ser recordado, es su fe en Dios, lo que obra de modo que la salvación pueda irrumpir «hoy» en su vida y proporcionarle el paraíso, o bien la comunión con Dios («*estarás conmigo*»). Y nosotros, ¿que actitud decidimos asumir?

ORATIO

Señor, varón de dolores, que cargaste sobre ti la brutalidad del hombre y no te detuviste ante el mal, haznos dignos de un amor tan grande e inagotable. Concédenos hacer revivir en nosotros el misterio de tu pasión, muerte y resurrección, a fin de que, liberados del poder de las tinieblas, creamos que tu juicio final es una fuente limpia de misericordia y de esperanza. Concédenos entrar un día en tu Reino, salvados por los méritos de tu obediencia, de tu fidelidad a las promesas y de tu ardiente caridad al servicio de toda la humanidad.

CONTEMPLATIO

«*Ecce homo*». Es seguro que Jesús es un hombre: ¿quién lo pone en duda? Lo prueban las heridas de los latigazos, la lividez de las llagas, la suciedad de los salivazos. ¿Y cómo es que en medio de tantos insultos no se aíra, como haría un hombre? Entonces, es que es más que hombre. El juez se sienta en el tribunal, la sentencia ya ha sido pronunciada, y ahora le llevan al suplicio cargando con su propia cruz. ¡Oh qué espectáculo! ¿Lo ves? He aquí que en sus hombros lleva las insignias de príncipe. Éste es el cetro de la justicia, el cetro de su Reino. Le dan vino mezclado con hiel. Le despojan de sus vestidos y los reparten entre los soldados. No cortan la túnica, sino que la sortean. Sus dulces manos y sus dulces pies están traspasados; está extendido en una cruz y colgado entre ladrones. El mediador entre Dios y los hombres pende colgado entre cielo y tierra, une la profundidad con la altura, y une las cosas celestiales con las terrestres.

El cielo está lleno de estupor; la tierra, de admiración. ¿Y tú? No me sorprende que al entristecerse el sol también te entristezcas tú, de que al temblar la tierra también tú tiembles, de que al quebrarse las piedras también tu corazón se rompa, de que al llorar las mujeres al pie de la cruz también tú llores con ellas. En medio de todo esto contempla su tiernísimo corazón y piensa en la gran tranquilidad que mantuvo y en la gran benevolencia que mostró. No hace caso a lo que le hiere, no da importancia al sufrimiento, no siente los insultos, sino que más bien compadece a quienes le hacen padecer, cura al que le hiere, da la vida a quien le mata. ¡Con qué dulzura de ánimo, con qué impulso del espíritu y con qué plenitud de caridad exclama: «*Padre, perdónales...*» (Elredo de Rieval, *Regola delle recluse*, Milán 2003, 188-190).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Que tu cruz, Señor, ilumine nuestro camino hacia la casa del Padre (cf. Lc 23,43).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Ahí están, los tres colgados, Jesús y los malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda: todos expuestos a la misma pública vergüenza, al mismo tormento de horas y horas, a la misma lenta e inexorable muerte, en una solidaridad, en una comunidad y en un lazo que no se habría podido soltar nunca, como los clavos con los que habían sido fijados a sus cruces. Los dos malhechores que habían sido crucificados con él difícilmente habrían podido hablar de él antes, sobre todo porque no eran creyentes, convertidos, santos. Mas precisamente por eso no podían dejarle ahora solo, no podían dormir, bien o mal, y debían velar durante muchas horas en la cruz con él. Tampoco podían escapar de su peligrosa compañía. Tampoco podían renegar de él mientras estaban expuestos públicamente como compañeros suyos.

No conocemos sus nombres. No sabemos nada de su vida anterior, ni nada de lo que habían cometido. Sólo sabemos que habían sido condenados. Sabemos que, contra su voluntad, fueron crucificados con Jesús. Nadie, ni antes ni después, estuvo tan directa e inmediatamente cerca como aquellos dos de la acción divina de la reconciliación realizada en Jesús, de la gloria de Dios y de la salvación del mundo. Pensemos: precisamente por los malhechores moría el hombre junto con el que ellos iban al encuentro de la muerte. Él moría no por la gente piadosa, sino por los impíos; no por los justos, sino por los injustos: por su absolución, por su victoria, por su alegría, para que pudieran tener vida. Y pensemos: el tercer hombre que iba con ellos al encuentro de la muerte iba de camino hacia la asunción de su propio Reino, hacia la proclamación de éste, hacia su propia resurrección de los muertos al tercer día.

«Nosotros hemos muerto con Cristo; por consiguiente, sabemos que viviremos con él», escribió Pablo. Ahora bien, estos dos murieron literalmente con Cristo; por tanto, a ellos les estaba prometido. Estos dos fueron los primeros que, al poder sufrir y morir con Cristo, fueron constituidos en comunidad cristiana mediante esta promesa (K. Barth, *Liberazione per i prigionieri. Prediche dal penitenziario di Basilea, Brescia 1969, 109-118, passim*).

Jesús muere

(Lc 23,44-49)

⁴⁴ Hacia el mediodía, las tinieblas cubrieron toda la región hasta las tres de la tarde. ⁴⁵ El sol se oscureció y el velo del templo se rasgó por medio. ⁴⁶ Entonces Jesús lanzó un grito y dijo:

–Padre, *a tus manos encomiendo mi espíritu.*

Y dicho esto, expiró. ⁴⁷ El centurión, viendo lo sucedido, alababa a Dios diciendo:

–Verdaderamente, este hombre era justo.

⁴⁸ Y toda la gente que había acudido al espectáculo, al ver lo sucedido, volvía golpeándose el pecho. ⁴⁹ Todos los que conocían a Jesús, y también las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban allí presenciando esto desde lejos.

LECTIO

La dramática escena está a punto de concluir: Jesús agoniza en la cruz y va a morir de un momento a otro en el patíbulo de la infamia. El cielo se oscurece a mediodía, lo que es signo de la presencia de Dios y de su juicio (cf. Éx 10,21ss; Am 8,9s; Is 13,10). Otro prodigio de sabor apocalíptico –el desgarrar del velo del templo– sugiere que el culto de la primera alianza ha terminado y toda la humanidad puede acceder allí donde Dios está presente. Jesús ora con las palabras del salmo: «*A tus manos encomiendo mi espíritu*» (Sal 31,6). A pesar de

los sufrimientos más atroces, se abandona con confianza en las manos amorosas del Padre. Muere a las tres de la tarde.

El espectáculo terrible y sublime de la muerte de Jesús provoca diferentes reacciones. Un pagano, el centurión que ha conducido el pelotón de soldados, se da cuenta de que en esta muerte está la misteriosa presencia de Dios y reconoce que, en realidad, este hombre era inocente («*justo*»: v. 47). La muchedumbre, que ha seguido el drama con diferentes sentimientos –desde la curiosidad a la compasión–, se siente presa de un remordimiento por el delito cometido y se aleja arrepentida, «*golpeándose el pecho*» (v. 48). No faltan algunos amigos del Crucificado: las mujeres que le habían seguido desde Galilea y «*todos los que conocían a Jesús*», tal vez los Once, pero no pueden hacer otra cosa que mirar de lejos (v. 49).

MEDITATIO

Jesús ha muerto. Se hace la oscuridad sobre toda la tierra; el velo del templo se desgarrar; reina la confusión, la incomprensión, la desorientación, el vacío, el dolor. Todos los presentes han visto lo que ha acontecido, vuelven a pensar en lo que acaba de suceder y regresan a casa golpeándose el pecho. Eso es lo que pasa precisamente cuando muere una persona a la que conocíamos: pensamos con turbación en cómo ha muerto, recordamos con nostalgia cómo ha sido su vida, nos interrogamos con contrición si hay algo que debemos hacernos perdonar. Jesús, el Inocente, ha muerto en la cruz, desnudo, solo, abandonado y desconocido de sus amigos, insultado, escarnecido, culpable de haber revelado su identidad: ser el Hijo de Dios. Sus últimas palabras no son de rabia, de condena, de venganza; al contrario, esas palabras ponen un sello a lo que ha sido toda su

vida: una fiel y amorosa obediencia a la voluntad del Padre: «*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*». Ni siquiera la cruz ha roto la comunión entre el Hijo y el Padre; más aún, la muerte de Jesús en la cruz es signo del eterno e indisoluble amor entre el Padre y el Hijo, y entre el Hijo y quien le acoja. Por eso, la muerte de Jesús tiene que ver con la vida de cada uno: el supremo acto de amor de Jesús abre al hombre a la comunión interpersonal con Dios, uno y trino, mediante un pacto de fidelidad que es salvación para siempre y para todos. El centurión es el primero en recibir la gracia de reconocer en el que pende de la cruz al Justo, al Mártir, y de glorificar a Dios. Y nosotros sabemos que de ahora en adelante la muerte ya no tendrá la última palabra.

ORATIO

Jesús, tú eres el enviado de Dios, el que me propone las exigencias de Dios: morir totalmente a mí mismo, a través de la entrega de mi ser a quien está a mi lado. Es trabajoso, pero vale la pena, porque estas exigencias tuyas me comunican el Espíritu sin medida. La experiencia de vida que me comunica tu Espíritu abre mi vida diaria a la fidelidad del Padre, afirma lo concreto de su amor, de sus obras, el cumplimiento de sus promesas.

Jesús, acepto tu testimonio y me adhiero a ti a través de la entrega serena de mi ser. Y, a través del abandono, renazco.

CONTEMPLATIO

¡Pásmate, hoy, cielo! ¡Vuelve al caos, tierra! Tú, sol, no te atrevas a levantar la mirada hacia tu Maestro voluntariamente colgado en el madero. Que se quiebren

las piedras, porque la Piedra de la vida está atravesada ahora por clavos. Que se desgarre el velo del templo, porque el cuerpo del Señor ha sido traspasado por la lanza de los criminales. Que toda la creación tiemble, por fin, por la pasión del Creador y eleve gemidos. Que sólo exulte Adán.

Has asumido, Salvador, mi condición para que yo pueda tener la tuya; has aceptado la pasión para que yo pueda despreciar ahora las pasiones; por tu muerte he recuperado la vida; fuiste depositado en un sepulcro y a mí me diste como residencia el paraíso; bajando al abismo, me exaltaste; destruyendo las puertas del hades, abriste para mí las puertas del cielo. Sufriste todo con sabiduría por el decaído, lo soportaste todo para que exultara Adán.

Canta tú, criatura terrestre, canta en honor de Aquel que sufrió y murió por ti. Y cuando dentro de no mucho le contemples vivo, acógele en tu alma. En efecto, Cristo debe levantarse del sepulcro y renovarte, hombre. Prepara, pues, para él un alma pura, a fin de que, habitándola, tu rey la convierta en un cielo. Él vendrá y colmará de alegría a los afligidos, a fin de que exulte Adán (Romano el Melodioso, *Himnos XLI*, 1.2.14-23, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El grito de Jesús moribundo (Lc 23,46) retoma la oración del Sal 31: es la oración de un pobre abandonado, desmentido, que en ausencia de toda comprobación proclama su única con-

fianza en Dios, y en esa confianza abandona todo su ser. Tampoco para Cristo hubo una salvación *de la* muerte, sino una salvación *en la* muerte. Frutos de la muerte de Jesús son el reconocimiento del centurión pagano (23,47) y la conmovida participación de la muchedumbre (23,48). «Visto lo que había sucedido», se dice del centurión; «repensando en lo que había pasado», se dice de las muchedumbres. ¿Se trata de la muerte de Jesús y de los signos que la acompañaron? Las cosas sucedidas no pueden ser más que todo el espectáculo, desde el comienzo al final: los insultos dirigidos a Jesús, su silencio inmóvil y digno, su morir, los signos que acompañaron todo esto. Los signos no habrían bastado por sí solos, ni la muerte en su desnudez. Lo que convierte es la muerte «revelada» en su significado de perdón, de fidelidad a Dios, de aprobación por parte de Dios. «Daba gloria a Dios diciendo: verdaderamente este hombre era justo»: «dar gloria» expresa la reacción maravillada y, al mismo tiempo, grata y alegre de quien se encuentra con una manifestación de Dios. Y se trata de un verbo que se asigna a los judíos, los creyentes en el verdadero Dios, no a un pagano. La intención del evangelista es subrayar el contraste entre un pagano que alaba al Señor y, en cierta medida, llega a la fe (ha captado la presencia de Dios en los acontecimientos a los que ha asistido), y las autoridades judías, que, aun habiendo asistido a los mismos acontecimientos, se obstinan en no creer. Lucas presenta a la muchedumbre como una espectadora conmovida que se aleja de la cruz pensando en ella, mostrando signos de arrepentimiento y deseos de cambiar de vida.

Mirando el relato en su conjunto, nos damos cuenta de que son dos las estructuras que lo sustentan. La primera es el contraste entre la fe y la incredulidad. El Crucificado suscita ambas reacciones. La segunda estructura es la coralidad de la crucifixión, presentada como un espectáculo público, que se desarrolla desde el comienzo hasta el final ante la muchedumbre: al comienzo, la muchedumbre que sigue a Jesús al Calvario; en el centro, el pueblo que asiste silencioso e inmóvil; al final, la muchedumbre que se aleja conmovida. En el interior de este marco se encuentra Jesús en la cruz, que responde a los escarnios con el perdón, a las grandes palabras de los que le denigran con el silencio, y a su agitación con la tranquila serenidad de quien se abandona en las manos del Padre (B. Maggioni, *I rac-*

conti evangelici della Passione, Asís [Pg] 1994, 301-303, passim) [edición española: B. Maggioni, *Los relatos evangélicos de la pasión, Sígueme, Salamanca 1997*]].

Jesús, sepultado (Lc 23,50-56)

⁵⁰ Había un hombre llamado José, que era bueno y justo. Era miembro del Consejo de Ancianos, ⁵¹ pero no había dado su asentimiento a la actuación de los judíos. Era natural de Arimatea, ciudad de Judea, y esperaba el Reino de Dios. ⁵² Este José se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. ⁵³ Después de bajarlo, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido sepultado todavía. ⁵⁴ Era el día de la preparación de la Pascua y estaba comenzando el sábado.

⁵⁵ Las mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea lo iban observando todo de cerca y se fijaron en el sepulcro y en el modo en que habían colocado el cadáver. ⁵⁶ Después volvieron y prepararon aromas y ungüento. Y el sábado descansaron, según el precepto.

LECTIO

Fue un miembro del sanedrín el que tomó la iniciativa de la sepultura: José de Arimatea, un hombre «bueno y justo», que «no había dado su asentimiento a la actuación de los judíos». Su actitud religiosa es la misma que la de los personajes del evangelio de la infancia (cf. 2,25.38): «*Esperaba el Reino de Dios*». Según el cuarto evangelio, era también «discípulo de Jesús, aunque lo mantenía en secreto» (Jn 19,38). José, para evitar que echaran el cuerpo de Jesús a la fosa común de los ajusticiados, se

presentó a Pilato y obtuvo que le permitiera darle una sepultura honorable. Lo bajó de la cruz, lo envolvió en una sábana (*sindón* en griego) y lo depositó en una tumba excavada en la roca, cuya apertura estaba protegida por una gran piedra circular. Era el día que precede al sábado (la *parasceve*, nuestro viernes). Ya «*estaba comenzando el sábado*» y había que cesar todo trabajo. Las mujeres que han estado junto a Jesús hasta la cruz observan con atención «*el modo en que habían colocado el cadáver*» en el sepulcro. Dado que había comenzado el reposo del sábado, no pueden ocuparse ahora del cadáver y derramar sobre él ungüentos perfumados; por eso, se vuelven a sus casas y preparan los aceites y los aromas.

MEDITATIO

Jesús ha muerto verdaderamente. Su cuerpo sin vida ha sido depositado en un sepulcro y se ha ocupado de él un miembro del sanedrín, un hombre bueno y justo que para hacer esto ha debido exponerse personalmente ante Pilato y ante sus colegas. Como Simeón, que esperaba el consuelo de Israel, así José de Arimatea espera el Reino de Dios, reconocido por él en Jesús de Nazaret, el cual, aun siendo Dios, vivió hasta sus consecuencias extremas el hecho de haber asumido nuestra naturaleza humana en el misterio de la encarnación.

Ante todo esto no podemos hacer otra cosa que sumergirnos en la adoración junto con las mujeres, dejándonos iluminar por lo que vemos con ellas, intentando penetrar en el sentido y el mensaje que encierra para nuestra vida. Dios, que andaba desde siempre en busca del hombre, ha querido unirse a él en todo lugar, incluso en el más lejano. Jesús cruzó el umbral de la muerte y ahora incluso el enemigo más temible del hombre, que antes o después le habría engullido en sus vísceras, ha sido vencido por él, que es la vida. Jesús, al morir y

bajar a los infiernos, nos salvó del vacío y de la falta de sentido. En su fe se abre para nosotros una nueva perspectiva frente a la muerte: ésta ya no es la meta final, donde todo se desvanece y se pierde, sino el paso hacia el seno del Padre, adonde todos nos dirigimos y en donde nos encontraremos. Las luces de la mañana de Pascua ya brillan en el horizonte, si somos capaces de mirar bien y nos dejamos asir por Cristo, incluso en las noches más oscuras.



Las mujeres, en el sepulcro

(Lc 24,1-12)

¹ El primer día de la semana, al rayar el alba, las mujeres volvieron al sepulcro con los aromas que habían preparado ² y encontraron la piedra del sepulcro corrida a un lado. ³ Entraron, pero no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. ⁴ Estaban aún perplejas cuando dos hombres se presentaron ante ellas con vestidos deslumbrantes. ⁵ Llenas de miedo, hicieron una profunda reverencia. Ellos les dijeron:

—¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? ⁶ No está aquí, ha resucitado. Recordad lo que os dijo cuando estaba en Galilea: ⁷ que el Hijo del hombre debía ser entregado en manos de pecadores, que iban a crucificarlo y que resucitaría al tercer día.

⁸ Ellas se acordaron de estas palabras y, ⁹ al volver del sepulcro, anunciaron todo esto a los Once y a todos los demás. ¹⁰ Fueron María Magdalena, Juana, María la de Santiago y las demás mujeres que estaban con ellas las que comunicaron estas cosas a los apóstoles. ¹¹ Pero ellos pensaron que se trataba de un delirio y no las creyeron.

¹² Pedro, sin embargo, se levantó y fue corriendo al sepulcro. Al asomarse, sólo vio los lienzos, y regresó a casa admirado de lo sucedido.

LECTIO

Son las mismas mujeres las que, pasado el sábado, se dirigen al alba del tercer día al sepulcro llevando consi-

go aceites perfumados. El evangelista menciona al final a tres de ellas: María Magdalena, Juana, María la madre de Santiago. Piensan entrar y ocuparse del cuerpo de Jesús, pero –¡vaya!– la entrada del sepulcro está abierta de par en par: la enorme piedra circular ha sido rodada (en el raíl paralelo a la apertura, excavada en la roca). Entran, pero no está el cuerpo. Mientras se interrogan perplejas, aparecen de improviso dos ángeles («*dos hombres se presentaron ante ellas con vestidos deslumbrantes*»: v. 4). La aparición celestial las espanta. Los dos personajes toman la palabra: «*¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?*» (v. 5). El reproche, teñido de ironía, responde al enigma de la tumba vacía. Jesús es el viviente, como Dios mismo (cf. Jos 3,10; etc.). «*No está aquí*» porque «*ha resucitado*» de los muertos: el Padre le ha hecho resucitar y le ha exaltado a su derecha (cf. 22,69; Hch 2,33; etc.).

El anuncio va seguido de una invitación significativa, que se repetirá otras dos veces en el capítulo 24 (vv. 25ss y 44ss): «*Recordad lo que os dijo cuando estaba en Galilea*» (cf. 9,22; 17,25; etc.). Jesús mismo había afirmado repetidamente, en el tiempo de su ministerio, que, según el designio de Dios, el Hijo del hombre «*debe ser entregado...*», «*crucificado*», «*resucitar al tercer día*». Las mujeres «*se acordaron*» (v. 8): un recuerdo iluminador, que las lleva a comprender finalmente el sentido de palabras que antes les habían parecido incomprensibles y a reconocer el designio de Dios contenido en las Escrituras («*es necesario...*»).

Las mujeres vuelven a la ciudad y refieren a los apóstoles su experiencia. No las creen: lo que cuentan les parece absurdo. De todos modos, Pedro se levanta y corre a comprobarlo. Se asoma desde fuera del sepulcro para mirar a través de la apertura y ve únicamente los lienzos sepulcrales: el cuerpo ya no está. Vuelve a casa admirado, pero todavía no convencido.

MEDITATIO

La búsqueda de Jesús nos dispone al conocimiento de su verdadero rostro, un rostro que él mismo nos revela sorprendiéndonos. Como les sucedió a las mujeres que vuelven al sepulcro, Jesús no se deja encontrar donde pensamos que está, sino que nos hace ir siempre más allá y nos inserta en una comprensión nueva de él y de la vida. Él, permaneciendo totalmente unido al Dios vivo incluso en la experiencia dramática de la muerte, no fue derrotado por ella; al contrario, fue él quien le arrebató para siempre su carácter de algo definitivo.

Jesús ha resucitado, es el Viviente, y el encuentro con él y su Palabra –no la simple constatación de una tumba vacía–, así como refundó la fe de las mujeres, que con tenacidad y perseverancia le siguieron desde Galilea a Jerusalén, así también puede dar densidad y vigor a nuestro camino de seguimiento. Es el encuentro con una fidelidad mayor que la nuestra, con un amor más fuerte que la muerte, pero también más fuerte que nuestros abandonos, retrasos, extravíos, dudas, miedos...

El testimonio de los otros resulta indispensable, pero no basta para proporcionar la certeza interior de la resurrección de Jesús: es preciso que nos pongamos personalmente a buscarle y nos comprometamos en una relación personal con él llevando en el corazón su Palabra. Experimentaremos así que, en una vida de comunión con él, ya somos partícipes de su resurrección, la única realidad que reviste de luz nueva la vida en sus simples gestos cotidianos, abriéndola a la eternidad.

ORATIO

Ayúdanos, Señor Jesús, a creer en tu resurrección y en la nuestra.

Muchas veces, los términos comunes de los razonamientos humanos, ante el pensamiento del carácter ineludible de la muerte, nos conducen a un callejón sin salida, dejándonos inseguros y extraviados. Repítenos, Señor, también hoy a nosotros, como a las mujeres de entonces, que sólo el recuerdo de tus palabras, sólo la firmeza de tus enseñanzas, son luz y guía para verte y reconocerte siempre vivo y presente en medio de nosotros. Tú has resucitado, y es este anuncio de verdad el que propaga la alegría y acrecienta la esperanza que nos comprometemos a llevar por las calles de estos tiempos a todos los hombres: a los moribundos, a los parientes angustiados, a los amigos que se quedan.

CONTEMPLATIO

Hermanos, la lectura que hemos oído de la resurrección de nuestro Señor y Redentor es simple y clara [...]. Las mujeres, que se dirigieron de buena mañana al sepulcro para buscar al Señor, demostraron la gran devoción de su amor hacia él, porque se apresuraron a ocuparse de él en cuanto se alejó la sombra de la noche y con las primeras luces del día se les dio la oportunidad de ir. Ellas nos sirven simbólicamente de ejemplo, porque, si queremos encontrar al Señor, si deseamos que nos conforten los ángeles, *«despojémonos de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Portémonos con dignidad»* (Rom 13,12s). Ahora bien, conviene buscar al Señor no sólo resplandecientes de la luz de las buenas obras, sino también colmados de la gracia de la oración espiritual. Por eso leemos que las mujeres, que de buena mañana se dirigieron al sepulcro, llevaban los aromas que habían preparado. Nuestros aromas son las voces de la oración con la que encomendamos al Señor los deseos de nuestro corazón. Nosotros llevamos de buena mañana aromas al sepulcro del Señor cada vez que, recordando la

pasión y la muerte que sufrió por nosotros, mostramos exteriormente a quien está cerca de nosotros la luz de las buenas acciones y sentimos que nos arde el corazón por dentro, por la suavidad de la compunción. Es preciso que esto suceda a todas las horas, pero sobre todo cuando entremos en la iglesia para orar, cuando nos acerquemos al altar para recibir los sacramentos del cuerpo y de la sangre del Señor (Beda el Venerable, *Omélie sul vangelo*, Roma 1990, 351s, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«No busquemos entre los muertos al que ha resucitado» (cf. Lc 24,5).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La cruz ha sido transformada, mediante la resurrección, de instrumento de castigo y de muerte en manos de los crucifijos en instrumento eficaz del amor divino en las manos del buen pastor, que rescató a sus ovejas y todavía hoy va en busca de la oveja perdida hasta los confines de la tierra. El misterio de la resurrección como realidad tangible de fe fue semejante a la luz gloriosa celestial que, cuando invadió el corazón de los discípulos, transformó todas las humillantes y dolorosas aflicciones de la cruz en honor, triunfo y gloria: la muerte se volvió redención, la tumba cambió de pozo de muerte a fuente de vida. Si, en efecto, Cristo ha resucitado, entonces nuestra fe es auténtica y ya no estamos en nuestros pecados. Su cruz no fue infamia, sino gloria. Si el cuerpo del que nos alimentamos es el cuerpo de su crucifixión, es también el cuerpo de su resurrección, y nosotros nos hacemos partícipes precisamente de la misma resurrección y de la vida eterna. La resurrección es el fundamento del acto de redención que estaba latente en el corazón de Cristo desde el principio. La redención no significaba sólo que Cristo habría pa-

gado el precio de nuestros pecados o alejado la ira de Dios del réprobo hecho esclavo del pecado. La redención significaba para Cristo, en primer lugar, algo que iba más allá del perdón y de la reconciliación: el restablecimiento del amor y de la vida eterna, que habíamos perdido a causa de la transgresión y de la separación de Dios.

Así, la resurrección de Cristo nos revela el significado más profundo escondido en la cruz. Detrás de ese sacrificio, consumado con el pleno consentimiento del Hijo y con el beneplácito del Padre, que le golpeó con la aflicción, estaban la misericordia paterna y el extremo afecto por parte del Señor Jesús hacia los pecadores y el género humano. Se trata de un sacrificio que obtiene no sólo el perdón de los pecados, sino también la recreación del pecador en Cristo y en su Espíritu: así, Cristo puede presentar a los hombres al Padre, tomándolos consigo en su amor, después de haberlos lavado en su sangre; los presenta en su resurgir y sentarse a la diestra del Padre en el amor, para que sean criaturas nuevas que toman su propio aliento vital del Espíritu de Dios, amados como el Hijo (*Matta el Meskin, Comunionone nell'amore*, Magnano [Bi] 1999, 212-217, *passim*).

Los discípulos de Emaús (Lc 24,13-33)

¹³ Aquel mismo día, dos de los discípulos se dirigían a una aldea llamada Emaús, que dista de Jerusalén unos once kilómetros. ¹⁴ Iban hablando de todos estos sucesos. ¹⁵ Mientras hablaban y se hacían preguntas, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. ¹⁶ Pero sus ojos estaban ofuscados y no eran capaces de reconocerlo. ¹⁷ Él les dijo:

—¿Qué conversación es la que lleváis por el camino?

Ellos se detuvieron entristecidos, ¹⁸ y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió:

—¿Eres tú el único en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?

¹⁹ Él les preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Ellos contestaron:

—Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo. ²⁰ ¿No sabes que los jefes de los sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para que lo condenaran a muerte y lo crucificaran?

²¹ Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel. Y, sin embargo, ya hace tres días que ocurrió esto. ²² Bien es verdad que algunas de nuestras mujeres nos han sobresaltado, porque fueron temprano al sepulcro ²³ y no encontraron su cuerpo. Hablaban incluso de que se les habían aparecido unos ángeles que decían que está vivo. ²⁴ Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo hallaron todo como las mujeres decían, pero a él no lo vieron.

²⁵ Entonces Jesús les dijo:

—¡Qué torpes sois para comprender y qué cerrados estáis para creer lo que dijeron los profetas!²⁶ ¿No era preciso que el Mesías sufriera todo esto para entrar en su gloria?

²⁷ Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que decían de él las Escrituras.²⁸ Al llegar a la aldea adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante.²⁹ Pero ellos le insistieron diciendo:

—Quédate con nosotros, porque es tarde y está anocheciendo.

Y entró para quedarse con ellos.³⁰ Cuando estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio.³¹ Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Jesús desapareció de su lado.³² Y se dijeron uno a otro:

—¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?

³³ En aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once y a todos los demás.

LECTIO

Ese día (que se convertirá en «*el día del Señor*»: cf. Hch 1,10), dos de los discípulos que se encontraban con los Once cuando las mujeres les llevaron el anuncio de la resurrección, se encaminan hacia su aldea, Emaús, que dista «unos once kilómetros» de Jerusalén. Las fiestas pascuales han terminado. La vida de Jesús, lamentablemente, ha concluido. Ya no hay ningún motivo para seguir en la ciudad.

En el camino van conversando entre ellos, hablando sobre los últimos acontecimientos. Un viajero se les une y se pone a caminar con ellos. Ninguno de los dos le reconoce: no saben que es Jesús en persona (según Mc 16,12, su «*aspecto*» es diferente; cf. Jn 20,14s; 21,4). El desconocido les pregunta de qué iban hablando. Un poco sorprendidos, y con el rostro entristecido, se detienen. Uno de los dos, que se llama Cleofás, responde: ¿Eres el único forastero que no sabe lo que ha pasado

en Jerusalén durante los días de la Pascua? Jesús insiste: ¿Qué? Le explican que un profeta, Jesús de Nazaret, ha sido condenado a muerte, crucificado. «*Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel*». Dan otra vuelta de rosca al perfil de Jesús, «*un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo*», y en su esperanza de que fuera el Mesías liberador de Israel se refleja una vez más una imagen positiva, aunque todavía inadecuada, del «*Mesías de Dios*», una imagen que el mismo Jesús contradujo en distintas ocasiones, incluso en la vigilia de la pasión (19,11ss) y ante el sanedrín (22,66ss). Como para excluir toda ilusión, ambos discípulos subrayan que «*hace tres días*» de la muerte y cuentan, asimismo, la visita al sepulcro de algunas mujeres, pero concluyen escépticamente: «*A él no lo vieron*».

En este momento interviene el desconocido. Esperanzas fallidas, tumba abierta y vacía, anuncio de los ángeles: la clave de todo este enigma se encuentra en las Escrituras. Los dos discípulos, lentos para comprender, no creen todavía «*lo que dijeron los profetas*». La Palabra de Dios que ellos anunciaron enseña, en efecto, que «*era preciso que el Mesías sufriera todo esto para entrar en su gloria*» (cf. 22,37; Hch 8,32ss). Jesús procede a partir de la afirmación general para explicar en detalle «*lo que decían de él las Escrituras*», inaugurando así la lectura «*cristiana*» de la Biblia hebrea a partir de los acontecimientos de su vida, muerte y resurrección.

Cuando los dos peregrinos llegan a su aldea, el misterioso compañero acepta cenar con ellos. Cuando está sentado a la mesa con ellos, repite los gestos de la cena pascual: toma el pan, pronuncia la bendición, parte el pan y se lo da a los comensales. Sólo entonces «*se les abrieron los ojos y lo reconocieron*» (24,31). Pero Jesús desapareció de su vista y, por fin, se dieron cuenta de lo que habían vivido: «*¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?*» (24,32). Ahora comprenden la intensa emoción que les

suscitaba el discurso del desconocido viajero y no pueden guardar para ellos una experiencia tan desconcertante. Volviendo sobre sus pasos, llegan a Jerusalén, donde encuentran a los Once todavía reunidos, junto con otros discípulos.

MEDITATIO

El camino hacia Emaús: parábola de nuestra existencia, atravesada a menudo por la incomodidad, la decepción, el cansancio, el extravío, las ganas de plantarlo todo y a todos y volver atrás... Precisamente en esos momentos nuestros ojos son incapaces de vislumbrar al Señor, que también se pone a nuestro lado y camina con nuestro paso cansado y apagado. Él está con nosotros como una presencia discreta, dispuesto a escuchar lo que vivimos sin hacernos reproches, juzgarnos o condenarnos. Abriéndonos a él y poniéndonos a la escucha de su Palabra contenida en las Escrituras leídas a la luz de su pasión, muerte y resurrección de Cristo, poco a poco se va iluminando el sentido de todo lo que antes nos resultaba incomprensible y renace en nosotros una esperanza nueva, muy diferente de nuestras pequeñas esperanzas, que, por muy legítimas que sean, son sólo una sombra de algo mayor que nos espera y que, a veces sin darnos cuenta, anhelamos profundamente. Ahora bien, el encuentro con el Señor encuentra su plenitud cuando nos sentamos a la mesa con él: en el signo del pan partido –su vida entregada a nosotros por amor– se abren por fin nuestros ojos y le reconocen como el Resucitado, como el único capaz de hacer arder nuestro corazón de verdadera alegría.

Con la conciencia de su presencia, que, aunque invisible a los ojos del cuerpo, es una experiencia y una certeza interior, nos sentimos impulsados a reemprender el camino –que ahora se convierte en camino de testimonio–

que llevándonos de nuevo a la comunidad de los creyentes, reunida en torno a Pedro y a sus sucesores, nos envía a todos los hermanos hasta los confines de la tierra.

ORATIO

Nuestra vida, Señor, es un caminar con paso lento, el corazón cargado de desilusiones, la mente ofuscada por lo incomprensible. ¿Tiene un sentido nuestra historia? Hasta el Dios en el que creemos ha dejado de hablarnos...

Ven a caminar con nosotros, Señor Jesús, y que haya sitio para ti en la mesa de las esperanzas rotas. Dejaremos que tu Palabra venza nuestras resistencias y entonces «veremos», y tu pan partido nos dará el calor del abrazo para compartir con todos los hermanos.

CONTEMPLATIO

Habéis oído, carísimos hermanos, que el Señor se apareció a dos discípulos que iban de camino. Ellos no creían en él, pero iban hablando de él. Y él se apareció sin dejarse reconocer. Se comportó a sus ojos como ellos mismos se comportaban. En efecto, amaban y dudaban en su interior; el Señor estaba externamente ante sus ojos, se presentó a ellos, pero escondió su verdadero aspecto porque la duda estaba en sus corazones. Cruzó con ellos algunas palabras, les reprochó la dureza de su intelecto, les reveló los misterios de la Sagrada Escritura que se referían a él. Pero, después, dado que en sus corazones todavía no estaba la fe en él, fingió seguir adelante. En efecto, necesitaba ponerlos a prueba: si no le amaban todavía como Dios, ¿podrían amarle al menos como peregrino? Ahora bien, puesto que les acompañaba Aquel que es la Verdad, ellos no podían ser ex-

traños a la Caridad. Y le invitan a quedarse con ellos, como un peregrino. Y he aquí que ponen la mesa, ofrecen los alimentos y en el acto de partir el pan reconocen como Dios a aquel al que no habían reconocido cuando les explicaba la Sagrada Escritura. Así pues, fueron iluminados no cuando escuchaban los mandamientos de Dios, sino cuando los observaban. Pues bien, si queremos entender lo que se enseña aquí, es menester que intentemos traducir en obras lo que hayamos podido entender. Tampoco el Señor fue conocido mientras hablaba, sino que se dio a conocer cuando le invitaron a la mesa (Gregorio Magno, citado en E. Gandolfo, *In Terra Santa*, Roma 1964, 93).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«¿Acaso no nos ardía el corazón en el pecho mientras conversaba con nosotros en el camino?» (cf. Lc 24,32).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Cristo Jesús, el camino está delante de nosotros, tortuoso e incierto.

Es difícil pasar página cuando un acontecimiento nos hace reaccionar;

nos gustaría que durase el entusiasmo.

Pero tenemos que aprender el trabajo del duelo, volver a él y sobre él.

Seremos dichosos si no estamos solos en nuestro caminar y podemos conversar con un compañero de camino.

La soledad puede ser una prueba demasiado pesada en el tiempo del individuo-rey.

Intercambiar palabras nos alivia y hace más familiar el camino.

Creemos ser dos, cuando deberíamos creer que somos tres, porque tú jamás estás ausente en nuestros encuentros, estás en todos nuestros diálogos para abrirlos a la realidad. Tú eres la Palabra que está en el origen de toda palabra. Ven, Señor Jesús, a mezclarte en nuestro encuentro, a obligarnos a discernir el acontecimiento, a profundizar en el significado de lo que nos pasa, a dar impulso a nuestras vidas.

Creemos haberte comprendido.

Nos falta la clave de tu venida y de tu acompañamiento para poner orden en nuestra memoria, interpretar la historia pasada y presente, y dejar que la Palabra haga arder nuestras vidas.

Tu Palabra no ha surgido por pura novedad; ha sido grabada con buril gracias a siglos de fe y de espera por los más pequeños de entre los pueblos, Está inscrita en una sucesión de gestos proféticos cuidadosos de la grandeza de Dios y de la dignidad del hombre.

Pero tú eres más que un profeta entre otros, más que un mesías que cristaliza la esperanza de una nación.

Tú vienes de Dios y vuelves a Dios atravesando el espesor de la condición humana, hasta llegar a una muerte ignominiosa

que no ha podido retenerte entre sus manos heladas.

En la profundidad de nuestra noche, la noticia de tu resurrección

nos ha deslumbrado; tú estás vivo

y toda vida encuentra en ti su fuente y su realización, su sentido y su fecundidad.

(B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, Narcea, Madrid 2005, 149-150).

Jesús resucitado se aparece a los Once. La ascensión (Lc 24,33-53)

³³ En aquel mismo instante [los discípulos de Emaús] se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once y a todos los demás, ³⁴ que les dijeron:

–Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón.

³⁵ Y ellos contaron lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

³⁶ Estaban hablando de ello, cuando el mismo Jesús se presentó en medio y les dijo:

–La paz esté con vosotros.

³⁷ Aterrados y llenos de miedo, creían ver un fantasma.

³⁸ Pero él les dijo:

–¿De qué os asustáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior? ³⁹ Ved mis manos y mis pies; soy yo en persona. Tocadme y convenceos de que un fantasma no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.

⁴⁰ Y dicho esto, les mostró las manos y los pies. ⁴¹ Pero como aún se resistían a creer por la alegría y el asombro, les dijo:

–¿Tenéis algo de comer?

⁴² Ellos le dieron un trozo de pescado asado. ⁴³ Él lo tomó y lo comió delante de ellos. ⁴⁴ Después les dijo:

–Cuando aún estaba entre vosotros, ya os dije que era necesario que se cumpliera todo lo escrito sobre mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.

⁴⁵ Entonces les abrió la inteligencia para que comprendieran las Escrituras, ⁴⁶ y les dijo:

–Estaba escrito que el Mesías tenía que morir y resucitar de entre los muertos al tercer día,⁴⁷ y que en su nombre se anunciará a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén, la conversión y el perdón de los pecados.⁴⁸ Vosotros sois testigos de estas cosas.⁴⁹ Por mi parte, os voy a enviar el don prometido por mi Padre. Vosotros quedaos en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza que viene de lo alto.

⁵⁰ Después los llevó fuera de la ciudad hasta un lugar cercano a Betania y, alzando las manos, los bendijo.⁵¹ Y mientras los bendecía se separó de ellos y fue llevado al cielo.⁵² Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén rebosantes de alegría.⁵³ Y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios.

LECTIO

La magna aparición a los Once, con la que Lucas cierra su evangelio, está estrechamente ligada a los dos episodios precedentes. Mientras todavía los discípulos se intercambian relatos y comentarios, Jesús mismo aparece de improviso en medio de ellos y les saluda: «*La paz esté con vosotros*». El tradicional *shalôm*, que desea la plenitud de los dones de Dios, reviste aquí un sentido «cristiano»: la paz que Jesús ofrece a todos los hombres, objeto del amor de Dios (cf. 2,14; Hch 10,35). La aparición de un ser que pertenece al mundo celestial infunde miedo (cf. 1,12; 2,9; 24,5). Pero Jesús tranquiliza a los discípulos y disipa todas las dudas de su corazón (Lucas quiere excluir claramente una interpretación espiritualista de la resurrección y por eso insiste en la corporeidad del Resucitado).

Las últimas palabras de Jesús constituyen la cima del evangelio y el fundamento de la misión confiada a los Once. Retomando el tema tocado por los ángeles en la aparición a las mujeres (24,6s) y por él mismo en el diálogo con los dos discípulos por el camino de Emaús (24,25-27), Jesús confirma que en los acontecimientos

finales de su vida se han cumplido las Escrituras. Recuerda los repetidos anuncios de la pasión y resurrección («*Cuando aún estaba entre vosotros ya os dije que era necesario que se cumpliera todo lo escrito sobre mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos [las tres grandes secciones de la Biblia hebrea]*»: 9,22.44; etc.). Por muy desconcertante que sea, la pasión del Mesías corresponde, por tanto, al designio de Dios, y también su resurrección de los muertos «*al tercer día*». Pero el cumplimiento de las Escrituras se extiende asimismo al anuncio de la salvación «*en su nombre*», o sea, en referencia a la persona y con la autoridad conferida por el Resucitado, anuncio que se debe llevar «*a todas las naciones*». La universalidad de la salvación por Cristo se tratará en el segundo libro de la obra lucana: los Hechos de los apóstoles. Se subraya aquí un elemento esencial de la salvación cristiana –que es «*redención*» (1,68), «*paz*» (2,14), «*vida*» (Hch 5,29)–: «*el perdón de los pecados*», que presupone la conversión.

Los apóstoles quedan constituidos «*testigos*» de todo esto: tanto porque han estado con Jesús desde los comienzos de su ministerio (cf. Hch 1,2; 1,21s) como porque, de hecho, darán testimonio de él «*hasta los confines de la tierra*» (Hch 1,8). El Resucitado les asegura para esta misión el don del Espíritu Santo como «*fuerza que viene de lo alto*», que les animará y sostendrá en esta difícil tarea. Los Once se quedarán en la ciudad mientras esperan el cumplimiento de la promesa del Padre.

La única aparición de Jesús resucitado en el evangelio de Lucas termina con una despedida dotada de una importancia extraordinaria. Lleva a los apóstoles a Betania, al monte de los Olivos, y los bendice con un gesto sacerdotal (cf. Eclo 50,20s), y «*mientras los bendecía se separó de ellos y fue llevado al cielo*». El lenguaje usado sugiere que Dios lleva a Jesús a lo alto y le introduce en su morada celestial, le entroniza a su diestra (Hch 2,33ss) y le glorifica (cf. Jn 12,23; 17,1ss). La reacción de los

Once ya no es ahora de temor, sino de alegría y alabanza: tras volver a la ciudad, «*estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios*». El evangelio termina allí donde había empezado: en el templo de Jerusalén. La alegre noticia de la salvación se difundirá desde Jerusalén a toda la tierra.

MEDITATIO

El cuerpo vivo y verdadero del Resucitado aparece marcado con las heridas de la crucifixión, en la que, junto con los Once, se nos invita a fijar la mirada: aquí vislumbramos la profundidad y la radicalidad de un amor que se entrega hasta el fondo, que asumió, sin anularla, sino transformándola, nuestra vulnerabilidad, confiriéndole una posibilidad nueva. Es precisamente el «Crucificado resucitado» el que puede dar la paz a los suyos y todavía hoy nos la quiere ofrecer a nosotros. Ahora bien, ¿cómo acogerla, cómo custodiarla, cómo vivirla en nuestros días zarandeados, en nuestra vida diaria constelada de preocupaciones y problemas? ¿En qué consiste esta paz? Se trata de la experiencia de la presencia del Resucitado mismo en nosotros, en nuestro corazón y en nuestra vida, a la que nos dispone el Espíritu Santo recibido en el bautismo. El Señor no se desentendió de las realidades humanas cuando ascendió al cielo, sino que con su poder y señorío se hace presente siempre en un plano nuevo en medio de sus discípulos, entregándonos a su libertad la posibilidad de superar toda concepción fatalista de la historia, abriéndola a un futuro de felicidad duradera, a un futuro de vida eterna.

El Crucificado resucitado es, por tanto, nuestra paz, y queremos tener experiencia de él, queremos conocerle en las Escrituras de Israel, raíz de nuestra fe, y queremos obedecerle a él con la fuerza del Espíritu, convirtiéndonos ante los hermanos en testigos de la alegría y del

estupor de nuestra fe en él, y experimentamos y anunciamos su misericordia y su perdón.

ORATIO

Concédenos, Señor, permanecer unidos hablando y viviendo de ti, para anunciarnos los unos a los otros que tú has resucitado, a fin de que seamos capaces de vivir en la alegría que brota de esta certeza. Concédenos permanecer unidos en tu nombre y reunirnos para la escucha de las Escrituras, a fin de captar en ellas la revelación de los enigmas de nuestra vida, de nuestra pequeña y gran historia. Por último, Señor, vence nuestros miedos y nuestras dudas, para que, descubriéndote presente y vivo en medio de nosotros, podamos ser, para los hombres y mujeres de hoy, testigos creíbles y alegres de tu resurrección, auténticos portadores de tu paz.

CONTEMPLATIO

La fe de Cristo quedó gravemente herida en los apóstoles por el escándalo de la cruz y, si bien no murió del todo, ciertamente se debilitó mortalmente. Gracias a la resurrección, poco a poco, empezó a reforzarse y, bajo los cuidados que Jesús le dispensó ungiéndola con el óleo balsámico, a los cuarenta días volvió a su total curación. Desde aquel día en adelante, los apóstoles pusieron su esperanza en el Dios de Jacob, su apoyo. Ahora, destetados y convertidos en hombres espirituales, esperaban de lo alto, con toda su alma, el don del Espíritu Santo, paráclito prometido. Perseveraban con constancia en la oración, llenos de santos deseos y gemidos profundos. Moraban en la ciudad del amor, la nueva Jerusalén que ellos ya estaban edificando. Reinaba la unanimidad en la práctica del amor fraterno, en la unidad

del espíritu; reinaba la concordia en la pacientísima espera del Espíritu Santo.

Estos hombres, que despreciaban el mundo, habían expulsado toda discusión sobre cualquier cosa que tuviera que ver con la tierra; como se habían vuelto humildes, ahora andaba lejos aquella vieja preocupación sobre «*quién de ellos podía ser considerado el más importante*» (Lc 22,24). Más aún, en esta ciudad había un solo pensamiento: quién era el último, el siervo de todos, el más pequeño y el más sumiso. A continuación, la invasión de este Espíritu fue tan impetuosa en ellos que no podían contenerlo de ninguna manera. Deseaban ardientemente que se difundiera en todas las almas: su único deseo era insertar a todos en el corazón de Cristo (Juan de Ford, *Il volto dell'amore. Sermoni sul Cantico dei cantici*, Rímimi 2003, I, 206-207.214.218, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Es verdad, el Señor ha resucitado*» (Lc 24,34).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Jesús, sigues estando aún, cada día, en medio de nosotros. Y estarás con nosotros para siempre. Vives entre nosotros, junto a nosotros, en la tierra que es tuya y nuestra, en esta tierra que te acogió como niño entre los niños y justiciable entre los ladrones; vives con los vivos en la tierra de los vivos que te complace y que amas; vives con una vida no humana en la tierra de los hombres, tal vez invisible también para los que te buscan, tal vez con el aspecto de un pobre que compra su pan y nadie le mira.

Pero ha llegado el tiempo de que vuelvas a aparecerte a todos nosotros. Estás viendo, Jesús, nuestra necesidad; estás viendo hasta qué punto es grande nuestra gran necesidad; no puedes

dejar de conocer qué improrrogable es nuestra necesidad, qué duras y verdaderas son nuestra angustia, nuestra indigencia, nuestra desesperación; sabes cuánto necesitamos una intervención tuya, qué necesario es tu retorno. Tenemos necesidad de ti, sólo de ti, y de ningún otro. Viniste, la primera vez, para salvar; naciste para salvar; hablaste para salvar; te dejaste crucificar para salvar: tu arte, tu obra, tu misión y tu vida es salvar. Y nosotros, hoy, en estos días grises y malignos, en estos años que son una condensación y un incremento insoportable de horror y dolor, tenemos necesidad, sin retraso, de ser salvados.

Te pedimos, por tanto, Cristo, nosotros, los renegadores, los culpables, los nacidos fuera de tiempo; nosotros, que nos acordamos todavía de ti y nos esforzamos en vivir contigo, aunque siempre demasiado lejos de ti; nosotros, los últimos, los desesperados, te pedimos que vuelvas una vez más entre los hombres que te mataron, entre los hombres que siguen matándote, para volver a darnos a todos nosotros, asesinos en la oscuridad, la luz de la vida verdadera. Nosotros, los últimos, te esperamos, te esperaremos cada día, a pesar de nuestra indignidad y de todos los imposibles. Y todo el amor que podamos exprimir de nuestros corazones devastados será para ti, Crucificado, que fuiste atormentado por amor a nosotros y ahora nos atormentas con todo el poder de tu amor implacable (G. Papini, *Storia di Cristo*, Florencia 1921, 619-629, *passim* [edición española: *Historia de Cristo*, Folio, Barcelona 2004]).